

LEE CHILD

Mala suerte

UNA HISTORIA DE JACK REACHER



Lectulandia

Jack Reacher, soldado, policía y héroe, vagabundea tranquilamente por las calles de Portland sin dejar rastro, tras una década trabajando para la élite del Ejército estadounidense. Desde Chicago, Frances Neagley, antigua compañera del cuerpo de investigadores, le localiza a través de un código secreto. La situación es crítica: van a por ellos y uno de los suyos ha sido asesinado en el desierto de California. El mensaje no deja lugar a dudas: «Quiero que reúnas de nuevo a nuestra vieja unidad».

Reacher obedece. Se reúne con los supervivientes de su antiguo equipo e inicia la investigación. ¿Quién se los está cargando y por qué? Las pistas le empujan hacia las luces de neón de Las Vegas, pero también le sumergen en el oscuro territorio del terrorismo internacional.

Lectulandia

Lee Child

Mala suerte

Jack Reacher - 11

ePub r1.0

Titivillus 21.01.15

Título original: *Bad Luck and Trouble*

Lee Child, 2007

Traducción: Alberto Coscarelli

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PARA LA VERDADERA FRANCES L. NEAGLEY

1

El hombre se llamaba Calvin Franz y el helicóptero era un Bell 222. Franz tenía las dos piernas fracturadas, y por consiguiente tendrían que cargarlo a bordo atado a una camilla. No era una maniobra difícil. El Bell era una aeronave espaciosa, con dos motores, diseñada para los viajes de ejecutivos y los agentes de policía, con espacio para siete pasajeros. Las puertas laterales eran grandes como las de una furgoneta y se abrían de par en par. Habían quitado la fila de asientos de en medio. En el suelo había espacio más que suficiente para Franz.

Los motores del helicóptero funcionaban al ralentí. Dos hombres cargaban con la camilla. Se agacharon para enfrentarse a la corriente de aire del rotor y se apresuraron, uno caminando de espaldas, el otro de frente. Cuando llegaron a la puerta abierta el tipo que había caminado de espaldas apoyó las asas en el marco y se apartó. El otro tipo avanzó, empujó con fuerza y deslizó la camilla hacia adentro. Franz estaba despierto y sufría. Soltó un grito y se agitó un poco, pero no mucho, porque las correas alrededor de su pecho y los muslos estaban muy apretadas. Los dos hombres subieron sin demora, ocuparon sus asientos detrás de la desaparecida hilera de asientos y cerraron la puerta.

Después esperaron.

El piloto esperó.

Un tercer hombre salió por una puerta gris y cruzó el patio de cemento. Se agachó por debajo del rotor y con una mano apoyada en el pecho impidió que la corbata ondease al viento. Por el gesto, parecía un hombre culpable que proclamara su inocencia. Pasó por delante del largo morro del helicóptero y se sentó en el asiento delantero, junto al piloto.

—Adelante —dijo, y luego agachó la cabeza para concentrarse en abrocharse el cinturón.

El piloto aceleró las turbinas y el lento batir de las aspas fue aumentando la velocidad en un urgente movimiento centrípeto hasta que el batir quedó oculto bajo el agudo sonido del sistema de escape. El aparato despegó en vertical, se desvió un tanto a la izquierda, rotó un poco, guardó el tren de aterrizaje y subió a trescientos metros. Luego inclinó el morro y se dirigió hacia el norte, muy alto y rápido. Abajo, las carreteras, las pequeñas fábricas, los parques científicos y las urbanizaciones aisladas se iban sucediendo en un veloz desfile. Las paredes de ladrillos y los techos metálicos resplandecían teñidos de un color rojo por el sol del ocaso. Pequeños jardines de color esmeralda y piscinas turquesa brillaban con el último resto de luz.

—¿Sabe adónde vamos? —preguntó el hombre en el asiento delantero.

El piloto se limitó a asentir.

El helicóptero continuó su marcha, en dirección noreste, y subió un poco más, rumbo a la oscuridad. Voló por encima de una autopista, un río de luces blancas que fluía hacia el oeste y luces rojas hacia el este. A un minuto al norte de la autopista los

últimos terrenos urbanizados dieron paso a las colinas bajas, desiertas y deshabitadas. Resplandecían con un tono anaranjado en las laderas que daban a poniente y mostraban un color tostado opaco en los valles y las sombras. Tras las colinas bajas aparecieron las pequeñas montañas redondeadas. El helicóptero continuó su avance, subiendo y bajando en función del contorno del terreno. El hombre que ocupaba el asiento delantero se giró para mirar a Franz, que estaba acostado en el suelo detrás de él. Le sonrió y dijo:

—Quizás otros veinte minutos.

Franz no respondió. Sufría demasiado.

El helicóptero volaba a una velocidad de 320 kilómetros por hora, así que en veinte minutos recorrió 86 kilómetros, más allá de las montañas, ya muy adentro del desierto vacío. El piloto subió el morro y redujo la velocidad. El hombre que ocupaba el asiento delantero apoyó la frente en el parabrisas y miró abajo en la oscuridad.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Donde estuvimos antes —respondió el piloto.

—¿El mismo lugar exacto?

—Más o menos.

—¿Qué tenemos ahora abajo?

—Arena.

—¿Altura?

—Mil metros.

—¿Cómo es el viento aquí arriba?

—Tranquilo. Unas pocas corrientes térmicas, pero sin viento.

—¿Es seguro?

—En términos aeronáuticos sí.

—Pues entonces vamos allá.

El piloto redujo la velocidad todavía más, viró y dejó el aparato estacionario, a mil metros por encima del suelo del desierto. El hombre del asiento delantero se giró de nuevo y les hizo una señal a los dos tipos de atrás. Ambos se quitaron el cinturón de seguridad. Uno se agachó hacia adelante, evitando los pies de Franz, y sujetó el cinturón suelto en una mano y con la otra descorrió el cerrojo de la puerta. El piloto miraba medio girado en su asiento e inclinó el helicóptero un poco para que la puerta se abriese del todo por su propio peso. Luego niveló otra vez el aparato e hizo una lenta rotación en el sentido de las agujas del reloj para que el movimiento y la presión del aire mantuviesen la puerta abierta. El segundo tipo de la parte de atrás se agachó cerca de la cabeza de Franz y levantó la camilla en un ángulo de cuarenta y cinco grados. El primer tipo encajó el pie contra el extremo libre de la camilla para impedir que se deslizase por el suelo. El segundo tipo se movió como un levantador de pesas y colocó la camilla casi vertical. Franz quedó colgado de las correas. Era un hombre

fornido y pesado. También decidido. Tenía las piernas inutilizadas pero su tronco era poderoso y se resistía con fuerza. Su cabeza se movía de un lado a otro.

El primer tipo sacó una navaja y la abrió. La utilizó para cortar las correas alrededor de los muslos de Franz. Hizo una breve pausa y luego cortó la correa alrededor del pecho. Un tajo rápido. En el mismo momento el segundo tipo puso la camilla del todo vertical. Franz dio un involuntario paso hacia adelante, sobre la pierna derecha fracturada. Gritó una vez, por un instante, y a continuación dio un segundo paso instintivo. Sobre la pierna izquierda fracturada. Agitó los brazos, cayó hacia adelante y el impulso del tronco hizo que se desplazara por encima del eje inmóvil de sus caderas empujándolo directamente a través de la puerta abierta, hacia la ruidosa oscuridad, hacia el violento chorro del rotor, hacia la noche.

Mil metros por encima del desierto.

Por un momento hubo silencio. Hasta el ruido del motor pareció esfumarse. Luego el piloto invirtió la rotación del aparato, lo balanceó para el otro lado y la puerta se cerró de golpe. Las turbinas aumentaron su potencia, el rotor mordió el aire y el morro descendió.

Los dos tipos volvieron a sentarse.

El hombre del asiento delantero dijo:

—Volvamos a casa.

Diecisiete días más tarde, Jack Reacher estaba en Portland, Oregón, casi sin blanca. Se encontraba allí porque tenía que estar en alguna parte y el autobús en el que había viajado dos días antes se había detenido en esa ciudad. Y estaba casi sin blanca porque había conocido a una ayudante del fiscal de distrito llamada Samantha en un bar de polis, y la había invitado a cenar dos veces antes de pasar dos noches consecutivas en la casa de ella. Ahora Samantha se había ido al trabajo y él se alejaba de su casa, a las nueve de la mañana, con rumbo a la estación de autobuses en el centro, el pelo todavía húmedo por la ducha, aseado, relajado, sin tener un destino todavía claro, con solo un puñado de dólares en el bolsillo.

Los ataques terroristas del once de septiembre de 2001 habían cambiado la vida de Reacher en dos aspectos, ambos prácticos. El primero era que, además de un cepillo de dientes plegable, ahora llevaba su pasaporte. En esta nueva era una identificación fotográfica se requería en demasiadas ocasiones, especialmente si viajabas. Y Reacher era un vagabundo, no un ermitaño, inquieto, activo, y por tanto había cedido a la exigencia sin problemas.

En segundo lugar, había cambiado sus métodos bancarios. Durante muchos años después de dejar el ejército había utilizado el sistema de llamar a su banco en Virginia y solicitar una transferencia a través de la Western Union hasta donde estuviese. Pero las nuevas preocupaciones por la financiación terrorista casi habían acabado con la banca telefónica. Así que Reacher se había hecho con una tarjeta de crédito ATM. La llevaba dentro de su pasaporte y utilizaba el 8197 como número secreto. Se consideraba a sí mismo como un hombre con escaso talento pero con ciertas habilidades, la mayoría de ellas físicas y relacionadas con su enorme tamaño y fuerza; sin embargo, una de ellas consistía en saber siempre qué hora era sin mirar el reloj, y otra su capacidad para la aritmética. De allí el 8197. Le gustaba el 97 porque era el número primo más grande de dos dígitos, y el 81 porque era el único número de todas las infinitas posibilidades cuya raíz cuadrada también era la suma de sus dígitos. La raíz cuadrada de 81 era nueve, y ocho más uno sumaban nueve. Ningún otro número no trivial en el cosmos tenía esa especie de bella simetría. Perfecto.

Su capacidad aritmética y su inherente cinismo sobre las instituciones financieras siempre lo llevaban a verificar el saldo cada vez que sacaba dinero. También recordaba siempre deducir las comisiones de la tarjeta y comprobar cada trimestre el pago de intereses bancarios. Y a pesar de sus sospechas, nunca le habían estafado. El saldo siempre era el que él había calculado. Nunca lo habían sorprendido ni timado.

Hasta aquella mañana en Portland, donde se sorprendió, pero no se sintió timado. Porque en su saldo había mil dólares más de los que tendría que haber.

Mil treinta dólares de más, de acuerdo con el cálculo estimativo de Reacher. Sin duda se trataba de un error. Del banco. Un depósito en la cuenta equivocada. Un error que sería rectificado. No podía quedarse con el dinero. Era un optimista, pero no un

tonto. Apretó otro botón para solicitar una impresión de los últimos movimientos. Una delgada tira de papel salió por una de las rendijas. En una letra borrosa aparecían los cinco últimos movimientos de su cuenta. Tres correspondían a las tres veces que había sacado dinero con la tarjeta y que recordaba con toda claridad. Otro era el pago de los intereses bancarios. El último era un ingreso de mil treinta dólares realizado tres días antes. Así que allí estaba. El trozo de papel era demasiado pequeño para mostrar las columnas del debe y el haber, y el depósito estaba escrito entre paréntesis para indicar que era positivo: (1030, 00).

Mil treinta dólares.

1030.

No era en sí mismo un número interesante, pero Reacher lo observó durante un instante. A todas luces no era un número primo. Ningún número par mayor que dos podía ser primo. ¿La raíz cuadrada? Estaba claro que solo se pasaba por una fracción por encima del 32. ¿Raíz cúbica? Apenas por debajo del 10,1. ¿Factores? No muchos, pero incluían el 5 y el 206 junto con los obvios 10 y 103 e incluso los más básicos 2 y 515.

Así que 1030.

Mil treinta.

Un error.

Tal vez.

O quizá no era un error.

Reacher sacó cincuenta dólares del cajero, rebuscó un poco de cambio en el bolsillo y se dirigió en busca de un teléfono público.

Encontró una cabina de teléfonos en la estación de autobuses. Marcó el número del banco de memoria. Las nueve cuarenta en el Oeste, las doce cuarenta en el Este. Hora de comer en Virginia, pero alguien tenía que estar allí.

Estaba. No era alguien con quien hubiese hablado antes, pero parecía una persona competente. Quizás una ejecutiva que se ocupaba de cubrir el horario de la comida. Ella le dio el nombre, pero Reacher no lo entendió. Luego la mujer le dedicó un largo discurso diseñado para hacerle sentir un gran cliente. Él esperó a que acabase y le habló del ingreso. La mujer se sorprendió de que un cliente llamase por un error bancario a su favor.

—Quizá no se trate de un error —dijo Reacher.

—¿Esperaba el ingreso? —preguntó ella.

—No.

—¿Es habitual que terceras personas hagan ingresos en su cuenta?

—No.

—Entonces, ¿no le parece que debe de tratarse de un error?

—Necesito saber quién hizo el ingreso.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Demasiado largo de explicar.

—Necesitaría saberlo —precisó la mujer—. De lo contrario se plantearían temas de confidencialidad. Si el error del banco expone los asuntos de un cliente a otro, estaríamos infringiendo toda una serie de normas y reglamentaciones, además de prácticas éticas.

—Podría tratarse de un mensaje —manifestó Reacher.

—¿Un mensaje?

—Del pasado.

—No le entiendo.

—Años atrás fui policía militar —explicó Reacher—. Las transmisiones de la policía militar están codificadas. Si un policía militar necesita ayuda urgente de un colega transmite un código diez-treinta. ¿Entiende lo que le digo?

—Para serle sincera, no del todo.

—Me refiero a que si no conozco a la persona que hizo el ingreso, entonces es un error de mil treinta dólares. Pero si conozco a la persona, podría ser una llamada de ayuda.

—Sigo sin entenderle.

—Mire cómo está escrito. Podría ser un código diez-treinta, y no mil treinta dólares. Mírelo en el papel.

—¿Y no le habría llamado por teléfono esa persona?

—No tengo teléfono.

—¿Correo electrónico, quizá? Un telegrama, o incluso una carta.

—No tengo direcciones para ninguna de esas cosas.

—¿Entonces cómo nos ponemos en contacto con usted?

—No lo hacen.

—Un ingreso en cuenta resulta una forma de comunicación muy extraña.

—Podría ser la única manera.

—Una manera muy difícil. Alguien tendría que rastrear su cuenta.

—A eso me refiero —manifestó Reacher—. Haría falta una persona inteligente y de recursos para hacerlo. Y si una persona de esa inteligencia y con esos recursos necesita pedir ayuda, entonces es que en alguna parte hay un problema muy grave.

—Además de caro. Alguien se gastó más de mil dólares.

—Exacto. La persona tendría que ser inteligente, con recursos y estar desesperada.

Silencio en el teléfono. Luego:

—¿No podría hacer una lista de los sujetos posibles e ir probando con todos ellos?

—He trabajado con muchas personas inteligentes. La mayoría de ellos desde hace mucho tiempo atrás. Me llevaría semanas buscarlos a todos. Para entonces podría ser demasiado tarde. Y de todas maneras, no tengo teléfono.

Más silencio. Excepto por el ruido de un teclado.

—Lo está buscando, ¿verdad? —preguntó Reacher.

—La verdad es que no tendría que estar haciéndolo —afirmó la mujer.

—No me chivaré.

Otra vez silencio. El ruido del teclado se detuvo. Reacher supo que ella tenía el nombre en la pantalla.

—Dígamelo —pidió.

—No puedo decírselo. Tendría que ayudarme.

—¿Cómo?

—Tendría que darme pistas. Así no se lo estaría diciendo directamente.

—¿Qué clase de pistas?

—Bueno, ¿se trata de un hombre o de una mujer?

Una sonrisa apareció en el rostro de Reacher. La respuesta estaba contenida en la misma pregunta. Era una mujer. Tenía que serlo. Una mujer inteligente, con recursos, con imaginación y con capacidad de pensamiento ramificado. Una mujer que sabía de su compulsión por sumar y restar.

—Neagley —dijo Reacher.

—Ese es el nombre que tenemos —admitió la mujer—. Frances L. Neagley.

—Entonces olvide que alguna vez hemos tenido esta conversación —le pidió Reacher—. No se trata de un error bancario.

3

Reacher había servido trece años en el ejército, todos ellos en la policía militar. Había conocido a Frances Neagley durante diez de aquellos años y había trabajado con ella de vez en cuando durante siete. Él había ido escalando en el escalafón del grado de oficial, primero subteniente, después teniente, capitán y comandante, luego fue degradado a capitán, y a continuación ascendió otra vez a comandante. Neagley había rehusado siempre que la promocionaran más allá del grado de sargento. Ni quería pensar en la escuela de aspirantes a oficiales. Reacher no sabía por qué. Había muchas cosas de ella que no sabía, a pesar de su vinculación durante una década.

Pero sí sabía otras muchas cosas. Era inteligente, con muchos recursos y concienzuda. También muy dura. Y, por curioso que fuese, carente de inhibiciones. No en términos de relaciones personales. Evitaba las relaciones personales. Era una persona muy reservada y se oponía a cualquier clase de proximidad, física o emocional. Su falta de inhibición era profesional. Si consideraba que algo era correcto o necesario, entonces rechazaba cualquier tipo de compromiso. Nada se interponía en su camino, ni la política, ni el sentido de lo práctico, la corrupción o incluso aquello que un civil conocía como la ley. En una ocasión Reacher la reclutó para una unidad de investigaciones especiales, de la cual fue un elemento destacado durante dos años cruciales. La mayoría de las personas atribuían los éxitos espectaculares de dicha unidad al liderazgo de Reacher, pero él los atribuía a su presencia. Ella le impresionaba profundamente. Algunas veces incluso llegaba a asustarle. Si lo reclamaba de esa manera urgente, no era porque hubiese perdido las llaves del coche.

Neagley trabajaba para una empresa de seguridad privada en Chicago. Eso lo sabía. Al menos así era cuatro años atrás, la última vez que había estado en contacto con ella. Había dejado el ejército un año después que Reacher y había entrado en la empresa con alguien que conocía. Como socia, le dijo, no como empleada.

Buscó en su bolsillo y sacó más monedas. Marcó el número de información de larga distancia. Preguntó por Chicago. Dio el nombre de la compañía, tal como lo recordaba. Desapareció la operadora humana y una voz robótica apareció en la línea con un número. Reacher colgó y volvió a marcar. Una recepcionista atendió su llamada y Reacher preguntó por Frances Neagley. Recibió una respuesta cortés y le pidieron que esperase. Al parecer, se trataba de una empresa más grande de lo que había supuesto. Se había imaginado una única habitación, una ventana sucia, quizá dos mesas en mal estado, archivadores a rebosar. Pero la voz mesurada de la recepcionista, los chasquidos telefónicos y la discreta música de fondo hablaban de un lugar mucho más grande. Posiblemente dos plantas, fríos pasillos blancos, cuadros en las paredes, un listín de teléfonos internos.

Una voz de hombre apareció en la línea:

—Despacho de Frances Neagley.

—¿Está Frances ahí? —preguntó Reacher.

—¿Puedo preguntar quién llama?

—Jack Reacher.

—Bien. Gracias por llamar.

—¿Quién es usted?

—Soy el ayudante de la señorita Neagley.

—¿Tiene un ayudante?

—Por supuesto.

—¿Ella está ahí?

—Va de viaje a Los Ángeles. Creo que ahora mismo está volando.

—¿Hay algún mensaje para mí?

—Quiere verle lo antes posible.

—¿En Chicago?

—Ella estará en Los Ángeles al menos durante unos días. Creo que debería ir usted allí.

—¿De qué va todo esto?

—No lo sé.

—¿No está relacionado con el trabajo?

—No lo creo. Hubiese abierto un expediente. Lo hubiésemos hablado aquí. No hubiese recurrido a extraños.

—No soy un extraño. La conozco desde mucho antes que usted.

—Lo siento. No lo sabía.

—¿Dónde se alojará en Los Ángeles?

—Eso tampoco lo sé.

—¿Cómo se supone que voy a encontrarla?

—Ella dijo que usted sabría dónde encontrarla.

—¿Qué es esto, algo así como un examen?

—Dijo que si no podía encontrarla, entonces no le necesitaba.

—¿Se encuentra bien?

—Estaba preocupada por algo. Pero no me dijo por qué.

Reacher mantuvo el auricular en la oreja y se dio la vuelta. El cordón del teléfono se le enrolló alrededor del pecho. Miró los autobuses aparcados y el panel con los horarios de salidas.

—¿A quién más está buscando?

—Hay una lista de nombres —contestó el tipo—. Usted es el primero en llamar.

—¿Le llamará a usted cuando aterrice?

—Es probable.

—Dígale que voy de camino.

Reacher tomó un autobús desde la estación hasta el aeropuerto de Portland y compró un billete de ida a Los Ángeles en la compañía United. Utilizó su pasaporte como identificación y su tarjeta de crédito ATM para pagar. El precio del billete era escandaloso. Alaska Airlines hubiese sido más barato, pero Reacher detestaba Alaska Airlines. Colocaban una tarjeta con citas de la Biblia en las bandejas de la comida. Y eso le quitaba el apetito.

La seguridad del aeropuerto no era ningún problema para Reacher. Su equipaje de mano se reducía a cero. No tenía cinturón, llaves, teléfono ni reloj. Lo único que tuvo que hacer fue dejar la calderilla en una bandeja de plástico, quitarse los zapatos y pasar por el detector. Cuarenta segundos de principio a fin. Luego caminó hacia la puerta de embarque, con las monedas en los bolsillos, los zapatos en los pies y Neagley en la mente.

No estaba relacionado con el trabajo. Por tanto, un trabajo privado. Pero hasta donde él sabía, no tenía asuntos privados. Ni vida privada. Nunca la había tenido. Ya suponía que tenía asuntos y problemas cotidianos, como todo el mundo. Pero no podía concebir que necesitase ayuda con ninguna otra clase de asunto. ¿Un vecino ruidoso? Cualquiera persona sensata hubiese vendido el equipo estéreo después de una breve charla con Frances Neagley. O lo habría donado a alguna casa de caridad pública. ¿Traficantes de droga en la esquina? Hubiesen acabado como una línea en la página interior del periódico de la mañana, cadáveres encontrados en un callejón, múltiples heridas de arma blanca, ningún sospechoso hasta el momento. ¿Un acosador? ¿Alguien que la toqueteó en el metro? Reacher se estremeció. Neagley detestaba que la tocasen. En realidad no sabía por qué. Cualquiera cosa más allá de un breve contacto accidental con ella hubiese hecho que el tipo acabase con un brazo fracturado. Puede que los dos.

Por tanto, ¿cuál era el problema?

Supuso que se trataba del pasado, y eso significaba el ejército.

¿Una lista de nombres? Quizá las aves volvían a casa para hibernar. A Reacher el ejército le parecía algo muy lejano. Una época diferente, un mundo diferente. Normas diferentes. Tal vez alguien estaba aplicando las normas de hoy a situaciones de ayer, y se quejaba de algo. Quizás habían comenzado una investigación interna postergada desde hacía mucho. La unidad de investigaciones especiales de Reacher se había saltado muchas normas y roto muchas cabezas. Alguien, posiblemente la propia Neagley, se había inventado un eslogan muy pegadizo: no te metas con los investigadores especiales. Había sido repetida hasta el cansancio como una promesa, y una advertencia. Con la cara impávida y una seriedad mortal.

A lo mejor alguien se estaba metiendo con los investigadores especiales. Tal vez había citaciones y cargos a diestro y siniestro. Pero si era así, ¿por qué Neagley lo comprometería? Era todo lo ilocalizable que podía llegar a ser alguien en Estados

Unidos. ¿Por qué no se hacía la tonta y lo dejaba en paz?

Negó con la cabeza, dejó de preocuparse y subió al avión.

Empleó el tiempo de vuelo para deducir en qué lugar de Los Ángeles podía ocultarse Neagley. Años atrás había sido parte de su trabajo encontrar a personas, y se le daba bien. El éxito dependía de la empatía. Pensar como ellos, sentir como ellos. Ver lo que ellos veían. Ponerse en su lugar. Ser ellos.

Era más fácil con los soldados desertores, por supuesto. Su vagar sin rumbo daba a sus decisiones una pureza especial. Se alejaban de algo, no iban hacia algo. A menudo seguían una especie de simbolismo geográfico inconsciente. Si entraban en una ciudad por el este, se escondían en el oeste. Querían poner masa entre ellos y sus perseguidores. Reacher tenía un mapa, un horario de autobuses, las Páginas Amarillas y a menudo predecía la dirección exacta donde los encontraría. El motel exacto.

Era más difícil con Neagley, porque ella iba hacia algo. Un asunto privado, y él no sabía dónde o de qué se trataba. Así que lo primero era atenerse a los hechos. ¿Qué sabía de ella? ¿Cuáles eran los factores determinantes? Vale, gastaba poco. No porque fuese pobre ni miserable, sino porque no encontraba ningún sentido en gastar en algo que ella no necesitaba. Y no necesitaba mucho. No necesitaba una bolsa de caramelos en la almohada. No necesitaba servicio de habitaciones o el pronóstico del tiempo. No necesitaba albornoces esponjosos y chinelas a juego guardadas en celofán. Lo único que necesitaba era una cama y una puerta que cerrase. Y multitudes, sombras, y la clase de anonimato que dan los barrios transitorios de alquileres baratos donde los camareros y los recepcionistas tenían una memoria muy corta.

Por consiguiente podía tachar el centro. Tampoco Beverly Hills.

Entonces, ¿dónde? ¿Dónde, en esa inmensidad de Los Ángeles, estaría cómoda?

Había más de treinta y tres mil kilómetros de calles para escoger.

Reacher se preguntó a sí mismo. ¿Dónde iría yo?

Hollywood, respondió. Un poco al sur y al este del lujo. La parte baja de Sunset.

Allí es donde iría yo, pensó.

Y allí es donde estará ella.

El avión aterrizó en Los Ángeles con retraso, pasada la hora de la comida. No habían servido comida a bordo y Reacher estaba hambriento. Samantha, la ayudante del fiscal, le había servido café y un bollo de centeno a la hora del desayuno, pero tenía la sensación de que eso había pasado hacía mucho tiempo.

No se detuvo a comer. Fue hacia la parada de taxis y subió a una furgoneta Toyota amarilla conducida por un coreano que quería hablar de boxeo. Reacher no sabía nada de boxeo y no le importaba lo más mínimo. La obvia artificialidad del deporte le dejaba frío. Guantes acolchados y pegar por encima de la cintura era algo que no ocurría en su mundo. Tampoco le gustaba hablar. Permaneció callado en su asiento y dejó que el taxista hablase. Contempló la ardiente luz marrón de la tarde a través de la ventanilla. Había palmeras, anuncios de películas, carriles gris claro marcados con

interminables huellas de neumáticos. Y coches, riadas de coches, inundaciones de coches. Vio un Rolls Royce nuevo y un viejo Citroën DS, ambos negros. Un MGA rojo sangre y un Mustang azul pastel, ambos descapotables. Un Corvette amarillo de 1960 pegado a un modelo verde de 2007. Se dijo que si cualquiera miraba el tráfico de Los Ángeles el tiempo suficiente acabaría por ver todos los modelos de coches fabricados a lo largo de la historia.

El taxista tomó la 101-Norte y salió a una manzana de Sunset. Reacher se apeó y pagó la carrera. Caminó hacia el sur, dobló a la izquierda y miró hacia el este. Sabía que Sunset tenía muchísimos lugares baratos, a ambos lados del bulevar, a lo largo de poco más de un kilómetro. El aire era cálido y olía a polvo y gasolina. Permaneció inmóvil. Tenía por delante una caminata de dos kilómetros y medio de ida y vuelta, y una docena de recepciones de motel donde preguntar. Una tarea que le llevaría una hora, puede que más. Tenía hambre. Vio un cartel de Denny's un poco más adelante, en el lado derecho. Un establecimiento de una cadena de restaurantes. Pensó en comer primero y trabajar después.

Pasó junto a coches aparcados y solares vacíos cerrados con vallas metálicas. Pasó por encima de desperdicios y bolas de artemisa. Volvió a cruzar la 101 por un puente peatonal. Entró en el aparcamiento de Denny's cruzando el arcén de hierba y el camino de entrada. Pasó junto a una larga hilera de ventanas.

Vio a Frances Neagley en el interior, sentada sola en un reservado.

Reacher permaneció por un momento en el aparcamiento y miró a Neagley a través de la ventana. No había cambiado mucho en los cuatro años que habían pasado desde que la había visto por última vez. Ahora estaba más cerca de los cuarenta que de los treinta, pero no se notaban. Conservaba el cabello largo, oscuro y brillante. Sus ojos seguían siendo oscuros y vivaces. Aún era delgada y ágil. Todavía pasaba horas en el gimnasio. Era obvio. Vestía una camiseta blanca ajustada con las mangas cortas abombadas y hubiese sido necesario un microscopio electrónico para encontrar un gramo de grasa en sus brazos o en cualquier otra parte de su cuerpo.

Estaba bronceada, cosa que la favorecía todavía más. Se había hecho las uñas. La camiseta se veía de calidad. En conjunto se la veía más rica de lo que recordaba. Cómoda, a gusto en su mundo, exitosa, acostumbrada a la vida civil. Por un momento se sintió avergonzado de su ropa barata, los zapatos sucios y el corte de pelo barato. Parecía como si ella hubiese triunfado y él no. Después, el placer de ver a su vieja amiga borró cualquier pensamiento y cruzó el aparcamiento hasta la puerta. Entró y pasó junto al cartel que decía «Esperen a que les acompañen a la mesa» y se sentó sin más en el reservado. Neagley lo miró a través de la mesa y sonrió.

—Hola —dijo ella.

—Hola.

—¿Quieres comer?

—Esa es mi intención.

—Pues entonces pidamos, ahora que ya por fin estás aquí.

—Suena como si me hubieses estado esperando.

—Así es. Y más o menos llegas en el horario previsto.

—¿De verdad?

Neagley volvió a sonreír.

—Llamaste a mi ayudante desde Portland. Vio el número en la pantalla. Lo rastreó hasta un teléfono público en la estación de autobuses. Dedujimos que irías sin más al aeropuerto. Luego me dije que volarías en United. Debes de odiar hacerlo con Alaskan. Luego el viaje en taxi hasta aquí. Tu hora estimada de llegada era fácil de calcular.

—¿Sabías que vendría aquí? ¿A este restaurante?

—Tal como tú me enseñaste en su momento.

—No te enseñé nada.

—Lo hiciste —dijo Neagley—. ¿Lo recuerdas? Piensa como ellos, sé ellos. Así que comencé a ser tú, siendo yo. Tú dedujiste que yo vendría aquí. Comenzarías por aquí en Sunset. Pero no sirven comidas en el vuelo de United desde Portland, por lo tanto me dije que tendrías hambre y buscarías primero dónde comer. Hay un par de posibles lugares en la manzana, pero este es el que tiene el cartel más grande y tú no eres un sibarita. Así que decidí encontrarme contigo aquí.

—¿Encontrarme aquí? Creía que el que te buscaba era yo.

—Eso estabas haciendo. Y yo te seguí a ti, siguiéndome a mí.

—¿Estás alojada aquí, en Hollywood?

Neagley meneó la cabeza.

—Beverly Hills. El Wilshire.

—¿Entonces has venido aquí solo para recogerme?

—Llegué hace diez minutos.

—¿El Beverly Wilshire? Has cambiado.

—En realidad no. Es el mundo el que ha cambiado. Los moteles baratos ya no me sirven. Ahora necesito correo electrónico, Internet y el servicio de FedEx. Centros de negocios y conserjes.

—Me haces sentir anticuado.

—Estás mejorando. Ahora usas tarjetas de crédito.

—Ha sido una buena jugada. El mensaje a través del extracto bancario.

—Me enseñaste bien.

—No te enseñé nada.

—Un cuerno.

—Pero fue una jugada extravagante —señaló Reacher—. Diez dólares y treinta centavos también hubiesen servido. Quizás incluso mejor, con una coma entre el diez y el treinta.

—Me pareció que quizá necesitarías dinero para el pasaje de avión —dijo Neagley.

Reacher no dijo nada.

—Como es obvio encontré tu cuenta —prosiguió Neagley—. No me fue muy difícil colarme y echar una ojeada. No eres precisamente rico.

—No quiero ser rico.

—Lo sé. Pero no quería que respondieses a mi diez-treinta con tu propio dinero. No hubiese sido justo.

Reacher se encogió de hombros y lo dejó correr. La verdad era que no era rico. En realidad era más bien pobre. Sus ahorros habían ido menguando hasta el punto de que comenzaba a pensar en cómo volver a reponerlos. Quizás un par de meses en algún trabajo en un futuro no muy lejano. O tal vez algún otro medio. La camarera apareció con las cartas. Neagley pidió sin mirar: una hamburguesa con queso y una gaseosa. Reacher igualó su velocidad: un sándwich de atún y un café. La camarera recogió las cartas y se marchó.

—¿Vas ahora a decirme de qué va el diez-treinta?

Neagley le respondió echándose hacia atrás y sacando una carpeta de la mochila que estaba en el suelo. Se la pasó a través de la mesa. Era una copia del informe de una autopsia.

—Calvin Franz está muerto —dijo ella—. Creo que alguien lo arrojó desde un avión.

6

El pasado, es decir, el ejército. Calvin Franz había sido policía militar, contemporáneo de Reacher y de su mismo rango en los trece años de servicio. Se habían encontrado aquí y allá de la manera en que pueden hacerlo los oficiales, compartiendo una copa en diferentes lugares del mundo durante un día o dos, consultándose por teléfono, cruzando sus caminos cuando dos o más investigaciones chocaban o se entremezclaban. Luego habían estado una temporada juntos en Panamá. Un tiempo importante. Había sido breve pero muy intenso, y habían visto cosas el uno en el otro que les dejó con la sensación de ser hermanos más que camaradas oficiales. Después de que Reacher fuese rehabilitado de su destitución temporal y tras haber recibido el encargo de formar la unidad de investigaciones especiales, el nombre de Franz había estado entre los primeros de la lista del personal que deseaba reclutar. Habían pasado los dos años siguientes en una unidad aislada dentro de otra unidad. Se habían hecho amigos íntimos. Entonces, como ocurre con frecuencia en el ejército, llegaron nuevas órdenes, la unidad de investigaciones especiales fue desmantelada y Reacher no volvió a ver a Franz nunca más.

Hasta ese momento, en la fotografía de la autopsia grapada en la hoja que ahora tenía sobre la superficie pegajosa de un restaurante barato.

En vida Franz había sido de menor estatura que Reacher, pero más alto que la mayoría. Quizás un metro noventa de estatura y ciento diez kilos de peso. Un tronco poderoso, la cintura baja, las piernas cortas. En cierto sentido, primitivo. Como un cavernícola. Pero en general, era más o menos apuesto. Era una persona tranquila, decidida, capaz, y era un placer tenerle cerca. Su actitud tendía a dar confianza a las personas.

Tenía un aspecto horrible en la fotografía de la autopsia. Estaba tendido desnudo sobre una mesa de acero y el flash de la cámara le había conferido un tono verdoso a su piel.

Horrible.

Claro que la mayoría de los cadáveres tenían muy mal aspecto.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Reacher.

—Por lo general suelo conseguir cosas —respondió Neagley.

Reacher permaneció callado y pasó página. Miró la densa masa de información técnica. El cadáver medía un metro noventa y pesaba noventa y cinco kilos. La causa de la muerte se atribuía a un fallo múltiple de los órganos debido a un impacto masivo. Ambas piernas estaban fracturadas. Las costillas rotas. El torrente sanguíneo estaba sobrecargado con histaminas. El cuerpo presentaba una deshidratación severa y en el estómago solo había mucosas. Había pruebas de una rápida pérdida de peso y ninguna prueba de la ingestión de comida. Los rastros encontrados en las prendas recuperadas no tenían nada de especial, aparte de un polvo de óxido de hierro en las perneras de los pantalones, por debajo de las rodillas y por encima de los tobillos.

—¿Dónde lo encontraron? —preguntó Reacher.

—En el desierto, unos ochenta kilómetros al noreste de aquí —contestó Neagley—. Arena dura, rocas pequeñas, a unos cien metros del arcén de una carretera. Ninguna huella hacia o desde el cadáver.

La camarera trajo la comida. Reacher hizo una pausa mientras la mujer descargaba la bandeja y luego comenzó a comerse el sándwich con la mano izquierda para tener la derecha limpia y pasar las páginas del informe.

—Dos policías en un coche vieron a los buitres volando en círculo —explicó Neagley—. Fueron a comprobar la causa. Caminaron hasta el lugar. Declararon que era como si hubiese caído del cielo. El patólogo está de acuerdo.

Reacher asintió. Estaba leyendo la conclusión del forense, que decía que una caída libre desde una altura de mil metros contra la arena dura podía provocar esa clase de impacto y causar las heridas internas observadas si Franz había caído de plano sobre la espalda, algo que era aerodinámicamente posible de haber estado vivo y agitado los brazos durante la caída. Un peso muerto hubiese caído de cabeza.

—Lo identificaron gracias a las huellas digitales —añadió Neagley.

—¿Cómo te enteraste? —preguntó Reacher.

—Me llamó su esposa. Hace tres días. Al parecer Franz tenía todos nuestros nombres en su agenda. Una página especial. Sus camaradas de entonces. Yo fui la única que pudo localizar.

—No sabía que estuviese casado.

—Es algo reciente. Tienen un hijo de cuatro años.

—¿Trabajaba?

Neagley asintió.

—Trabajaba de investigador privado. Solo. Al principio, asesoría estratégica para corporaciones. Pero ahora se dedicaba sobre todo a la comprobación de antecedentes. Buscar en las bases de datos. Ya sabes lo concienzudo que era.

—¿Dónde?

—Aquí, en Los Ángeles.

—¿Todos trabajáis como investigadores privados?

—Creo que la mayoría.

—Excepto yo.

—Es el único trabajo que sabemos hacer.

—¿Te pidió la esposa de Franz que hicieras algo?

—Nada. Solo me lo comunicó.

—¿No quiere respuestas?

—Los polis se ocupan del asunto. En realidad se trata de la oficina del *sheriff* del condado de Los Ángeles. El sitio donde lo encontraron es jurisdicción del condado de Los Ángeles, fuera de la jurisdicción del Departamento de Policía de Los Ángeles, así que la investigación la llevan un par de tipos locales. Están investigando lo del avión. Suponen que quizá salió de Las Vegas con rumbo oeste. Ya han visto antes esta clase

de cosas.

—No fue un avión —afirmó Reacher.

Neagley no dijo nada.

—¿Cuál es la velocidad mínima para que un avión no entre en pérdida? ¿Ciento sesenta kilómetros por hora? —prosiguió Reacher—. ¿Ciento treinta? Hubiese salido por la puerta en horizontal a la corriente de aire. Hubiese golpeado contra el ala o los estabilizadores del timón. Hubiésemos visto heridas post mórtem.

—Tenía las dos piernas fracturadas.

—¿Cuánto tiempo dura una caída libre desde mil metros?

—¿Veinte segundos?

—Tenía la sangre sobrecargada con histaminas libres. Eso significa una reacción de dolor masiva. Veinte segundos entre la herida y la muerte no hubiesen dado tiempo ni siquiera para que comenzara.

—¿Entonces?

—La fractura de las piernas era anterior. De dos o tres días como mínimo. Tal vez más. ¿Sabes lo que es el óxido ferroso?

—Orín —dijo Neagley—. En el hierro.

—Alguien le partió las piernas con una barra de hierro —señaló Reacher—. Con toda probabilidad una a una. Casi seguro atado a una columna. Apuntaron a las tibias. Lo bastante fuerte como para partir el hueso y dejar partículas de óxido en el tejido de los pantalones. Tuvo que ser un dolor tremendo.

Neagley no dijo nada.

—También lo mataron de hambre —dijo Reacher—. No le dieron de beber. Había perdido diez kilos. Lo tuvieron prisionero durante dos o tres días. Posiblemente más. Lo torturaron.

Neagley permaneció en silencio.

—Fue un helicóptero —continuó Reacher—. Probablemente de noche. En una posición estacionaria, a mil metros de altura. Lo arrojaron por la puerta y abajo.

Entonces cerró los ojos e imaginó a su viejo amigo cayendo, veinte segundos en la oscuridad, dando vueltas sobre sí mismo, agitando los brazos, sin saber dónde estaba el suelo. Sin saber cuándo vendría el golpe. La agonía añadida de las dos piernas fracturadas.

—Por tanto, no es probable que viniese de Las Vegas. —Abrió los ojos—. El viaje de ida y vuelta hubiese estado fuera del radio de acción de la mayoría de los helicópteros. Es probable que viniese del noreste de Los Ángeles. Los agentes están apuntando en la dirección equivocada.

Neagley no abrió la boca.

—Comida para los coyotes —prosiguió Reacher—. El método de eliminación perfecto. Ninguna huella. El flujo de aire durante la caída barre los cabellos y las fibras. No queda ningún rastro forense. Por eso lo arrojaron vivo. Podían haberle disparado primero pero no quisieron arriesgarse a una prueba de balística.

Reacher guardó silencio durante un par de minutos. Luego cerró la carpeta negra, la giró y la empujó a través de la mesa.

—Pero tú ya sabías todo eso, ¿no? —comentó—. Sabes leer. Me estás poniendo a prueba de nuevo. Quieres saber si mi cerebro todavía funciona.

Neagley no dijo nada.

—Estás haciendo conmigo lo que quieres.

Neagley permaneció en silencio.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó Reacher.

—Como dijiste, los agentes están apuntando en la dirección equivocada.

—¿Y?

—Tienes que hacer algo.

—Lo haré. Créeme. Ahora mismo son cadáveres andantes. No arrojas a ningún amigo mío desde un helicóptero y luego vives para contarlo.

—No, quiero que hagas algo más —dijo Neagley.

—¿Como qué?

—Quiero que vuelvas a reunir a la vieja unidad.

La vieja unidad. Había sido la típica invención del ejército estadounidense. Unos tres años después de que la necesidad de crearla había sido tan obvia para todos los demás, el Pentágono había comenzado a pensar en ella. Tras otro año de comités y reuniones, las autoridades civiles y los comandantes habían aceptado la idea. La habían dejado en el escritorio de alguien y de inmediato había comenzado la carrera desesperada para ponerla en marcha. Había que redactar las órdenes. Como era obvio ningún comandante en su sano juicio quería tener nada que ver con el asunto, así que la nueva unidad había sido formada con parte del Batallón no de la Policía Militar. El éxito era deseable, obviamente, pero debían evitar a toda costa el fracaso, así que buscaron un paria competente para que la mandase.

La elección de Reacher casi parecía obvia.

Pensaron que recuperar el rango de comandante ya sería suficiente recompensa, pero para él la verdadera satisfacción había sido la oportunidad de hacer algo bien por una vez. A su manera. Le habían dado carta blanca en la elección del personal. Eso le gustó. Se dijo que una unidad de investigaciones especiales necesitaba lo mejor que pudiese ofrecer el ejército, y sabía quiénes eran y dónde estaban. Deseaba una unidad pequeña para que fuese rápida y ágil, y sin soporte administrativo para evitar filtraciones. Había decidido que podían encargarse de su propio papeleo, o no, según se considerase necesario. Al final se había decidido por ocho nombres, además del propio: Tony Swan, Jorge Sánchez, Calvin Franz, Frances Neagley, Stanley Lowrey, Manuel Orozco, David O'Donnell y Karla Dixon. Dixon y Neagley eran las únicas dos mujeres, y Neagley, la única suboficial. Los demás eran todos oficiales. O'Donnell y Lowrey eran capitanes, y el resto comandantes, algo que parecía tener sentido en términos de una cadena de mando coherente, pero a Reacher no le importaba. Sabía que nueve personas trabajando estrechamente funcionarían de una forma horizontal más que vertical, tal como pasó en la realidad. La unidad se había organizado a sí misma como un equipo de baloncesto disfrutando de una marcha sin obstáculos: vendedores de talento trabajando juntos, sin estrellas, sin orgullos, apoyándose los unos a los otros, y por encima de todo despiadada e implacablemente efectiva.

—Aquello fue hace mucho tiempo —señaló Reacher.

—Tenemos que hacer algo —dijo Neagley—. Todos nosotros. De forma colectiva. No te metas con los investigadores especiales. ¿Lo recuerdas?

—No era más que un eslogan.

—No, era verdad. Dependíamos de él.

—Solo para la moral, nada más. No era más que una fanfarronada. Era como silbar en la oscuridad.

—Era más que eso. Nos cuidábamos las espaldas los unos a los otros.

—Entonces.

—Ahora y siempre. Es lo que llaman karma. Alguien mató a Franz y nosotros no podemos dejarlo correr. ¿Cómo te sentirías si te hubiesen matado y el resto de nosotros no hiciésemos nada?

—Si me hubiese tocado a mí, no sentiría nada. Estaría muerto.

—Ya sabes a qué me refiero.

Reacher cerró los ojos y reapareció la imagen: Calvin Franz dando vueltas a través de la oscuridad. Quizá gritando. O tal vez no. Su viejo amigo.

—Puedo manejarlo. O tú y yo juntos. Pero nunca podremos volver a como era en el pasado. Nunca funciona.

—Tenemos que hacerlo.

—¿Por qué? —Reacher abrió los ojos.

—Porque los otros tienen derecho a participar. Se han ganado ese derecho a lo largo de dos duros años. No se lo podemos negar unilateralmente. Estarían resentidos. Estaría mal.

—¿Y?

—Les necesitamos, Reacher. Porque Franz era bueno. Muy bueno. Tan bueno como tú y yo, y sin embargo alguien le partió las piernas y lo arrojó desde un helicóptero. Creo que vamos a necesitar toda la ayuda que podamos conseguir. No hay otra: tenemos que encontrar a los demás.

Reacher la miró. Oyó la voz del tipo de la oficina en su cabeza: «Hay una lista de nombres. Usted es el primero en llamar».

—Tendría que haber sido mucho más fácil encontrar a los demás que encontrarme a mí —comentó.

Neagley asintió.

—No he podido dar con ninguno de ellos.

Una lista de nombres. Nueve nombres. Nueve personas. Reacher sabía dónde estaban tres de ellos, específicamente o de una manera más vaga. Él y Neagley, específicamente, estaban en un restaurante de West Sunset en Hollywood. Y Franz, de una manera más vaga, en alguna morgue.

—¿Qué sabemos de los otros seis? —preguntó.

—Cinco —respondió Neagley—. Stan Lowrey está muerto.

—¿Cuándo?

—Hace años. Un accidente de coche en Montana. El otro tipo conducía borracho.

—No lo sabía.

—A veces pasa.

—De eso no hay ninguna duda —dijo Reacher—. Me gustaba Stan.

—A mí también —asintió Neagley.

—¿Dónde están los otros?

—Tony Swan es director asistente de seguridad para un fabricante de Defensa aquí en el sur de California.

—¿Cuál?

—No estoy segura. Es algo nuevo. Swan trabaja allí desde hace solo un año.

Reacher asintió. A él también le gustaba Tony Swan. Un tipo bajo y gordo. Casi con la forma de un cubo. Amable, divertido, inteligente.

—Orozco y Sánchez están en Las Vegas —añadió Neagley—. Dirigen juntos una empresa de seguridad que trabaja para casinos y hoteles.

Reacher asintió de nuevo. Había oído que Jorge Sánchez había dejado el ejército más o menos al mismo tiempo que él, un tanto frustrado y resentido. También sabía que Manuel Orozco tenía pensado permanecer en el servicio, pero tampoco era una gran sorpresa ver que había cambiado de opinión. Ambos hombres eran muy independientes, delgados, rápidos, correosos, impacientes con las tonterías.

—Dave O'Donnell está en Washington. Es investigador privado. Allí tiene mucho trabajo.

—No me extraña —precisó Reacher. O'Donnell había sido el más meticuloso. Se había encargado del papeleo de la unidad, casi solo. Tenía el aspecto de un caballero universitario, pero siempre llevaba una navaja en un bolsillo y unos nudillos de metal en el otro. Un tipo útil para tener siempre a mano.

—Karla Dixon está en Nueva York —continuó Neagley—. Trabaja en auditorías. Al parecer, entiende de dinero.

—Siempre tuvo buena cabeza para los números —dijo Reacher—. Lo recuerdo. —Reacher y Dixon habían pasado momentos de ocio intentando demostrar si eran verdaderos o falsos diversos teoremas matemáticos famosos. Una tarea inútil, porque ambos no eran más que simples aficionados, pero era una manera de pasar el tiempo. Dixon era morena, muy bonita, y casi menuda, una mujer feliz que pensaba lo peor

de las personas y casi siempre acertaba.

—¿Cómo es que sabes tanto de ellos? —preguntó Reacher.

—Les seguí la pista. Estoy interesada.

—¿Cómo es que no has podido hablar con ellos?

—No lo sé. Los he llamado, pero nadie respondió.

—Es decir, ¿se trata de un ataque contra nosotros de forma colectiva?

—No puede ser —contestó Neagley—. Yo al menos soy tan visible como Dixon y O'Donnell y nadie ha venido a por mí.

—Todavía.

—Quizá.

—¿Llamaste a los demás el mismo día que ingresaste el dinero en mi cuenta?

Neagley asintió.

—Solo han pasado tres días —señaló Reacher—. Quizás están todos ocupados.

—¿Entonces qué quieres hacer? ¿Esperarlos?

—Quiero olvidarme de ellos. Tú y yo podemos dar la cara por Franz. Solo nosotros dos.

—Sería mejor tener a la vieja unidad. Formábamos un buen equipo. Tú eras el mejor líder que ha tenido el ejército.

Reacher permaneció en silencio.

—¿Qué? —preguntó Neagley—. ¿En qué estás pensando?

—Estoy pensando en que si quisiese reescribir la historia comenzaría mucho más atrás.

Neagley cruzó las manos y las apoyó en la carpeta negra. Los dedos delgados, la piel bronceada, las uñas pintadas, los tendones y los músculos.

—Una pregunta —dijo ella—. Supón que ya hubiese contactado con los demás. Supón que no me hubiese preocupado de hacer el ingreso en tu cuenta. Supón que dentro de unos años te hubieses enterado de que habían asesinado a Franz y que nosotros seis nos habíamos vengado sin ti. ¿Cómo te sentirías?

Reacher se encogió de hombros. Hizo una pausa.

—Supongo que mal —admitió—. Quizás estafado. Dejado de lado.

Neagley no dijo nada más.

—Vale, intentaremos encontrar a los demás —agregó Reacher—. Pero no esperaremos eternamente.

Neagley tenía un coche de alquiler en el aparcamiento. Pagó la cuenta y llevó a Reacher al exterior. El coche era un Mustang descapotable rojo. Subieron. Neagley apretó un botón y bajó la capota. Sacó unas gafas de sol de la guantera y se las puso. Salió de la plaza de aparcamiento y giró al sur para dejar Sunset en el primer semáforo. Tomó rumbo a Beverly Hills. Reacher permaneció en silencio a su lado con los ojos entrecerrados para protegerse del sol de la tarde.

En el interior de un Ford Crown Victoria marrón, a treinta metros al oeste del restaurante, un hombre llamado Thomas Brant los observó mientras se iban. Utilizó el móvil para llamar a su jefe, un hombre llamado Curtis Mauney. Este no respondió, así que Brant dejó un mensaje de voz.

—Ella acaba de recoger al primero.

Aparcado cinco coches detrás del Ford de Brant había un Chrysler azul oscuro conducido por un hombre con un traje azul oscuro. Él también observó como desaparecía el Mustang rojo y también utilizó el móvil.

—Ella acaba de recoger al primero —dijo—. No sé quién es. Un tipo grande, con pinta de vagabundo. —Escuchó la respuesta de su jefe, y se lo imaginó arreglándose la corbata sobre la pechera de la camisa, con una mano, mientras sujetaba el teléfono con la otra.

Como su nombre sugería, el hotel Beverly Wilshire estaba en el bulevar Wilshire, en el corazón de Beverly Hills, delante mismo de la entrada de Rodeo Drive. El hotel consistía en dos grandes edificios, uno detrás de otro, uno viejo y ornamentado, el otro nuevo y sencillo. Estaban separados por una callejuela que corría paralela al bulevar.

Neagley entró con el Mustang y se detuvo junto a un grupo de coches negros de lujo.

—No puedo permitirme alojarme aquí —protestó Reacher.

—Ya tengo tu habitación reservada.

—¿Reservada o pagada?

—Va a cargo de mi tarjeta.

—No podré pagártela.

—Olvídalo.

—Este lugar tiene que costar unos cuantos cientos por día.

—Por el momento lo dejaré correr. Quizás en el camino podamos conseguir algún botín de guerra.

—Si los malos son ricos.

—Lo son —señaló Neagley—. Tienen que serlo. ¿Cómo si no podrían permitirse tener su propio helicóptero?

Dejó la llave en el contacto y el motor en marcha. Abrió la pesada puerta roja y salió del coche. Reacher hizo lo mismo por su lado. Apareció una aparcacoches corriendo y le dio a Neagley un número. Ella lo cogió, pasó por delante del Mustang y subió los escalones que daban al vestíbulo del hotel por detrás. Reacher la siguió. La miró moverse. Flotaba como si no pesase nada. Neagley pasó por el atestado pasillo y salió a la recepción, que tenía el tamaño y la forma del salón de un castillo. Había una mesa de entrada, una mesa para el botones, el mostrador del conserje, todas separadas. Había butacas de terciopelo con huéspedes vestidos de veintiún botones sentados en ellas.

—Aquí tengo pinta de vagabundo —protestó Reacher.

—O de multimillonario. Hoy en día es imposible saberlo.

Ella lo llevó hasta el mostrador y él se registró. Neagley le había reservado la habitación a nombre de Thomas Shannon, que había sido el contrabajista de Stevie Ray Vaughan en sus tiempos, y uno de los favoritos de Reacher. Él sonrió. Le gustaba evitar dejar rastros de papeleo, siempre que era posible. Siempre le había gustado. Un puro acto reflejo. Se volvió hacia Neagley para darle las gracias con un gesto y preguntó:

—¿Cómo te llamas aquí?

—Con mi nombre verdadero —respondió ella—. Ya no hago esas cosas. Ahora es demasiado complicado.

El recepcionista le dio una tarjeta llave y Reacher se la guardó en el bolsillo de la camisa. Se apartó del mostrador y miró la sala. Piedra, candelabros a media luz, alfombras mullidas, flores en grandes jarrones de cristal. Aire perfumado.

—Comencemos —dijo.

Comenzaron en la habitación de Neagley, que en realidad era una *suite* de dos habitaciones. El salón era alto, cuadrado, majestuoso y estaba pintado en tonos azules y dorados. Bien podría haber sido una habitación en el palacio de Buckingham. Había una mesa junto a la ventana con dos ordenadores portátiles. Junto a los ordenadores el soporte de un teléfono móvil y a su lado una agenda nueva abierta, del tamaño de una carta, la clase de libreta que un estudiante de instituto podía comprar en septiembre. Al final de la fila, una pequeña pila de hojas impresas. Formularios. Cinco. Cinco nombres, cinco direcciones, cinco números de teléfono. La vieja unidad, menos dos muertos y dos presentes.

—Háblame de Stan Lowrey —pidió Reacher.

—No hay mucho que decir. Dejó el ejército, se fue a Montana, le mató una camioneta.

—La vida es una mierda y después te mueres.

—Qué me vas a contar.

—¿Qué estaba haciendo en Montana?

—Criaba ovejas. Hacía mantequilla.

—¿Solo?

—Había una novia.

—¿Todavía está allí?

—Es probable. Tenían muchas hectáreas.

—¿Por qué ovejas? ¿Por qué mantequilla?

—No hacen falta investigadores privados en Montana. Y allí es donde vive su novia.

Reacher asintió. A primera vista Stan Lowrey no parecía el candidato obvio para una fantasía rural. Era un negro de huesos grandes de alguna mísera ciudad industrial, en Pensilvania Oeste, listo como una anguila y duro como una traviesa de ferrocarril. Los callejones oscuros y los salones de billar parecían ser su entorno natural. Pero en algún lugar de su ADN había un claro vínculo con la tierra. A Reacher no le sorprendió que se hubiese convertido en granjero. Se lo podía imaginar, vestido con un viejo peto, con la hierba hasta las rodillas, debajo de un enorme cielo azul, con frío pero feliz.

—¿Por qué no podemos contactar con los demás? —preguntó.

—No lo sé —contestó Neagley.

—¿En qué estaba trabajando Franz?

—Nadie parece tener esa información.

—¿Su nueva esposa no dijo nada?

—No es nueva. Llevaban casados cinco años.

—Es nueva para mí —dijo Reacher.

—No he podido interrogarla. Estaba al teléfono, diciéndome que su marido estaba muerto. Y puede que no lo sepa.

—Tendremos que preguntárselo. Es obvio que ella es el punto de partida.

—Después de que intentemos llamar de nuevo a los demás —dijo Neagley.

Reacher cogió las cinco hojas impresas, le dio tres a Neagley y él se quedó con dos. Ella utilizó el móvil y Reacher el teléfono de la habitación, que estaba sobre una mesa. Comenzaron a marcar. A él le habían tocado los informes de Dixon y O'Donnell. Karla y Dave, residentes en la Costa Este. Nueva York y Washington. Ninguno respondió. Se pusieron en marcha los contestadores automáticos. Dejó el mismo mensaje a ambos: «Soy Jack Reacher con un diez-treinta de Frances Neagley en el hotel Beverly Wilshire en Los Ángeles, California. Mueve el culo y llámala». Luego colgó y se volvió hacia donde Neagley caminaba de un extremo a otro de la habitación y dejaba el mismo mensaje para Tony Swan.

—¿No tienes los números de sus casas? —preguntó él.

—Ninguno de ellos figura en la guía. Es algo lógico. Tampoco figura el mío. Mi equipo en Chicago está trabajando en ello. Pero no es fácil en estos días. Los ordenadores de las compañías telefónicas se han hecho mucho más seguros.

—Seguro que usan móviles —señaló Reacher—. ¿No los usa todo el mundo?

—Tampoco tengo sus números.

—Pero estén donde estén pueden llamar y consultar sus contestadores automáticos, ¿no?

—Sin problemas.

—¿Entonces por qué no lo han hecho? ¿En tres días?

—No lo sé —admitió Neagley.

—Swan debe de tener una secretaria. Es director ayudante de algo. Debe de tener un montón de personal a sus órdenes.

—Lo único que dicen es que de momento está ausente de su despacho.

—Déjame que pruebe. —Buscó el número de Swan en la página que tenía Neagley y apretó el nueve para tener línea. Marcó. Oyó cómo se establecía la conexión. Oyó las llamadas del teléfono de Swan.

Sonó, sonó.

—Ninguna respuesta —se quejó.

—Alguien ha respondido hace un minuto —dijo Neagley—. Es su línea directa.

Ninguna respuesta. Sostuvo el teléfono contra su oreja y escuchó el paciente pitido electrónico. Diez veces, quince, veinte. Treinta. Colgó. Verificó el número y lo intentó de nuevo. El mismo resultado.

—Extraño —opinó—. ¿Dónde demonios está?

Miró de nuevo la hoja de papel. Nombre y número. La línea de la dirección estaba en blanco.

—¿Dónde está este lugar? —preguntó.

—No estoy segura.

—¿No tiene un nombre?

—New Age Defense Systems. Es la respuesta que dan.

—¿Qué clase de nombre es ese para un fabricante de armamento? ¿Es que te matan con bondad? ¿Tocan música de gaita hasta que te hartas y te cortas las venas?

—Marcó el número de información. La operadora le dijo que New Age Defense Systems no aparecía en ningún listín de Estados Unidos. Colgó.

—¿Pueden las empresas no figurar en la guía? —preguntó.

—Supongo que sí en el negocio de defensa —dijo Neagley—. Y son nuevos.

—Hemos de encontrarlos. Tienen que disponer de una sede en alguna parte. Al menos un despacho, para que el gobierno les pueda enviar los talones.

—Vale, lo añadiremos a la lista. Después de la visita a la señora Franz.

—No, antes —dijo Reacher—. Las oficinas cierran. Las viudas siempre están disponibles.

Así que Neagley llamó a su tipo en Chicago y le dijo que buscara la dirección física de New Age Defense Systems. Reacher siguió la conversación, y hacia la mitad oyó que al parecer la mejor manera era entrar en los ordenadores de FedEx, UPS o DHL. Todo el mundo recibe paquetes, y los mensajeros necesitan direcciones físicas. No podían utilizar apartados postales. Tenían que entregar los paquetes a personas reales y que les firmasen la entrega.

—Que también consiga el número de los móviles —le pidió Reacher—. De los otros.

Neagley tapó el micro del teléfono.

—Los lleva buscando desde hace tres días. No es fácil. —Después colgó y fue hasta la ventana. Miró a las personas que aparcaban sus coches.

—Ahora toca esperar —dijo.

Esperaron menos de veinte minutos, y entonces sonó uno de los portátiles de Neagley para avisar de la llegada de un correo electrónico proveniente de Chicago.

El correo electrónico proveniente de Chicago contenía la dirección de New Age, una cortesía de UPS. En realidad, dos direcciones. Una en Colorado, otra en Los Ángeles Este.

—Tiene sentido —comentó Neagley—. Distribuir la fabricación. Más fácil de esa manera. En caso de ataque.

—Una mierda —dijo Reacher—. Son dos grupos de senadores. Mucha pasta a repartir. Los republicanos allí arriba, los demócratas aquí abajo, para que puedan meter los hocicos en el comedero en las dos partes.

—Swan no hubiese ido hasta allí si eso fuese todo.

—Quizá no —asintió Reacher.

Neagley abrió el mapa y juntos buscaron la dirección en Los Ángeles Este. Estaba más allá de Echo Park, pasado el estadio de los Dodgers, en algún lugar en tierra de nadie entre Pasadena Sur y Los Ángeles Este.

—Está muy lejos —comentó Neagley—. Podríamos tardar horas. Ya ha comenzado la hora punta.

—¿Ya?

—La hora punta en Los Ángeles comenzó hace treinta años. Se acabará cuando se agote el petróleo. O el oxígeno. De todas formas, no podremos llegar allí antes de que cierren. Por tanto, podríamos dejar New Age para mañana e ir a ver hoy a la señora Franz.

—Como dije al principio. Haces conmigo lo que quieres.

—Ella está más cerca, eso es todo, y es importante.

—¿Dónde está?

—En Santa Mónica.

—¿Franz vivía en Santa Mónica?

—No en primera línea de mar. Pero así y todo, estoy segura de que es bonito.

Era bonito. Más de lo que se podía esperar. Era una casa pequeña en una calle pequeña a mitad de camino entre la Autopista-10 y el aeropuerto de Santa Mónica, unos tres kilómetros tierra adentro. En realidad, no era una ubicación de las más caras, pero era una casa muy bonita. Neagley pasó por delante dos veces buscando un lugar donde aparcar. Era una pequeña estructura simétrica. Dos grandes ventanas saledizas a lado y lado de la puerta principal. Un tejado con alero con una amplia galería debajo. Dos mecedoras en la galería. Algo de piedra, unas cuantas vigas Tudor, algunas influencias modernistas, algo de Frank Lloyd Wright, tejas españolas. Una auténtica confusión de estilos en un edificio muy pequeño, pero funcionaba. Tenía mucho encanto. Y estaba immaculado. La pintura seguía perfecta. Resplandecía. Las ventanas estaban limpias. Brillaban. El jardín, cuidado. El césped, cortado. Las flores, preciosas, sin un solo hierbajo. Un pequeño camino para la entrada de los coches, suave como el cristal y barrido. Calvin Franz había sido un hombre

concienzudo y meticoloso, y Reacher tenía la sensación de que estaba viendo una manifestación de toda la personalidad de su viejo amigo en esa pequeña residencia.

Después de esperar un rato, una señora salió con su Toyota Camry a dos calles de allí y Neagley aparcó el Mustang en el hueco. Lo cerró y caminaron de regreso juntos. Era la última hora de la tarde pero aún hacía calor. Reacher olía el mar.

—¿A cuántas viudas hemos visitado? —preguntó Reacher.

—Demasiadas.

—¿Dónde vives?

—En Lake Forest, Illinois.

—He oído hablar del sitio. Se supone que es un lugar bonito.

—Lo es.

—Felicitaciones.

—Trabajé duro para conseguirlo.

Entraron en la calle de Franz y luego en la entrada de coches. Acortaron el paso en el breve trayecto hasta la puerta. Reacher no tenía muy claro con qué se encontrarían. En el pasado había tenido que visitar a viudas mucho más recientes que los diecisiete días en el caso de la mujer de Franz. Muy a menudo ni siquiera se habían enterado de que eran viudas hasta que él había aparecido para decírselo. No tenía muy claro si esos diecisiete días supondrían una diferencia. No sabía en qué parte del proceso podía estar.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Angela —contestó Neagley.

—Vale.

—El chico se llama Charlie.

—De acuerdo.

—Tiene cuatro años.

—Sí.

Subieron a la galería y Neagley encontró el timbre y apoyó el dedo con suavidad, un breve instante, respetuosamente, como si el circuito eléctrico pudiese percibir la deferencia. Reacher oyó el sonido de una campana en el interior de la casa y después nada. Esperó. Al cabo de un minuto y medio se abrió la puerta. Al parecer por una mano invisible. Entonces Reacher miró hacia abajo y vio a un niño que se estiraba para llegar al pomo. El pomo estaba muy arriba, el niño era pequeño y la única manera de alcanzarlo era poniéndose de puntillas.

—Tú debes de ser Charlie —dijo Reacher.

—Lo soy —respondió el niño.

—Yo era amigo de tu papá.

—Mi papá está muerto.

—Lo sé. Estoy muy triste.

—Yo también.

—¿Ya te dejan abrir la puerta a ti solo?

—Sí —dijo el niño—. Me dejan.

Tenía el mismo aspecto de Calvin Franz. El parecido era extraordinario. El rostro era el mismo. También la forma del cuerpo. Las piernas cortas, la cintura baja, los brazos largos. Los hombros no eran más que piel y huesos debajo de la camiseta pero de alguna manera ya insinuaban el aspecto simiesco que tendrían después. Los ojos eran los de Franz, calcados, oscuros, fríos, serenos, consoladores. Como si el chico estuviese diciendo no se preocupen, todo va a ir bien.

—Charlie, ¿está tu mamá en casa?

El chico asintió.

—Está atrás —respondió. Soltó el pomo y se apartó para dejarles entrar. Neagley entró primero. La casa era demasiado pequeña como para que cualquier parte de ella pudiese estar detrás de otra. Era como una habitación amplia dividida en cuatro cuadrantes. Dos dormitorios pequeños con un baño entre ellos a la derecha, se dijo Reacher. Una pequeña sala de estar en la esquina delantera izquierda y una cocina pequeña atrás. Eso era todo. Pequeña, pero hermosa. Todo era blanco y amarillo pálido. Había flores en los jarrones. Las ventanas tenían persianas de madera blanca. Los suelos eran de madera oscura encerada. Reacher se encargó de cerrar la puerta. Desapareció el ruido de la calle y el silencio reinó en la casa. En otro tiempo una buena sensación, pensó. Ahora quizá no tan buena.

Una mujer salió de la cocina, por detrás de un tabique tan pequeño que no hubiese podido ofrecer un escondite accidental. Reacher se dijo que había ido a esconderse, con toda intención, cuando sonó el timbre. Se veía mucho más joven que él. Un poco más joven que Neagley.

Más joven de lo que era Franz.

Era una mujer alta, rubia platino, ojos azules como una escandinava, y delgada. Vestía un suéter con cuello de pico, y se le marcaban los huesos. Se la veía muy pulcra, maquillada, perfumada y el pelo cepillado. Muy compuesta, pero no relajada. Reacher veía su tremendo desconcierto en sus ojos, como si llevase una máscara de miedo debajo de la piel.

Por un momento reinó un silencio incómodo y después Neagley se adelantó y dijo:

—¿Angela? Soy Frances Neagley. Hablamos por teléfono.

Angela Franz sonrió de una manera automática y tendió la mano. Neagley se la estrechó por un momento y después Reacher se adelantó para presentarse:

—Soy Jack Reacher. Siento mucho su pérdida. —Le estrechó la mano, que parecía fría y frágil en la suya.

—Ha utilizado esas palabras en más de una ocasión —comentó ella—. ¿No es así?

—Eso me temo —admitió Reacher.

—Usted aparecía en la lista de Calvin —señaló ella—. Era policía militar como él.

Reacher sacudió la cabeza.

—No como él. Ni la mitad de bueno.

—Es usted muy amable.

—Es la verdad. Lo admiraba muchísimo.

—Me habló de usted. Quiero decir, de todos ustedes. Muchas veces. Algunas veces me sentía como una segunda esposa. Como si él hubiese estado casado antes. Con todos ustedes.

—Así era —asintió Reacher—. El servicio era como una familia. Si tienes suerte, claro, y nosotros la tuvimos.

—Calvin decía lo mismo.

—Creo que después todavía fue más afortunado.

Angela sonrió de nuevo, de la misma manera mecánica.

—Quizá. Pero la suerte se le acabó, ¿no?

Charlie los miraba. Los ojos de Franz entreabiertos, atentos.

—Muchísimas gracias por venir —dijo Angela.

—¿Hay alguna cosa que podamos hacer por usted? —preguntó Reacher.

—¿Pueden resucitar a los muertos?

Reacher no dijo nada.

—Por la manera en que él hablaba de ustedes, no me sorprendería que pudiesen.

—Podemos encontrar a quien lo hizo —señaló Neagley—. Es lo que mejor sabemos hacer. Y es el máximo a lo que podemos llegar para traerle de vuelta. Por decirlo de alguna manera.

—Pero no lo traerá de vuelta.

—No, no lo hará. Lo siento mucho.

—¿Por qué están aquí?

—Para ofrecerle nuestro pésame.

—Pero ustedes no me conocen, yo aparecí después. No fui parte de todo aquello. —Angela se apartó hacia la cocina. Luego cambió de opinión, se volvió y pasó de lado entre Reacher y Neagley para sentarse en la sala de estar. Apoyó las palmas en los brazos de su sillón. Reacher vio cómo movía los dedos. Un movimiento apenas perceptible, como si estuviese tecleando o tocando un piano invisible mientras dormía.

—Yo no era parte del grupo —continuó—. Algunas veces deseaba haberlo sido. Significaba tanto para Calvin. Solía decir: no te metas con los investigadores especiales. Lo utilizaba como un estribillo a todas horas. Cuando miraba el fútbol americano y cazaban al *quarterback* de manera espectacular, decía: «Sí, chico, no te metas con los investigadores especiales». Se lo decía a Charlie. Le decía que hiciese algo, y si el chico protestaba, Calvin le decía: «Charlie, no te metas con los investigadores especiales».

Charlie los miró con una sonrisa.

—No te metas —dijo, con una vocecita aflautada pero con la entonación de su

padre, y después se detuvo como si las palabras más largas fuesen demasiado difíciles para él.

—Están aquí por el eslogan, ¿no? —preguntó Angela.

—En realidad no —contestó Reacher—. Estamos aquí por lo que hay detrás del eslogan. Nos ocupábamos los unos de los otros. Eso es todo. Estoy aquí porque Calvin hubiese estado aquí por mí si la situación hubiese sido a la inversa.

—¿Hubiese estado?

—Eso creo.

—Había renunciado a todo aquello. Cuando nació Charlie. Sin ninguna presión por mi parte. Quería ser padre. Renunció a todo excepto a los trabajos más fáciles y seguros.

—No creo que pudiese hacerlo.

—No, supongo que no.

—¿En qué estaba trabajando?

—Lo siento —dijo Angela—. Tendría que haberles invitado a sentarse.

No había sofá en el salón. No había espacio para ello. Cualquier sofá de tamaño normal hubiese cerrado la entrada a los dormitorios. Había dos butacas además de una pequeña mecedora para Charlie. Las butacas flanqueaban una pequeña chimenea donde había flores secas en un jarrón de loza. La mecedora de Charlie estaba a la izquierda de la chimenea. Su nombre aparecía escrito en el respaldo, con un hierro caliente o un soldador, siete letras, una escritura pulida. Bien hecha, pero no un trabajo profesional. Lo más probable es que fuera obra del propio Franz. Un regalo de padre a hijo. Reacher lo miró por un momento. Luego se sentó en la butaca opuesta a Angela y Neagley lo hizo en el brazo a su lado, su muslo a menos de dos centímetros de su cuerpo, pero sin tocarlo.

Charlie pasó por encima de los pies de Reacher y se sentó en su mecedora de madera.

—¿En qué estaba trabajando Calvin? —preguntó Reacher de nuevo.

—Charlie, tendrías que salir a jugar —dijo Angela Franz.

—Mamá, quiero quedarme aquí —protestó Charlie.

—¿Angela, en qué estaba trabajando Calvin? —insistió Reacher.

—Desde que nació Charlie solo se ocupó de averiguar antecedentes —dijo Angela—. Era un buen negocio. Sobre todo aquí en Los Ángeles. A todos les preocupa contratar a un ladrón o a un drogadicto. O salir con uno, o incluso casarse con uno. Alguien conoce a otro en Internet o en un bar y lo primero que hacen es buscar a la persona en Google, y lo segundo llamar a un detective privado.

—¿Dónde trabajaba?

—Tenía un despacho en Culver City. Era un local pequeño, una habitación de alquiler. En la esquina de Venice y La Ciénaga. Se llegaba fácilmente desde la 10. Le gustaba el lugar. Supongo que tendré que ir y traerme sus cosas a casa.

—¿Nos daría su permiso para ir allí? —preguntó Neagley.

—Los policías ya lo han revisado.

—Tendríamos que revisarlo de nuevo.

—¿Por qué?

—Porque tuvo que estar trabajando en algo más grande que una averiguación de antecedentes.

—Los drogadictos matan a personas, ¿no? Y algunas veces los ladrones.

Reacher miró a Charlie, y vio a Franz que le devolvía la mirada.

—Pero no de la manera en que parece haber sucedido.

—De acuerdo. Revísenlo si quieren.

—¿Tiene una llave? —preguntó Neagley.

Angela se levantó sin prisas y fue hasta la cocina. Volvió con dos llaves sin marcar, una grande y otra pequeña, en un llavero de dos centímetros de diámetro. Las sujetó en la palma por un momento y luego se las dio a Neagley, un tanto a desgana.

—Me gustaría recuperarlas. Estas eran sus llaves.

—¿Guardaba cosas aquí? —preguntó Reacher—. ¿Notas, archivos, cosas por el estilo?

—¿Aquí? —dijo Angela—. ¿Cómo? Tuvo que dejar de usar camisetas cuando nos mudamos aquí para ahorrar espacio en los cajones.

—¿Cuándo se mudaron aquí?

Angela seguía de pie. Una mujer delgada, pero parecía llenar el pequeño espacio.

—Inmediatamente después de que naciese Charlie. Queríamos una casa de verdad. Aquí éramos muy felices. Pequeño, pero era todo lo que necesitábamos.

—¿Qué pasó la última vez que le vio?

—Salió por la mañana, como siempre. Pero nunca más volvió.

—¿Cuándo fue?

—Cinco días antes de que los policías viniesen a decirme que habían encontrado su cuerpo.

—¿Alguna vez habló con usted de su trabajo?

—¿Charlie, quieres tomar algo? —preguntó Angela.

—Estoy bien, mamá —contestó Charlie.

—¿Calvin habló alguna vez con usted de su trabajo? —repitió Reacher.

—No mucho. Algunas veces los estudios querían comprobar los antecedentes de un actor, para saber si tenía algo oculto. Él me comentaba los cotilleos del mundo del cine. Eso era todo.

—Cuando le conocimos era un tipo bastante directo —comentó Reacher—. Siempre decía lo que tenía en mente.

—Nunca dejó de hacerlo. ¿Cree que inquietó a alguien?

—No, solo me pregunto si alguna vez fue más delicado. Y si no fue así, si a usted le gustaba o no.

—Me encantaba. Me encantaba todo lo suyo. Respeto la honestidad y la claridad.

—O sea que no le importa si soy directo.

—Adelante.

—Creo que hay algo que no nos está diciendo.

Angela Franz se sentó de nuevo y preguntó:

—¿Qué cree que no le estoy diciendo?

—Algo útil —contestó Reacher.

—¿Útil? ¿Qué podría ser útil para mí ahora?

—No solo para usted. También para nosotros. Calvin era suyo, porque usted se casó con él. Vale. Pero también era nuestro, porque trabajamos con él. Tenemos derecho a saber lo que le pasó, incluso si usted no quiere.

—¿Por qué cree que le estoy ocultando algo?

—Porque cada vez que me acerco a formularle una pregunta, usted la evita. Le pregunté en qué estaba trabajando Calvin, y nos invitó a sentarnos con mucha cortesía. Se lo pregunté de nuevo, y entonces le dijo a Charlie que saliese a jugar. No para evitarle oír su respuesta, sino porque necesitaba tiempo para decidir que no iba a responderme.

Angela lo miró a través de la pequeña sala, a los ojos.

—¿Y va a romperme un brazo ahora? Calvin me contó que una vez vio cómo rompía el brazo de alguien durante un interrogatorio. ¿O fue Dave O'Donnell?

—Lo más probable es que fuese yo —respondió Reacher—. A O'Donnell se le daba mejor romper piernas.

—Se lo juro —dijo Angela—. No oculto nada. Nada en absoluto. No sé en qué trabajaba Calvin y no me lo dijo.

Reacher la miró, hasta lo más profundo de los despavoridos ojos azules, y la creyó, solo un poco. Le estaba ocultando algo, pero no necesariamente de Calvin Franz.

—De acuerdo —dijo—. Me disculpo.

Neagley y él se marcharon poco después, con la dirección del despacho de Franz en Culver City, tras repetir sus manifestaciones de pésame y otro apretón de la mano fría y frágil.

El hombre llamado Thomas Brant los vio marchar. Estaba a veinte metros de su Crown Victoria, aparcado a cuarenta metros al oeste de la casa de Franz. Venía del bar de la esquina con una taza de café. Acortó el paso y miró a Reacher y Neagley desde atrás hasta que dieron la vuelta en una esquina a cien metros de distancia. Bebió un sorbo de café y llamó a su jefe, Curtis Mauney, y dejó un mensaje de voz describiendo lo que había visto.

En aquel mismo momento, el hombre del traje azul oscuro caminaba de regreso hacia su Chrysler azul oscuro. El coche estaba aparcado en el camino de servicio del Beverly Wilshire. El hombre del traje le había soltado cincuenta dólares al conserje como soborno, que este aceptó. Ya tenía una nueva información, pero estaba desconcertado por las implicaciones de lo que sabía. Llamó a su jefe por el móvil.

—Según el registro del hotel, el tipo grande se llama Thomas Shannon, pero no

hay ningún Thomas Shannon en nuestra lista.

—Creo que podemos estar seguros de que la lista es correcta —afirmó el jefe.

—Creo que sí.

—Por tanto, debemos suponer que Thomas Shannon es un nombre falso. Es obvio que esos tipos no pierden las viejas costumbres. Así que sigue con lo tuyo.

Reacher esperó hasta dar la vuelta a la esquina y salir de la calle de Franz.

—¿Has visto el Crown Vic marrón allí atrás? —preguntó Reacher.

—Aparcado —dijo Neagley—. Cuarenta metros al oeste de la casa, en el bordillo opuesto. Un modelo básico de 2002.

—Creo haber visto el mismo coche delante del Denny's cuando estábamos comiendo.

—¿Estás seguro?

—No del todo.

—Los viejos Crown Vic son coches muy comunes. Taxis, algunos tuneados, los coches que dan de baja las compañías de alquiler.

—Supongo.

—De todas maneras estaba vacío —añadió Neagley—. No tenemos por qué preocuparnos de coches vacíos.

—No estaba vacío delante del Denny's. Había un tipo al volante.

—Caso de ser el mismo coche.

Reacher se detuvo.

—¿Quieres volver? —preguntó Neagley.

Reacher esperó un momento, meneó la cabeza y volvió a caminar.

—No. Lo más probable es que no tenga ninguna importancia.

La 10 estaba atascada en dirección este. Ninguno de los dos conocía la geografía de Los Ángeles lo bastante bien como para arriesgarse a utilizar las calles adyacentes, así que recorrieron los ocho kilómetros de autopista hasta Culver City a una velocidad más lenta que el paso de un hombre. Llegaron donde el bulevar Venice cruzaba el bulevar La Ciénaga y a partir de ahí las indicaciones de Angela Franz fueron lo bastante precisas como para llevarles sin demora al despacho de su difunto marido. Era una calle de tiendas anodinas que acababan en una pequeña oficina de correos. No era una oficina importante del Servicio Postal de Estados Unidos. Solo un local de una sola planta. Reacher no conocía la terminología. ¿Una suboficina? ¿Una oficina satélite? ¿Una estafeta? Al lado había una farmacia, después una peluquería y luego una lavandería. A continuación, el despacho de Franz. El local tenía una puerta de cristal y la ventana pintada por el interior con una pintura marrón que llegaba a la altura de la cabeza y solo dejaba una estrecha franja para que entrase la luz. La franja estaba rematada con una moldura dorada con bordes negros. En la puerta un cartel decía «Calvin Franz Investigaciones Discretas» y tenía también un número de teléfono escrito en la misma tipografía de letras doradas con borde negro, letras sin filigranas, tres líneas, a la altura del pecho, sencillas y al grano.

—Triste, ¿no? —dijo Reacher—. De la gran máquina verde a esto.

—Era padre —señaló Neagley—. Estaba ganando un dinero fácil. Era su libre elección. Ahora era lo único que quería.

—Yo creo que tu despacho en Chicago no tiene este aspecto.

—No, no lo tiene —admitió Neagley.

Sacó el llavero que Angela le había dado con tanta desgana. Escogió la llave grande, la metió en la cerradura y abrió la puerta. Pero no entró.

Porque el lugar había sido destrozado de arriba abajo.

Era un sencillo espacio cuadrado, pequeño para hacer de almacén, pero grande como despacho.

Los ordenadores, teléfonos y otros equipos que hubiese contenido habían desaparecido hacía tiempo. La mesa y los archivadores habían sido revisados y después destrozados a martillazos; cualquier unión o montaje había sido desarmado a la búsqueda de posibles escondites. Habían cortado el tapizado de la silla y extraído el relleno. Habían arrancado las tablas de las paredes y el aislante. Habían destrozado el techo. Habían levantado el suelo. Habían roto cualquier elemento que se encontraba en el baño. Había escombros y papeles rotos por todo el suelo, en algunos lugares hasta las rodillas y más. Destrozado de arriba abajo, como si hubiese estallado una bomba.

—Los polis del condado de Los Ángeles no hubiesen sido tan concienzudos.

—Ni de lejos —asintió Neagley—. Esto lo hicieron los malos para no dejar cabos sueltos. Recuperar lo que Franz podía tener de ellos. Antes de que los polis llegasen aquí. Seguramente varios días antes.

—¿Los polis vieron esto y no se lo dijeron a Angela? Ella no lo sabía. Dijo que vendría aquí para llevarse sus cosas a casa.

—No quisieron decírselo. ¿Qué sentido tenía alterarla todavía más?

Reacher volvió a la acera. Se movió a la izquierda y miró las letras doradas de la puerta: Calvin Franz Investigaciones Discretas. Levantó la mano y cubrió el nombre de su viejo amigo y luego intentó colocar mentalmente en su lugar el nombre de David O'Donnell. Después otros dos nombres: Sánchez y Orozco. Por último Karla Dixon.

—Desearía que respondiesen de una vez a sus malditos teléfonos —dijo.

—Esto no puede tener nada que ver con nosotros como grupo —opinó Neagley—. No puede ser. Han pasado más de diecisiete días y todavía no ha venido nadie a por mí.

—Ni a por mí —dijo Reacher—. Pero tampoco lo hizo Franz.

—¿A qué te refieres?

—Si Franz tenía problemas, ¿a quién llamaría? Al resto de nosotros, nos llamaría a nosotros. Pero no a ti, porque tú ya estabas muy arriba y probablemente muy ocupada. A mí tampoco, porque nadie aparte de ti podría encontrarme. Pero suponte que Franz se metió en un lío muy grave y llamó a los otros. Porque eran más

accesibles que nosotros dos. Suponte que todos vinieron aquí para ayudar. Suponte que todos estaban ahora en el mismo bote.

—¿Incluido Swan?

—Swan era el que estaba más cerca. Tuvo que ser el primero en llegar.

—Es posible.

—Probable —dijo Reacher—. Si Franz necesitaba realmente a alguien, ¿en quién más podía confiar?

—Tendría que haberme llamado a mí —dijo Neagley—. Yo hubiese venido.

—Quizás eras la siguiente en la lista. Quizás al principio creyó que seis serían suficientes.

—¿Pero qué clase de asunto puede hacer desaparecer a seis personas? A seis de nuestro grupo.

—Detesto pensarlo —manifestó Reacher y luego guardó silencio. En el pasado no hubiese dudado en enfrentar a cualquiera de su equipo ante cualquier contrincante. Lo había hecho en muchas ocasiones y siempre habían salido airosos, contra oponentes mucho peores de los que podías encontrar entre la población civil. Peores porque el entrenamiento militar tendía a mejorar el repertorio criminal en varias áreas importantes.

—No tiene ningún sentido quedarnos aquí —dijo Neagley—. Estamos perdiendo el tiempo. No encontraremos nada. Creo que debemos admitir que consiguieron lo que vinieron a buscar.

—Creo que podemos deducir que no lo encontraron —señaló Reacher.

—¿Por qué?

—Por una simple regla de tres —respondió Reacher—. Este lugar está destrozado de arriba abajo y de un lado a otro. Totalmente. Por lo general, cuando encuentras lo que buscas, dejas de buscar. Pero estos tipos no lo hicieron. Así que si encontraron lo que buscaban, fue por casualidad en el último lugar en que decidieron buscar. ¿Qué posibilidades hay de que fuese así? No muchas. Lo que creo es que no dejaron de buscar porque no encontraron lo que querían.

—¿Entonces dónde está?

—No lo sé. ¿Y cómo es?

—Hojas, un CD, un disquete, algo así.

—Pequeño —dijo Reacher.

—No se lo llevó a casa. Creo que separaba el hogar del trabajo.

«Piensa como ellos. Sé como ellos». Reacher se volvió y se quedó de espaldas a la puerta de Franz como si acabase de salir a la acera. Se miró la palma de la mano vacía. Había hecho mucho papeleo en su vida pero nunca había utilizado un disquete o grabado un CD. Pero sabía lo que era. Un disco de unos diez centímetros. A menudo en un delgado estuche de plástico. Un disquete era más pequeño. Cuadrado, de unos ocho centímetros. El trabajo en papel se reducía a un pequeño cuadrado de plástico.

—Pequeño.

Pero vital.

¿Dónde ocultaría Calvin Franz algo pequeño pero vital?

—Quizás estaba en su coche —sugirió Neagley—. Lo usaba para ir y venir del trabajo. Si era un CD lo tendría en la disquetera. Nada como ocultarlo a plena vista. Ya sabes, quizás en el cuarto lugar, después de los discos de John Coltrane.

—Miles Davis —dijo Reacher—. Le gustaba Miles Davis. Solo escuchaba a John Coltrane en los discos de Miles Davis.

—Podría haberlo disimulado como si fuera música que hubiera descargado. Ya sabes, podría haber escrito Miles Davis en el disco con un rotulador.

—Lo hubiesen encontrado —señaló Reacher—. Unos tipos tan concienzudos lo habrán comprobado todo. Yo creo que a Franz le hubiese gustado tener más seguridad. A plena vista significa tenerlo delante de ti todo el tiempo. No puedes relajarte. Yo creo que quería relajarse. Creo que quería ir a casa para estar con Angela y Charlie y no llevarse nada en su mente.

—¿Entonces dónde? ¿En una caja de seguridad?

—No veo ningún banco por aquí —respondió Reacher—. Tampoco creo que le hubiese gustado tenerlo lejos. No con este tráfico. Y menos si se planteaba una situación urgente. Las horas de atención bancaria no se ajustan muchas veces a las necesidades laborales.

—Hay dos llaves en el llavero —dijo Neagley—. Pero es posible que la más pequeña correspondiese al escritorio.

Reacher se volvió de nuevo y miró a través de la penumbra las pilas de escombros. Supuso que la cerradura de la mesa estaría en alguna parte. Un pequeño rectángulo de acero arrancado de la madera y tirado por ahí. Dio un paso atrás para volver a la acera. Miró a la izquierda, miró a la derecha. Cerró la mano y miró la palma vacía.

«En primer lugar: ¿Yo qué escondería?».

—Es un archivo de ordenador —dijo—. Tiene que serlo. Porque ellos sabían que debían buscarlo. Franz no les hubiese dicho ni una palabra de cualquier papel escrito. Es probable que primero buscasen en los ordenadores y encontraran algún rastro de que él había estado copiando archivos. Eso es posible, ¿no? Los ordenadores dejan rastro de todo. Pero Franz no les dijo dónde estaban las copias. Posiblemente le partieron las piernas por eso. Él guardó silencio, y por esa razón vinieron hasta aquí para hacer esta búsqueda desesperada.

—Entonces, ¿dónde está?

Reacher miró de nuevo su mano vacía.

«¿Dónde escondería yo algo pequeño y vital?».

—No debajo de cualquier piedra —comentó—. Buscaría algún lugar estructurado. Quizás algún lugar con custodia. Buscaría alguien que fuese responsable.

—Una caja de seguridad —repitió Neagley—. En un banco. La llave pequeña no tiene ninguna señal. Los bancos lo hacen.

—No me gustan los bancos —afirmó Reacher—. No me gustan los horarios ni me gustan las distancias largas. Quizás una vez, pero no a menudo. Como es el caso. Porque aquí hay algo así como una pauta. ¿No? ¿No es eso lo que las personas hacen con los ordenadores? Hacen copias de seguridad todas las noches. Así que esto no puede ser algo de una única vez. Sería una rutina. Algo que cambia las cosas hasta cierto punto. Para una única cosa, quizá puedas llegar más allá. Cada noche, necesitas algo seguro pero fácil. Pero siempre permanente.

—Me lo enviaría por correo electrónico a mí misma —dijo Neagley.

Reacher hizo una pausa, sonrió.

—Has dado en el clavo —dijo él.

—¿Crees que fue lo que hizo Franz?

—No exactamente —negó Reacher—. Los correos electrónicos hubiesen acabado de nuevo en su ordenador, que los malos han tenido en su poder. Habrían dedicado su tiempo a intentar dar con la clave en lugar de destrozar el despacho.

—¿Entonces qué hizo?

Reacher se volvió y miró a lo largo de la hilera de locales. La lavandería, el salón de belleza, la farmacia.

La oficina de correos.

—Nada de correos electrónicos —dijo—. El correo tradicional. Eso fue lo que hizo. Copiaba el material en un disquete, cada noche lo metía en un sobre y lo echaba al correo. Dirigido a sí mismo. A su apartado postal. Porque es allí donde recibía su correo. En la oficina postal. No hay un buzón en la puerta. Una vez que el sobre estaba fuera de sus manos se encontraba en un lugar seguro. Estaba en el sistema. Con un montón de custodios vigilándolo día y noche.

—Algo lento —señaló Neagley.

Reacher asintió.

—Debía de tener tres o cuatro disquetes en rotación. En un día cualquiera dos o tres de ellos estarían en algún lugar del correo. Pero cada noche se iba a casa sabiendo que su material estaba seguro. No es fácil asaltar un apartado de correos o conseguir que un empleado te dé algo que no te pertenece. La burocracia del servicio de correos estadounidense es tan segura como la de un banco suizo.

—La llave pequeña —dijo Neagley—. No es de su mesa ni tampoco de una caja de seguridad.

Reacher asintió de nuevo.

—Es de su apartado postal.

Pero la burocracia del servicio de correos de Estados Unidos tenía su propio funcionamiento. Era la última hora de la tarde. La lavandería estaba abierta. El salón de belleza estaba abierto. La farmacia estaba abierta. Pero la oficina de correos estaba cerrada. El horario de atención al público concluía a las cuatro.

—Mañana —dijo Neagley—. Nos vamos a tener que pasar todo el día en el coche. También tenemos que ir a ver a Swan, a menos que nos separemos.

—Tendremos que venir aquí los dos —señaló Reacher—. Puede que quizás aparezcan algunos de los otros para hacer parte del trabajo.

—Es lo que deseo. Y no porque me dé pereza. —Como parte de una rutina, ella sacó el móvil y miró la pequeña pantalla. Ningún mensaje.

Tampoco había ningún mensaje en la recepción del hotel. Ningún mensaje en el buzón de voz del teléfono de la habitación. Ningún mensaje electrónico en los ordenadores portátiles de Neagley.

Nada.

—No puede ser que no nos hagan caso —dijo Neagley.

—No —admitió Reacher—. Jamás actuarían así.

—Comienzo a tener un mal presentimiento.

—Yo lo tengo desde que fui a aquel cajero automático en Portland. Me había gastado toda la pasta invitando a alguien a cenar. Dos veces. Ojalá me hubiese quedado en su casa y pedido *pizza*. Seguro que ella hubiese pagado. Y así no sabría nada de todo esto.

—¿Ella?

—Alguien que conocí.

—¿Guapa?

—Un bombón.

—¿Más guapa que Karla Dixon?

—Comparable.

—¿Más guapa que yo?

—¿Acaso es posible?

—¿Te acostaste con ella?

—¿Con quién?

—La mujer de Portland.

—¿Por qué quieres saberlo?

Neagley no respondió. Mezcló las cinco páginas de información de contacto como si fuese una baraja, le dio dos a Reacher y ella se quedó con las otras tres. A Reacher le tocaron Tony Swan y Karla Dixon. Utilizó el teléfono de mesa y probó primero con Swan. Treinta, cuarenta llamadas, ninguna respuesta. Cortó y probó con

el número de Dixon. Un código de área 212, correspondiente a la ciudad de Nueva York. Ninguna respuesta. Seis llamadas, y saltó el contestador automático. Escuchó la voz conocida de Dixon, esperó el pitido y le dejó el mismo mensaje que había dejado antes: «Soy Jack Reacher con un diez-treinta de Frances Neagley en el hotel Beverly Wilshire en Los Ángeles, California. Mueve el culo y llámala. —Entonces hizo una pausa y añadió—: Por favor, Karla. Necesitamos tener noticias tuyas». —Colgó. Neagley estaba cerrando el móvil y sacudiendo la cabeza.

—No tiene buena pinta —dijo ella.

—Puede que estén de vacaciones.

—¿Todos al mismo tiempo?

—Puede que estén todos en la cárcel. Éramos un grupo bastante peligroso.

—Fue lo primero que comprobé. No están entre rejas.

Reacher no dijo nada.

—Así que te gusta Karla, ¿eh? —preguntó Neagley—. Sonabas muy tierno mientras le dejabas el mensaje.

—Me gustabais todos vosotros.

—Karla en especial, ¿verdad? ¿Alguna vez te acostaste con ella?

—No —respondió Reacher.

—¿Por qué no?

—Yo la recluté. Era su jefe. No hubiese estado bien.

—¿Fue la única razón?

—Es probable.

—Vale.

—¿Qué sabes de sus empresas? —preguntó Reacher—. ¿Hay alguna buena razón por la que todos estén ilocalizables durante varios días?

—Supongo que O'Donnell puede hacer viajes al extranjero —contestó Neagley—. Su actividad es muy amplia. Los asuntos matrimoniales podrían llevarle a hoteles en las islas. O a cualquier lugar, si está buscando a alguien que no paga la pensión. La custodia o el secuestro de hijos pueden llevarle a cualquier parte. Las personas que buscan adopciones algunas veces envían a los detectives privados a Europa del Este, o a China o adonde sea para verificar que todo sea legal. Hay montones de razones posibles.

—¿Pero?

—Tengo que obligarme a creer en alguna de ellas.

—¿Qué pasa con Karla?

—Podría estar en las Islas Caimán investigando las cuentas de alguien. Pero imagino que podría hacerlo a través del ordenador desde su despacho. No es como si el dinero estuviese de verdad allí.

—¿Entonces dónde está?

—Es virtual. Es electricidad en un ordenador.

—¿Qué pasa con Sánchez y Orozco?

—Viven en un mundo cerrado. No me imagino nada que pueda hacerles dejar Las Vegas. No por una cuestión profesional.

—¿Qué sabemos de la empresa de Swan?

—Existe. Hace negocios. Tiene una dirección. Aparte de eso, muy poco.

—Seguramente se trata de asuntos de seguridad, o Swan no hubiese sido contratado.

—Todos los contratistas de defensa necesitan seguridad. O creen que la necesitan, porque desean creer que su actividad es muy importante.

Reacher no hizo ningún comentario. Permaneció sentado y miró a través de la ventana. Comenzaba a oscurecer. Un largo día que se acababa.

—Franz no fue a su despacho la mañana que desapareció —dijo.

—¿Eso crees?

—Lo sabemos. Angela tenía su juego de llaves. Las dejó en casa. Aquel día iba a alguna otra parte.

Neagley no dijo nada.

—Y el casero del centro comercial vio a los malos —añadió Reacher—. La cerradura del local de Franz no estaba rota. No le quitaron la llave a Franz, porque no la tenía en el bolsillo. Por tanto, la consiguieron con engaños o le compraron una al casero. Por tanto, el casero los vio. Por tanto, necesitamos encontrarlo mañana, junto con todo lo demás.

—Franz tendría que haberme llamado —dijo Neagley—. Yo lo hubiese dejado todo.

—Pienso lo mismo —dijo Reacher—. Si tú hubieses estado aquí, nada de todo esto hubiese ocurrido.

Reacher y Neagley cenaron en el restaurante del hotel; una botella de agua mineral de Noruega costaba ocho dólares. Después de darse las buenas noches, se separaron y fueron a sus respectivas habitaciones. La de Reacher era un elegante cubo dos pisos por debajo de la *suite* de Neagley. Se desnudó, se dio una ducha, dobló su ropa y la colocó debajo del colchón para plancharla. Se acostó con las manos cruzadas detrás de la cabeza y miró el techo. Pensó en Calvin Franz por un minuto, en imágenes al azar, de la misma manera que la biografía de un candidato político se resume en un anuncio de televisión de treinta segundos. Su memoria hacía que algunas de esas imágenes fuesen de color sepia y otras apareciesen descoloridas, pero en todas ellas Franz se estaba moviendo, hablaba, reía, lleno de empuje y energía. Luego Karla Dixon se unió al desfile, pequeña, morena, sarcástica, riéndose con Franz. Dave O'Donnell estaba allí, alto, rubio, apuesto, como un agente de bolsa con una navaja. Y Jorge Sánchez, fuerte, con los ojos entrecerrados, con la sombra de una sonrisa por la que asomaba un diente de oro; eso era lo más cercano que llegaba a manifestar su alegría. Tony Swan, tan ancho como alto. Manuel Orozco, que abría y cerraba el Zippo porque le encantaba el sonido. Incluso Stan Lowrey estaba allí, sacudiendo la cabeza, marcando con los dedos en la mesa un ritmo que solo él podía

oír.

Luego Reacher borró todas esas imágenes, cerró los ojos y se quedó dormido a las diez y media de la noche, después de un largo día.

Las diez y media de la noche en Los Ángeles y la una y media de la madrugada del día siguiente en Nueva York. El último vuelo de British Airways desde Londres acababa de aterrizar en el JFK con retraso. La demora significaba que la última guardia de inmigración en la propia terminal de British Airways había cerrado, así que el avión fue hasta la terminal cuatro y descargó a sus pasajeros en la enorme sala de llegada. El tercero en la cola de visitantes era un pasajero de primera clase que había dormido en el asiento 2K durante la mayor parte del vuelo. Era de estatura mediana, peso medio, con ropa cara y desprendía la clase de confianza típica de las personas que saben lo afortunados que son por haber sido ricos siempre. Tenía unos cuarenta años. El cabello negro peinado a la perfección, la piel morena y las facciones regulares que podrían haberle hecho pasar por hindú, pakistaní, iraní, sirio, libanés, argelino, o incluso israelí o italiano. Su pasaporte era británico y pasó el examen del personal de inmigración sin ningún problema, lo mismo que las huellas digitales en la almohadilla electrónica. Diecisiete minutos después de desabrocharse el cinturón de seguridad el tipo salió a la rutilante noche de Nueva York y caminó con paso enérgico hacia la parada de taxis.

A las seis de la mañana siguiente Reacher subió a la habitación de Neagley. La encontró despierta y duchada y se dijo que había estado haciendo gimnasia durante una hora en alguna parte. Quizás en su habitación, o puede que en el gimnasio del hotel. Tal vez había salido a correr. Se la veía fibrada, enérgica y vital, su cuerpo sugería que había mucha sangre oxigenada corriendo por sus venas.

Pidieron que les subieran el desayuno y pasaron el tiempo de espera en otra inútil ronda de llamadas telefónicas. Ninguna respuesta de Los Ángeles Este, de Nevada, de Nueva York, de Washington. No dejaron mensajes. No volvieron a marcar. Cuando colgaron, no hicieron ningún comentario. Permanecieron en silencio hasta que llegó el camarero y se comieron los huevos, las crepes, el beicon y bebieron café. Luego Neagley llamó a recepción y pidió que le trajesen el coche.

—¿Primero la oficina de Franz? —preguntó.

—Franz es lo más importante.

Así que bajaron en el ascensor, subieron al Mustang juntos y fueron en dirección al sur por La Ciénaga hasta la oficina de correos en el extremo de Culver City.

Aparcaron delante mismo de la oficina destrozada de Franz y caminaron de nuevo por delante de la lavandería, el salón de manicura y la farmacia. La oficina de correos estaba vacía. Un cartel en la puerta indicaba que llevaba abierta desde hacía media hora. Era obvio que el público de primera hora ya se había marchado.

—No podemos hacerlo mientras esté vacía —comentó Reacher.

—Entonces vayamos primero a buscar al casero —dijo Neagley.

Preguntaron en la farmacia. Un hombre mayor con una chaqueta corta de color blanco estaba detrás del mostrador debajo de una anticuada cámara de seguridad. Les respondió que el propietario de la lavandería era el casero. Hablaba con la clase de recelosa hostilidad que los inquilinos siempre utilizan cuando hablan de las personas que les cobran el alquiler. Detalló un breve relato de éxitos en el que su vecino había venido de Corea, había abierto la lavandería y había utilizado las ganancias para hacerse con todos los locales del centro comercial. El sueño americano en acción. Reacher y Neagley le dieron las gracias, pasaron por delante de la peluquería y entraron en la lavandería. Encontraron al tipo que buscaban de inmediato. Iba de un lado a otro en una zona de trabajo que apestaba a productos químicos. Seis grandes lavadoras estaban en funcionamiento. Las tablas de planchar echaban vapor. Las perchas con las prendas en bolsas de plástico iban pasando arrastradas por una cinta mecánica. El tipo estaba bañado en sudor. Trabajaba duro. Por su apariencia, cualquiera diría que se merecía dos centros comerciales. O tres. Quizá ya los tenía. O más.

Reacher fue al grano.

—¿Cuándo vio a Calvin Franz por última vez?

—Casi nunca lo veía —respondió el tipo—. No podía verle. Pintó la ventana, fue

lo primero que hizo. —Lo dijo como si estuviese enfadado. Como si supiese que tendría que emplearse a fondo con una rasqueta antes de poder alquilar de nuevo el local.

—Tiene que haberle visto ir y venir. Estoy seguro de que nadie trabaja aquí más horas que usted.

—Supongo que lo veía de vez en cuando —admitió el tipo.

—¿Cuándo supone que dejó de verlo de vez en cuando?

—Hace tres o cuatro semanas.

—¿Justo antes de que apareciesen aquellos tipos y le pidiesen la llave?

—¿Qué tipos?

—Los tipos a los cuales les dio la llave.

—Eran polis.

—El segundo grupo de tipos eran polis.

—También los primeros.

—¿Le mostraron las placas?

—Estoy seguro de que sí.

—Estoy seguro de que no —dijo Reacher—. Es más, estoy seguro de que lo que le mostraron fue un billete de cien dólares. Quizá dos o tres.

—¿Y qué? Es mi llave y es mi local.

—¿Qué aspecto tenían?

—¿Por qué tengo que decírselo?

—Porque éramos amigos del señor Franz.

—¿Eran?

—Está muerto. Alguien lo arrojó de un helicóptero.

El propietario solo se encogió de hombros.

—No recuerdo a los tipos —insistió.

—Destrozaron su local. Lo que sea que le pagaron por la llave no cubre los daños.

—Reparar el local es mi problema. Es mi edificio.

—Suponga que se convierte en su pila de cenizas humeantes. Suponga que vuelvo esta noche y le quemó todos los locales.

—Iría a la cárcel.

—No lo creo. Un tipo con una memoria tan mala como la suya no tendría nada que decirle a la policía.

El tipo asintió.

—Eran blancos. Dos. Trajes azules. Un coche nuevo. Se parecían a todos los demás que veo.

—¿Es todo?

—Solo hombres blancos. No policías. Demasiado limpios y demasiado ricos.

—¿Nada de especial en ellos?

—Se lo diría si pudiese. Destrozaron mi local.

—Vale.

—Siento lo de su amigo. Parecía un buen tipo.

—Lo era —dijo Reacher.

Reacher y Neagley volvieron a la oficina de correos. Era un lugar pequeño y polvoriento. Decoración gubernamental. Actividad moderada. No obstante, ahora la actividad matinal estaba en plena marcha. Había un empleado trabajando y una cola de clientes. Neagley le dio a Reacher las llaves de Franz y se puso en la cola. Reacher se acercó a un pequeño mostrador y cogió un formulario al azar. Era una solicitud de confirmación de entrega. Utilizó el bolígrafo atado a una cadena, se inclinó y simuló rellenar el formulario. Movi6 su cuerpo de lado, apoy6 el codo en el mostrador y mantuvo la mano en movimiento. Mir6 a Neagley. Estaba a unos tres minutos de la cabeza de la cola. Utilizó el tiempo para observar las hileras de apartados.

Ocupaban toda la pared trasera del vestíbulo. Los había de tres tamaños. Pequeños, medianos y grandes. Seis hileras de los pequeños, luego cuatro hileras de los medianos y tres hileras de los grandes cerca del suelo. En total ciento ochenta pequeños, noventa y seis medianos y cincuenta y cuatro grandes. Todos juntos sumaban trescientos treinta.

¿Cuál sería el de Franz?

Por supuesto, uno de los grandes. Franz había dirigido una empresa y era la clase de empresa que generaba una gran cantidad de correo entrante. Una parte serían paquetes de tamaño grande. Informes de créditos, información financiera, transcripciones legales, fotos. Sobres grandes y rígidos. Revistas profesionales. O sea, una caja grande.

¿Pero qué caja grande?

No había manera de saberlo. Si le habían dado a escoger, Franz habría escogido la primera, la tercera desde el suelo, en el lado derecho. ¿Quién quiere caminar más de lo necesario desde la puerta y después agacharse casi hasta el suelo? Pero a Franz no le habrían dado a escoger. Si quieres un apartado de correos, aceptas lo que está disponible en el momento. Los zapatos de un muerto. Alguien se muere o se va, su apartado queda libre, lo heredas. Es una lotería. Una oportunidad entre cincuenta y cuatro.

Reacher metió la mano izquierda en el bolsillo y tocó la llave de Franz. Se dijo que le llevaría entre dos y tres segundos probarla en cada cerradura. En el peor de los casos, casi tres minutos en moverse por delante de los apartados. Muy expuesto. Todavía mucho peor si estaba intentando abrir un apartado delante mismo de su legítimo propietario que acababa de entrar detrás de él. Preguntas, quejas, gritos, llamadas a la policía de correos, un posible caso federal. Reacher no tenía ninguna duda de que podía salir del vestíbulo sin daños, pero no quería marcharse con las manos vacías. Oyó que Neagley decía: «Buenos días».

Miró a la izquierda y la vio a la cabeza de la cola. La vio inclinarse hacia adelante, reclamando atención. Vio como la mirada del empleado se fijaba en la de ella. Dejó caer el bolígrafo y sacó la llave del bolsillo. Se movió con discreción hacia

la pared de los apartados e intentó la primera cerradura a la izquierda, la tercera de arriba desde el suelo.

Fracaso.

Movió la llave en ambos sentidos. Ningún movimiento. La sacó y probó en la cerradura de la siguiente de abajo. Fracaso. La tercera. Fracaso.

Neagley estaba formulando una larga y complicada pregunta sobre las tarifas postales aéreas. Tenía los codos apoyados en el mostrador. Estaba haciendo que el empleado se sintiese como el tipo más importante del mundo. Reacher se movió a la derecha y probó de nuevo con una caja de las de arriba, la tercera desde el suelo.

Fracaso.

Cuatro probadas, quedaban cincuenta. Había consumido doce segundos, las probabilidades habían mejorado de uno coma ochenta y cinco entre cien a dos entre cien. Probó la siguiente caja hacia abajo. Fracaso. Se puso en cuclillas, y probó con la caja más cercana al suelo.

Fracaso.

Permaneció agachado y se movió a la derecha. Comenzó la siguiente columna de abajo hacia arriba. No tuvo suerte con la más baja. No tuvo suerte con la de en medio. No tuvo suerte con la tercera de arriba. Nueve eliminadas, transcurridos veinticinco segundos. Neagley continuaba hablando. Entonces Reacher tomó conciencia de una mujer que se le acercaba por la izquierda. Abrió su apartado, arriba de todo. Sacó un montón de correo comercial. Permaneció allí buscando. «Muévete —le rogó mentalmente—. Ve a la papelera». La mujer se apartó. Él se movió a la derecha y probó con la cuarta hilera. Neagley continuaba hablando. El empleado continuaba escuchando. La llave no encajó en la caja de arriba. No encajó en la del medio. No encajó en la de abajo.

Doce eliminadas. Las probabilidades eran ahora de una entre cuarenta y dos. Mejor, pero no bien. La llave no funcionó en ninguna de las cajas de la quinta hilera. Tampoco en la sexta. Dieciocho descartadas. Eliminadas una tercera parte. Las probabilidades aumentaban por momentos. «Míralo por el lado bueno». Neagley continuaba hablando. La oía. Sabía que detrás de ella las personas de la cola comenzaban a impacientarse. Moverían los pies. Mirarían a uno y otro lado, aburridos e inquisitivos.

Comenzó con la séptima hilera, por arriba. Movió la llave. No se movió. Nada que hacer con la caja del medio. Tampoco la de abajo. Neagley había dejado de hablar. El empleado le explicaba algo. Ella fingía no comprender. Reacher se movió de nuevo a la derecha. La octava hilera. La llave no encajó en la caja de arriba. En el vestíbulo comenzaba a reinar el silencio. Reacher notaba las miradas a su espalda. Bajó la mano, probó con la caja del medio en la octava fila.

Movió la llave. El débil sonido metálico sonó muy fuerte.

Fracaso.

En el vestíbulo reinó el silencio.

Reacher probó la caja más baja en la octava fila.

Movió la llave.

Giró.

Se abrió la cerradura.

Reacher retrocedió un paso, abrió la pequeña puerta al máximo y se agachó. El apartado estaba lleno. Sobres acolchados, grandes sobres marrones, grandes sobres blancos, cartas, catálogos, revistas envueltas en plástico, tarjetas postales.

El sonido volvió al local.

Reacher oyó a Neagley que decía: «Muchas gracias por su ayuda». Oyó sus pisadas en el mosaico. Oyó cómo se movía la cola detrás de ella. Notó que las personas volvían a concentrarse en sus posibilidades de acabar con sus asuntos antes de hacerse viejos y morir. Deslizó la mano en la caja y empujó el contenido hacia afuera. Lo reunió todo en un paquete, lo sujetó entre las palmas y se levantó. Se metió la pila debajo del brazo, cerró la caja, se guardó la llave y salió como la cosa más natural del mundo.

Neagley lo esperaba en el Mustang, tres puertas más allá. Reacher se inclinó, dejó caer la montaña de correo en el interior y después subió. Buscó entre la pila y sacó cuatro sobres acolchados pequeños dirigidos a Franz escritos en su propia letra.

—Demasiado pequeños para que se trate de un CD —dijo.

Los acomodó por orden de fechas de acuerdo con los matasellos. El más reciente había sido matasellado la misma mañana que Franz había desaparecido.

—Pero enviado la noche anterior —añadió.

Abrió el sobre y sacó un pequeño objeto plateado. Metálico, plano, de unos siete centímetros de largo, un centímetro y medio de ancho, delgado, con una tapa de plástico. Parecido a algo que se podía meter en un llavero. Tenía impresa la leyenda *128 MB*.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Un *pendrive* —contestó Neagley—. La nueva versión de los disquetes. No tiene partes flexibles y dispone de una capacidad cien veces superior.

—¿Qué hacemos con él?

—Lo enchufamos en uno de mis ordenadores y vemos qué contiene.

—¿Así de sencillo?

—A menos que esté protegido con una contraseña. Que sería lo más lógico.

—¿No existe un *software* que te pueda ayudar?

—Solía haberlo. Pero ya no. Las cosas mejoran con el tiempo. O empeoran, según se mire.

—¿Entonces qué hacemos?

—Dediquemos el tiempo del viaje a preparar una lista. Las palabras que Franz podría haber escogido como contraseña. Al viejo estilo. Creo que tendremos tres intentos antes de que los archivos se borren automáticamente.

Puso el motor en marcha y se apartó del bordillo. Dio la vuelta en redondo en el

camino de bomberos del centro comercial y fue hacia el norte de regreso a La Ciénaga.

El hombre con el traje azul oscuro los miró mientras se iban. Estaba agachado detrás del volante de su Chrysler azul oscuro, a cuarenta metros de distancia, en la plaza de aparcamiento que pertenecía a la farmacia. Abrió el móvil y llamó a su jefe.

—Esta vez no han hecho el menor caso del despacho de Franz —informó—. Han hablado con el casero. Luego estuvieron mucho tiempo en la oficina de correos. Creo que Franz estuvo enviándose cosas a sí mismo. Es por eso que no pudimos encontrarlas y es probable que ellos lo tengan ahora.

Neagley metió el *pendrive* en una entrada de USB en el costado de su ordenador portátil. Reacher miró la pantalla. No pasó nada por un segundo y después apareció un icono que parecía una imagen estilizada del objeto físico que ella acababa de conectar. Estaba marcado *Sin nombre*. Neagley pasó el índice por la placa del ratón y después la apretó dos veces.

El icono ocupó toda la pantalla y reclamó una contraseña.

—Maldita sea —exclamó Neagley.

—Inevitable —afirmó Reacher.

—¿Alguna idea?

Reacher había descubierto muchas contraseñas en sus buenos tiempos. Como siempre, la técnica era considerar a las personas y pensar como ellas. Ser ellas. Los paranoicos utilizaban largas y complejas mezclas de letras mayúsculas y minúsculas y números que no significaban nada para nadie incluidos ellos mismos. Dichas contraseñas eran totalmente indescifrables. Pero Franz nunca había sido un paranoico. Todo lo contrario, era un tipo relajado, serio pero que al mismo tiempo se tomaba un tanto a chacota las exigencias de seguridad. Además, era un tipo de palabras, no de números. Era un hombre de intereses y entusiasmos. Lleno de afectos y lealtades. Gustos sencillos. La memoria de un elefante.

—Angela, Charlie, Miles Davis, Dodgers, Koufax, Panamá, Pfeiffer, MASH, Brooklyn, Heidi o Jennifer.

Neagley los escribió todos en una página limpia de su libreta.

—¿Por qué estos? —preguntó.

—Angela y Charlie son obvios. Su familia.

—Demasiado obvio.

—Quizá. Pero puede que no. Miles Davis era su músico favorito, los Dodgers eran su equipo favorito, y Sandy Koufax era su jugador favorito.

—Posibilidades. ¿Por qué Panamá?

—Fue donde le enviaron a finales de 1989. Creo que fue el lugar donde tuvo su mayor satisfacción profesional. Lo hubiese recordado.

—¿Pfeiffer como Michelle Pfeiffer?

—Su actriz favorita.

—Angela se parece un poco a ella, ¿verdad?

—Así es.

—¿MASH?

—Su película favorita —dijo Reacher.

—Lo era hace más de diez años, cuando le conociste —señaló Neagley—. Desde entonces ha habido otras muchas buenas películas.

—Las contraseñas surgen desde lo más profundo.

—Es demasiado corta. La mayoría de los *softwares* actuales piden un mínimo de

seis caracteres.

—Vale, tacha MASH.

—¿Brooklyn?

—Donde nació.

—No lo sabía.

—No lo sabe mucha gente. Se trasladaron al oeste cuando él era un crío. Eso la convierte en una buena contraseña.

—¿Heidi?

—Su primera novia de verdad. Al parecer, ardiente como el fuego. Fabulosa en la cama. Estaba loco por ella.

—No sabía nada de eso. Está claro que me excluáis de la charla entre hombres.

—Es natural —dijo Reacher—. A Karla Dixon también. No queríamos mostrarnos emocionales.

—Tacho a Heidi de la lista. Solo cinco letras, y, de todas maneras, ahora enamorado de Angela. No le hubiese parecido bien utilizar el nombre de una vieja novia como contraseña, por muy fabulosa que fuese. También tacho a Michelle Pfeiffer por la misma razón. ¿Quién era Jennifer? ¿Su segunda novia? ¿Ella también era ardiente?

—Jennifer era su perra —contestó Reacher—. Cuando era niño. Una perrita negra. Vivió dieciocho años. Fue terrible para él cuando murió.

—Entonces es una posibilidad. Pero en total son seis. Solo tenemos tres intentos.

—Tenemos doce intentos —dijo Reacher—. Cuatro sobres, cuatro *pendrives*. Si comenzamos con el último envío podemos permitirnos perder los tres primeros. Esa información es vieja.

Neagley colocó los cuatro *pendrives* sobre la mesa ordenados por fechas.

—¿Estás seguro de que no cambiaba la contraseña cada día?

—¿Franz? ¿Estás de broma? Un tipo como Franz se engancha a una palabra importante para él y la mantiene para siempre.

Neagley metió el *pendrive* más viejo en la entrada USB y esperó a que apareciese el icono en la pantalla. Apretó la tecla del ratón y movió el cursor hasta la caja de la contraseña.

—Vale. ¿Quieres establecer un orden de prioridad?

—Primero prueba con los nombres de personas. Luego los nombres de lugares. Creo que es así como hubiese funcionado para él.

—¿Dodgers es un nombre de persona?

—Por supuesto que lo es. Son las personas las que juegan al béisbol.

—Vale. Pero comenzaremos con la música. —Escribió Miles-Davis y apretó Enter. Hubo una breve pausa y después la pantalla apareció de nuevo con la caja de diálogo y una nota en rojo: el primer intento había sido incorrecto.

—Uno eliminado —dijo Neagley—. Ahora el deporte.

Probó con Dodgers.

Incorrecto.

—Dos eliminados. —Escribió Koufax.

El disco duro del ordenador emitió unos sonidos y la pantalla se puso en blanco.

—¿Qué está pasando? —preguntó Reacher.

—Está borrando la información. No era Koufax. Tres descartadas.

Sacó el *pendrive* y lo arrojó en un largo arco plateado a la papelera. Colocó la segunda unidad. Escribió Jennifer.

Incorrecto.

—Cuarta descartada. No era su perra.

Probó con Panamá.

Incorrecto.

—Cinco eliminadas.

Probó con Brooklyn.

La pantalla se puso en blanco y el disco duro emitió sonidos.

—Seis eliminadas. No era su viejo barrio. Has errado en seis, Reacher.

La segunda unidad acabó en la papelera y Neagley conectó la tercera.

—¿Ideas?

—Es tu turno. Al parecer he perdido el toque.

—¿Qué tal su viejo número en el servicio?

—Lo dudo. Era un tipo de palabras, no de números. Y por lo menos para mí, mi número era el mismo que el de la seguridad social. Probablemente lo mismo para él, lo cual sería demasiado obvio.

—¿Tú qué usarías?

—¿Yo? Soy un tipo de números. La primera hilera del teclado, todos en una línea, fácil de escribir. No hace falta ser mecanógrafo.

—¿Qué número utilizarías?

—¿Seis caracteres? Escribiría mi fecha de nacimiento, mes, día, año, y buscaría el número primo más cercano. —Entonces pensó por un segundo y añadió—: En realidad sería un problema, porque hay dos muy cercanos. Uno exactamente siete por debajo y otro exactamente siete por encima. Por lo tanto, creo que utilizaría la raíz cuadrada, redondeada a tres decimales. Si descarto la coma decimal, me daría seis números, todos diferentes.

—Extraño —dijo Neagley—. Creo que podemos estar seguros de que Franz no haría nada parecido. Lo más probable es que nadie más en el mundo hiciera algo así.

—Es decir, sería una contraseña muy buena.

—¿Cuál fue su primer coche?

—Con toda seguridad algún trasto.

—Pero a los hombres os gustan los coches, ¿no? ¿Cuál era su coche favorito?

—No me gustan los coches.

—Piensa como él, Reacher. ¿Le gustaban los coches?

—Siempre quiso un Jaguar XKE rojo.

—¿Valdría la pena probarlo?

Un hombre de intereses y entusiasmos. Lleno de afectos y lealtades.

—Puede —admitió Reacher—. Desde luego tiene que tratarse de algo especial para él. Algo como un talismán, algo que dé sensación de calidez con solo recordar la palabra. Ya sea un modelo anterior o un objeto de deseo o afecto desde hace mucho. El XKE podría funcionar.

—¿Debo probarlo? Solo nos quedan seis.

—Yo lo intentaría si nos quedasen seiscientos.

—Espera un momento —le pidió Neagley—. ¿Qué tal aquello que nos dijo Angela? Siempre repetía «no te metas con los investigadores especiales».

—Pero sería una contraseña larguísima.

—Pues entonces divídela. Puede ser investigadores especiales, o no te metas.

La memoria de un elefante. Reacher asintió.

—Por aquel entonces disfrutamos mucho, ¿no? Por lo tanto, recordar los viejos tiempos podría haberle dado una sensación de calidez. Sobre todo clavado allí en Culver City, ocupado en hacer poca cosa. Las personas disfrutaban con la nostalgia, ¿no? Como aquella canción, *Tal como éramos*.

—También fue una película.

—Ya lo ves. Es un sentimiento universal.

—¿Cuál debemos intentar primero?

Reacher oyó a Charlie en su mente, la voz aguda del niño diciendo: «No te metas».

—No te metas —dijo—. Nueve letras.

Neagley escribió notemetas.

Apretó Enter.

Incorrecto.

—Mierda —exclamó.

Escribió investigadoresespeciales. Mantuvo el dedo sobre la tecla de Enter.

—Es muy largo —señaló Reacher.

—¿Sí o no?

—Pruébalo.

Incorrecto.

—Maldita sea —maldijo Neagley y guardó silencio.

Charlie seguía en la mente de Reacher, y también su pequeña silla con el nombre grabado en el respaldo. Veía la mano firme de Franz en el trabajo. Olía el humo de la madera. Un regalo de padre a hijo. Con la intención de que fuera el primero de muchos. Amor, orgullo, compromiso.

—Me gusta Charlie —dijo.

—A mí también —afirmó Neagley—. Es un chico precioso.

—No, para la contraseña.

—Demasiado obvio.

—Él no se tomaba esta clase de cosas demasiado en serio. Solo hacía la mecánica. Es más fácil probar con cualquier cosa antigua que reprogramar el *software* para eludirlo.

—Sigue siendo demasiado obvio. Y se lo estaba tomando en serio. Al menos esta vez. Tenía un gran problema y se estaba enviando las cosas por correo a sí mismo.

—Bueno, podría ser un doble farol. Es obvio, pero sería la última cosa que cualquiera intentaría. Eso lo convierte en una contraseña muy efectiva.

—Posible pero poco probable.

—En cualquier caso, ¿qué vamos a encontrar ahí?

—Algo que necesitamos ver a toda costa.

—Prueba con Charlie, hazlo por mí.

Neagley se encogió de hombros y escribió Charlie.

Pulsó Enter.

Incorrecta.

El disco duro giró y la unidad de memoria se borró.

—Nueve descartadas —dijo Neagley. Arrojó la tercera unidad a la papelera y colocó la cuarta. La última—. Nos quedan tres.

—¿A quién amaba antes que a Charlie? —preguntó Reacher.

—A Angela. Demasiado obvio.

—Inténtalo.

—¿Estás seguro?

—Soy un jugador.

—Solo nos quedan tres posibilidades.

—Inténtalo —repitió él.

Neagley escribió Angela.

Pulsó Enter.

Incorrecto.

—Diez descartadas. Nos quedan dos.

—¿Qué tal Angela Franz?

—Eso es todavía peor.

—¿Qué tal su nombre de soltera?

—No sé cuál era.

—Llámala y pregúntaselo.

—¿Hablas en serio?

—Al menos averígualo.

Así que Neagley buscó en su agenda, encontró el número y encendió el móvil. Se presentó de nuevo. Charló brevemente. Luego Reacher la oyó formular la pregunta. No oyó la respuesta de Angela. Pero vio como los ojos de Neagley se abrían un poquito, algo que para ella equivalía a caer al suelo desmayada.

Neagley colgó.

—Era Pfeiffer.

—Interesante.

—Mucho.

—¿Están emparentadas?

—No me lo ha dicho.

—Entonces Pruébalo. Se sentiría bien por partida doble y no sería desleal a nadie.

Neagley escribió Pfeiffer.

Pulsó Enter.

Incorrecto.

La habitación estaba caliente y el ambiente resultaba asfixiante. No había aire. Y parecía haberse hecho más pequeña.

—Once eliminadas. Nos queda una. Victoria o muerte. La última oportunidad.

—¿Qué pasa si no hacemos nada? —preguntó Reacher.

—Entonces no sabremos qué hay en el archivo.

—No, me refiero a que si debemos hacerlo ahora mismo. ¿No se puede guardar?

—No se irá a ninguna parte.

—Así que podemos tomarnos un descanso. Nos ocuparemos de ello más tarde.

Solo nos queda una posibilidad, debemos prestar atención.

—¿No lo hemos hecho ya?

—Está claro que no ha sido la atención correcta. Iremos a Los Ángeles Este y buscaremos a Swan. Si le encontramos, quizá tenga alguna idea. Si no es así, entonces al menos volveremos a ocuparnos de la contraseña con la mente fresca.

Neagley llamó de nuevo al aparcamiento y diez minutos más tarde estaban en el Mustang camino al este por Wilshire. Pasaron Wilshire Center, cruzaron Westlake, siguieron por un desvío hacia el sur que los llevó en línea recta a través del Macarthur Park. Luego al norte y al este por la autopista de Pasadena, pasaron junto a la mole de cemento del estadio de los Dodgers, solo entre hectáreas de aparcamientos vacíos. A continuación entraron en el laberinto de calles limitadas por Boyle Heights, Monterey Park, Alhambra y Pasadena Sur. Había parques tecnológicos, parques empresariales, centros comerciales y viviendas viejas y nuevas. Los bordillos estaban ocupados por los coches aparcados y había tráfico por todas partes que avanzaba a paso de tortuga. El cielo era marrón. Neagley tenía un austero mapa Rand McNally en la guantera. Mirarlo era como mirar la superficie de la Tierra desde ochenta kilómetros de altura. Reacher forzó la mirada para seguir las débiles líneas grises. Buscaba los nombres de las calles para compararlos con los nombres que aparecían en los mapas y señalaba los cruces específicos unos treinta segundos después de haberlos dejado atrás. Tenía el pulgar en la ubicación de New Age y guio a Neagley hacia allí en una amplia y discontinua espiral.

Cuando dieron con el lugar encontraron un cartel grabado en granito y un próspero y gran cubo de cristal espejo detrás de una cerca con rollos de alambre de espino en lo alto. La cerca era impresionante a primera vista, pero no muy resistente; cualquier persona con un par de cizallas podría pasar sin lesionarse en diez segundos. El edificio estaba rodeado por un gran aparcamiento sembrado de árboles ornamentales. Por la manera en que el cristal de espejo reflejaba los árboles y el cielo, el edificio parecía estar y no estar allí al mismo tiempo.

La verja principal era ligera, estaba abierta de par en par y no había ninguna

garita de vigilancia a su lado. No era más que una verja. Al otro lado, el aparcamiento solo estaba lleno hasta la mitad. Neagley se detuvo para permitir que saliese el camión de una empresa de fotocopiadoras, entró y aparcó el Mustang en una plaza para visitantes cerca del vestíbulo de entrada. Reacher y ella se apearon del coche y permanecieron inmóviles por un momento. Era media mañana, el aire era cálido y húmedo. El vecindario parecía tranquilo, como si hubiese muchísima gente muy concentrada, o como si nadie estuviese haciendo gran cosa.

La entrada de la recepción tenía un escalón bajo que llevaba a unas puertas de cristal dobles que se abrieron para ellos de forma automática y les dieron paso a un gran vestíbulo cuadrado con el suelo de mosaico y paredes de aluminio. Había sillas de cuero y un gran mostrador al final, tras el cual había una mujer rubia de unos treinta años. Llevaba un polo de la empresa con las palabras *New Age Defense Systems* bordadas sobre su pequeño pecho izquierdo. Sin duda había oído que las puertas se abrían pero esperó a que Reacher y Neagley estuviesen por la mitad del vestíbulo antes de mirarlos.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó la recepcionista.

—Hemos venido a ver a Tony Swan —contestó Reacher.

La mujer sonrió de una manera mecánica y preguntó:

—Por favor, ¿podría saber sus nombres?

—Jack Reacher y Frances Neagley. Somos viejos amigos suyos del ejército.

—Entonces tengan la amabilidad de tomar asiento. —La mujer cogió el teléfono y Reacher y Neagley fueron hacia los sillones de cuero. Neagley se sentó, pero Reacher permaneció de pie. Observó el reflejo de la mujer al teléfono en la pared de aluminio y la oyó decir: «Dos amigos de Tony Swan preguntan por él». Luego colgó el teléfono y sonrió en la dirección de Reacher pese a que él no la estaba mirando. A continuación se hizo el silencio.

El silencio se prolongó unos cuatro minutos hasta que Reacher oyó el taconeo de unos zapatos en el mosaico desde un pasillo que desembocaba en el vestíbulo por un lateral detrás del mostrador. Un paso medido, sin prisa, una persona de estatura y peso medio. Observó la salida del pasillo y vio aparecer a una mujer. De unos cuarenta años, delgada, cabello castaño con un peinado a la moda. Vestía un traje chaqueta negro y camisa blanca. Se la veía despierta, eficiente y mostraba una amable expresión de bienvenida en su rostro. Le dio las gracias con una sonrisa a la recepcionista y pasó junto a ella para acercarse a Reacher y Neagley. Tendió la mano y dijo:

—Soy Margaret Berenson.

Neagley se levantó y Reacher y ella dijeron sus nombres y le estrecharon la mano. De cerca se veían las cicatrices de un accidente de coche debajo del maquillaje y el aliento fresco de una persona que masca chicle. Llevaba unas joyas correctas, pero no anillo de bodas.

—Buscamos a Tony Swan —explicó Reacher.

—Lo sé. Vamos a un lugar donde podamos hablar.

Uno de los paneles de aluminio era una puerta que daba a un pequeño despacho rectangular a un costado del vestíbulo. Era obvio que estaba destinado a recibir a visitantes que no merecían la entrada a zonas interiores. Era un lugar fresco con una mesa y cuatro sillas y ventanas panorámicas que daban al aparcamiento. El morro del Mustang de Neagley estaba a un metro y medio.

—Soy Margaret Berenson —repitió la mujer—. La directora de recursos humanos de New Age. Iré al grano. El señor Swan ya no está con nosotros.

—¿Desde cuándo? —quiso saber Reacher.

—Hace poco más de tres semanas —contestó Berenson.

—¿Qué pasó?

—Me sentiría más cómoda conversando de esto si supiese a ciencia cierta que ustedes tienen alguna vinculación con él. Cualquiera puede presentarse en recepción y afirmar que es un viejo amigo.

—No estoy muy seguro de cómo podemos probarlo.

—¿Qué aspecto tenía?

—Metro setenta y ocho de alto y metro cincuenta y ocho de ancho.

Berenson sonrió.

—¿Si le digo que utilizaba un trozo de piedra como pisapapeles, podría decirme de dónde provenía la piedra?

—Del muro de Berlín —dijo Reacher—. Estaba en Alemania cuando lo derribaron. Yo lo conocí allí poco después. Cogió un tren hasta Berlín y se lo llevó como recuerdo. Es cemento, no una piedra. Aún queda el rastro de una pintada.

Berenson asintió.

—Es la historia que he oído y el objeto que he visto.

—Entonces, ¿qué ha sucedido? —preguntó Reacher—. ¿Renunció?

Berenson sacudió la cabeza.

—No exactamente. Tuvimos que prescindir de sus servicios. Y no solo de él. Tiene que comprenderlo, esta es una compañía de reciente creación. El mundo empresarial es especulativo y siempre hay riesgos. De acuerdo con nuestro plan de empresa, no estamos donde querríamos estar. Al menos todavía no. Así que llegamos al punto en el que debíamos revisar nuestros niveles de personal. Lamentablemente, a la baja. Funcionamos con la política de que el último que entra es el primero en marcharse, y básicamente eso significó que tuvimos que desprendernos de todo el nivel de ayudantes de dirección. Yo perdí a mi propio ayudante. El señor Swan era el ayudante del director de seguridad, así que la política también se lo llevó a él. Lamentamos muchísimo verle marchar, porque era una persona muy valiosa. Si las cosas mejoran, le rogaremos que vuelva. Pero para entonces estoy segura de que ya tendrá otro trabajo.

Reacher miró a través de la ventana el aparcamiento semivacío. Oyó el silencio del edificio. También daba la impresión de estar lleno a medias.

—Vale —dijo Reacher.

—No —intervino Neagley—. He estado llamando a su despacho una y otra vez durante los últimos tres días y cada vez me han dicho que acababa de salir. No me cuadra.

Berenson asintió de nuevo.

—Es una cortesía profesional en la que sigo insistiendo. A este nivel de dirección sería un desastre para una persona si su red de contactos personales se enterasen de la noticia por terceras personas. Es mucho mejor si el señor Swan puede informar a las personas él mismo. De esa manera podrá explicar la versión que quiera. Por tanto, insisto en que el personal de secretaría que queda diga estas pequeñas mentiras inocentes durante el período de reajuste. No me disculpo por ello pero espero que lo comprendan. Es lo menos que puedo hacer por las personas que hemos despedido. Si el señor Swan puede entrevistarse con un nuevo empleador como si fuese una solicitud voluntaria, estará en mucha mejor posición que si todos saben que lo han despedido.

Neagley lo pensó por un momento y después asintió.

—De acuerdo. Entiendo su posición.

—Sobre todo en el caso del señor Swan —añadió Berenson—. Todos le apreciábamos mucho.

—¿Qué hay de aquellos que no le gustan?

—No hay ninguno. Nunca contrataríamos a personas en las que no creemos.

—He estado llamando a Swan y nadie me ha respondido —intervino Reacher.

Berenson asintió de nuevo, todavía paciente y profesional.

—También tuvimos que reducir el número de secretarías. Las que quedan atienden cinco o seis teléfonos cada una. Algunas veces no pueden atender todas las llamadas.

—¿Qué pasa con el plan de producción? —preguntó Reacher.

—En realidad no puedo hablar de ese tema en detalle. Pero estoy segura de que lo comprenderá. Usted estuvo en el ejército.

—Ambos estuvimos.

—Entonces ya sabe cuántos nuevos sistemas de armamento funcionan a la primera.

—No muchos.

—Ninguno. El nuestro nos está llevando más tiempo de lo esperado.

—¿Qué clase de armamento?

—No se lo puedo decir.

—¿Dónde lo fabrican?

—Aquí mismo.

Reacher sacudió la cabeza.

—No, no es verdad. Tienen una cerca que podría cruzar un niño de tres años y no hay una garita de guardia en la entrada ni seguridad en el vestíbulo. Tony Swan no lo

hubiese permitido si aquí estuviesen haciendo algo importante.

—No puedo hacer ningún comentario sobre nuestros procedimientos.

—¿Quién era el jefe de Swan?

—¿Nuestro director de seguridad? Es un teniente retirado de la policía de Los Ángeles.

—¿Lo mantuvo a él y dejó marchar a Swan? Su política del último que entra es el primero en salir no le ha sido muy favorable en este caso.

—Todos son grandes personas, los que se han quedado y los que se fueron. Detestamos haber hecho el recorte. Pero era absolutamente necesario.

Dos minutos más tarde, Reacher y Neagley estaban de nuevo en el Mustang, sentados en el aparcamiento de New Age con el motor en marcha para que funcionase el aire acondicionado, con todo el alcance del desastre ante sus ojos.

—La verdad es que no podría haber sido en peor momento —señaló Reacher—. De pronto Swan está sin empleo y Franz le llama con un problema. ¿Qué otra cosa podía hacer Swan? Ir corriendo desde aquí mismo. Solo está a veinte minutos.

—Hubiese ido de todas maneras, con empleo o sin él.

—Todos lo haríamos. Y supongo que todos lo hicieron.

—¿Así que ahora están todos muertos?

—Ruega para que no sea así, pero prepárate para lo peor.

—Ya tienes lo que querías, Reacher. Solo nosotros dos.

—No lo quería por estas razones.

—No me lo puedo creer. ¿Todos?

—Alguien lo pagará.

—¿Eso crees? No tenemos nada. Solo nos queda una oportunidad con la contraseña. Que por definición estaremos demasiado nerviosos para aprovechar.

—Este no es momento para ponerse nerviosos.

—Entonces dime cuál es.

Reacher guardó silencio.

Volvieron por el mismo camino. Neagley condujo en silencio y Reacher se imaginó a Tony Swan haciendo este mismo recorrido tres semanas atrás. Quizá con el contenido de sus cajones de la mesa de New Age en el maletero, los bolígrafos, lápices y su trozo de cemento soviético. De camino a ayudar a su viejo camarada. Otros viejos camaradas estaban llegando por los radios de una rueda invisible. Sánchez y Orozco desde Las Vegas por la Autopista-15. O'Donnell y Dixon en avión desde la Costa Este, cargados con maletas, tomando taxis, reuniéndose.

Reuniones y saludos.

Y de pronto, de morros contra un muro.

Entonces sus imágenes desaparecieron y se encontró de nuevo solo en el coche con Neagley. Solo nosotros dos. Hechos a los que enfrentarse, no luchar.

Neagley dejó el coche en manos de los aparcacoches del Beverly Wilshire y entraron en un vestíbulo por la parte trasera, a través de un pasillo sinuoso. Subieron

en el ascensor sin decir palabra. Neagley utilizó su llave y abrió la puerta.

Entonces se quedó de piedra.

Porque sentado en su silla junto a la ventana, dedicado a la lectura del informe de la autopsia de Calvin Franz había un hombre trajeado. Alto, rubio, aristocrático, relajado.

David O'Donnell.

O'Donnell los miró, sombrío.

—Me disponía a preguntar sobre el significado de todos aquellos mensajes rudos e insultantes en mi contestador automático. —Entonces levantó el informe de la autopsia en un gesto que ofrecía una explicación—. Pero ahora lo comprendo.

—¿Cómo has entrado aquí? —preguntó Neagley.

—Oh, por favor —se limitó a decir O'Donnell.

—¿Dónde demonios estabas? —quiso saber Reacher.

—Estaba en Nueva Jersey —contestó O'Donnell—. Mi hermana estaba enferma.

—¿Enferma grave?

—Muy grave.

—¿Ha muerto?

—No, se recuperó.

—Entonces tendrías que haber llegado aquí hace días.

—Gracias por tu interés.

—Estábamos preocupados —intervino Neagley—. Creíamos que también te habían pillado a ti.

—Tendríais que estar preocupados —señaló O'Donnell—. Tendríais que seguir preocupados. Es una situación preocupante. Tuve que esperar cuatro horas para un vuelo. Utilicé la espera para hacer llamadas. Ninguna respuesta de Franz, como es obvio. Por supuesto, ahora sé la razón. Ninguna respuesta de Swan, Dixon, Orozco o Sánchez. Mi conclusión fue que uno de ellos había reunido a todos los demás y se habían topado con un problema. No tú o Reacher, porque tú estabas demasiado ocupada en Chicago y quién demonios ha podido encontrar alguna vez a Reacher. Y yo no, porque estaba de momento fuera de juego en Nueva Jersey.

—No estaba muy ocupada —protestó Neagley—. ¿Cómo habéis llegado a pensar algo así de mí? Lo hubiese dejado todo y hubiese venido corriendo.

O'Donnell volvió a asentir.

—Al principio fue lo único que me dio esperanza. Me dije que te llamarían a ti.

—¿Entonces por qué no lo hicieron? ¿Es que no les caigo bien?

—Aunque te hubiesen odiado, aun así te hubiesen llamado. Sin ti hubiese sido como pelear con una mano atada a la espalda. ¿Quién querría hacerlo por propia voluntad? Pero al final es la percepción lo que cuenta, no la realidad. Ahora estás muy arriba en la escala comparada con el resto de nosotros. Creo que quizá titubearon. Tal vez hasta que fue demasiado tarde.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—Estoy diciendo que uno de ellos, y ahora veo que tuvo que ser Franz, tenía problemas, y llamó a todos los que consideró disponibles en el acto. Algo que te excluyó a ti, y a Reacher por definición, y a mí también, por mala suerte, porque no estaba donde estoy normalmente.

—Es la misma interpretación que hicimos nosotros. Excepto que tú eres un premio añadido. Que tu hermana se pusiese enferma fue un golpe de buena fortuna para nosotros. Y para ti también, posiblemente.

—Pero no para ella.

—Deja de quejarte —dijo Reacher—. Está viva, ¿no?

—Yo también te quiero —dijo O'Donnell—. Después de todos estos años.

—¿Cómo has entrado aquí? —insistió Neagley.

O'Donnell se movió en la silla y sacó una navaja del bolsillo de la chaqueta y un juego de nudillos del otro.

—Un tipo que puede pasar esto por la seguridad del aeropuerto puede entrar en una habitación de hotel, créeme.

—¿Cómo has conseguido pasarlos por el aeropuerto?

—Es un secreto —dijo O'Donnell.

—Son de cerámica —comentó Reacher—. Ya no los fabrican. Porque son imperceptibles para los detectores de metales.

—Correcto —asintió O'Donnell—. No hay nada metálico, aparte del resorte de la hoja, que todavía es de acero. Pero es muy pequeño.

—Me alegra volver a verte, David —dijo Reacher.

—Lo mismo digo, pero desearía que hubiese sido en circunstancias más felices.

—Las circunstancias acaban de mejorar en un cincuenta por ciento. Creíamos que éramos solo nosotros dos. Ahora somos tres.

—¿Qué tenemos?

—Muy poco. Ya has visto lo que hay en el informe de la autopsia. Aparte de eso tenemos a dos hombres blancos que destrozaron su despacho. No encontraron nada, porque se estaba enviando material por correo a sí mismo en un bucle permanente. Encontramos su apartado de correos y recogimos cuatro *pendrives* y estamos en el último intento de dar con la contraseña.

—Por tanto comienza a pensar en la seguridad de los ordenadores —le pidió Neagley.

O'Donnell respiró muy hondo y retuvo la respiración todo lo humanamente posible. Después exhaló poco a poco.

Era un viejo hábito.

—Decidme las palabras que habéis probado hasta ahora.

Neagley abrió la libreta por la página correspondiente y se la entregó. O'Donnell se puso un dedo en los labios y leyó. Reacher lo observaba. No le había visto en once años, pero no había cambiado mucho. Tenía esa clase de pelo rubio en el que las canas nunca se ven. Su cuerpo delgado nunca mostraría la grasa. Su traje era de un corte impecable. De la misma manera que Neagley, parecía aposentado, próspero y exitoso. Como si estuviese consiguiéndolo.

—¿Koufax no funcionó? —preguntó.

Neagley sacudió la cabeza.

—Fue nuestro tercer intento.

—En esta lista tendría que haber sido el primero. Franz se relacionaba con los iconos, los dioses, personas que admiraba, actuaciones que idolatraba. Koufax es uno de los que encaja a la perfección. Los otros son solo sentimentales. Miles Davis quizá, porque le gustaba la música, pero en última instancia consideraba que la música no era esencial.

—La música no es esencial y el béisbol tampoco.

—El béisbol es una metáfora —afirmó O'Donnell—. Un lanzador de primera como Sandy Koufax, un hombre de gran integridad, solo en el montículo, las series mundiales, las apuestas por las nubes, era así como Franz quería verse a sí mismo. Es probable que nunca lo hubiese dicho con estas palabras, pero sí os digo que su contraseña hubiese tenido que ser un digno recuerdo a su devoción. Y sería expresado de la manera brusca, masculina, que representa solo el apellido.

—¿Entonces por cuál votas?

—Es duro cuando solo queda un intento. Quedaría como un tonto si me equivoco. De todas maneras, ¿qué vamos a encontrar ahí adentro?

—Algo que él consideraba que valía la pena ocultar.

—Algo por lo que le rompieron las piernas —añadió Reacher—. No les dijo ni una palabra. Se pusieron como locos. Su oficina tiene el aspecto de haber sido alcanzada por un tornado.

—¿Cuál es nuestro objetivo final?

—Buscar y destruir. ¿Te parece bien?

O'Donnell sacudió la cabeza.

—No. Quiero matar a sus familias y mearme en las tumbas de sus antepasados.

—No has cambiado.

—He empeorado. ¿Tú has cambiado?

—Si lo he hecho, estoy dispuesto a volver atrás.

O'Donnell sonrió por un momento.

—Neagley, ¿qué es lo que no debes hacer nunca?

—No te metas con los investigadores especiales —respondió Neagley.

—Correcto —afirmó O'Donnell—. No lo hagas. ¿Podemos pedir que nos suban café?

Bebieron un café muy cargado de una de esas jarras eléctricas que solo se encuentran en los viejos hoteles. Casi no hablaban, porque cada uno sabía que los demás estaban siguiendo los mismos circuitos mentales, apartándose del último intento de descifrar la contraseña, examinando el vector, intentando encontrar otro camino adelante, fracasando, y comenzando de nuevo. Por fin O'Donnell dejó la taza y dijo:

—Es hora de cagar o dejar el inodoro. O como lo queráis expresar. Oigamos vuestras ideas.

—No tengo ninguna —reconoció Neagley.

—Hazlo tú, Dave —pidió Reacher—. Sé que tienes algo en mente.

—¿Confías en mí?

—Hasta donde te puedo lanzar. Lo que sería mucho porque eres una pluma. La distancia exacta la descubrirás si la jodes.

O'Donnell se levantó de la silla, flexionó los dedos y se acercó al portátil que estaba en la mesa.

Colocó el cursor en el recuadro abierto en la pantalla y escribió siete letras.

Respiró hondo y contuvo la respiración.

Hizo una pausa.

Esperó.

Pulsó Enter.

La pantalla del portátil se redibujó.

Apareció el directorio de un archivo. La tabla de contenidos. Grande, atrevida, clara y obvia. O'Donnell soltó el aire. Había escrito: Reacher.

Reacher se apartó del ordenador como si lo hubiesen abofeteado.

—Eh, tío, no es justo —protestó.

—Le caías bien —dijo O'Donnell—. Te admiraba.

—Es como una voz desde la tumba. Como una llamada.

—De todas maneras estabas aquí.

—Lo complica todo. Ahora no puedo fallarle.

—Tampoco ibas a fallarle antes.

—Demasiada presión.

—Nunca es demasiada presión. Nos gusta la presión. Nos crecemos con la presión.

Neagley estaba a la mesa, los dedos en el teclado del portátil, con la mirada fija en la pantalla.

—Ocho columnas separadas. Siete son números y la octava es una lista de nombres.

—Muéstrame los nombres —pidió O'Donnell.

Neagley pinchó en un icono y se abrió la página de un procesador de textos. Contenía una lista de cinco nombres. En primer lugar, en mayúsculas y subrayado, aparecía Azhari Mahmoud. Después seguían cuatro nombres occidentales: Adrian Mount, Alan Mason, Andrew MacBride y Anthony Matthews.

—Todos tienen las mismas iniciales —señaló O'Donnell—. El primero es árabe, de algún lugar desde Marruecos a Pakistán.

—Sirio —señaló Neagley—. Es lo que diría.

—Los cuatro últimos nombres parecen británicos —opinó Reacher—. ¿No os parece? Más que estadounidenses. Ingleses o escoceses.

—¿Significado? —preguntó O'Donnell.

—A primera vista diría que en una de las investigaciones de antecedentes que llevaba a cabo Franz apareció un tipo sirio con cuatro alias conocidos. Debido a los cinco grupos de iniciales comunes. Torpe, pero indicativo. Quizá tiene bordadas las iniciales en las camisas. O quizá los nombres falsos son británicos porque la documentación es británica, lo que le evitaría la revisión que la documentación estadounidense motivaría aquí.

—Es posible —admitió O'Donnell.

—Muéstrame los números —pidió Reacher.

Neagley cerró el documento y abrió la primera de las siete páginas. No era nada más que una larga lista de quebrados. El primero era 10/12. El último 12/12. Entre los dos había veintitantos números similares, incluidos la repetición de 10/12, 12/13 y 9/10.

—La siguiente —pidió Reacher.

La página siguiente era casi idéntica. Una larga columna vertical que comenzaba

con el 13/14 y acababa en 8/9. Veintitantos números similares entre ambos.

—La siguiente.

La tercera página mostraba más o menos lo mismo.

—¿Son fechas? —preguntó O'Donnell.

—No —dijo Reacher—. Trece-catorce no es una fecha ya sea mes-día o día-mes.

—¿Entonces qué son? ¿Solo fracciones?

—En realidad no. Diez sobre doce se escribiría cinco sobre seis si fuese un quebrado normal.

—Entonces son resultados de un partido.

—Para un partido del infierno. Trece sobre catorce y doce sobre trece implicaría muchísimos juegos extras y con toda probabilidad un resultado final de tres cifras. ¿Entonces qué son?

—Muéstrame la siguiente.

La cuarta página presentaba la misma lista larga de fracciones. Los denominadores eran casi los mismos que en las tres primeras: doce, diez y trece. Pero los numeradores por lo general eran pequeños. Había un 9/12, un 8/13. Incluso un 5/14.

—Si estos son resultados, alguien está haciendo el vago —opinó O'Donnell.

—Siguiente —pidió Reacher.

La tendencia continuaba. La quinta página tenía un 3/12 y un 4/13. El mejor era un 6/11.

—Alguien va camino a las ligas menores —afirmó O'Donnell.

La sexta lista tenía un 5/13 como el mejor resultado y un 3/13 como el peor. La séptima y última era más o menos igual, variando entre 4/11 y 3/12.

Neagley miró a Reacher.

—Resuélvelo tú. Tú eres el tipo de los números. Después de todo, Franz te dirigió todo esto a ti.

—Yo era la contraseña —afirmó Reacher—, nada más. No dirigió nada a nadie. Estos no son mensajes. Hubiese sido más claro de haber tenido la intención de comunicarse. Son notas de trabajo.

—Unas notas de trabajo muy crípticas.

—¿Puedes imprimirlas? No soy capaz de pensar si no las veo en papel.

—Puedo imprimirlas en el centro de negocios de la planta baja. Es la razón por la que ahora me alojo en lugares como este.

—¿Qué motivos tendrían para destrozar un despacho solo para encontrar una lista de números? —preguntó O'Donnell.

—Quizá no se trataba de eso —respondió Reacher—. Tal vez estaban buscando la lista de nombres.

Neagley cerró las páginas y reabrió el documento de texto. Azhari Mahmoud, Adrian Mount, Alan Mason, Andrew MacBride y Anthony Matthews.

—A ver, ¿quién es este tipo? —preguntó Reacher.

A tres husos horarios de distancia, en la ciudad de Nueva York eran tres horas más tarde del mismo día y el hombre de cuarenta años y pelo oscuro que podía haber sido hindú, pakistaní, iraní, sirio, libanés, argelino, israelí o italiano estaba arrodillado en el suelo del baño de la habitación de un hotel muy caro de Madison Avenue. La puerta estaba cerrada. No había un detector de humos en el baño pero sí un extractor. El pasaporte británico a nombre de Adrian Mount ardía en el inodoro. Como siempre las páginas interiores se quemaron sin problemas. Las rígidas tapas rojas ardían más despacio. La página 31 era la identificación con lámina de plástico. Era la que tardaba más en quemarse. El plástico se curvó, se arrugó y se fundió. El hombre utilizó el secador de pelo colgado en la pared desde cierta distancia para avivar la llama. Después empleó el mango del cepillo de dientes para remover las cenizas y los trozos de papel no quemados. Encendió otra cerilla y se ocupó de acabar con lo que aún era reconocible.

Cinco minutos más tarde, Adrian Mount se había ido por el váter y Alan Mason bajaba en el ascensor camino de la calle.

Neagley bajó al centro de negocios del Beverly Wilshire e imprimió los ocho archivos secretos de Franz. Luego se unió a O'Donnell y Reacher para comer en el restaurante del vestíbulo. Se sentó entre los dos con una expresión que Reacher había visto ya en un centenar de comidas similares.

Reacher hacía lo mismo. En otro tiempo, sin embargo, vestían uniformes de campaña impecables y comían en los clubes de oficiales, cenas míseras en puestos de avanzada, o compartiendo sándwiches y pizzas alrededor de escritorios de metal maltratados. Ahora, el *déjà vu* estaba corrompido por el nuevo contexto. El salón de techo alto y elegante, iluminado con una luz suave y lleno de personas que seguramente eran agentes de actores o ejecutivos. Incluso actores. Neagley y O'Donnell parecían sentirse como en casa. Ella vestía un pantalón negro ancho, de talle alto, y una camiseta de algodón ajustada como una segunda piel. Tenía la tez bronceada, sin la más mínima imperfección, y su maquillaje era tan sutil que parecía que no se hubiese maquillado en absoluto. El traje de O'Donnell era de color gris, con un ligero brillo, y la camisa blanca se veía planchada e inmaculada a pesar de que se la había puesto a cinco mil kilómetros de distancia. El nudo de la corbata a rayas, bien combinada, era impecable.

Reacher vestía una camisa de una talla menos de la conveniente, con un roto en la manga y una mancha en la pechera. Tenía el pelo largo, los vaqueros eran baratos, los zapatos gastados y no podía permitirse el lujo de pagar el plato que había pedido. Ni siquiera podía permitirse el lujo de pagar el agua noruega que se estaba bebiendo.

Penoso, habían dicho de Franz, después de ver su oficina en el centro comercial. ¿De la gran máquina verde a esto?

¿Qué estarían pensando Neagley y O'Donnell de él?

—Muéstrame las páginas con los números —dijo. Neagley le pasó siete hojas por encima de la mesa. Las había numerado en lápiz, en la esquina superior derecha. Las ojeó todas, de la uno a la siete, con rapidez, para hacerse una impresión general. Un total de 183 fracciones propias y no simplificadas. Propias porque el numerador, el número superior, siempre era menor que el denominador, el número de abajo. Y no se habían simplificado porque $10/12$ y $8/10$ no aparecían expresadas como $5/6$ y $4/5$, como habría sido si la convención aritmética se hubiese aplicado correctamente.

Por tanto, no eran fracciones en absoluto. Eran resultados o evaluaciones de rendimiento. Señalaban que había ocurrido algo diez de cada doce veces u ocho de cada diez veces.

O que no había ocurrido.

Había veintiséis resultados en cada página, con excepción de la cuarta, donde había veintisiete.

Los resultados, los promedios o lo que fuese que había en las primeras tres hojas parecían bastante buenos. Expresado como un porcentaje de bateo o un porcentaje

ganador, oscilaba entre un muy buen 87% a un excelente 90,7%.

Había una caída importante en la cuarta hoja, donde el promedio general parecía ser de un 57,4%. En la quinta, la sexta y la séptima páginas iban haciéndose cada vez más y más decepcionantes, con un 36,8%, un 30,8% y un 30,7%.

—¿Ya lo tienes? —preguntó Neagley.

—No tengo ni la más mínima pista —admitió Reacher—. Me gustaría que Franz estuviese aquí para explicarlo.

—Si estuviese aquí, nosotros no estaríamos.

—Podríamos haber estado. Podríamos habernos reunido todos de vez en cuando.

—¿Cómo un grupo de exalumnos?

—Podría haber sido divertido.

O'Donnell levantó su copa.

—Por los amigos ausentes —brindó.

Neagley levantó su copa. Reacher también. Bebieron el agua que se había congelado en la cumbre de un glaciar escandinavo hacía diez mil años y luego bajado centímetro a centímetro durante siglos, antes de fundirse en manantiales y arroyos de montaña, a la memoria de cuatro amigos, cinco, si contaban a Stan Lowrey, a los que suponían que nunca volverían a ver.

Pero se equivocaban. Uno de sus amigos acababa de subir a un avión en Las Vegas.

Un camarero les sirvió la comida. Salmón para Neagley, pollo para Reacher y atún para O'Donnell, que dijo:

—Supongo que habéis estado en casa de Franz.

—Ayer —respondió Neagley—. En Santa Mónica.

—¿Había algo?

—Una viuda y un hijo sin padre.

—¿Algo más?

—Nada que tuviese significado.

—Tenemos que registrar todas las casas. Primero la de Swan, porque es la más cercana.

—No tenemos su dirección.

—¿No se la preguntaste a la señora de New Age?

—No valía la pena. No nos la hubiera dicho. Demasiado correcta.

—Podrías haberle roto una pierna.

—Eran otros tiempos.

—¿Estaba casado Swan? —preguntó Reacher.

—No lo creo —contestó Neagley.

—Demasiado feo —comentó O'Donnell.

—¿Tú estás casado? —quiso saber Neagley.

—No.

—Bueno, entonces.

—Pero por la razón opuesta. Inquietaría a muchas otras personas inocentes.

—Podríamos intentar de nuevo con UPS —opinó Reacher—. Es probable que Swan recibiese envíos a domicilio. Si no estaba casado, diría que amuebló la casa comprando por correo. No me lo imagino de tienda en tienda para comprar sillas, mesas, cuchillos y tenedores.

—De acuerdo —dijo Neagley. Cogió el móvil para llamar a Chicago, allí mismo en la mesa, y parecía más que nunca una ejecutiva de cine. O'Donnell se inclinó hacia adelante y miró a Reacher.

—Cuéntame la cronología.

—La Dama Dragón de New Age nos contó que despidieron a Swan hace más de tres semanas. Digamos veinticuatro o veinticinco días. Hace veintitrés días que Franz salió de su casa para no volver nunca más. Su esposa llamó a Neagley catorce días después de que encontraran el cuerpo.

—¿Por qué razón?

—Una pura y simple notificación. Confía en los policías del lugar donde ocurrió.

—¿Cómo es ella?

—Es una civil. Se parece a Michelle Pfeiffer. Está algo resentida con nosotros por haber sido tan buenos amigos de su marido. Su hijo es el vivo retrato de su padre.

—Pobre chico.

Neagley tapó el móvil con una mano y les informó:

—Tenemos los números de los móviles de Sánchez, Orozco, y Swan.

Buscó en el bolso con una mano y sacó papel y bolígrafo. Escribió tres números, de diez dígitos cada uno.

—Úsalos para obtener las direcciones —dijo Reacher.

Neagley sacudió la cabeza.

—Verás cómo no sirven. Los de Sánchez y Orozco son de empresas y el de Swan te remite a New Age. —Cortó la comunicación con su hombre en Chicago y marcó cada uno de los números apuntados—. Directo al buzón de voz. Los tres apagados.

—Inevitable —afirmó Reacher—. Las baterías se agotaron hace tres semanas.

—De verdad, odio oír sus voces —manifestó Neagley—. Grabas tu mensaje de bienvenida y no tienes la menor idea de lo que va a sucederte.

—Un poco de inmortalidad —dijo O'Donnell.

Un ayudante retiró los platos. El camarero volvió con la carta de postres. Reacher observó la lista, que tenía unos precios más altos que una noche en cualquiera de los moteles de la mayor parte de Estados Unidos.

—No tomaré postre —dijo. Pensó que Neagley iba a presionarle, pero sonó su móvil. Ella atendió la llamada, escuchó y escribió algo más en su trozo de papel.

—Dirección de Swan. En Santa Ana, cerca del zoológico.

—En marcha —dijo O'Donnell.

Subieron a su coche, un Hertz de cuatro puertas con GPS, y comenzaron el lento avance hacia el sureste para buscar la 5.

El hombre llamado Thomas Brant les vio partir. Su Crown Vic estaba aparcado a una manzana y él estaba sentado en un banco en la entrada de Rodeo Drive, rodeado por doscientos turistas. Cogió el móvil y llamó a Curtis Mauney, su jefe.

—Ahora son tres. Funciona como un imán. Es como la reunión de los clanes.

Cuarenta metros al oeste, el hombre del traje azul también les vio partir. Estaba agachado en su Chrysler azul en el aparcamiento de una peluquería en Wilshire. Marcó el número de su jefe.

—Ahora hay tres. El nuevo debe de ser O'Donnell. Por lo tanto, el vagabundo es Reacher. Parece que están muy activos.

A cinco mil kilómetros de distancia, en la ciudad de Nueva York, el hombre moreno de cuarenta años de edad estaba en las oficinas de la línea aérea en Park y la 42. Compró un billete abierto de ida y vuelta desde La Guardia a Denver, Colorado. Lo pagó con una tarjeta Visa Platinum a nombre de Alan Mason.

Santa Ana estaba al sudoeste, pasado Anaheim, en el condado de Orange. La ciudad estaba a treinta y dos kilómetros al oeste de las montañas Santa Ana, donde se originaban los terribles vientos. Soplaban de vez en cuando, secos, cálidos, constantes, y volvían loco a todo Los Ángeles. Reacher había visto sus efectos en un par de ocasiones. La primera vez, después de mantener una reunión con unos tipos en Camp Pendleton. En otra ocasión mientras estaba de permiso de fin de semana de Fort Irwin. Había visto cómo insignificantes peleas de bar acababan en múltiples homicidios de primer grado. Había visto cómo una tostada quemada había acabado en una paliza a la esposa, cárcel y divorcio. Había visto derribar a un tipo a golpes de porra por caminar demasiado lento por la acera.

Pero el viento no soplaban aquel día. El aire era caliente, espeso, marrón y pesado. El GPS de O'Donnell tenía una cortés e insistente voz femenina que los llevó fuera de la 5 al sur del zoológico, en el lado opuesto a Tustin. A continuación les guio por la amplia cuadrícula de calles hacia el Museo de Arte del condado de Orange. Antes de llegar allí les hizo girar a la izquierda, luego a la derecha y de nuevo a la izquierda, y les dijo que se estaban acercando a su destino. Después les comunicó que habían llegado.

Cosa que era evidente. O'Donnell se detuvo cerca de un buzón en la acera con forma de cisne. El buzón era del modelo aprobado por el Servicio Postal estadounidense, estaba colocado en un poste y pintado de blanco brillante. En la parte superior tenía sujeta una figura vertical cortada en un trozo de madera. La forma tenía un cuello largo y grácil, la espalda curva y la cola levantada. Pintada de blanco, excepto por el pico naranja oscuro y el ojo negro. La caja sugería el cuerpo del ave. En conjunto era una representación bastante buena.

—Dime que Swan no ha hecho esto —rogó O'Donnell.

—Un sobrino o sobrina —señaló Neagley—. Lo más probable es que fuera un regalo de bienvenida a casa.

—Que tuvo que colocar por si ellos aparecían.

—Creo que es bonito.

Detrás del buzón había un sendero para coches que llevaba a una verja doble en una cerca de metro veinte de altura. Paralelo al acceso de coches había un sendero más estrecho que llevaba a otra cerca, esta de alambre forrado con plástico verde. Los cuatro postes de las cercas estaban coronados con pequeñas piñas metálicas. Ambas cercas estaban cerradas. Ambas tenían un cartel que decía *Cuidado con el perro*. La entrada de coches llevaba a un garaje con capacidad para un único vehículo. El sendero acababa delante de la puerta principal de un pequeño y sencillo *bungalow* pintado de color ocre. Las ventanas tenían marquesinas metálicas, como si fuesen cejas. La puerta tenía otra, pero más angosta, colocada bien alta. En su conjunto el lugar era serio, severo, adecuado, nada frívolo. Masculino.

También silencioso y sin señales de vida.

—Parece vacío —comentó Neagley—. Como si no hubiese nadie en casa.

Reacher asintió. En el jardín delantero solo había césped. Ninguna planta. Ninguna flor. Ningún arbusto. El césped se veía seco y un tanto crecido como si un propietario meticuloso hubiese dejado de regarlo y cortarlo unas tres semanas antes.

No había ningún sistema de alarma visible.

—Vamos a comprobarlo —dijo Reacher.

Se bajaron del coche y caminaron hasta la cerca. No estaba cerrada ni tenía cadena. Caminaron hasta la puerta. Reacher apretó el timbre. Esperó. Ninguna respuesta. Había un camino de lajas alrededor de toda la casa. Lo recorrieron en el sentido contrario a las agujas del reloj. Había una puerta en un lado del garaje. Estaba cerrada. Otra puerta daba a la cocina en la pared trasera de la casa. También estaba cerrada. La mitad superior de la puerta era de cristal. A través de ella se veía una cocina pequeña, antigua, con artefactos de unos cuarenta años atrás, pero limpia y eficiente. Ningún desorden. Ningún plato sucio. Los electrodomésticos, de esmalte verde. Una mesa pequeña y dos sillas. Botes de comida para perro vacíos colocados uno al lado del otro en el suelo de linóleo verde.

Más allá de la puerta de la cocina había una puerta corredera con escalón que bajaba a un pequeño patio de cemento. El patio estaba vacío. La puerta, cerrada. Detrás las cortinas estaban corridas en parte. Un dormitorio, quizá reconvertido en despacho.

El vecindario era tranquilo. La casa parecía estar en silencio, excepto por un débil zumbido subliminal que erizaba el vello de los brazos de Reacher y hacía sonar una débil alarma en el fondo de su mente.

—¿La puerta de la cocina? —preguntó O'Donnell.

Reacher asintió. O'Donnell metió la mano en el bolsillo y sacó los nudillos metálicos. En realidad, nudillos de cerámica, pero no tenían mucho en común con las tazas y los platos. Estaban hechos de un complejo polvo mineral, moldeado a una presión tremenda y ligado con adhesivo. Lo más probable es que fuesen más fuertes que el acero y desde luego eran más duros que el latón. El proceso de moldeado permitía unas formas más perversas en las superficies de impacto. Ser golpeado por unos nudillos como esos utilizados por un tipo grande como David O'Donnell era como ser golpeado por una bola de *bowling* tachonada con dientes de tiburón.

O'Donnell se los puso en la mano y cerró el puño. Se acercó a la puerta de la cocina y golpeó el cristal con un revés, sin mucha fuerza, como si intentase llamar la atención del ocupante sin sobresaltarlo. El cristal se rompió y un trozo triangular cayó al interior de la cocina. La coordinación de O'Donnell era tan buena que los nudillos de carne se detuvieron antes de llegar a los bordes del vidrio roto. Golpeó dos veces más y abrió un agujero lo bastante grande como para pasar la mano. Después se quitó los nudillos, se arremangó hasta el codo y pasó la mano por la abertura para hacer girar el pomo.

La puerta se abrió.

No sonó ninguna alarma.

Reacher entró primero. Dio dos pasos y se detuvo. En el interior, el zumbido que había intuido se hizo más fuerte. Había un olor en el aire. Ambos eran inconfundibles. Había oído sonidos similares y olido olores como aquel más veces de las que deseaba recordar.

El zumbido era el de un millón de moscas enloquecidas.

El olor era de carne muerta, en descomposición, soltando fluidos y gases pútridos.

Neagley y O'Donnell entraron detrás de él. Se detuvieron.

—De todas maneras lo sabíamos —comentó O'Donnell, quizá para sí mismo—. No es una sorpresa.

—Siempre es una sorpresa —afirmó Neagley—. Espero que siempre lo sea.

Se tapó la boca y la nariz. Reacher fue hasta la puerta de la cocina. No había nada en el pasillo. Pero allí el olor era más fuerte, y el sonido estrepitoso. Había moscas sueltas en el aire, grandes, azules y brillantes, que zumbaban, picaban y golpeaban las paredes con un leve sonido a papel. Entraban y salían de una puerta que estaba entreabierta.

—El baño —dijo Reacher.

La casa tenía la misma disposición que la de Calvin Franz, pero era más grande porque los solares eran mayores en Santa Ana que en Santa Mónica. El metro cuadrado era más barato. Había un pasillo central y cada habitación era una habitación de verdad, no un rincón en un espacio abierto. La cocina en la parte de atrás, el salón delante, separados por un armario. Al otro lado del pasillo, dos dormitorios con un baño en medio. Era imposible decir de dónde provenía el olor. Llenaba toda la casa.

Pero las moscas estaban interesadas en el baño.

El aire era caliente y hediondo. Ningún sonido, excepto el enloquecido zumbar de los insectos. En la porcelana, en los mosaicos, en las paredes empapeladas, en la madera de la puerta.

—Quedaos aquí —les pidió Reacher.

Caminó por el pasillo. Dos pasos. Tres. Se detuvo delante del baño. Empujó la puerta con el pie. Una furiosa nube negra de moscas lo envolvió. Se giró y dio manotazos.

Retrocedió. Utilizó de nuevo el pie y abrió la puerta del todo. Abanicó el aire y miró entre los insectos.

Había un cuerpo en el suelo.

Era un perro.

Una vez había sido un pastor alemán, grande, hermoso, posiblemente de unos cincuenta o cincuenta y cinco kilos. Yacía de costado. El pelo se veía mate y sucio. Tenía la boca abierta. Las moscas se estaban dando un banquete en la lengua, el hocico y los ojos.

Reacher entró en el baño. Las moscas le rodearon las pantorrillas. No había nada en la bañera. El inodoro estaba vacío. No quedaba ni una gota de agua. Había toallas limpias en los toalleros. Manchas marrones secas en el suelo. No era sangre. Solo gotas de los esfínteres abiertos.

Reacher salió del baño.

—Es su perro —dijo—. Revisad las otras habitaciones y el garaje.

No había nada. Ninguna señal de lucha o búsqueda, ningún indicio del propio Swan. Se encontraron de nuevo en el pasillo. Las moscas habían vuelto a lo suyo en el baño.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Neagley.

—Swan salió —respondió O'Donnell—. Y no volvió. El perro murió de hambre.

—Murió de sed —precisó Reacher.

Nadie dijo nada.

—El cuenco de agua que hay en la cocina está seco —añadió Reacher—. Después bebió lo que pudo del váter. Lo más probable es que viviese una semana.

—Terrible —dijo Neagley.

—Ya lo puedes decir. Me gustan los perros. Si viviese en alguna parte tendría tres o cuatro. Vamos a alquilar un helicóptero y lanzaremos a todos esos tipos uno a uno hechos pedacitos.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—Vamos a necesitar más de lo que tenemos ahora —opinó O'Donnell.

—Entonces comencemos a buscar —dijo Reacher.

Cogieron trozos de papel de cocina, hicieron unas bolas y se las metieron en las fosas nasales para combatir el olor. Empezaron una larga búsqueda en profundidad. O'Donnell se encargó de la cocina. Neagley, de la sala de estar. Reacher fue al dormitorio de Swan. No encontraron nada importante en ninguno de los tres lugares. Aparte del sufrimiento del perro, estaba claro que Swan había salido con la expectativa de regresar. El lavavajillas estaba a media carga y no había sido puesto en marcha. Había comida en la nevera y basura en el cubo de la cocina. El pijama estaba plegado debajo de la almohada. Un libro a medio leer descansaba en la mesita de noche. Una de las tarjetas de visita de Swan hacía las veces de punto de lectura: «Anthony Swan, Ejército de Estados Unidos (retirado). Director ayudante de seguridad corporativa, New Age Defense Systems, Los Ángeles, California». Al pie de la tarjeta había una dirección de correo electrónico y el mismo número de teléfono directo que Reacher y Neagley habían marcado tantas veces.

—¿Qué es lo que hacen en New Age? —preguntó O'Donnell.

—Dinero —dijo Reacher—. Aunque supongo que menos de lo que creían.

—¿Tienen algún producto o es pura investigación?

—La mujer que vimos afirmó que fabrican algo en alguna parte.

—¿Qué?

—Ni idea.

Los tres buscaron juntos en el segundo dormitorio. El que estaba en la parte de atrás, con la cortina y el escalón al patio vacío. La habitación tenía una cama, pero era evidente que se utilizaba como despacho. Había una mesa, un teléfono, un archivador y una estantería cargada con toda la clase de objetos que va acumulando una persona sentimental.

Comenzaron por la mesa. Tres pares de ojos, tres valoraciones separadas. No encontraron nada. Pasaron al archivador. No guardaba nada más que los papeles habituales que tiene cualquier propietario. Recibos de impuestos, pólizas de seguro, talones bancarios, facturas pagadas, recibos. Había una sección personal. Seguridad social, declaraciones de impuestos estatales y federales, el contrato de trabajo de New Age Defense Systems, los talones del sueldo. Al parecer Swan se ganaba bien la vida. En un mes había ganado una cantidad que a Reacher le hubiese durado un año y medio.

Había recetas de un veterinario. El perro era una hembra, de nombre *Maisi*, y todas las vacunas estaban al día. Era ya mayor pero gozaba de buena salud. Había documentos de una organización llamada «Personas por el Trato Ético a los Animales». Swan era socio. Aportaba mucho dinero. Por lo tanto, se dijo Reacher, una causa digna. Swan no era ningún tonto.

Buscaron en los estantes. Encontraron una caja de zapatos llena de fotos. Eran instantáneas al azar de la vida y la carrera de Swan. La perra *Maisi* aparecía en algunas. Reacher, Neagley y O'Donnell estaban en otras, y también Franz, Karla Dixon, Sánchez, Orozco y Stan Lowrey. Eran de hace mucho tiempo, todos salían jóvenes, diferentes, resplandecientes de juventud, vigor y dedicación. Había parejas y tríos en las oficinas y salas de guardia de todo el mundo. Una era un retrato de grupo formal, los nueve en uniformes de gala después de una ceremonia de entrega de una citación a la unidad. Reacher no recordaba quién había tomado la foto. Probablemente, un fotógrafo oficial. Tampoco recordaba por qué habían recibido la citación.

—Tenemos que marcharnos —dijo Neagley—. Puede que nos hayan visto los vecinos.

—Tenemos una causa justificada —manifestó O'Donnell—. Un amigo que vive solo, ninguna respuesta cuando llamamos a la puerta, un mal olor desde el interior.

Reacher se acercó a la mesa y cogió el teléfono. Marcó la tecla de rellamada. Hubo una rápida secuencia de pitidos electrónicos mientras el circuito recordaba el último número marcado. Después la señal de llamada. Entonces Angela Franz respondió. Reacher oyó a Charlie de fondo. Colgó.

—La última llamada que hizo fue a Franz, en su casa en Santa Mónica.

—Se apuntó a la tarea —dijo O'Donnell—. Eso ya lo sabíamos. No es de gran ayuda.

—Aquí no hay nada que nos ayude —afirmó Neagley.

—Pero lo que no está puede que sí —intervino Reacher—. Su trozo del muro de Berlín no está aquí. No hay ninguna caja con sus cosas del despacho en New Age.

—¿En qué nos ayuda?

—Puede establecer una secuencia. Te despiden, recoges tus cosas, las guardas en el maletero del coche. ¿Cuánto tiempo las dejas allí antes de traerlas a casa y ocuparte de ellas?

—Quizás un día o dos —respondió O'Donnell—. Un tipo como Swan puede cabrearse mucho cuando recibe una noticia así, pero en el fondo es una persona firme. Encajará el golpe y seguirá adelante sin demora.

—¿Dos días?

—Como máximo.

—Así que todo esto ocurrió dentro de los dos días posteriores a que lo echasen de New Age.

—¿En qué nos ayuda eso? —insistió Neagley.

—No tengo ni idea —admitió Reacher—. Pero cuanto más sepamos, mejor nos irá todo.

Salieron por la cocina y cerraron la puerta, pero no echaron la llave. No tenía sentido. El cristal roto lo hacía ilógico. Siguieron por el sendero de lajas alrededor del garaje hasta el camino. Caminaron hasta la acera. Era un barrio tranquilo. Un barrio dormitorio. Nada se movía. Reacher miró a izquierda y derecha atento a la presencia de vecinos curiosos y no vio ninguno. Ningún mirón, ningún ojo furtivo detrás de las cortinas.

Pero sí vio un Crown Victoria marrón aparcado a unos cuarenta metros. De cara a ellos.

Un tipo sentado al volante.

—Paraos y daos la vuelta como si estuviésemos echando una última mirada a la casa —les pidió Reacher—. No dejéis de charlar.

O'Donnell se volvió.

—Tiene todo el aspecto de los alojamientos para oficiales casados en Fort Hood —dijo.

—Exceptuando el buzón —comentó Reacher.

Neagley se volvió.

—Me gusta. Me refiero al buzón.

—Hay un Crown Victoria marrón aparcado junto al bordillo cuarenta metros al oeste. Nos sigue —dijo Reacher—. Para ser precisos, sigue a Neagley. Estaba allí cuando me encontré con ella en Sunset y de nuevo delante del despacho de Franz. Y ahora está aquí.

—¿Alguna idea de quién es? —preguntó O'Donnell.

—Ninguna en absoluto —contestó Reacher—. Pero creo que es hora de averiguarlo.

—¿Como solíamos hacer?

Reacher asintió.

—Como solíamos hacer. Yo conduzco.

Echaron una última mirada a la casa de Swan, después se volvieron y caminaron a paso lento hacia el bordillo. Subieron al coche de O'Donnell. Reacher en el asiento del conductor, Neagley a su lado delante. O'Donnell en el asiento trasero. Sin los cinturones de seguridad.

—No estropees el coche —le pidió O'Donnell—. No he contratado el seguro a todo riesgo.

—Tendrías que haberlo hecho —manifestó Reacher—. Es siempre una sabia precaución.

Puso el motor en marcha y se apartó del bordillo. Miró hacia adelante y luego por el retrovisor.

Nada.

Giró el volante, pisó el acelerador y dio una rápida vuelta en U a través del ancho de la calle. Pisó de nuevo el pedal y aceleró treinta metros. Clavó los frenos y O'Donnell saltó del vehículo a un metro del Crown Vic. Reacher aceleró de nuevo, volvió a frenar y se detuvo junto a la puerta del conductor. O'Donnell ya estaba en la ventanilla del pasajero. Reacher se apeó y O'Donnell destrozó el cristal de la ventanilla con los nudillos de cerámica y persiguió al conductor hacia el otro lado para mandarlo a los brazos de Reacher. Este le golpeó una vez en el estómago y de nuevo en el rostro. Rápido y fuerte. El tipo golpeó contra el costado de su coche y cayó de rodillas. Reacher escogió el punto donde golpear por tercera vez, un codazo contra el costado de la cabeza. El tipo cayó de lado, poco a poco, como un árbol

talado. Acabó metido en el espacio entre el coche y la carretera. Tumbado boca arriba, inerte, inconsciente, sangrando por la nariz rota.

—Bueno, todavía funciona —comentó O'Donnell.

—Siempre que yo haga el trabajo pesado —dijo Reacher.

Neagley sujetó las solapas de la americana del tipo y lo puso de lado para que la sangre de la nariz cayese al pavimento y no al fondo de su garganta. No tenía ningún sentido ahogarlo. Luego buscó en el interior de su chaqueta.

Entonces se detuvo.

Porque el tío llevaba una pistolera. Muy usada, hecha de cuero negro. En la pistolera había una Glock 17. Llevaba un cinto. En el cinto había un cargador adicional. También un estuche con unas esposas de acero inoxidable.

De la policía.

Reacher miró en el interior. Había trozos de cristal roto por todo el asiento del pasajero. Había una radio instalada debajo del salpicadero. No era una radio de taxi.

—Mierda —exclamó Reacher—. Le acabamos de pegar a un poli.

—Tú hiciste la parte difícil —señaló O'Donnell.

Reacher se agachó y apoyó los dedos en el cuello del tipo. Le buscó el pulso. Estaba allí, fuerte y regular. Respiraba. Tenía la nariz aplastada, que sería más tarde un problema estético, pero de todas formas tampoco era muy bien parecido.

—¿Por qué nos estaba siguiendo? —preguntó Neagley.

—Ya lo averiguaremos más tarde —contestó Reacher—. Cuando estemos lejos de aquí.

—¿Por qué le pegaste tan fuerte?

—Estaba alterado por lo del perro.

—Este tipo no lo hizo.

—Antes no lo sabía.

Neagley buscó en sus bolsillos. Sacó una cartera de cuero. En el interior había una placa cromada y una tarjeta plastificada detrás de una ventana de plástico.

—Se llama Thomas Brant —dijo—. Es un poli del condado de Los Ángeles.

—Estamos en el condado de Orange —señaló O'Donnell—. Está fuera de su jurisdicción. También lo estaba en Sunset y en Santa Mónica.

—¿Crees que eso sirve de ayuda?

—No mucho.

—Vamos a ponerlo cómodo y larguémonos de aquí —dijo Reacher.

O'Donnell sujetó los pies de Brant y Reacher los hombros y juntos lo colocaron en el asiento trasero del coche. Lo tumbaron, lo acomodaron bien y lo dejaron en lo que los médicos llaman postura de recuperación, de lado, con una pierna recogida, capaz de respirar, de manera que fuera poco probable que se ahogase. El Crown Vic era amplio. El motor estaba apagado y entraba mucho aire fresco por la ventanilla rota.

—Estará bien —dijo O'Donnell.

—Mejor que así sea —manifestó Reacher.

Cerraron la puerta y fueron al coche de O'Donnell. Seguía allí mismo, en mitad de la calle, tres puertas abiertas, el motor en marcha. Reacher se sentó detrás. O'Donnell al volante. Neagley sentada a su lado. La voz amable del GPS comenzó a guiarles de vuelta a la autopista.

—Tenemos que devolver este coche —opinó Neagley—. Ahora mismo. Y el Mustang también. Seguro que tomó los números de las matrículas.

—¿Entonces qué utilizaremos como transporte? —preguntó Reacher.

—Te toca a ti alquilar algo.

—No tengo carnet de conducir.

—Entonces tendremos que tomar taxis. Debemos romper el vínculo.

—Eso significa cambiar de hotel.

—Pues que así sea.

El GPS no permitía cambios sobre la marcha, un tema de riesgos. O'Donnell aparcó y cambió el destino desde Beverly Wilshire al aparcamiento de Hertz en el aeropuerto de Los Ángeles. La unidad aceptó el cambio sin problemas. Hubo un segundo de demora mientras aparecía la barra de cálculo de la ruta y después se oyó de nuevo la voz paciente para decirle a O'Donnell que diese la vuelta y fuese al oeste en lugar del este, hacia la 405 en lugar de la 5. El tráfico era ligero en las calles e intenso en la autopista. El avance, lento.

—Háblame de ayer —le pidió Reacher a Neagley.

—¿Qué quieres saber?

—Lo que hiciste.

—Llegué al aeropuerto de Los Ángeles y alquilé un coche. Fui hasta el hotel en Wilshire. Me inscribí. Trabajé durante una hora. Después fui hasta el Denny's en Sunset. Te esperé.

—Han tenido que seguirte todo el camino desde el aeropuerto.

—Está claro. La pregunta es por qué.

—No, esa es la segunda pregunta. La primera es cómo. ¿Quién sabía cuándo y dónde ibas a llegar?

—Como es obvio, el poli. Puso una señal junto a mi nombre y Seguridad Interior le avisó en el momento en que compré mi billete.

—Vale, ¿por qué?

—El poli estaba investigando a Franz. Polis del condado de Los Ángeles. Soy una asociada conocida.

—Todos lo somos.

—Yo fui la primera en llegar.

—Entonces, ¿somos sospechosos?

—Puede ser. Si no tienen a nadie más.

—¿Cómo pueden ser tan estúpidos?

—No lo creas. Incluso nosotros buscaríamos entre los asociados conocidos si

estuviésemos atascados.

—No te metas con los investigadores especiales —le recordó Reacher.

—Correcto —asintió Neagley—. Pero acabamos de meternos con los polis del condado de Los Ángeles. A lo grande. Espero que no tengan un eslogan similar.

—Puedes apostar lo que quieras a que lo tienen.

El aeropuerto de Los Ángeles era una gigantesca confusión. Como todos los aeropuertos que Reacher había visto, estaba siempre a medio acabar. O'Donnell pasó por zonas en construcción y carreteras perimetrales para llegar al aparcamiento de la compañía de coches. Todas las grandes estaban allí, la roja, la verde, la azul, y por fin la amarilla de Hertz. O'Donnell aparcó al final de una larga hilera y un tipo con la americana de la compañía se le acercó y escaneó el código de barras de la ventanilla trasera con un lector manual. Ya estaba, vehículo devuelto, alquiler terminado. La cadena rota.

—¿Y ahora qué? —preguntó O'Donnell.

—Ahora tomamos el autobús hasta la terminal y buscamos un taxi —contestó Neagley—. Después dejamos el hotel y dos de nosotros volvemos aquí con mi Mustang. Reacher puede buscar un nuevo hotel y ponerse a trabajar con los números. ¿De acuerdo?

Pero Reacher no respondió. Miraba al otro lado del aparcamiento, a través de las ventanas de la oficina de alquiler de coches. Concretamente, la cola de personas en el interior.

Sonreía.

—¿Qué? —preguntó Neagley—. ¿Reacher, qué?

—Allí —contestó Reacher—. La cuarta de la cola. ¿La ves?

—¿A quién?

—La mujer pequeña, cabello oscuro. Estoy seguro de que es Karla Dixon.

Reacher, Neagley y O'Donnell se apresuraron a cruzar el aparcamiento, cada vez más seguros con cada paso. Cuando estuvieron a tres metros de las ventanas de la oficina estaban totalmente seguros. Era Karla Dixon. Inconfundible. Morena y un tanto baja. Una mujer feliz que pensaba lo peor de la gente. Estaba allí mismo, la tercera en la cola. Su lenguaje corporal decía que estaba al mismo tiempo impaciente y resignada, a la espera. Como siempre, se la veía relajada pero nunca del todo quieta, siempre quemando energía, siempre dando la impresión de que no tenía bastante con las veinticuatro horas del día. Estaba más delgada de lo que Reacher recordaba. Vestía unos tejanos negros ajustados y una chaqueta de piel negra. Llevaba el pelo negro corto. Una maleta de cuero negro y un maletín negro del mismo material colgado del hombro.

Entonces, como si sintiese sus miradas en la espalda, se volvió y los miró de lleno, sin ninguna expresión en su rostro, como si los hubiese visto tan solo unos minutos antes, en lugar de años atrás. Les dirigió una breve sonrisa, una sonrisa un tanto triste, como si ya supiese lo que estaba pasando. Después sacudió su cabeza hacia los empleados que esperaban detrás del mostrador, como si les dijese «Estaría ahí con vosotros pero ya sabéis cómo son los civiles». Reacher se señaló a sí mismo, a Neagley y a O'Donnell, levantó cuatro dedos y abrió los labios para decir «Alquila un coche de cuatro plazas». Dixon asintió de nuevo y se volvió para continuar la espera.

—Esto es algo bíblico —comentó Neagley—. La gente continúa resucitando.

—No hay nada de bíblico en todo esto —señaló Reacher—. Nuestras suposiciones eran erróneas, nada más.

Un cuarto empleado salió de un despacho y ocupó su puesto detrás del mostrador. Dixon pasó de estar la tercera en la cola a ser atendida en menos de treinta segundos. Reacher vio el destello rosa de un carnet de conducir de Nueva York y el destello platino de una tarjeta de crédito que cambiaba de manos. El empleado escribió, Dixon firmó un montón de papeles y después recibió un grueso paquete amarillo y una llave. Se cargó el maletín al hombro, cogió la maleta con ruedas y fue hacia la salida. Salió a la acera. Se detuvo delante de Reacher, Neagley y O'Donnell y los miró uno tras otro con una mirada firme y grave.

—Lamento llegar tarde a la fiesta —dijo—. Pero en realidad no es una fiesta, ¿verdad?

—¿Qué sabes hasta ahora? —le preguntó Reacher.

—Solo tengo vuestros mensajes —contestó Dixon—. No quise esperar en Nueva York a un vuelo directo. Quería estar en marcha. El primer vuelo de salida iba a Las Vegas. Allí tuve que esperar dos horas. Aproveché para hacer unas cuantas llamadas e investigué un poco. Descubrí que Sánchez y Orozco han desaparecido. Al parecer hace unas tres semanas se desvanecieron sin más de la faz de la Tierra.

En Hertz le habían dado a Dixon un Ford 500, que era un coche de cuatro plazas de un tamaño decente. Metió el equipaje en el maletero y se sentó al volante. Neagley se sentó junto a ella, y Reacher y O'Donnell se apretujaron detrás. Dixon arrancó y dejó el aeropuerto en dirección norte por Sepúlveda. Habló durante los primeros cinco minutos. Había estado trabajando encubierta como una nueva empleada en una empresa de cambio y bolsa de Wall Street. Su cliente era un inversor institucional preocupado por las ilegalidades. Como todos los agentes encubiertos que quieren sobrevivir, ella se había mantenido fiel a su tapadera, y eso significaba que no podía permitirse ningún contacto con su vida normal. No podía llamar a su despacho con el móvil de la empresa, ni con el teléfono de la empresa instalado en el apartamento alquilado por su empleador, o recibir su correo electrónico en la Blackberry también suministrada por la empresa. Por fin había llamado de forma clandestina desde un teléfono público en el edificio de la Autoridad Portuaria y había oído la larga cadena de mensajes 10-30 en el contestador. Así que había abandonado el trabajo y a su cliente, se había ido sin demora al JFK y había tomado un avión de America West. Desde el aeropuerto de Las Vegas había llamado a Sánchez y Orozco sin obtener respuesta. Peor todavía, sus buzones de voz estaban llenos, lo que era una mala señal. Había ido en taxi hasta sus despachos y los había encontrado desiertos, con el correo de tres semanas amontonado detrás de la puerta. Los vecinos no los habían visto en mucho tiempo.

—Pues ya está —dijo Reacher—. Ahora lo sabemos a ciencia cierta. Solo quedamos nosotros cuatro.

Entonces Neagley habló durante cinco minutos. Dio la misma clase de claro y conciso informe que había dado mil veces antes. Sin desperdiciar palabras, sin omitir detalles. Cubrió toda la inteligencia y todas las especulaciones desde la primera llamada de Angela Franz en adelante. El informe de la autopsia, la pequeña casa en Santa Mónica, el despacho destrozado en Culver City, los *pendrives*, el edificio de New Age, la llegada de O'Donnell, la perra muerta, el desafortunado ataque a un poli del condado de Los Ángeles delante de la casa de Swan en Santa Ana, y la consiguiente decisión de abandonar los coches de Hertz para cortar la inevitable persecución.

—Bueno, esa parte ya está solucionada —comentó Dixon—. Nadie nos está siguiendo ahora, así que por el momento este coche está limpio.

—¿Conclusiones? —preguntó Reacher.

Dixon lo pensó a lo largo de trescientos metros de circulación lenta por el bulevar. Después entró en la 405, la autopista de San Diego, pero hacia el norte, lejos de San Diego y hacia Sherman Oaks y Van Nuys.

—Sobre todo una conclusión —contestó Karla—. Esto no va de Franz llamando solo a algunos de nosotros porque supuso que solo algunos estaríamos disponibles.

Tampoco va de llamar a solo alguno de nosotros porque calculó mal la extensión de su problema. Franz era demasiado listo para cometer ese error. Al parecer también muy cauto, con toda esa historia del chico y lo demás. Por lo tanto necesitamos cambiar el paradigma. Mirar quién está aquí y quién no. Creo que esto va de Franz llamando solo a aquellos de nosotros que podíamos llegar a él lo antes posible. Muy rápido. Swan, es obvio, porque estaba aquí mismo en la ciudad, y después Sánchez y Orozco porque solo estaban a una hora o poco más en Las Vegas. El resto de nosotros no le servíamos para nada. Porque todos estábamos como mínimo a un día de distancia. Por lo tanto, esto va de rapidez, pánico y urgencia. La clase de cosas donde medio día marca una diferencia.

—¿En términos específicos? —preguntó Reacher.

—No tengo ni idea. Es una lástima que quemases aquellas primeras once contraseñas. Podríamos haber visto qué información era nueva o diferente.

—Tienen que ser los nombres —señaló O'Donnell—. Son los únicos datos reales.

—Los números también pueden ser pruebas reales —precisó Dixon.

—Te volverás ciega tratando de entenderlos.

—Tal vez. O tal vez no. Algunas veces los números me hablan.

—Estos no.

Reinó el silencio en el coche por un momento. El tráfico era fluido. Dixon continuó por la 405 y pasó por el cruce con la 10.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Vayamos al Chateau Marmont —respondió Neagley—. Es apartado y discreto.

—También caro —dijo Reacher. Algo en su tono hizo que Dixon desviase la mirada de la carretera y mirase atrás.

—Reacher está sin blanca —le informó Neagley.

—No me sorprende —admitió Dixon—. No ha trabajado en nueve años.

—Tampoco hacía mucho cuando estaba en el ejército —intervino O'Donnell—. ¿Por qué cambiar el hábito de toda una vida?

—Le avergüenza que otras personas paguen por él —explicó Neagley.

—Pobrecito —exclamó Dixon.

—Solo intento ser cortés —se defendió Reacher.

Dixon siguió por la 405 hasta el bulevar Santa Mónica. Luego se dirigió al noreste, con la intención de pasar por Beverly Hills y West Hollywood para llegar a Sunset al comienzo de Laurel Canyon.

—Una declaración clara —dijo Karla—. No te metas con los investigadores especiales. Los cuatro presentes tenemos que tenerlo presente. En nombre de los cinco del grupo que no están aquí. Así que necesitamos una estructura de mando, un plan y un presupuesto.

—Yo me haré cargo del presupuesto —declaró Neagley.

—¿Puedes?

—Solo en este año hay siete mil millones de dólares del dinero del Departamento

de Seguridad Interior moviéndose por el sistema privado. Parte de esa suma viene a nosotros en Chicago y soy dueña de la mitad de lo que aparece en nuestros libros.

—¿Así que eres rica?

—Más rica que cuando era sargento.

—Ya volveremos a esa parte —señaló O'Donnell—. A las personas las matan por amor o por dinero, y a nuestros socios está muy claro que no los mataron por amor. Por lo tanto, en alguna parte hay dinero.

—¿Estamos de acuerdo en que Neagley se haga cargo del presupuesto? —preguntó Dixon.

—¿Qué es esto, una democracia? —quiso saber Reacher.

—Por ahora. ¿Estamos de acuerdo?

Cuatro levantaron las manos. Dos comandantes y un capitán, que dejaban a una sargento pagar la cuenta.

—Vale, el plan —dijo Dixon.

—Primero la estructura de mando —señaló O'Donnell—. No podemos poner el carro delante del caballo.

—Vale —asintió Dixon—. Propongo a Reacher como oficial al mando.

—Yo también —manifestó O'Donnell.

—Conmigo tres —se sumó Neagley—. Como siempre.

—No puedo hacerlo —protestó Reacher—. Le pegué a aquel poli. Si lo investigan tendré que aceptar la responsabilidad y dejar que el resto de vosotros sigáis adelante sin mí. No puedo estar al mando en esa posición.

—Ya cruzaremos ese puente cuando lleguemos —dijo Dixon.

—Llegaremos sin duda —señaló Reacher—. Mañana o pasado como muy tarde.

—Quizá lo dejen correr.

—Ni lo sueñes. ¿Nosotros lo dejaríamos correr?

—Quizá le dé demasiada vergüenza como para informar.

—No tendrá necesidad de informar. Los demás se darán cuenta. Tiene una ventanilla rota y la nariz aplastada.

—¿Sabe al menos quién eres?

—Puso el nombre de Neagley en la máquina. Nos seguía. Sabe quiénes somos.

—No puedes aceptar la responsabilidad —afirmó O'Donnell—. Irías a la cárcel. Si se da el caso, tendrás que salir de la ciudad.

—No puedo hacerlo. Si no me pescan vendrán por ti y por Neagley como cómplices. Eso no lo queremos. Necesitamos estar bien plantados aquí.

—Te conseguiremos un abogado. Uno barato.

—No, uno bueno —dijo Dixon.

—Lo que sea, seguiría preocupado —señaló Reacher.

Nadie habló.

—Neagley tendría que estar al mando —añadió Reacher.

—Declino —dijo Neagley.

—No puedes declinar. Es una orden.

—No puedes dar una orden hasta que estés al mando.

—Entonces Dixon.

—Declino —dijo Dixon.

—Vale, O'Donnell.

—Paso.

—Reacher puede seguir hasta que lo lleven a la cárcel —propuso Dixon—.

Después Neagley. ¿Todos a favor?

Se levantaron tres manos.

—Lo lamentaréis —dijo Reacher—. Haré que os arrepintáis.

—¿Cuál es el plan, jefe? —dijo Dixon, y la pregunta hizo que Reacher retrocediese nueve años atrás, a la última vez que alguien le había preguntado lo mismo.

—Lo de siempre —contestó—. Investigamos, nos preparamos, ejecutamos. Los encontramos, los matamos y después nos meamos en las tumbas de sus antepasados.

El Chateau Marmont era un viejo edificio bohemio en Sunset muy cerca del comienzo de Laurel Canyon. Toda clase de estrellas de cine y la escena musical se habían alojado allí. Había fotos en las paredes. Errol Flynn, Clark Gable, Marilyn Monroe, Greta Garbo, James Dean, John Lennon, Mick Jagger, Bob Dylan, Jim Morrison, Led Zeppelin y Jefferson Airplane entre otros. John Belushi había muerto allí, después de consumir la suficiente heroína y cocaína para drogar a todos los demás huéspedes del hotel. No había ninguna foto del personaje.

El recepcionista reclamó las identificaciones junto con la tarjeta platino de Neagley, así que todos se registraron con sus nombres verdaderos. No había más alternativas. Después el tipo dijo que solo quedaban tres habitaciones disponibles. Neagley tenía que estar sola, así que Reacher y O'Donnell se acomodaron juntos y dejaron las otras dos habitaciones para las mujeres. O'Donnell llevó a Neagley hasta el Beverly Wilshire en el coche de Dixon para recoger las maletas y abandonar el hotel. Neagley llevaría el Mustang de vuelta al aeropuerto de Los Ángeles y O'Donnell la seguiría para recogerla. Sería una pausa de tres horas. Reacher y Dixon se quedarían para dedicar las tres horas a trabajar con los números.

Se acomodaron en la habitación de Dixon. Según el tipo de la recepción, Leonardo DiCaprio había estado allí una vez, pero no quedaba ningún rastro de él. Reacher colocó las siete páginas una al lado de la otra sobre la cama y observó como Dixon se agachaba para observarlas, de la misma manera que algunas personas leen música o poesía.

—Dos puntos claves —señaló ella de inmediato—. No son cifras de tantos por ciento. No son diez sobre diez ni nueve sobre nueve.

—¿Y?

—Las primeras tres páginas tienen veintiséis números, la cuarta veintisiete, y las últimas tres de nuevo veintiséis.

—¿Qué significa?

—No lo sé. Pero ninguna de estas páginas está completa. Por lo tanto, el veintiséis y el veintisiete deben significar algo. Es algo intencionado, no accidental. No es solo una lista de números continua que pasa de página en página. De haber sido así, Franz los hubiese escrito en seis páginas, no en siete. Por tanto, son siete categorías separadas de algo.

—Separadas pero similares —apuntó Reacher—. Es una secuencia descriptiva.

—Los resultados empeoran —dijo Dixon.

—De una forma radical.

—Y repentina. Están bien, y después caen en picado.

—¿Pero qué son?

—Ni idea.

—¿Qué se puede medir de esa manera, repetitivamente? —quiso saber Reacher.

—Supongo que cualquier cosa. Podría ser algo de salud mental, respuestas a preguntas sencillas. Podrían ser de rendimiento físico, tareas de coordinación. Podrían ser errores que se registran, en cuyo caso los números estarían mejorando y no empeorando.

—¿Cuáles son las categorías? ¿Qué estamos mirando? ¿Siete de qué?

—Esa es la clave —asintió Dixon—. Es lo primero que necesitamos comprender.

—No pueden ser pruebas médicas. No puede ser ninguna clase de pruebas. ¿Por qué meter las veintisiete preguntas en mitad de una secuencia donde todo lo demás son veintiséis preguntas? Destruiría la consistencia.

Dixon se encogió de hombros y se levantó. Se quitó la chaqueta y la arrojó sobre una silla. Fue hasta la ventana, apartó la cortina vaporosa y miró abajo. Después fijó la vista en las colinas.

—Me gusta Los Ángeles —comentó.

—Supongo que a mí también —dijo Reacher.

—Me gusta más Nueva York.

—Es probable que a mí también.

—Pero el contraste es bonito.

—Supongo.

—Unas circunstancias de mierda, pero es fantástico volver a verte, Reacher. De verdad.

Reacher asintió.

—Lo mismo digo. Creíamos haberte perdido. No fue agradable.

—¿Puedo abrazarte?

—¿Quieres abrazarme?

—Os quería abrazar a todos en la oficina de Hertz. Pero no lo hice, porque a Neagley no le hubiese gustado.

—Le dio la mano a Angela Franz. Y también a la Dama Dragón de New Age.

—Es un progreso —opinó Dixon.

—Algo es algo —admitió Reacher.

—Tuvo que ser víctima de un abuso hace mucho tiempo. Es lo que siempre he creído.

—Nunca lo ha mencionado —dijo Reacher.

—Es triste.

—Ya lo creo.

Karla Dixon se volvió hacia él y Reacher la cogió en brazos y la abrazó con fuerza. Olía bien. Su pelo olía a champú. La levantó y la hizo girar en un lento círculo completo. La notaba liviana, delgada y frágil. Su espalda era estrecha. Vestía una camisa de seda negra y la piel se notaba caliente debajo. La dejó en el suelo y ella se estiró al máximo para darle un beso en la mejilla.

—Te he echado de menos —dijo ella—. Me refiero a que os he echado de menos a todos.

—Yo también. No me había dado cuenta de cuánto.

—¿Te gusta la vida después del ejército? —preguntó ella.

—Sí, me gusta.

—A mí no. Pero quizá tú estás reaccionando mejor que yo.

—No sé cómo estoy reaccionando. Ni siquiera sé si estoy reaccionando en absoluto. Os miro a vosotros y tengo la sensación de que estoy chapoteando en el agua, o ahogándome. Todos vosotros estáis nadando.

—¿De verdad estás sin blanca?

—Casi sin un centavo.

—Yo también —reconoció Karla—. Gano trescientos mil al año y estoy en la cola del pan. Así es la vida. Estás muy bien fuera de todo esto.

—Es como me siento por lo general. Hasta que tengo que volver a la vida. Neagley puso mil treinta dólares en mi cuenta.

—¿Como un código 10-30? Chica inteligente.

—Y para mi billete de avión. Si no, todavía estaría viniendo hacia aquí haciendo dedo.

—Estarías caminando. Nadie en su sano juicio te recogería.

Reacher se miró en el viejo espejo manchado. Un metro noventa, ciento veinticinco kilos, las manos tan grandes como pavos congelados, peludo, sin afeitar, los puños de la camisa arremangados rotos en los antebrazos como el monstruo de Frankenstein.

—Un vagabundo. De la gran máquina verde a esto —opinó.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Adelante.

—Siempre he deseado que hubiésemos hecho algo más que trabajar juntos.

—¿Quiénes?

—Tú y yo.

—Es una afirmación, no una pregunta.

—¿Tú has sentido lo mismo?

—¿Con sinceridad?

—Por favor.

—Sí.

—¿Entonces por qué no hicimos más?

—No hubiese estado bien.

—Nos hemos saltado toda clase de normas.

—Hubiese destrozado la unidad. Los demás se hubiesen sentido celosos.

—¿Incluida Neagley?

—A su manera.

—Podríamos haberlo mantenido en secreto.

—Ni lo sueñes.

—Podríamos mantenerlo en secreto ahora. Disponemos de tres horas.

Reacher no dijo nada.

—Lo siento —se disculpó Dixon—. Es solo que todo este mal rollo me hace sentir que la vida es demasiado corta.

—Y de todas maneras la unidad ya está destrozada.

—Así es.

—¿No tienes un novio en el Este?

—Ahora mismo no.

Reacher se acercó de nuevo a la cama. Karla Dixon se acercó para ponerse a su lado, su cadera contra su muslo. Las siete páginas continuaban dispuestas en una hilera.

—¿Quieres mirarlas un poco más? —preguntó Reacher.

—Ahora mismo no.

—Yo tampoco. —Las recogió y las puso juntas. Las colocó en la mesa de noche y las sujetó debajo del teléfono—. ¿Estás segura de esto?

—Estoy segura desde hace quince años.

—Yo también. Pero tiene que ser un secreto.

—De acuerdo.

Él la cogió en brazos y la besó en la boca. La forma de sus dientes era nueva para su lengua. Los botones de su camisa eran pequeños y difíciles de desabrochar.

Después permanecieron juntos en la cama.

—Tenemos que volver al trabajo —dijo Dixon. Reacher se giró para coger las páginas de la mesa de noche pero Dixon añadió—: No, hagámoslo en nuestras cabezas. Veremos más de esa manera.

—¿Tú crees?

—Un total de ciento ochenta y tres números. Háblame del ciento ochenta y tres como número.

—No es primo —respondió Reacher—. Es divisible por tres y por sesenta y uno.

—No me importa si es primo o no.

—Multiplícalo por dos y obtendrás trescientos sesenta y seis, que es el número de días en un año bisiesto.

—¿Entonces aquí tenemos medio año bisiesto?

—No con siete listas —contestó Reacher—. La mitad de cualquier año serían seis meses y seis listas.

Dixon guardó silencio.

«Medio año», pensó Reacher.

Medio.

Hay más de una manera de pelar un pollo.

Veintiséis, veintisiete.

—¿Cuántos días hay en medio año?

—¿Un año normal? Depende de qué mitad. Ciento ochenta y dos o ciento ochenta y tres.

—¿Cómo calculas la mitad?

—Divido por dos.

—Suponte que lo multiplicas por siete sobre doce.

—Es más que la mitad.

—Y entonces de nuevo por seis sobre siete.

—Nos llevaría de vuelta a la mitad exacta. Cuarenta y dos sobre ochenta y cuatro.

—Ahí lo tienes.

—No te sigo.

—¿Cuántas semanas hay en un año?

—Cincuenta y dos.

—¿Cuántos días laborables?

—Doscientos sesenta para semanas de cinco días, trescientos doce para semanas de seis días.

—¿Entonces cuántos días habría en siete meses de semanas de seis días laborables?

Dixon lo pensó por un momento.

—Depende de los siete meses que elijas. Depende de dónde caigan los domingos.

Depende de qué día de la semana sea el uno de enero. Depende de si estás mirando una sucesión de meses o escoges al azar.

—Pasa los números, Karla. Solo hay dos respuestas posibles.

Dixon hizo una pausa.

—Ciento ochenta y dos o ciento ochenta y tres.

—Eso es. Esas siete páginas son siete meses de semanas de seis días laborables. Uno de los meses largos solo tiene cuatro domingos. De ahí la anomalía de los veintisiete días.

Dixon salió de debajo de la sábana y caminó desnuda hasta donde había dejado el maletín y volvió con una libreta de cuero negro. La abrió, la dejó sobre la cama. Cogió las páginas de la mesa de noche y las acomodó en línea debajo de la agenda. Sus ojos se movieron adelante y atrás, siete veces.

—Corresponde a este año —dijo—. Son los últimos siete meses del calendario. Hasta el final del mes pasado. Si quitas los domingos, tienes tres meses de veintiséis días, luego uno de veintisiete, y después tres más de veintiséis.

—Ya lo ves —dijo Reacher—. Algunas de las cifras correspondientes a las semanas de seis días laborables empeoran y empeoran durante los últimos siete meses. Alguna clase de resultado. Ya estamos a medio camino.

—La mitad fácil —señaló Dixon—. Ahora dime qué significan las cifras.

—Algo que se supone que ocurrió nueve, diez, doce o trece veces desde el lunes hasta el sábado y no siempre salió bien.

—¿Qué clase de algo?

—No lo sé. ¿Qué clase de cosa ocurre diez o doce veces al día?

—Desde luego no es la producción del Ford T. Tiene que ser algo a pequeña escala. O profesional. Como las citas de un dentista, de un abogado, o de una peluquería.

—Había un salón de manicura cerca del despacho de Franz.

—Harían más que eso en un día. ¿Además cómo puedes relacionar la manicura con la desaparición de cuatro personas y con un sirio con cuatro alias?

—No lo sé —admitió Reacher.

—Yo tampoco.

—Tendríamos que ducharnos y vestirnos.

—Después.

—¿Después de qué?

Dixon no respondió. Solo volvió a la cama, lo sujetó contra la almohada y lo volvió a besar.

A tres mil doscientos kilómetros en horizontal y once mil doscientos metros en vertical de ellos, el cuarentón de pelo oscuro que se hacía llamar ahora Alan Mason estaba en la cabina de primera clase de un Boeing 757 de United Airlines, en vuelo

desde La Guardia, Nueva York, a Denver, Colorado. Ocupaba el asiento 3A, con un vaso de agua mineral a su lado en la bandeja y un periódico abierto en el regazo. Pero no lo leía. Lo que hacía era mirar a través de la ventanilla las brillantes nubes blancas más abajo. Doce kilómetros al sur de ellos, el hombre de traje azul en el Chrysler azul oscuro seguía a O'Donnell y Neagley de vuelta al aparcamiento de Hertz en el aeropuerto de Los Ángeles. Los había seguido desde el momento en que habían salido del Beverly Wilshire. Había deducido que tomarían un vuelo, así que se situó para seguirles a las terminales del aeropuerto. Cuando O'Donnell había tomado la salida de vuelta hacia el norte en Sepúlveda había tenido que acelerar para no perderlos. Como resultado, estaba diez coches más atrás. Lo que no estaba mal, se dijo, en términos de una vigilancia poco visible.

—No estamos llegando a ninguna parte —comentó O'Donnell.

—Tenemos que enfrentarnos a los hechos —señaló Neagley—. El rastro está frío y no tenemos casi ningún dato útil.

Se habían reunido en el dormitorio de Karla Dixon. La vieja habitación de Leonardo DiCaprio. La cama estaba hecha. Reacher y Dixon se habían duchado, vestido y tenían el pelo seco. Se encontraban bien separados el uno del otro. Las siete páginas estaban colocadas en el tocador con la agenda a su lado. Nadie discutía que representaban los últimos siete meses. Pero nadie veía en qué podía ayudarles dicha información.

Dixon miró a Reacher.

—¿Qué quieres hacer, jefe?

—Tomarnos una pausa —contestó Reacher—. Estamos pasando algo por alto. No estamos pensando con claridad. Debemos tomarnos un descanso y volver a ello.

—Nunca nos tomábamos un descanso.

—Entonces teníamos otros cinco pares de ojos.

El hombre del traje azul oscuro llamó por el móvil.

—Se han trasladado al Chateau Marmont. Ahora son cuatro. Se ha presentado Karla Dixon. Así que están todos presentes y contados. —Escuchó la respuesta de su jefe y se lo imaginó sujetándose la corbata sobre la pechera de la camisa.

Reacher salió a caminar solo hacia el oeste por Sunset. La soledad seguía siendo su condición natural. Sacó el dinero del bolsillo y lo contó. No quedaba mucho. Entró en una tienda y encontró un colgador con camisas de rebajas. De la moda del año anterior o de la última década. Al final del perchero había un grupo de prendas azules con dibujos blancos, brillantes, de un material artificial. De cuellos abiertos, mangas cortas, dobladillos cuadrados. Cogió una. Era una prenda que su padre podría haber usado para ir a jugar a los bolos en los cincuenta. Excepto que era tres tallas más grande. Reacher era mucho más grande de lo que había sido su padre. Encontró un espejo y se sujetó la percha debajo de la barbilla. La camisa quizá le fuera bien. Era lo bastante ancha para sus hombros. Las mangas cortas solucionarían el problema de encontrar algo que se acomodase al largo de sus brazos; eran como los de un gorila, solo que más largos y gruesos.

Con los impuestos la prenda costaba casi veintiún dólares. Reacher pagó en la caja, luego le cortó a mordiscos las etiquetas, se quitó la camisa vieja y se puso la nueva allí mismo. Se la dejó por fuera. La estiró por el dobladillo y movió los hombros. Con el botón del cuello desabrochado le iba bastante bien. Las mangas le apretaban en los bíceps pero no tanto como para cortar la circulación.

—¿Tiene una papelerera? —preguntó.

El tipo se agachó y reapareció con una papelerera de metal con el interior recubierto por una bolsa de plástico. Reacher hizo una bola con la camisa vieja y la arrojó

adentro.

—¿Hay alguna peluquería cerca? —preguntó.

—Dos manzanas al norte —contestó el dependiente—. Colina arriba. Limpieza de zapatos y cortes de pelo en una esquina de la tienda de comestibles.

Reacher no dijo nada.

—Laurel Canyon —añadió el tipo a modo de explicación.

En el establecimiento vendían cerveza que el mismo cliente sacaba de la nevera y café de termo. Reacher se sirvió un vaso mediano de la mezcla de la casa sin leche y fue hacia el sillón del barbero, un sillón antiguo con un tapizado de vinilo rojo manchado. Había navajas al lado y una silla de limpiabotas cerca. Un tipo delgado estaba sentado en ella. Tenía marcas de aguja encima y debajo de los brazos. Alzó la mirada y se concentró, como si estuviese evaluando la tarea que tenía por delante.

—Deje que adivine. ¿Afeitado y corte de pelo?

—¿Veinticinco centavos? —preguntó Reacher.

—Ocho dólares —respondió el tipo.

Reacher volvió a mirar en su bolsillo.

—Diez. Para incluir el lustrado y el café.

—Eso serían doce.

—Diez es todo lo que tengo.

El tipo se encogió de hombros.

—Está bien.

Laurel Canyon, pensó Reacher. Media hora más tarde se había gastado su último dólar pero sus zapatos estaban lustrados y su rostro todo lo suave que podía estar. Su cabeza estaba afeitada casi igual. Había pedido el corte habitual del ejército pero el barbero había acabado haciendo algo mucho más cercano a la versión del cuerpo de marines. Era obvio que no se trataba de un veterano. Reacher pensó por un momento y miró de nuevo los brazos del tipo.

—¿Dónde se puede conseguir algo de droga por aquí? —preguntó.

—Usted no es consumidor.

—Es para un amigo.

—No tiene dinero.

—Lo puedo conseguir.

El tipo se encogió de hombros.

—Normalmente suele haber un grupo detrás del Museo de Cera.

Reacher volvió al hotel por las calles bajas del cañón a lo largo de dos manzanas y después se acercó por detrás. Por el camino pasó junto a un Chrysler 300C azul oscuro aparcado en el bordillo. Un tipo con traje azul oscuro estaba al volante. El color del traje hacía casi juego con el color del coche. El motor estaba apagado y el tipo solo esperaba. Reacher supuso que era un coche de alquiler. Una limusina. Se dijo que algún emprendedor propietario de un servicio de coches de alquiler había conseguido un mejor precio del concesionario Chrysler que del concesionario

Lincoln y había pasado de los coches clásicos. Dedujo que había vestido a los conductores con trajes a juego, para causar efecto. Reacher sabía que Los Ángeles era un mercado muy competitivo en el ramo de las limusinas. Lo había leído en alguna parte.

Dixon y Neagley se mostraron corteses con su nueva camisa pero O'Donnell se rio. Todos se rieron de su corte de pelo. A Reacher no le importaba. Se vio en el espejo de Dixon y tuvo que admitir que era un poco extremo. Era en realidad una pared blanca. Se sintió feliz de proveer un momento distendido. No iban a conseguir ningún otro momento así en ninguna otra parte, eso estaba muy claro. Juntos se habían ocupado de dos años de crímenes, algunos horribles, otros solamente venales, unos cuantos crueles, algunos de ellos espantosos, y habían bromeado sobre ellos como hacen los polis en todas partes. El humor negro. El refugio universal. Una vez habían encontrado a un tipo muerto medio podrido con una pala de jardín enterrada en lo que quedaba de su cabeza y de inmediato rebautizaron al cadáver como Sepulturero y se rieron como locos. Más tarde, en un juicio, Stan Lowrey había cometido un fallo y había utilizado el apodo en lugar del nombre real. El abogado defensor no había entendido la referencia. Lowrey se había reído como un loco en el estrado y dijo «Sepulturero. Con una pala en la cabeza. ¿Lo pillas?».

Ahora nadie se reía. Era diferente cuando se trataba de los tuyos.

Las hojas estaban de nuevo en la cama. Ciento ochenta y tres días en un período de siete meses. Había un total de 2.197 anotaciones. Había una nueva página junto a ellas escrita con la letra de Dixon. Había extrapolado los números a 314 días y 3.766 en un año completo. Reacher se dijo que había invitado a los otros a pensar en qué clase de cosas podían suceder 3.766 veces en 314 días de un año. Pero el resto de la página estaba en blanco. A nadie se le había ocurrido nada. La página con los cinco nombres estaba en la almohada. Yacía allí en un ángulo despreocupado, como si alguien la hubiese estado leyendo y después la hubiese arrojado en una muestra de impaciencia.

—Tiene que haber algo más que esto —comentó O'Donnell.

—¿Qué más quieres? —preguntó Reacher—. ¿Unas notas aclaratorias?

—Solo estoy diciendo que ahí no veo ninguna razón suficiente para que cuatro personas hayan muerto.

Reacher asintió.

—Estoy de acuerdo. No hay mucho. Porque los malos se llevaron casi todo. Los ordenadores, la agenda, la lista de clientes, su agenda de teléfonos. Lo único que tenemos es la punta del iceberg. Fragmentos. Como restos arqueológicos. Pero es mejor que lo aceptemos, porque esta clase de cosas es todo lo que vamos a conseguir.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Romper el hábito.

—¿Qué hábito?

—El de preguntarme qué hacer. Puede que mañana no esté aquí. Ya me imagino a

aquellos polis preparándose ahora mismo. Vais a tener que comenzar a pensar por vosotros mismos.

—¿Y hasta entonces qué hacemos?

Reacher no hizo caso de la pregunta. Se volvió hacia Karla Dixon.

—¿Cuando alquilaste el coche pediste el seguro adicional?

Ella asintió.

—Vale —dijo Reacher—. Otro descanso. Después bajaremos a cenar. Invito yo. Quizá sea la última cena. Me encontraré con vosotros en el vestíbulo dentro de una hora.

Reacher pidió al aparcacoches que le trajeran el Ford de Dixon y fue al este por Hollywood Boulevard. Pasó por el Entertainment Museum y el Teatro Chino de Mann. Dobló a la izquierda en Highland. Estaba a dos manzanas al oeste de Hollywood y Vine, que era donde tradicionalmente se encontraban los camellos. Ahora parecía que habían emigrado, que era lo que solía suceder habitualmente. Las fuerzas de la ley nunca ganaban. Solo empujaban los problemas, una manzana más allá, otra manzana más aquí.

Reacher aparcó junto a la acera. Había un ancho callejón detrás del Museo de Cera. En realidad, se trataba de medio solar vacío, con la superficie de grava, sin vallar, colonizado por coches que lo utilizaban para girar, recolonizado por los traficantes en una instalación de paso. La operación estaba organizada en la típica manera triangular. El conductor entraba y se detenía. Se le acercaba un chiquillo de unos once años. El conductor hacía el pedido y entregaba el dinero. El chico corría con el dinero hasta el hombre de la bolsa y después continuaba hasta el repartidor para recoger el producto. Mientras tanto, el conductor seguiría avanzando en un lento semicírculo preparado para reunirse de nuevo con el chico al otro lado del solar. Allí se haría la entrega y el conductor se marcharía. El chico volvería donde había comenzado y esperaría para comenzar de nuevo.

Un sistema inteligente. Separación total del producto del dinero, fácil dispersión instantánea en tres direcciones diferentes si era necesario, y nadie era visto con nada excepto alguien que era demasiado joven para ser juzgado. La provisión de droga era repuesta a menudo, para dejar al repartidor con una cantidad mínima en todo momento. La bolsa con el dinero se vaciaba con frecuencia para reducir las pérdidas potenciales y la vulnerabilidad del cobrador.

Un sistema inteligente.

Un sistema que Reacher había visto antes.

Un sistema que había explotado antes.

El hombre de la bolsa era literalmente el hombre de la bolsa. Estaba sentado en un bloque de cemento en mitad del solar con una bolsa de vinilo negro a los pies. Llevaba gafas de sol y seguramente iba armado con la pistola de preferencia de aquella semana.

Reacher esperó. Un Mercedes ML negro redujo la velocidad y entró en el solar.

Un bonito todoterreno, con cristales opacos. Las matrículas de California mostraban un acrónimo que Reacher no comprendía. Se detuvo en la entrada y el chico se acercó. Su cabeza apenas si llegaba a la ventanilla del conductor. Pero su mano sí. Subió y bajó con un fajo doblado. El Mercedes avanzó un poco y el chico corrió al hombre de la bolsa. El fajo fue a parar a la bolsa y el chico corrió hacia el proveedor. El Mercedes estaba comenzando a realizar su lento semicírculo.

Reacher metió la marcha del Ford de Dixon. Miró al norte, miró al sur. Pisó el acelerador, giró el volante y se metió en el solar. No hizo caso del gastado sendero circular y fue en línea recta hacia el centro del espacio. En línea recta hacia el hombre de la bolsa, acelerando, las ruedas delanteras levantando una lluvia de grava.

El hombre de la bolsa se quedó paralizado. Tres metros antes de embestirlo de frente, Reacher hizo tres cosas.

Giró el volante. Pisó el freno. Abrió la puerta. El coche se deslizó a la derecha, las ruedas delanteras patinaron en la grava suelta y la puerta se abrió en un arco que golpeó al tipo como un puñetazo. Le golpeó desde la cintura hasta la cara. Cayó hacia atrás, el coche se detuvo en seco y Reacher se agachó para coger del suelo la bolsa de vinilo con la mano izquierda. La arrojó al asiento del pasajero, pisó el acelerador, cerró la puerta y realizó una cerrada vuelta en U por dentro del lento Mercedes. Salió como una bala del solar y rebotó en el bordillo para entrar en Highland. En el espejo vio el polvo en el aire, la confusión, y al tipo de la bolsa caído de espaldas y dos tipos que corrían. Diez metros más adelante estaba detrás del edificio del Museo de Cera. Pasó el semáforo y entró de nuevo en Hollywood Boulevard.

Doce segundos, de principio a fin.

Ninguna reacción. Ningún disparo. Ninguna persecución.

No la habría, se dijo Reacher. Debían de haber visto el Ford color vainilla, la camisa chillona, el pelo corto, y lo habrían atribuido a un poli que buscaba un suplemento para su pensión. El coste de hacer negocios. Y el conductor del Mercedes no podía permitirse decirle ni una palabra a nadie.

Sí, tío, no te metas con los investigadores especiales.

Reacher redujo la velocidad, respiró hondo, dobló a la derecha y realizó un recorrido completo en el sentido contrario a las agujas del reloj. Nichols Canyon Road, Woodrow Wilson Drive, y de nuevo a Laurel Canyon Boulevard. Nadie le seguía. Se detuvo, vació la bolsa y la arrojó a la calle. Contó el dinero. Casi novecientos dólares, la mayoría en billetes de veinte y diez. Lo suficiente para la cena. Incluso con agua noruega. Y propina.

Se bajó para inspeccionar el coche. La puerta del conductor estaba un tanto hundida, en el centro. El rostro del tipo de la bolsa. Nada de sangre. Se sentó al volante y se abrochó el cinturón de seguridad. Diez minutos más tarde estaba en el vestíbulo del Chateau Marmont sentado en una butaca de terciopelo desteñido esperando a los otros.

Mil novecientos kilómetros al oeste del Chateau Marmont el cuarentón de pelo oscuro que se llamaba a sí mismo Alan Mason viajaba en el metro desde la puerta de llegada a la estación terminal del aeropuerto de Denver. Viajaba solo en el vagón, sentado, cansado, pero sonriendo de todas maneras ante los locos estallidos de música que precedían los anuncios de las estaciones. Se dijo que habían sido escogidos por un psicólogo para reducir el estrés del viaje. Y funcionaban. Se sentía bien. Mucho más relajado de lo que tenía derecho a estar.

La cena le costó a Reacher mucho menos de novecientos dólares. Ya fuese por gusto, preferencia por respeto al contexto o en deferencia a su situación económica, los demás escogieron una ruidosa hamburguesería en Sunset, un poco al este del hotel Mondrian. No había agua noruega en la carta. Solo del grifo, cerveza nacional, gruesas y jugosas hamburguesas, fritos, encurtidos y rhythm and blues a todo volumen. Reacher parecía estar muy cómodo, al estilo de los cincuenta. Los otros parecían un tanto fuera de lugar. Ocupaban una mesa redonda para cuatro. La conversación comenzaba y se interrumpía mientras el placer de estar de nuevo entre viejos amigos era superado por el recuerdo de los ausentes. Reacher escuchaba la mayor parte del tiempo. La dinámica de la mesa redonda significaba que ninguna persona era dominante. El centro de atención iba y venía al azar. Después de treinta minutos de recuerdos y de ponerse al día, la conversación volvió de nuevo a Franz.

—Comencemos por el principio —dijo O'Donnell—. Si creemos a su esposa, había renunciado a todo excepto a la averiguación de antecedentes desde hace más de cuatro años. ¿Entonces por qué de pronto se lanzó a algo tan grave?

—Porque alguien se lo pidió —señaló Dixon.

—Así es —afirmó O'Donnell—. Lo que sea comienza con el cliente. Por tanto, ¿quién es?

—Puede ser cualquiera.

—No —negó O'Donnell—. Fue algo especial. Fue más allá de su límite. Rompió un hábito de cuatro años por ese tipo. Faltó a un compromiso con su esposa y su hijo.

—Tuvo que ser alguien que pagaba muy bien —señaló Neagley.

—O alguien con quien se sentía comprometido de alguna manera —precisó Dixon.

—Quizá parecía algo rutinario al principio —comentó Neagley—. Puede que no tuviese una idea clara de adónde le llevaría. Tal vez tampoco el cliente lo sabía.

Reacher escuchaba. Era alguien especial. Alguien con quien tenía un compromiso. Vio que O'Donnell tomaba la voz cantante, después Dixon, luego Neagley. El vector se movía entre ellos y trazaba un pesado triángulo en el aire. Algo se movió en el fondo de su mente. Algo que Dixon había dicho horas antes en el coche, cuando salían del aeropuerto. Cerró los ojos, pero no lo recordaba. Habló y el triángulo se convirtió en un cuadrado para incluirle.

—Debemos preguntárselo a Angela. Si él tenía un cliente desde hacía mucho tiempo, quizá lo mencionó en casa.

—Me gustaría conocer a Charlie —dijo O'Donnell.

—Iremos mañana —prometió Reacher—. A menos que los polis vengan a por mí. En ese caso, tendréis que seguir adelante solos.

—Míralo por el lado bueno —dijo Dixon—. A lo mejor el tipo sufrió una conmoción. Quizá no recuerda quién es, y mucho menos quién eres tú.

Volvieron al hotel y se separaron en el vestíbulo. A ninguno le apetecía tomar una última copa. Solo el acuerdo tácito de irse a dormir y trabajar de nuevo despiertos y alerta. Reacher y O'Donnell subieron juntos. No hablaron mucho. Reacher se durmió cinco segundos después de apoyar la cabeza en la almohada.

Se despertó de nuevo a las siete de la mañana. El sol entraba por la ventana. David O'Donnell entraba por la puerta. Deprisa. Vestido, con un periódico debajo del brazo, con vasos de café en las manos.

—Salí a dar un paseo.

—¿Y?

—Estás en un buen lío —respondió él—. Creo.

—¿Quién?

—Aquel poli. Está aparcado a cien metros de aquí.

—¿El mismo tipo?

—El mismo tipo y el mismo coche. Lleva una protección metálica en la cara y ha tapado la ventanilla rota con una bolsa de basura.

—¿Te ha visto?

—No.

—¿Qué está haciendo?

—Está sentado allí. Como si estuviese esperando.

Pidieron que les sirviesen el desayuno en la habitación de Dixon. Una primera regla, aprendida hacía mucho tiempo: come cuando puedas, porque nunca sabes cuándo se presentará la siguiente oportunidad. Sobre todo cuando estás a punto de desaparecer en el sistema. Reacher engulló huevos, beicon y tostadas, acompañado con mucho café. Se sentía frustrado.

—Tendría que haberme quedado en Portland —dijo—. Más me hubiese valido.

—¿Cómo nos han encontrado tan pronto? —preguntó Dixon.

—Los ordenadores —dijo Neagley—. Seguridad Interior y el Acta Patriótica. Pueden buscar en los registros de los hoteles cuando quieran. Estamos en un estado policial.

—Nosotros somos la policía —señaló O'Donnell.

—Éramos.

—Desearía que todavía lo fuésemos. Ahora ya casi no tenemos nada que hacer.

—Poneos en marcha —dijo Reacher—. No quiero veros implicados en esto. No podemos perder el tiempo. Por tanto, no dejéis que el poli os vea marchar. Id a ver a Angela Franz. Buscad al cliente. Me pondré en contacto con vosotros cuando pueda.

Se bebió el resto del café y regresó a su dormitorio. Se guardó el cepillo de dientes plegable en el bolsillo y ocultó el pasaporte, la tarjeta de crédito y setecientos dólares de los ochocientos que le quedaban en la maleta de O'Donnell. Porque algunas cosas se pueden perder después de un arresto. Bajó en el ascensor al vestíbulo. Se sentó en una butaca y esperó. No tenía sentido convertir todo el asunto en un drama, corriendo arriba y abajo por los pasillos del hotel. Porque como decía la segunda regla, aprendida tras toda una vida de mala suerte y problemas, «mantén la dignidad».

Esperó.

Treinta minutos. Sesenta. En el vestíbulo había tres periódicos y se los leyó todos. Hasta la última palabra. Deportes, artículos, editoriales, noticias nacionales e internacionales. Y negocios. Había un artículo sobre el impacto financiero de la Seguridad Interior en el sector privado. Citaba los mismos siete mil millones de dólares que Neagley había mencionado. Mucho dinero. Sobrepasado solo, decía el artículo, por la bonanza para los contratistas de defensa. El Pentágono seguía teniendo más dinero que cualquier otro y continuaba derrochándolo a manos llenas.

Noventa minutos.

No pasó nada.

A las dos horas Reacher se levantó y dejó los periódicos en una mesa. Salió a la puerta y miró al exterior. El sol brillante, el cielo azul, poca contaminación. Una suave brisa movía los árboles exóticos. Los coches pasaban, lentos y relucientes. Un día precioso. El vigésimo cuarto día que Calvin Franz no había podido ver. Casi cuatro semanas. Lo mismo para Tony Swan, Jorge Sánchez y Manuel Orozco al

parecer.

«Ahora son muertos que caminan. No tiráis a mis amigos de un helicóptero y vivís para contarlo».

Reacher salió. Durante unos segundos, se expuso bien a la vista, como si esperase los disparos de un francotirador. Desde luego habían tenido tiempo de sobras para colocar equipos de asalto en posiciones estratégicas. Pero la acera estaba tranquila. No había vehículos aparcados. Ninguna camioneta de floristería. Ningún falso operario de la telefónica. Ninguna vigilancia. Dobló a la izquierda por Sunset. De nuevo a la izquierda por Laurel Canyon Boulevard. Caminó sin prisas y se mantuvo cerca de los árboles y los setos. Dobló a la izquierda una vez más por la sinuosa carretera que pasaba por detrás del hotel.

El Crown Victoria marrón estaba delante.

Estaba aparcado en la acera opuesta, solo, aislado, a seis metros de distancia. Quieto, inerte, el motor apagado. Tal como O'Donnell había dicho, la ventanilla delantera del pasajero estaba tapada con una bolsa de basura negra. El conductor estaba al volante. Sentado allí. Sin moverse, excepto por los giros de cabeza. Espejo retrovisor, delante, espejo de la puerta. El tipo seguía un ritmo. Hipnótico. Retrovisor, delante, espejo de la puerta. Reacher vio el destello de una tablilla de aluminio colocada en la nariz.

El coche parecía frío, como si no se hubiese movido durante muchas horas.

El tipo estaba solo; esperaba y miraba, eso es todo.

¿Pero por qué?

Reacher dio media vuelta y volvió por donde había venido. Llegó al vestíbulo y se sentó en la misma butaca. La semilla de una nueva teoría comenzó a germinar en su mente.

«Me llamó su esposa», había dicho Neagley.

«¿Te pidió que hicieras algo?».

«Nada —había respondido Neagley—. Solo me lo comunicó».

«Solo me lo comunicó».

Después: Charlie abriendo la puerta. Reacher le preguntó: «¿Ya te dejan abrir la puerta a ti solo?». El niño respondió: «Sí, me dejan».

Después: «Charlie, tendrías que salir a jugar».

Después: «Creo que hay algo que no nos está diciendo».

«El coste de hacer negocios».

Reacher continuó sentado en la butaca del vestíbulo del Chateau Marmont sumido en sus pensamientos, a la espera de ver si había acertado o errado en sus suposiciones en función de quién entrase primero por la puerta: su vieja unidad o un grupo de polis del condado de Los Ángeles muy cabreados.

Su vieja unidad fue la primera en entrar por la puerta. O por lo menos, lo que quedaba de ella. O'Donnell, Neagley y Dixon, todos rápidos y ansiosos. Se detuvieron dominados por la sorpresa cuando lo vieron y él levantó una mano para saludarles.

—Todavía estás aquí —dijo O'Donnell.

—No, soy una ilusión óptica.

—Muy buena.

—¿Qué ha dicho Angela?

—Nada. No sabe nada de los clientes.

—¿Cómo estaba?

—Como una mujer cuyo marido acaba de morir.

—¿Qué opinas de Charlie?

—Guapo. Como su papá. En cierta manera, Franz vive en él.

—¿Por qué todavía estás aquí? —quiso saber Dixon.

—Buena pregunta —admitió Reacher.

—¿Y cuál es la respuesta?

—¿El poli todavía está allí?

Dixon asintió.

—Lo vimos desde el final de la calle.

—Subamos.

Utilizaron la habitación que Reacher y O'Donnell ocupaban. Era un poco más grande que la de Dixon porque era doble. Lo primero que hizo Reacher fue recuperar el dinero, el pasaporte y la tarjeta de la maleta de O'Donnell.

—Al parecer crees que vas a quedarte —comentó O'Donnell.

—Creo que sí —dijo Reacher.

—¿Por qué?

—Porque Charlie abrió la puerta él solo.

—¿Y eso qué significa?

—A mí me parece que Angela es muy buena madre. Normal, en el peor de los casos. Charlie estaba limpio, bien alimentado, bien vestido, bien equilibrado, bien cuidado, bien atendido. Por tanto, podemos llegar a la conclusión de que Angela está haciendo un buen trabajo como madre. No obstante, dejó que el chico abriese la puerta a una pareja de absolutos desconocidos.

—Acababan de matar a su marido —señaló Dixon—. Quizás estaba distraída.

—Lo más probable es que sea lo contrario. A su marido lo mataron hace más de tres semanas. Yo diría que ya ha superado la reacción inicial. Ahora se aferra a Charlie más que nunca porque es lo único que le queda. Sin embargo, deja que el niño abra la puerta. Luego le dice que salga a jugar. No le dice ve a jugar a tu habitación. Le dice que salga. ¿En Santa Mónica? ¿En un jardín que da a una calle llena de desconocidos? ¿Por qué haría eso?

—No lo sé.

—Porque sabía que era seguro.

—¿Cómo?

—Porque sabía que el poli estaba vigilando la casa.

—¿Tú crees?

—¿Por qué crees que esperó catorce días antes de llamar a Neagley?

—Estaba distraída —repitió Dixon.

—Es posible —admitió Reacher—. Pero puede que haya otra razón. Tal vez no pensaba llamarnos en absoluto. Somos historia antigua. Le gustaba más la vida actual de Franz. Más que nada porque ella era la vida actual de Franz. Nosotros representamos los malos tiempos, peligrosos, difíciles. Creo que no lo aprobaba. O al menos estaba un poco celosa.

—Estoy de acuerdo —señaló Neagley—. Es la impresión que tengo.

—Entonces, ¿por qué te llamó?

—No lo sé.

—Pensadlo desde el punto de vista de la poli. Un departamento pequeño, recursos limitados. Encuentran a un tipo muerto en el desierto, lo identifican, ponen la maquinaria en marcha. Lo hacen siguiendo las normas. Lo primero que hacen es un perfil de la víctima. A lo largo del camino encuentran que formaba parte de un equipo de investigadores militares. Y encuentran que todos salvo uno de sus viejos camaradas todavía están por alguna parte.

—¿Sospechan de nosotros?

—No, creo que nos descartaron como sospechosos, siguieron adelante y no llegaron a ninguna parte. Ninguna pista, ningún rastro. Ningún golpe de suerte. Estaban atascados.

—¿Y?

—Así que después de dos semanas de frustración se les ocurrió una idea. Angela les había hablado de la unidad, la lealtad, el viejo eslogan, y ellos vieron una oportunidad. Tenían a un equipo investigador que trabajaba por libre. Un equipo que es inteligente, con experiencia y que por encima de todo está muy motivado. Así que le dijeron a Angela que nos llamase. Solo que nos lo dijese, nada más. Porque sabían que es lo mismo que cambiarle las pilas al conejito. Sabían que vendríamos aquí a la carrera. Sabían que buscaríamos respuestas. Sabían que podrían permanecer en la sombra, vigilarnos y aprovecharse de nuestros frutos.

—Eso es ridículo —señaló O'Donnell.

—Pero creo que es lo que ha ocurrido. Angela les dijo que había hablado por teléfono con Neagley, pusieron su nombre en la lista de vigilancia, la siguieron desde que llegó a la ciudad y permanecieron ocultos y vieron cómo llegábamos los demás, uno tras otro. Han estado vigilando todo lo que hacemos desde entonces. Trabajo policial por delegación. Eso es lo que Angela no nos ha contado. Los polis le pidieron que nos pusiese como liebres y ella aceptó. Por eso todavía estoy aquí. No hay otra

explicación. Habían considerado que una nariz rota es el precio a pagar por hacer negocios.

—Es una locura.

—Solo hay una manera de descubrirlo. Dad la vuelta a la manzana y hablad con el poli.

—¿Tú crees?

—Mejor que vaya Dixon. No estaba en Santa Ana. Así que si estoy equivocado, es probable que el tipo no le dispare.

Dixon fue. Dejó la habitación sin decir palabra.

—No creo que Angela nos haya ocultado nada hoy —comentó O'Donnell—. Por tanto, no creo que Franz tuviese un cliente.

—¿Hasta dónde la presionaste? —preguntó Reacher.

—No necesitamos presionarla. Todo estaba allí. No tenía nada que decirnos. Es inconcebible que Franz se hubiese metido en una cosa como esta por nadie que no fuese un cliente importante que tuviera desde hacía años, y es inconcebible que tuviese a un cliente así sin que Angela al menos oyese un nombre.

Reacher asintió. Sonrió por un momento. Le gustaba su viejo equipo. Podía confiar en ellos totalmente. Nada de dudas. Si Neagley, Dixon y O'Donnell salían con preguntas, volvían con respuestas. Siempre, fuese cual fuese el tema, costase lo que costase. Podía enviarlos a Atlanta y ellos volverían con la receta de la coca cola.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Neagley.

—Primero vayamos a hablar con los polis —contestó Reacher—. Averigüemos si fueron a Las Vegas.

—¿A la oficina de Sánchez y Orozco? Dixon estuvo allí. No vio nada anormal.

—No visitó sus casas.

Dixon volvió al cabo de treinta minutos.

—No me ha disparado —dijo.

—Eso está bien —asintió Reacher.

—Lo mismo creo.

—¿Ha confesado?

—No confirmó ni negó.

—¿Está cabreado por lo de la cara?

—Como una mona.

—¿Entonces cuál es la historia?

—Llamó a su jefe. Quieren reunirse con nosotros. Aquí, dentro de una hora.

—¿Quién es el jefe?

—Un tipo llamado Curtis Mauney. Del Departamento del *sheriff* del Condado de Los Ángeles.

—Vale —dijo Reacher—. Podemos hacerlo. Veremos lo que tiene el tipo. Le trataremos como a un imbécil. Le pediremos todo y no le daremos nada.

Esperaron una hora en el vestíbulo, sin tensión, con calma. El servicio militar enseña a las personas a esperar. O'Donnell se tumbó en un sofá y se dedicó a limpiarse las uñas con la navaja. Dixon leyó las siete páginas, una y otra vez, después las guardó y cerró los ojos. Neagley se sentó sola en una silla junto a la pared. Reacher se sentó debajo de una vieja foto enmarcada de Raquel Welch. La foto había sido tomada delante del hotel a última hora de la tarde y la luz era tan dorada como su piel. Los fotógrafos la llamaban la hora mágica. Bella, resplandeciente, adorable.

Como la propia fama, se dijo Reacher.

El hombre de cuarenta años y pelo oscuro que se llamaba a sí mismo Alan Mason también esperaba. Aguardaba para mantener un encuentro clandestino en su habitación del hotel Brown Palace en el centro de Denver. Por una vez estaba nervioso e irritable. Tres eran los motivos. En primer lugar, su habitación era sombría y pobre. En absoluto lo que había esperado. Segundo, tenía un maletín junto a la pared. Era una Samsonite gris oscuro, elegida con cuidado como todos sus accesorios, lo bastante cara como para no desentonar con sus aires de riqueza, pero no tan ostentosa como para traer una excesiva atención. Dentro había bonos al portador, diamantes tallados y códigos de acceso a cuentas bancarias en Suiza por una gran cantidad de dinero. Para ser exactos, el conjunto tenía un valor de sesenta y cinco millones de dólares; los individuos con los que iba a reunirse no eran precisamente de la clase de personas en que alguien prudente puede confiar teniéndolas cerca de valores imposibles de rastrear. Tercero, no había dormido bien. El aire nocturno estaba cargado con un olor desagradable. Había pensado en las diversas causas, hasta que finalmente lo identificó como comida para perros.

Era obvio que había una fábrica cerca y el viento estaba soplando en la dirección equivocada. Había permanecido despierto y preocupado por los ingredientes de la comida para perro. Carne, desde luego. Pero sabía que el olor era un mecanismo físico que dependía del impacto de las moléculas en las fosas nasales. Por tanto, técnicamente, fragmentos de carne estaban entrando por su nariz. Estaban en contacto con su cuerpo y había ciertas carnes con las que Azhari Mahmoud no podía estar en contacto bajo ninguna circunstancia.

Entró en el baño. Se lavó la cara por quinta vez aquel día. Se miró en el espejo. Apretó las mandíbulas. No era Azhari Mahmoud. Ahora no. Era Alan Mason, un occidental, y había un trabajo que hacer.

El primero en entrar por la puerta del vestíbulo del Chateau Marmont fue el poli lesionado Thomas Brant. Tenía un morado en el costado de la frente y la tablilla de metal en su rostro estaba pegada a sus pómulos tan apretada que la piel alrededor de sus ojos quedaba distorsionada. Caminaba como si le doliese. Parecía tan cabreado como si le acabasen de pegar y también un tanto mortificado por haber dejado que ocurriese, además de enfadado por tener que tragarse sus sentimientos en beneficio del trabajo. Lo seguía un tipo de más edad que debía de ser su jefe, Curtis Mauney. Este parecía rondar los cincuenta. Era bajo, fornido, y tenía ese aire cansado de quien lleva en el mismo trabajo demasiado tiempo. Llevaba el pelo teñido de un negro mate que no hacía juego con las cejas. En una mano llevaba un viejo maletín de cuero.

—¿Quién ha sido el imbécil que le ha dado a mi hombre? —preguntó.

—¿Acaso importa? —dijo Reacher.

—No tendría que haber ocurrido.

—No se sienta mal por lo ocurrido. No tuvo ninguna oportunidad. Eran tres contra uno. Pese a que uno de los tres era una chica.

Neagley le dirigió una mirada que lo hubiese cegado de haber sido cuchillos. Mauney sacudió la cabeza.

—No estoy criticando la capacidad de autodefensa de mi hombre. Solo digo que nadie viene aquí para pegar a los polis.

—Estaba fuera de su jurisdicción, no se había identificado y se comportaba de una manera sospechosa —replicó Reacher—. Se lo estaba buscando.

—¿Por qué están aquí?

—Para el funeral de nuestro amigo.

—Aún no se ha devuelto el cadáver.

—Entonces esperaremos.

—¿Fue usted quien le pegó?

Reacher asintió.

—Me disculpo. Pero lo único que tenía que hacer era pedirlo.

—¿Pedir qué?

—Nuestra ayuda.

Mauney lo miró impávido.

—¿Creen que los hemos hecho venir para que nos ayuden?

—¿No es así?

Mauney sacudió la cabeza.

—No. Los hemos traído como cebo.

Thomas Brant permaneció de pie, hosco, poco dispuesto a condescender en cualquier tipo de gesto social, como el que representaría sentarse como parte del grupo. Pero su jefe Curtis Mauney cogió una silla. Se sentó, colocó el maletín entre los tobillos y apoyó los codos en las rodillas.

—Vamos a aclarar una cuantas cosas —comenzó—. Somos *sheriffs* del condado de Los Ángeles. No somos unos paletos. Tampoco idiotas, y no somos los parientes pobres de nadie. Somos rápidos, inteligentes, activos y ligeros cuando la ocasión lo requiere. Sabíamos todos los detalles de la vida de Calvin Franz al cabo de doce horas de encontrar su cadáver. Incluido el hecho de que era uno de los ocho supervivientes de una unidad militar de élite. Al cabo de veinticuatro horas sabíamos a ciencia cierta que otros tres miembros de aquella unidad también habían desaparecido. Uno aquí mismo, en Los Ángeles, y dos en Las Vegas. En realidad, eso plantea la pregunta de hasta qué punto eran de élite, ¿no? Han perdido el cincuenta por ciento de la unidad en un abrir y cerrar de ojos.

—Necesitaría saber quién es nuestro oponente antes de llegar a cualquier conclusión sobre el rendimiento —señaló Reacher.

—Sea lo que sea, no creo que se trate del Ejército Rojo.

—Nunca luchamos contra el Ejército Rojo. Nuestro campo de acción era el Ejército estadounidense.

—Entonces preguntaré por ahí —dijo Mauney—. Consultaré si la 81.^a División Aerotransportada acaba de conseguir alguna gran victoria.

—¿Su tesis es que alguien nos está dando caza a los ocho?

—No sé cuál es mi tesis. Pero esa desde luego es una posibilidad. Por lo tanto, encontrarlos a ustedes cuatro es una victoria doble para mí. Si no aparecían es porque posiblemente ya les habían dado caza, lo que añadiría piezas al rompecabezas. Pero como se han presentado, me servirán de cebo y quizás así pueda conseguir que los malos se dejen ver.

—¿Y qué pasa si resulta que no van detrás de nosotros?

—Entonces pueden quedarse por aquí y esperar al funeral. A mí no me importa.

—¿Se ha acercado a Las Vegas?

—No.

—Vale, ¿y cómo sabe que los dos de Las Vegas han desaparecido?

—Porque llamé —contestó Mauney—. Tenemos una buena relación con los polis estatales de Nevada, y ellos trabajan a menudo con los polis de Las Vegas. Sánchez y Orozco desaparecieron hace tres semanas y sus apartamentos han sido destrozados. Así es como lo sé. El teléfono. Una tecnología muy útil.

—¿Destrozados como el despacho de Franz?

—El mismo trabajo.

—¿Pasaron algo por alto?

—¿Por qué iban a pasarlo?

—Las personas pasan por alto cosas.

—¿Pasaron por alto algo en el despacho de Franz? ¿Lo hicimos nosotros?

Reacher había dicho: lo trataremos como a un imbécil. Le sacaremos todo y no le daremos nada.

Pero Mauney no era un imbécil. Eso estaba claro. Parecía un poli bastante bueno. Ningún tonto. Pero quizás era manejable. Así que Reacher asintió.

—Franz se estaba enviando archivos de ordenador por correo a sí mismo como medida de seguridad. No los encontraron. Ustedes tampoco. Nosotros los tenemos.

—¿De su apartado postal?

Reacher asintió.

—Es un delito federal —señaló Mauney—. Tendría que haber pedido una orden.

—No podía —dijo Reacher—. Estoy retirado.

—Entonces tendría que haberse apartado.

—En ese caso arrésteme.

—No puedo —dijo Mauney—. No soy un agente federal.

—¿Qué ha pasado por alto en Las Vegas?

—¿Estamos haciendo un intercambio?

—Sí, pero usted primero.

—Vale —dijo Mauney—. En Las Vegas pasaron por alto una servilleta con algo escrito. Era una de esas servilletas de papel que te dan con la comida china. Estaba hecha una bola sucia en el cubo de basura de Sánchez. Yo diría que estaba comiendo cuando sonó el teléfono. Lo apuntó y lo copió más tarde en una agenda o a un archivo que no tenemos. Después arrojó la servilleta a la basura porque ya no la necesitaba.

—¿Cómo sabemos que tiene algo que ver con todo lo demás?

—No lo sabemos —asintió Mauney—. Pero la hora es sugerente. Aquella comida china parece ser la última cosa que hizo Sánchez en Las Vegas.

—¿Qué dice la nota?

Mauney se agachó, puso el viejo maletín sobre las rodillas y abrió los cerrojos. Levantó la tapa. Sacó una funda de plástico transparente con una fotocopia en color dentro. La fotocopia tenía los bordes negros donde la servilleta no llegaba a ocupar la pantalla. Mostraba arrugas, manchas de grasa y la textura rugosa del papel. Más o menos en el centro, en la caligrafía de Jorge Sánchez ponía: «650 a \$100k per». Segura, confiada, inclinada hacia adelante. Escrita con un rotulador azul. Vivida contra el beige del papel.

650 a \$100k per.

—¿Qué significa? —preguntó Mauney.

—Su opinión es tan válida como la mía —dijo Reacher. Miraba los números y sabía que Dixon también. La abreviatura «k» significaba mil y era bastante común entre el personal militar de la generación de Sánchez, que provenía de las escuelas de matemáticas o ingeniería o de haber servido muchos años en ultramar, donde las

distancias eran medidas en kilómetros en lugar de millas. Un kilómetro equivalía a mil metros, alrededor de un sesenta por ciento de una milla. Por lo tanto \$100k significaban cien mil dólares. Pero era la preposición latina que significaba cada uno.

—Creo que es una oferta o una puja —dijo Mauney—. Como si dijese que puedes tener seiscientos cincuenta de algo por cien de los grandes cada uno.

—O un informe de mercado —intervino O'Donnell—. Como seiscientos cincuenta de algo vendidos a cien de los grandes cada uno. Un valor total de sesenta y cinco millones de dólares. Algo que parece una venta bastante considerable. Desde luego lo bastante grande como para que maten a personas.

—A las personas pueden matarlas por sesenta y cinco centavos —afirmó Mauney—. No siempre hacen falta millones de dólares.

Karla Dixon guardaba silencio. Quieta, silenciosa, preocupada. Reacher sabía que había visto algo en el número seiscientos cincuenta que él no había detectado. No podía imaginarse qué. No era un número interesante.

650 a \$100k per.

—¿Ninguna idea brillante? —preguntó Mauney.

Nadie habló.

—¿Qué encontraron en el apartado postal de Franz? —añadió Mauney.

—Un *pendrive* —respondió Reacher—. Para un ordenador.

—¿Qué contenía?

—No lo sabemos. No pudimos descifrar la contraseña.

—Podemos intentarlo nosotros —dijo Mauney—. Tenemos un laboratorio a nuestra disposición.

—No lo sé. Estábamos en el último intento.

—En realidad, no tiene elección. Es una prueba, y por lo tanto es nuestra.

—¿Compartirán la información?

Mauney asintió.

—A mí me parece que ya estamos compartiendo.

—Vale —dijo Reacher. Le hizo un gesto a Neagley. Ella metió la mano en el bolso y sacó el pequeño objeto de plástico. Se lo arrojó a él. Reacher lo cogió y se lo dio a Mauney.

—Buena suerte.

—¿Alguna indicación? —preguntó Mauney.

—Tienen que ser números —contestó Reacher—. Franz era un tipo de números.

—Vale.

—Ya sabe que no fue un avión.

—Lo sé —asintió Mauney—. Solo lo dijimos para picarles la curiosidad. Fue un helicóptero. ¿Sabe cuántos helicópteros privados hay en un radio de vuelo del lugar donde lo encontramos?

—No.

—Más de nueve mil.

—¿Le han echado un vistazo a la oficina de Swan?

—Lo habían despedido. No tenía despacho.

—¿Han visitado su casa?

—Miramos a través de las ventanas. Estaba todo en orden.

—¿Y la ventana del baño?

—Cristal esmerilado.

—Una última pregunta —dijo Reacher—. Comprobó a Swan y envió a los polis de Nevada a por Sánchez y Orozco. ¿Por qué no llamó a Washington, Nueva York e Illinois para saber del resto de nosotros?

—Porque en aquel momento estaba ocupándome de lo que tenía.

—¿De qué se trata?

—Los tengo a los cuatro en vídeo. Franz, Swan, Sánchez y Orozco. Los cuatro juntos. Una cámara de seguridad, la noche anterior a que Franz saliese para no volver.

Curtis Mauney no esperó a que se lo pidiesen. Levantó de nuevo la tapa del maletín y sacó otra funda de plástico transparente. Era una copia de una de las imágenes de la cinta de vídeo en blanco y negro. Cuatro hombres, hombro con hombro, delante de lo que parecía el mostrador de una tienda. Era una imagen en picado y a cierta distancia, así que Reacher no distinguía demasiado.

—Hice las identificaciones comparándolos con un grupo de viejas fotos que había en una caja de zapatos en el armario del dormitorio de Franz. —Mauney le pasó la foto a Neagley a su derecha. Ella la observó por un momento sin ninguna expresión en el rostro excepto la luz reflejada en el plástico brillante. Se la pasó a Dixon en el sentido contrario de las agujas del reloj. Dixon la miró durante diez segundos, parpadeó una vez y se la pasó a O'Donnell. Este la cogió, la observó, meneó la cabeza y se la pasó a Reacher.

Manuel Orozco estaba a la izquierda, mirando a la derecha, atrapado por la cámara en su perpetuo estado de inquietud. Después venía Calvin Franz, las manos en los bolsillos, una expresión paciente en su rostro. A continuación Tony Swan, en el centro, con la mirada fija hacia adelante. A la derecha se encontraba Jorge Sánchez, con una camisa abrochada, sin corbata, con un dedo enganchado debajo del cuello de la camisa. Reacher conocía aquella pose. La había visto un millar de veces. Significaba que Sánchez se había afeitado hacía unas diez horas y la sombra de la barba en la garganta comenzaba a molestarle. Incluso sin mirar la hora grabada en la esquina inferior derecha de la foto Reacher sabía que estaba mirando una foto tomada a primera hora del anochecer.

Todos parecían un tanto mayores. Orozco tenía canas en las sienes y sus ojos mostraban arrugas de cansancio. Franz quizás había rebajado un poco de peso. Había perdido parte de la musculatura de los hombros. Swan estaba tan ancho como siempre, el pecho de barril, un poco más de barriga. Llevaba el pelo corto y comenzaba a perderlo. La expresión ceñuda de Sánchez había marcado su rostro, con unos surcos permanentes que iban de la nariz a la barbilla, enmarcando su boca. Más viejo, pero quizá también un poco más sabio. Había mucho talento, experiencia y capacidad en aquella foto. Junto con una sencilla camaradería y una confianza mutua todavía flotando en el reencuentro. Cuatro tipos duros. En opinión de Reacher, cuatro de los ocho mejores en el mundo.

¿Quién o qué los había derrotado?

Detrás de ellos, apartándose de la cámara, había unos angostos pasillos de tienda que le resultaban familiares.

—¿Dónde está tomada? —preguntó Reacher.

—La farmacia en Culver City —contestó Mauney—. Junto al despacho de Franz. El tipo de detrás del mostrador los recordaba. Swan compró aspirinas.

—No parece propio de Swan.

—Para su perro. Tenía artritis en las caderas. Le daba un cuarto de aspirina al día. El farmacéutico dijo que era algo habitual en los perros. Sobre todo en los perros grandes.

—¿Cuántas aspirinas compró?

—El frasco económico, el genérico. Noventa y seis pastillas.

—Un cuarto de pastilla al día equivalen a un año y diecinueve días —señaló Dixon.

Reacher miró de nuevo la foto. Cuatro tipos, poses relajadas, sin prisa, con todo el tiempo del mundo, una compra rutinaria, una provisión para atender a un animal doméstico que duraría más de un año en el futuro.

No lo habían visto venir.

¿Quién o qué los había derrotado?

—¿Puedo quedarme con la foto? —preguntó.

—¿Por qué? —quiso saber Mauney—. ¿Ha visto algo en ella?

—Cuatro de mis viejos amigos.

Mauney asintió.

—Puede quedársela. Es una copia.

—¿Qué más hay?

—Quédense por aquí —dijo Mauney. Bajó la tapa del maletín, y cerró los cerrojos, que dieron un fuerte chasquido en el silencio reinante—. Manténganse visibles, y llámenme si ven a alguien curioseando. Se acabaron las acciones independientes, ¿vale?

—Solo estamos aquí para el funeral —insistió Reacher.

—¿Pero el funeral de quién?

Reacher no le respondió. Solo se levantó para volverse y mirar de nuevo la foto de Raquel Welch. El cristal de la foto era reflectante y detrás de él vio a Mauney dejar su silla y a los otros que se levantaban al mismo tiempo. Cuando una persona sentada se levanta, se desliza hacia adelante para hacerlo, así que cuando un grupo sentado se levanta todos acaban por un momento más cerca de lo que habían estado mientras estaban sentados. Por tanto, el siguiente movimiento en conjunto es retroceder, volverse, dispersarse, aumentando el círculo, respetando el espacio. Neagley fue la primera y más rápida, por supuesto. Mauney se volvió hacia la puerta y caminó a través del limitado espacio entre las sillas. O'Donnell se movió hacia el otro lado, hacia el interior del hotel. Dixon se movió en paralelo, pequeña, ágil, eludiendo una mesa de centro.

Pero Thomas Brant se movió hacia el otro lado, hacia adentro.

Reacher mantuvo la mirada en el cristal delante de Raquel. Miró el reflejo bronceado de Brant. Al instante supo lo que iba a pasar. Brant iba a tocarle en el hombro derecho con la mano izquierda, y a continuación Reacher debía volverse para ver qué ocurría y recibiría un tremendo rechazazo en el rostro.

Brant se acercó. Reacher se centró en la argolla de oro entre las dos mitades del

corpino del bikini de Raquel. La mano izquierda de Brant se adelantó y la derecha se movió hacia atrás. Su mano izquierda tenía el dedo índice extendido y su mano derecha estaba cerrada en un puño del tamaño de una pelota de baloncesto. Una técnica buena pero no perfecta. Reacher intuyó que los pies de Brant no estaban bien colocados. Brant no era boxeador. Su posición solo le daría la mitad de la potencia.

Brant tocó a Reacher en el hombro.

Como lo estaba esperando, Reacher se volvió mucho más rápido de lo esperado y detuvo el puñetazo con la mano izquierda a treinta centímetros de su rostro. Era un golpe tremendo. Con mucho peso detrás. Fue toda una detonación. Le ardió en la palma y le ascendió por los tendones.

Entonces hizo gala de un autocontrol sobrehumano.

Todos los instintos animales y la memoria muscular de Reacher lo empujaban a lanzar un golpe con la cabeza contra la nariz dañada de Brant. Estaba cantado. Utilizar toda la adrenalina, moverse hacia adelante desde la cintura, con mucho impulso, y cabecear a fondo. Un movimiento que Reacher ya había perfeccionado cuando tenía tan solo cinco años. Una reacción que era obligada casi una vida más tarde.

Pero Reacher se contuvo. Permaneció inmóvil, sujetando el puño de Brant. Lo miró a los ojos, soltó el aliento y sacudió la cabeza.

—Ya me he disculpado una vez —dijo—, y me disculpo de nuevo ahora mismo. Si no tiene suficiente espere hasta que esto acabe, ¿vale? Estaré por aquí. Puede buscar a un par de amigos y atacarme entre los tres cuando no esté atento. Eso sería justo, ¿no?

—Puede que lo haga —dijo Brant.

—Debería. Pero escoja bien a sus amigos. No escoja a alguien que no pueda pagarse seis meses en el hospital.

—Un tipo duro.

—No soy yo quien lleva la nariz entablillada.

Curtis Mauney se acercó.

—Nada de peleas. Ni aquí ni nunca. —Se llevó a Brant por el cuello de la americana. Reacher esperó hasta que ambos hubiesen salido, hizo una mueca y sacudió la mano izquierda con violencia.

—Maldita sea, cómo arde.

—Ponte un poco de hielo —dijo Neagley.

—Coge una botella de cerveza fría —recomendó O'Donnell.

—Olvídate de eso ahora y deja que te diga lo que significa el número seiscientos cincuenta —dijo Dixon.

Subieron a la habitación de Dixon y ella acomodó las siete páginas en la cama.

—Muy bien —comenzó—, lo que tenemos aquí es una secuencia de siete meses de calendario. Algo así como un análisis de rendimiento. Para simplificar solo lo llamaremos aciertos y errores. Los primeros tres meses son muy buenos. Muchos aciertos, muy pocos errores. Un promedio de aciertos de casi el noventa por ciento. Un poco por encima del ochenta y nueve coma cuatro por ciento, para ser precisos.

—Continúa —le pidió O'Donnell.

—Entonces en el cuarto mes nos despeñamos y vamos a peor.

—Eso ya lo sabemos —señaló Neagley.

—Así que por el bien del análisis vamos a tomar los tres primeros meses como punto de partida. Sabemos que pueden acertar un noventa por ciento, más o menos. Son capaces. Digamos que pueden o podrían haber continuado con ese nivel de rendimiento indefinidamente.

—Pero no lo hicieron —dijo O'Donnell.

—Así es. Pueden, pero no lo hicieron. ¿Cuál es el resultado?

—Más errores después que antes —respondió Neagley.

—¿Cuántos más?

—No lo sé.

—Yo sí —afirmó Dixon—. Si hubiesen continuado con su promedio de aciertos a lo largo de los últimos cuatro meses se hubiesen ahorrado seiscientos cincuenta errores.

—¿De verdad?

—De verdad —dijo Dixon—. Los números no mienten, y los porcentajes son números. Algo ocurrió al final del tercer mes que continuó después y les costó seiscientos cincuenta errores evitables.

Reacher asintió. Un total de 183 días, 2.197 acontecimientos, 1.314 aciertos y 883 errores. Pero con una clara distribución desigual. Los tres primeros meses, 897 acontecimientos, 802 aciertos y 95 errores. Los siguientes cuatro meses, 1.300 acontecimientos, unos pobres 512 aciertos y unos catastróficos 788 errores, 650 de los cuales no hubiesen ocurrido si algo no hubiese cambiado.

—Me encantaría saber qué estamos mirando —comentó.

—Sabotaje —respondió O'Donnell—. Alguien cobró para jorobar algo.

—¿A cien mil dólares cada uno? —dijo Neagley—. ¿Seiscientos cincuenta veces? Es un trabajo cojonudo si lo puedes conseguir.

—No puede ser un sabotaje —afirmó Reacher—. Puedes incendiar una fábrica, un edificio o lo que sea por cien mil dólares. Tal vez toda una ciudad. No tendrías que pagar por cada uno.

—¿Entonces qué es?

—No lo sé.

—Pero liga —dijo Dixon—. Hay una clara relación matemática entre lo que Franz sabía y lo que Sánchez sabía.

Un minuto más tarde Reacher se acercó a la ventana y miró al exterior.

—¿Sería lógico suponer que Orozco también sabía lo mismo que Sánchez?

—Del todo —asintió O'Donnell—. Y viceversa. Eran amigos. Trabajaban juntos. Seguro que se lo contaban todo.

—Así que lo único que nos falta es lo que Swan sabía. Tenemos fragmentos de los otros tres. Nada de él.

—Su casa estaba limpia. Allí no había nada.

—Así que está en su oficina.

—No tenía oficina. Lo habían despedido.

—Pero hacía muy poco. Y supongo que su despacho seguirá vacío porque están despidiendo personal, no contratando. Por consiguiente, no necesitan espacio, lo que quiere decir que el despacho debe de estar envuelto en naftalina. Y su ordenador todavía sobre la mesa. Incluso puede que haya notas en los cajones o cosas por el estilo.

—¿Quieres ir a ver de nuevo a la Dama Dragón? —preguntó Neagley.

—Creo que debemos.

—Tendríamos que llamar antes de hacer el viaje hasta allí.

—Será mejor que nos presentemos sin más.

—Me gustaría ver dónde trabajaba Swan —dijo O'Donnell.

—A mí también —asintió Dixon.

Dixon condujo. Era su coche de alquiler, su responsabilidad. Fue hacia el este por Sunset para tomar la 101. Neagley le dijo lo que debía hacer después. Una ruta compleja. El tráfico era lento. Pero el viaje a través de Hollywood era pintoresco. Dixon parecía disfrutarlo. Le gustaba Los Ángeles.

El hombre del traje azul oscuro en el Chrysler azul oscuro los seguía todo el tiempo. Delante de los estudios KTLA, justo antes de la autopista, cogió el teléfono. Le dijo a su jefe:

—Van hacia el este. Los cuatro en un coche.

—Sigo en Colorado —respondió su jefe—. Vigíalos por mí, ¿de acuerdo?

Dixon entró por la verja abierta de New Age y aparcó en la misma plaza de visitantes que había utilizado Neagley, de cara frente al cubo brillante. El aparcamiento continuaba medio vacío. Los árboles ornamentales estaban inmóviles en el aire denso. La misma recepcionista estaba tras el mostrador. El mismo polo, la misma respuesta lenta. Oyó que se abrían las puertas pero no miró hasta que Reacher apoyó la mano en el mostrador.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó ella.

—Necesitamos ver de nuevo a la señora Berenson —respondió Reacher—. La directora de recursos humanos.

—Veré si está disponible —dijo la recepcionista—. Por favor, tomen asiento.

O'Donnell y Neagley se sentaron, pero Reacher y Dixon permanecieron de pie. Dixon era demasiado nerviosa como para pasar mucho tiempo en una silla. Reacher permaneció de pie porque si se sentaba junto a Neagley la empujaría y si se sentaba en alguna otra parte ella se preguntaría por qué.

Esperaron los mismos cuatro minutos antes de oír los golpes de los tacones de Berenson en el mosaico. Llegó por el pasillo, entró en el vestíbulo y no titubeó. Solo le dirigió a la recepcionista un gesto de gracias y siguió adelante. Tenía dos tipos de sonrisa, una para Reacher y Neagley porque los había conocido antes, y otra para O'Donnell y Dixon porque no sabía quiénes eran. Estrechó las manos de todos. Las mismas cicatrices bajo el maquillaje, el mismo aliento helado. Abrió la puerta de aluminio y se apartó hasta que todos pasaron al interior de la habitación. Con cinco personas faltaba una silla, así que Berenson permaneció junto a la ventana. Cortés, pero también psicológicamente dominante. Hacía que sus visitantes alzasen la mirada hacia ella y entrecerrasen los ojos para protegerse de la luz que los deslumbraba.

—¿En qué puedo ayudarles hoy? —Había una ligera condescendencia en su voz. Una leve irritación. Un leve énfasis en el «hoy».

—Tony Swan ha desaparecido —le informó Reacher.

—¿Desaparecido?

—Imposible dar con él.

—No lo entiendo.

—No es algo muy difícil de entender.

—Podría estar en cualquier parte. Un nuevo trabajo fuera del estado. O unas vacaciones que deseaba tomarse. Algún lugar al que siempre hubiese querido ir. Las personas algunas veces hacen eso en las circunstancias del señor Swan. Es como un consuelo.

—Su perro murió de sed encerrado dentro de su casa —señaló O'Donnell—. No creo que sea un consuelo. Swan no fue a ninguna parte donde tuviese pensado ir.

—¿Su perro? Qué terrible.

—Ya lo puede decir —asintió Dixon.

—Se llamaba Maisi —añadió Neagley.

—No veo en qué puedo ayudar yo —afirmó Berenson—. El señor Swan se marchó de aquí hace más de tres semanas. ¿No es un asunto para la policía?

—Ya se ocupan de él —dijo Reacher—. Nosotros también.

—Sigo sin ver en qué puedo ayudar —repitió Berenson.

—Nos gustaría ver su despacho. Registrar los cajones, el ordenador, su agenda. Podría haber notas, información, citas.

—¿Notas sobre qué?

—Sobre lo que sea que haya causado su desaparición.

—No ha desaparecido debido a New Age.

—Posiblemente no. Pero hay personas que realizan trabajos privados en horas de oficina. Hay personas que escriben notas sobre cosas de sus vidas privadas.

—Aquí no.

—¿Por qué no? ¿Aquí no hacen nada más que trabajar en lo suyo?

—Aquí no hay notas. No hay papel. Ni bolígrafos ni lápices. Es un asunto básico de seguridad. Es un entorno absolutamente libre de papeles. Mucho más seguro. Es una norma. Cualquiera que piense en saltársela acaba despedido. Aquí se hace todo con ordenadores. Tenemos una red interior con cortafuegos y un control de datos al azar.

—Entonces podemos ver su ordenador —preguntó Neagley.

—Supongo que podrían —dijo Berenson—. Pero no les servirá de nada. Cuando alguien se marcha, al cabo de media hora se quita el disco duro y se destruye. Se aplasta. Físicamente. Con martillos. Es otra norma de seguridad.

—¿Con martillos? —preguntó Reacher.

—Es el único método definitivo. De lo contrario se puede recuperar la información.

—¿Quiere decir que no queda ningún rastro de él?

—Me temo que ninguno en absoluto.

—Tienen ustedes reglas muy severas.

—Lo sé. Las redactó el propio señor Swan. En su primera semana. Fueron su primera contribución importante.

—¿Hablaban con alguien? —preguntó Dixon—. ¿Gente en los pasillos? ¿Hay alguien con el que pudiese haber compartido una preocupación?

—¿Asuntos personales? —dijo Berenson—. Lo dudo. La dinámica no hubiese sido la apropiada. Aquí tenía que hacer el papel de poli. Tenía que mantener las distancias para ser efectivo.

—¿Qué pasa con su jefe? —preguntó O'Donnell—. Puede que compartiese con él alguna cosa. Estaban profesionalmente en el mismo barco.

—Desde luego que se lo preguntaré —dijo Berenson.

—¿Cómo se llama?

—No se lo puedo decir.

—Es usted muy discreta.

—El señor Swan insistió en ello.

—¿Podemos reunirnos con él?

—Ahora mismo está fuera de la ciudad.

—¿Entonces quién cuida de la tienda?

—En cierta manera, el señor Swan. Sus procedimientos continúan en vigor.

—¿Hablaba con usted?

—¿De sus asuntos personales? La verdad es que no.

—¿Estaba inquieto o preocupado la semana que se marchó?

—No noté nada al respecto.

—¿Hacía muchas llamadas telefónicas?

—Estoy segura de que sí. Todos las hacemos.

—¿Qué cree que le puede haber sucedido?

—¿Yo? —dijo Berenson—. En realidad no tengo idea. Le acompañé hasta el coche y le dije que cuando cambiasen las cosas le llamaría para pedirle que volviese. Él me respondió que esperaría con ansia mi llamada. Fue la última vez que lo vi.

Volvieron al coche de Dixon y se apartaron del cristal espejo. Reacher observó cómo el reflejo del Ford se hacía cada vez más pequeño.

—Un viaje desperdiciado —comentó Neagley—. Te dije que debíamos llamar antes.

—Quería ver dónde trabajaba —dijo Dixon.

—Trabajar es la palabra incorrecta —opinó O'Donnell—. Lo utilizaban, eso es todo. Se aprovecharon de su cerebro durante un año y después lo despidieron. Estaban comprando sus ideas, no dándole un trabajo.

—Es lo que parece —admitió Neagley.

—Aquí no hacen nada. Es un edificio desprotegido.

—Es obvio. Deben de tener un tercer lugar en alguna parte. Una planta remota donde se realiza la fabricación.

—¿Entonces cómo es que UPS no tiene esa dirección?

—Quizá sea secreta. Posiblemente no reciben correspondencia allí.

—Me gustaría saber qué fabrican.

—¿Por qué? —preguntó Dixon.

—Pura curiosidad. Cuanto más sepamos, más suerte tendremos.

—Pues entonces adelante y averígualo —dijo Reacher.

—No sé a quién preguntárselo.

—Yo sí —dijo Neagley—. Conozco a un tipo en el Pentágono.

—Llámalo —pidió Reacher.

En su habitación, en un hotel de Denver, el cuarentón de pelo oscuro que se hacía llamar Alan Mason estaba llegando al final de su reunión. Su invitado se había

presentado a la hora y solo venía acompañado por un guardaespaldas. Mason interpretó estos dos hechos como signos positivos. Apreciaba la puntualidad en los negocios. Y verse superado solo dos a uno era un lujo. A menudo se había encontrado solo con seis o diez al otro lado de la mesa.

Las cosas habían comenzado bien. Seguido por un considerable progreso. Ninguna excusa para la demora de la entrega o cualquier otra dificultad. Ningún cambiazo. Ningún intento de renegociar. Ninguna subida de precio. Solo la venta como se había acordado antes, seiscientos cincuenta unidades a cien mil dólares cada una.

Mason había abierto la maleta y su cliente había comenzado el largo proceso de sumar el contenido. Las cuentas en los bancos suizos y los bonos al portador eran indiscutibles. Tenían el valor que marcaban. Los diamantes eran más subjetivos. El peso en quilates estaba marcado, por supuesto, pero gran parte de su valor dependía del corte y la claridad. La gente de Mason había calculado a la baja para disponer de un margen. El invitado de Mason lo comprendió de inmediato. Se declaró satisfecho y aceptó que la maleta contenía sesenta y cinco millones de dólares.

En ese momento se convirtió en su maleta.

A cambio Mason recibió una llave y un trozo de papel.

La llave era pequeña, vieja, rayada, gastada, sencilla y sin marca alguna. Tenía el aspecto de una llave que hace un cerrajero mientras la persona espera. A Mason se le dijo que era la llave del candado que cerraba un contenedor depositado en los muelles de Los Ángeles.

El trozo de papel era un albarán que describía el contenido del contenedor como seiscientos cincuenta reproductores de DVD.

El invitado y el guardaespaldas se marcharon y Mason entró en el baño para quemar su pasaporte en el inodoro. Media hora más tarde Andrew MacBride dejó el hotel y se dirigió al aeropuerto. Se sorprendió al comprender que tenía ganas de volver a escuchar la música de la megafonía.

Frances Neagley llamó a Chicago desde el asiento trasero del coche de Dixon. Le pidió a su ayudante que le enviase un e-mail a su contacto en el Pentágono y le explicase que estaba fuera de la oficina, en California, lejos de un teléfono seguro, y que tenía que hacerle una pregunta sobre el producto de New Age. Sabía que su tipo se sentiría mejor respondiendo a un correo electrónico que hablando por un móvil no seguro.

—¿Tienes teléfonos seguros en tu despacho? —preguntó O'Donnell.

—Por supuesto.

—Vaya nivel. ¿Quién es el tipo?

—Solo es un tipo —respondió Neagley—. Me debe unas cuantas.

—¿Las suficientes para que responda?

—Por supuesto.

Dixon salió de la 101 en Sunset y se dirigió al oeste hacia el hotel. El tráfico era lento. Menos de cinco kilómetros, pero alguien al trote los hubiese recorrido más rápido. Cuando por fin llegaron se encontraron con un Crown Victoria que esperaba delante. Un coche de la poli sin identificación. No era el de Thomas Brant. Era más nuevo, intacto y de otro color.

Era el coche de Curtis Mauney.

Se apeó en cuanto Dixon terminó de aparcar. Se acercó, bajo, sólido, cansado. Se detuvo delante mismo de Reacher y esperó un momento. Luego preguntó:

—¿Uno de sus amigos tenía un tatuaje en la espalda?

Un tono de voz amable.

Discreto.

Amistoso.

—Oh, Dios —exclamó Reacher.

Manuel Orozco había ido cuatro años a la facultad con el dinero del ejército y había aceptado que acabaría como oficial de infantería. Su hermana menor se había sentido dominada por un pánico irracional y había supuesto que acabaría muerto en combate con unas tremendas heridas faciales que impedirían que su cuerpo fuese identificado al recuperarlo. Ella nunca sabría lo que le había pasado. Orozco le habló de las placas de identificación. Ella le contestó que podían desaparecer en una explosión o simplemente perderse. Él le habló de las huellas digitales. Su hermana le respondió que podía perder los brazos. Él le habló de la identificación dental. Ella dijo que le podían volar toda la mandíbula. Más tarde comprendió que su hermana se estaba preocupando a un nivel más profundo pero al mismo tiempo creyó que la respuesta a sus temores era hacerse un gran tatuaje en la parte superior de la espalda que dijese «Orozco, M» en grandes letras negras con el número de identificación debajo. Había llegado a casa y se había quitado la camisa muy contento y se quedó boquiabierto cuando su hermanita se puso a llorar a moco tendido.

En última instancia había evitado la infantería y acabó siendo un miembro clave del Batallón no de la Policía Militar, donde Reacher le había rebautizado de inmediato como Macuto porque su ancha espalda morena se parecía al macuto de los soldados con el nombre y el número. Ahora, quince años más tarde, Reacher estaba en el aparcamiento del Chateau Marmont y dijo:

—Han encontrado otro cuerpo.

—Me temo que sí —dijo Mauney.

—¿Dónde?

—Más o menos en la misma zona. En una cañada.

—¿Un helicóptero?

—Lo más probable.

—Orozco —dijo Reacher.

—Es lo que pone en la espalda —admitió Mauney.

—¿Entonces por qué pregunta?

—Tenemos que estar seguros.

—Todos los cadáveres tendrían que ser tan convenientes.

—¿Quién es el familiar más cercano?

—Tiene una hermana en alguna parte. Más joven.

—Pues entonces tendrá que hacer usted la identificación formal. Si quiere. No es la clase de cosa que una hermana menor debiera ver.

—¿Cuánto tiempo llevaba en la cañada?

—Mucho tiempo.

Regresaron al coche y Dixon siguió a Mauney todo el camino hasta un edificio del condado al norte de Glendale. Nadie habló. Reacher se sentó atrás con O'Donnell e hizo lo mismo que estaba haciendo este, pensar en una larga e involuntaria

secuencia de los momentos que había compartido con Orozco. Era todo un comediante, en parte adrede, en parte involuntariamente. Era de ascendencia mexicana, nacido en Texas y criado en Nuevo México, pero durante muchos años había fingido ser un australiano blanco. Llamaba a todo el mundo «compañero». Como oficial, sus dotes de mando habían sido impecables, pero nunca había dado una orden. Esperaba hasta que un suboficial o un soldado raso hubiese comprendido el consenso general y entonces decía: «Si no te importa, compañero, por favor». Se había convertido en una frase para el grupo tan frecuente como la de «No te metas».

¿Un café?

Si no te importa, compañero, por favor.

¿Un cigarrillo?

Si no te importa, compañero, por favor.

¿Quieres que mate a esta madre?

Si no te importa, compañero, por favor.

—Bueno, de hecho, ya lo sabíamos —dijo O'Donnell—. No es ninguna sorpresa. Nadie le respondió.

El edificio del condado resultó ser un flamante centro médico con un hospital a un lado de una ancha calle de aspecto reciente. Al otro lado había un edificio de última generación para atender las necesidades de los pueblos que carecían de morgue. Se trataba de un cubo de hormigón blanco montado sobre columnas de un piso de altura. Los camiones podían pasar por debajo del edificio hasta las puertas de los ascensores ocultos. Limpio, discreto. Californiano. Mauney aparcó en las plazas de visitante cerca de unos árboles. Dixon aparcó a su lado. Todos se apearon y permanecieron por un momento entretenidos en desperezarse, mirando alrededor, perdiendo el tiempo.

No era un viaje del agrado de nadie.

Mauney abrió el camino. Había una entrada para el ascensor del personal. Mauney apretó el botón de llamada, se abrió la puerta y salió una corriente de aire frío que olía a productos químicos. Mauney entró, seguido por Reacher, O'Donnell, Dixon y Neagley.

Apretó el botón de la cuarta planta.

La cuarta planta era tan fría como un congelador. Había una pequeña zona pública con una gran ventana interna cerrada con una persiana veneciana. Mauney pasó junto a la ventana y entró por una puerta en el depósito. Tres paredes mostraban la parte delantera de los cajones frigoríficos. Había decenas. El aire era glacial a causa del frío y estaba cargado de olores. Mauney tiró de uno de los cajones. Se deslizó sin problemas sobre los cojinetes. Hasta el fondo. Se detuvo cuando llegó a los topes de goma.

Dentro había un cadáver refrigerado. Varón. Hispano. Las muñecas y los tobillos atados con un cordel áspero clavado muy hondo. Los brazos detrás de la espalda. La cabeza y los hombros estaban destrozados. Resultaba casi del todo irreconocible

como ser humano.

—Cayó de cabeza —dijo Reacher en voz baja—. Supongo que porque estaba atado de esa manera. Si ha acertado con lo del helicóptero.

—No hay huellas que vayan o vengan —señaló Mauney.

Era difícil ver más detalles médicos. La descomposición estaba muy avanzada, pero debido al calor y la sequedad del desierto parecía más una momificación. El cuerpo estaba hundido, reducido, correoso. Parecía vacío. Había algunos daños causados por los animales, pero no muchos. El contacto con las paredes de la cañada lo había evitado.

—¿Lo reconoce? —preguntó Mauney.

—En realidad no —admitió Reacher.

—Mire el tatuaje.

Reacher permaneció sin moverse.

—¿Quiere que llame a un ayudante? —preguntó Mauney.

Reacher sacudió la cabeza y puso una mano debajo del hombro helado del cadáver. Lo levantó. El cuerpo rodó con torpeza, entero, rígido, como un tronco. Quedó boca abajo, los brazos levantados hacia arriba, atados y contorsionados como si la desesperada lucha por la libertad hubiese continuado hasta el último segundo.

Como sin duda había sido, pensó Reacher.

El tatuaje estaba un tanto agrietado y arrugado por la flojedad de la piel y la presión antinatural de la parte superior de los brazos.

Estaba un poco borroso por el tiempo.

Pero era inconfundible.

Decía: «Orozco, M».

Debajo estaba el número de identificación de nueve cifras.

—Es él —asintió Reacher—. Es Manuel Orozco.

—Lo siento mucho —dijo Mauney.

Hubo un momento de silencio. No se oía nada, excepto el rumor del aire frío que entraba por las rejillas de aluminio.

—¿Todavía están buscando en la zona? —preguntó Reacher.

—¿Por los demás? —dijo Mauney—. No de una forma activa, no es como si estuviésemos buscando a un niño desaparecido.

—¿Franz también está aquí? ¿En uno de estos malditos cajones?

—¿Quiere verlo? —preguntó Mauney.

—No —contestó Reacher. Luego miró a Orozco y preguntó—: ¿Cuándo se hará la autopsia?

—Pronto.

—¿Nos dirá algo la cuerda?

—Lo más probable es que sea común.

—¿Tenemos una idea aproximada de cuándo murió?

Mauney medio sonrió, de poli a poli.

—Cuando golpeó contra el suelo.

—¿Y eso cuándo fue?

—Hace tres, cuatro semanas. Creemos que antes que Franz. Pero nunca lo sabremos a ciencia cierta.

—Lo haremos —afirmó Reacher.

—¿Cómo? —preguntó Mauney.

—Se lo preguntaré a quien lo hizo. Él me lo dirá. Para ese momento estará rogando poder hacerlo.

—Recuerde, ninguna acción independiente.

—Ni lo sueñe.

Mauney se quedó para ocuparse del papeleo y Reacher, Neagley, Dixon y O'Donnell bajaron por el ascensor hasta el calor y la luz del sol. Se quedaron en el aparcamiento sin decir nada. Sin hacer nada. Solo temblando y sacudiéndose la rabia reprimida. Era natural que los soldados contemplasen la muerte. Vivían con ella, la aceptaban. La esperaban. Algunos de ellos incluso la deseaban. Pero en el fondo querían que fuese justa. Yo contra él, que gane el mejor. Querían que fuese noble. Ganar o perder, querían llegar a ella con un significado.

Un soldado muerto con los brazos atados a la espalda era la peor clase de ultraje. Era la indefensión, la sumisión y el abuso. Era la impotencia.

Eliminaba cualquier ilusión.

—Vámonos —dijo Dixon—. Estamos perdiendo el tiempo.

En el hotel, Reacher se sentó por un momento con la foto que le había dado Mauney. La fotografía sacada del vídeo de la cámara de seguridad. La farmacia. Cuatro hombres delante del mostrador. Manuel Orozco a la izquierda, mirando a la derecha, inquieto. Después Calvin Franz, las manos en los bolsillos, la paciencia en su rostro. A continuación Tony Swan, que miraba adelante. Por último Jorge Sánchez, a la derecha, un dedo metido en el cuello de la camisa.

Cuatro amigos.

Dos de ellos habían muerto seguro.

Probablemente los cuatro lo estaban.

—A veces pasa —comentó O'Donnell.

—Y lo superamos —asintió Reacher.

—¿Lo haremos? —preguntó Neagley—. ¿Lo superaremos esta vez?

—Siempre lo hemos hecho antes.

—Nunca había ocurrido una cosa así.

—Mi hermano murió.

—Lo sé. Pero esto es peor.

—Sí, lo es —asintió Reacher de nuevo.

—Esperaba que los otros tres estuviesen bien.

—Todos lo esperábamos.

—Pero no lo están. Han desaparecido.

—Eso parece.

—Tenemos que trabajar —señaló Dixon—. Es todo lo que nos queda ahora.

Fueron a la habitación de Dixon, pero trabajar era un término relativo. Estaban en un punto muerto. No tenían nada con que continuar. Esos sentimientos no mejoraron cuando fueron a la habitación de Neagley y encontraron un mensaje de respuesta de su contacto en el Pentágono: «Lo lamento, no es posible. New Age es material clasificado». Solo diez palabras, frías e impersonales.

—Al parecer no te debe tanto —opinó O'Donnell.

—Sí que me debe —dijo Neagley—. Más de lo que puedes imaginar. Esto dice más de New Age que de él y de mí.

Buscó entre los otros mensajes. Entonces se detuvo. Había otro mensaje del mismo tipo. Con una versión diferente de su nombre y otra dirección de correo.

—Aquí lo tienes —dijo Neagley—. Es una cuenta de correo *on line*.

Pinchó en el mensaje. Decía: «Frances, me alegra saber de ti. Tendríamos que encontrarnos. ¿Cena y película? Tengo que devolverte tus CD de Hendrix. Muchísimas gracias por el préstamo. Me encantaron todos. La sexta pista del segundo disco es dinámicamente brillante. Avísame cuando estés en Washington. Por favor, llama cuanto antes».

—¿Tienes CD? —preguntó Reacher.

—No —respondió Neagley—. Y menos aún de Jimmy Hendrix. No me gusta.
—¿Alguna vez has ido al cine y a cenar con este tipo? —quiso saber O'Donnell.

—Nunca —contestó Neagley.

—Por tanto, te está confundiendo con alguna otra mujer.

—Poco probable —señaló Reacher.

—Está en código —dijo Neagley—. No puede ser otra cosa. Es la respuesta a mi pregunta. Tiene que serlo. Una respuesta anodina desde su dirección oficial, y luego otra en código desde una dirección no oficial. De esta manera se protege el culo por las dos partes.

—¿Cuál es el código? —preguntó Dixon.

—Algo que tiene que ver con la sexta pista del segundo disco de Hendrix.

—¿Cuál fue el segundo disco de Hendrix? —preguntó Reacher.

—¿*Electric Ladyland*? —dijo O'Donnell.

—Ese fue más tarde —dijo Dixon—. El primero fue *Are You Experienced?*

—¿Cuál era el que tenía mujeres desnudas en la cubierta?

—Ese era *Electric Ladyland*.

—Me encantaba la cubierta.

—Eres repugnante. Tenías ocho años.

—Casi nueve.

—Sigues siendo repugnante.

—*Axis Bold As Love*. Ese fue el segundo álbum —dijo Reacher.

—¿Cuál era la sexta pista? —preguntó Dixon.

—No tengo ni idea.

—Cuando las cosas se ponen duras —dijo O'Donnell—, los duros se van de compras.

Camaron un largo trecho al este por Sunset, hasta que encontraron una tienda de discos. Entraron y se encontraron con aire acondicionado, jóvenes, música a todo volumen y la sección H en los pasillos de rock y pop. Había cincuenta centímetros de álbumes de Jimmy Hendrix. Cuatro títulos antiguos que Reacher reconoció, junto con otro montón de discos publicados tras la muerte del músico. *Axis Bold as Love* estaba allí. Tres copias. Reacher cogió una y la miró. Estaba envuelta en plástico y tenía el código de barras de la tienda pegado en la segunda mitad del listado de canciones. Lo mismo en la segunda copia.

Lo mismo en la tercera.

—Arráncalo —dijo O'Donnell.

—¿Quieres que lo robe?

—No, rompe el plástico.

—No puedo hacerlo. No es nuestro.

—¿Machacas a un poli y no quieres dañar un envoltorio?

—Esto es diferente.

—¿Entonces qué vas a hacer?

—Voy a comprarlo. Podemos escucharlo en el coche. Los coches tienen reproductores de CD, ¿no?

—Desde hace cien años —dijo Dixon.

Reacher se llevó el CD e hizo cola detrás de una muchacha con más metal clavado en la cara que la víctima de una granada. Llegó a la caja y sacó trece de los ochocientos dólares que le quedaban y por primera vez en su vida se convirtió en propietario de un producto digital.

—Quítale el plástico —dijo O'Donnell.

Estaba muy apretado. Reacher utilizó las uñas para rascar una esquina y después los dientes para romper el plástico. Cuando lo quitó le dio la vuelta al CD y buscó con el dedo en la lista de canciones.

—Little Wing —leyó.

O'Donnell se encogió de hombros. Neagley lo miró con el rostro vacío.

—No es de gran ayuda —manifestó Dixon.

—Conozco la canción —dijo Reacher.

—Por favor, no la cantes —pidió Neagley.

—Entonces, ¿qué significa? —preguntó O'Donnell.

—Significa que New Age fabrica un sistema de armamentos llamado Little Wing —contestó Reacher.

—Es obvio. Pero no nos ayuda si no sabemos qué es Little Wing.

—Suen a algo aeronáutico. Como un avión sin piloto o algo así.

—¿Alguien lo ha oído mencionar? —preguntó Dixon—. ¿Alguno de vosotros?

O'Donnell sacudió la cabeza.

—Yo no —dijo Neagley.

—Pues entonces sí es ultra secreto —opinó Dixon—. Nadie que se vaya de la lengua en Washington, en Wall Street o entre todos los contactos de Neagley.

Reacher intentó abrir la caja del CD pero vio que estaba cerrada con la etiqueta del título que iba por toda la parte superior. La rascó con las uñas y se despegó en un montón de pequeños fragmentos pegajosos.

—No me extraña que la industria discográfica tenga problemas —dijo—. No hacen que estas cosas sean fáciles de disfrutar.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Dixon.

—¿Qué decía el e-mail?

—Ya sabes lo que decía.

—¿Lo sabes tú?

—¿Qué decía?

—Busca la sexta pista en el segundo disco de Hendrix.

—¿Y?

—Y nada.

—No, decía «por favor, llama cuanto antes».

—Eso es ridículo —protestó Neagley—. Si no quiso decírmelo por e-mail, ¿por

qué me lo diría por teléfono?

—No dice «por favor, llámame». En una nota codificada, cada palabra cuenta.

—¿Entonces a quién se supone que debo llamar?

—Tiene que haber alguien. Sabe que tú conoces a alguien que puede ayudar.

—¿Quién me va a ayudar en una cosa como esta? ¿Qué pasa si no quiere?

—¿Tenéis algún conocido en común? Quizá de Washington, dado que utilizó esa palabra, y toda palabra cuenta.

Neagley abrió la boca para decir nadie. Reacher vio la negativa que se formaba en la garganta. Pero entonces ella hizo una pausa.

—Hay una mujer —dijo—. Se llama Diana Bond. Los dos la conocemos. Es ayudante de un tipo en el Congreso. El tipo está en el Comité de Defensa del Congreso.

—Ahí lo tienes. ¿Quién es el tipo?

Neagley pronunció un nombre conocido pero poco apreciado.

—¿Tienes a una amiga que trabaja para ese imbécil?

—No es exactamente una amiga.

—Confío en que no.

—Todo el mundo necesita un trabajo, Reacher. Excepto tú, por lo que parece.

—Sea como sea, su jefe está firmando los talones, y, por tanto, tiene que estar informado. Él sabrá qué es Little Wing. Por consiguiente, ella también.

—No, si es un secreto.

—Ese tipo ni siquiera es capaz de escribir su nombre sin ayuda. Créeme, si él lo sabe, ella también.

—Ella no me lo dirá.

—Lo hará. Porque tú te harás la dura. La llamarás y le dirás que el nombre de Little Wing está en la calle, y que estás a punto de decirle a los periódicos que la filtración vino de la oficina de su jefe, y el precio de tu silencio es todo lo que ella sabe al respecto.

—Eso es juego sucio.

—Es política. No puede ser que desconozca el proceso si trabaja para ese tipo.

—¿De verdad tenemos que hacer esto? ¿Es relevante?

—Cuanto más sepamos, más suerte tendremos.

—No quiero involucrarla.

—Tu amigo del Pentágono quiere que lo hagas —puntualizó O'Donnell.

—Eso es solo lo que cree Reacher.

—No. Es más que eso. Piensa en el mensaje. Dijo que la sexta pista era dinámicamente brillante. Es una frase extraña. Podría haber dicho solo que era fantástica. O sorprendente. O brillante por sí misma. Pero dijo dinámicamente brillante, que son las letras D y B, como las iniciales de esa mujer, Diana Bond.

Neagley insistió en hacer a solas la llamada a Diana Bond. Cuando volvieron al hotel se instaló en el rincón más apartado del vestíbulo, marcó y volvió a marcar muchas veces. Luego una conversación seria. Volvió al cabo de veinte minutos. Un leve disgusto en su rostro. Una leve incomodidad en el lenguaje corporal. Pero también cierta excitación.

—Me ha llevado algún tiempo dar con ella —explicó—. Resulta que no está muy lejos. Estará en la base aérea de Edwards durante unos días. Alguna gran presentación.

—Es por eso que el tío del Pentágono dijo que llamas cuanto antes —señaló O'Donnell—. Sabía que estaba en California. Todas las palabras cuentan.

—¿Qué dijo? —quiso saber Reacher.

—Vendrá aquí —contestó Neagley—. Quiere un encuentro cara a cara.

—¿De verdad? —dijo Reacher—. ¿Cuándo?

—Tan pronto como pueda venir.

—Es impresionante.

—Ya lo puedes decir. Little Wing debe de ser importante.

—¿Te sientes mal por la llamada?

Neagley asintió.

—Me siento mal por todo.

Fueron a la habitación de Neagley, consultaron los mapas y dedujeron la hora estimada de la llegada de Diana Bond. La base estaba al otro lado de las montañas de San Gabriel, en el desierto de Mojave, a unos ciento diez kilómetros al noreste, pasado Palmdale y Lancaster, a medio camino de Fort Irwin. Una espera de dos horas como mínimo, si Bond salía en ese mismo instante. Más si no lo hacía.

—Voy a dar un paseo —anunció Reacher.

—Te acompaño —dijo O'Donnell.

Fueron al este por Sunset una vez más hasta donde West Hollywood se encuentra con Hollywood. Era primera hora de la tarde y Reacher sentía que el sol le quemaba la cabeza afeitada. Era como si los rayos tuvieran una mayor intensidad después de rebotar entre las resplandecientes partículas de la polución aérea.

—Tendría que comprarme un sombrero —comentó.

—Tendrías que comprarte otra camisa —dijo O'Donnell—. Ahora te la puedes pagar.

—Quizá lo haga.

Vieron una tienda cuando iban de camino a Tower Records. Perteneecía a una cadena popular. Tenía unos escaparates de diseño, pero no era cara. Vendía prendas de algodón, tejanos, camisas y camisetas. Y gorras. Eran nuevas pero tenían el aspecto de haber sido usadas y lavadas mil veces. Reacher cogió una, azul, sin ningún logo. Nunca compraba nada que llevase logo. Había pasado demasiado tiempo en

uniforme. Insignias, placas y toda clase de letras encima de él durante trece largos años.

Aflojó la correa en la parte de atrás de la gorra y se la probó.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Busca un espejo —respondió O'Donnell.

—No importa lo que veo en el espejo. Eres tú el que se ríe de mi aspecto.

—Es una gorra bonita.

Reacher se la dejó puesta y cruzó la tienda hasta una mesa donde estaban las camisetas. En el centro de la mesa había el torso de un maniquí que llevaba dos, una debajo de la otra, una verde claro y la otra verde oscuro. La camiseta de abajo se veía por debajo del dobladillo, las mangas y el cuello. Juntas, las dos capas parecían gruesas y resistentes.

—¿Qué te parece? —preguntó Reacher.

—Bueno, es un estilo —respondió O'Donnell.

—¿Tienen que ser de diferentes medidas?

—No creo.

Reacher cogió una azul claro y una azul oscuro, ambas XXL. Se quitó la gorra y llevó los tres artículos a la caja. No quiso una bolsa, arrancó las etiquetas y se quitó la camisa allí mismo en mitad de la tienda. Esperó, desnudo hasta la cintura en el frío del aire acondicionado.

—¿Tiene una papelerera? —preguntó.

La joven detrás del mostrador se levantó y apareció con un cubo de plástico con una bolsa dentro. Reacher arrojó la camisa vieja a la papelerera y se puso las camisetas, una sobre la otra. Tiró de los dobladillos y movió los hombros para acomodarlas y se puso la gorra. Salieron a la calle. Doblaron al este.

—¿De qué estás escapando? —preguntó O'Donnell.

—No escapo de nada.

—Tendrías que haberte quedado con la camisa vieja.

—Una pendiente peligrosa —dijo Reacher—. Si llevo una camisa de recambio, muy pronto necesitaré también pantalones. Entonces necesitaré una maleta. Antes de que me dé cuenta, tendré una casa, un coche, un plan de pensiones y estaré rellenando toda clase de formularios.

—Las personas lo hacen.

—Yo no.

—Insisto, ¿de qué estás escapando?

—De ser como la gente, creo.

—Yo soy como la gente. Tengo una casa, un coche y un plan de pensiones. Relleno formularios.

—Si funciona para ti, ¿por qué no?

—¿Crees que soy como los demás?

Reacher asintió.

—En ese aspecto sí.

—No todos pueden ser como tú.

—El hecho es que pocos de nosotros podemos ser como tú.

—¿Quieres serlo?

—No es cuestión de querer. Es que no se puede hacer.

—¿Por qué no?

—Vale, estoy escapando.

—¿De qué? ¿De ser como yo?

—De ser diferente a lo que era.

—Todos somos diferentes a lo que éramos.

—No a todos tiene que gustarnos.

—A mí no me gusta —admitió O'Donnell—, pero me las apaño.

—Lo estás haciendo muy bien, Dave. De verdad. Soy yo el que me tengo que preocupar. Os he estado mirando a ti, a Neagley y a Karla y me siento como un perdedor.

—¿De verdad?

—Mírame.

—Lo único que tenemos y que tú no tienes son maletas.

—¿Pero qué tengo yo que vosotros no tenéis?

O'Donnell no respondió. Fueron hacia el norte por Vine, en plena tarde en la segunda ciudad más grande de Estados Unidos, y vieron a dos tipos con pistolas en las manos que saltaban de un coche en marcha.

El coche era un Lexus negro flamante. Arrancó de nuevo de inmediato, dejando a los dos tipos solos en la acera a unos treinta metros de distancia. Eran el hombre de la bolsa y el distribuidor del solar vacío detrás del Museo de Cera. Las pistolas eran AMT Hardballer, las copias en acero inoxidable de la pistola automática Colt Government 1911, calibre 45. Las manos que las empuñaban temblaban un poco, se movían en paralelo al suelo y giraban noventa grados de una manera que imitaba el modo de empuñar armas de los malos en las películas.

O'Donnell metió las manos en los bolsillos.

—¿Nos buscan a nosotros?

—Me buscan a mí —respondió Reacher. Miró hacia atrás. No le preocupaba mucho ser alcanzado por una 45 mal empuñada desde treinta metros. Era un objetivo grande, pero las estadísticas estaban de su lado. Las armas de mano eran para un entorno cerrado. En manos de un experto y en situaciones de alta presión la distancia media para un disparo afortunado era de unos tres metros. Pero aunque cabía la posibilidad de que Reacher no fuera alcanzado, algún otro sí podía resultar herido. O alguna otra cosa. Una persona a una manzana de distancia, o un avión que volase bajo. Daños colaterales. La calle estaba abarrotada de blancos potenciales. Hombres, mujeres, niños, y otras personas a las que Reacher no tenía muy claro cómo clasificar.

Se volvió de nuevo para mirar hacia adelante. Los dos tipos no habían avanzado mucho. No más de un par de pasos. Los ojos de O'Donnell estaban fijos en ellos.

—Tendríamos que reconducir el asunto fuera de la calle, Dave —dijo Reacher.

—Recibido —respondió O'Donnell.

—Movimiento a la izquierda —añadió Reacher. Se movió de lado y se arriesgó a mirar a la izquierda. La puerta más cercana correspondía a un local donde hacían lecturas de tarot. Su mente funcionaba a una velocidad acelerada. Se movía con normalidad, pero el mundo a su alrededor se había ralentizado. La acera se había convertido en un diagrama en cuatro dimensiones. Delante, atrás, a los lados y el tiempo.

—Apártate un metro a la izquierda, Dave.

O'Donnell era como un ciego. Sus ojos estaban fijos en los dos tipos y no se apartaban. Oyó la voz de Reacher y se movió atrás y a la izquierda deprisa. Reacher abrió la puerta y la mantuvo abierta para que O'Donnell pasase a su lado. Los dos sujetos los seguían. Ahora a veinte metros.

Reacher entró después de O'Donnell. La habitación estaba vacía excepto por una muchacha de unos diecinueve años sentada sola a una mesa. La mesa era de comedor, de unos dos metros de largo, y cubierta hasta el suelo con una tela roja. Había cartas sobre ella. La joven tenía el pelo largo oscuro y vestía una prenda color púrpura que probablemente le manchaba toda la piel con tinte vegetal.

—¿Hay una habitación trasera? —le preguntó Reacher.

—Solo un lavabo.

—Vaya allí y tiéndase en el suelo, ahora mismo.

—¿Qué pasa?

—Dígamelo usted.

La mujer no se movió hasta que O'Donnell sacó las manos de los bolsillos. Los nudillos de cerámica estaban en su puño derecho como la sonrisa de un tiburón. La navaja, en la izquierda.

Estaba cerrada. Luego se abrió con un chasquido como el de un hueso que se parte. La mujer se levantó de un salto y escapó. Una nativa de Los Ángeles que trabajaba en Vine. Conocía las reglas del juego.

—¿Quiénes son esos tipos? —preguntó O'Donnell.

—Solo son los que me han pagado estas camisetas.

—¿Vamos a tener problemas?

—Es probable.

—¿El plan?

—¿Te gusta la pistola Hardballer?

—Es mejor que nada.

—Vale. —Reacher levantó el dobladillo de la tela, se agachó y retrocedió hasta situarse debajo de la mesa. O'Donnell lo siguió a su izquierda y colocó la tela otra vez en posición. La tocó con la navaja, un corto y suave tajo lateral, para hacer una raja. La amplió hasta el tamaño de un ojo con los dedos. Hizo lo mismo delante de Reacher. Este apoyó las palmas de las manos en la parte inferior de la mesa. O'Donnell se pasó la navaja a la mano derecha y puso la mano izquierda de la misma manera que su compañero.

Esperaron. Los tipos estaban en la puerta pasados ocho segundos. Hicieron una pausa, miraron a través del cristal y a continuación abrieron la puerta y entraron. Otra pausa, a metro ochenta delante de la mesa. Las armas apuntadas con las culatas paralelas al suelo.

Dieron un paso cauteloso hacia adelante.

Otra pausa.

O'Donnell tenía puestos los nudillos en la mano derecha, y además sujetaba la navaja, pero era la única mano libre debajo de la mesa. La utilizó para contar. Pulgar, índice, anular. Uno, dos, tres.

A la cuenta de tres, Reacher y O'Donnell levantaron la mesa y la lanzaron hacia adelante. La impulsaron a través de un explosivo cuarto de círculo, un metro hacia arriba, un metro hacia adelante. La parte superior se puso vertical, golpeó primero las armas y luego a los dos tipos en el pecho y la cara. Era una mesa pesada. De madera sólida. Quizá de roble. Los tumbó sin la menor dificultad. Cayeron de espaldas entre una nube de cartas de tarot y permanecieron inmóviles debajo de la lápida en un enredo de tela roja. Reacher se incorporó y se subió en la mesa tumbada como si fuese una tabla de surf. Saltó arriba y abajo un par de veces. O'Donnell esperó el

momento en que el peso de Reacher estuviese en el aire y apartó la mesa a puntapiés unos quince centímetros hasta que los dos tipos quedaron visibles hasta la cintura. Entonces les quitó las Hardballer de las manos y utilizó la navaja para cortarles las yemas de los pulgares. Doloroso y la manera más eficaz de evitar que empuñasen una pistola de nuevo hasta que cicatrizaran, que podía ser en mucho tiempo, dependiendo de su proximidad a la nutrición y la asepsia. Reacher sonrió por un momento. Aquella técnica había sido parte del sistema operativo de su unidad. Entonces dejó de sonreír, porque recordó que Jorge Sánchez la había ideado y ahora estaba muerto en alguna parte del desierto.

—No ha sido mucho problema —comentó O'Donnell.

—Aún estamos en forma —dijo Reacher.

O'Donnell se guardó la navaja y los nudillos de cerámica en los bolsillos y se metió una de las pistolas en el cinturón debajo de la chaqueta. Le dio la segunda Hardballer a Reacher, que la guardó en un bolsillo del pantalón y la tapó con las camisetas. Salieron al sol, caminaron al norte de nuevo por Vine y doblaron al oeste por Hollywood Boulevard.

Karla Dixon los esperaba en el vestíbulo del Chateau Marmont.

—Ha llamado Curtis Mauney —dijo—. Le gustó lo del correo de Franz. Así que llamó al Departamento de Policía de Las Vegas para que fuesen a buscar en el despacho de Sánchez y Orozco. Han encontrado algo.

Mauney se presentó media hora más tarde. Entró por la puerta del vestíbulo, todavía cansado, todavía con su viejo maletín de cuero. Se sentó.

—¿Quién es Adrian Mount?

Reacher lo miró. Azhari Mahmoud, Adrian Mount, Alan Mason, Andrew MacBride, Anthony Matthews. El sirio y sus cuatro alias. Una información que Mauney no sabía que tenía.

—Ni idea —respondió.

—¿Está seguro?

—Del todo.

Mauney apoyó el maletín en las rodillas, abrió la tapa y sacó una hoja de papel. Se la dio. Era borrosa. Parecía como un fax de una copia de la copia de un fax. En la parte superior se leía Departamento de Seguridad Interior. Pero no al estilo de un membrete oficial. Se parecía más a un texto pirateado de un archivo informático. La letra típica del DOS. Estaba relacionado con la reserva de un billete que un tipo llamado Adrian Mount había hecho en British Airways, de Londres a Nueva York. La reserva se había confirmado hacía dos semanas para un vuelo de hacía tres días. En primera clase, solo ida. Heathrow a JFK, asiento 2K, última salida de la noche, caro, pagado con una tarjeta de crédito legal. Comprado en la página web de British Airways, aunque era imposible saber con exactitud en qué lugar del mundo habían hecho clic con el ratón.

—¿Lo recibieron por correo? —preguntó Reacher.

—Estaba almacenado en la memoria del fax —respondió Mauney—. Llegó hace dos semanas. La máquina se había quedado sin papel. Pero nosotros sabemos que Sánchez y Orozco no estaban por allí hace dos semanas. Por tanto, tiene que ser una respuesta a una petición que hicieron por lo menos una semana antes. Creemos que pusieron un puñado de nombres en una lista de vigilancia extraoficial.

—¿Un puñado de nombres?

—Encontramos lo que creemos que es la solicitud original. Estaban enviándose las notas por correo, como Franz. Cuatro nombres. —Mauney sacó una segunda hoja de papel del maletín. Era una fotocopia de una página con la caligrafía de pata de mosca de Manuel Orozco. «Adrian Mount, Alan Mason, Andrew MacBride, Anthony Matthews. Comprobar con la DSI la llegada». Casi garabatos escritos a la carrera, aunque la caligrafía de Orozco nunca había sido buena.

Cuatro nombres. No cinco. El nombre verdadero de Azhari Mahmoud no estaba allí. Reacher se dijo que Orozco sabía que quien demonios fuese Mahmoud viajaría con un alias. No tenía ningún sentido tener alias si no lo utilizabas.

—DSI —dijo Mauney—. El Departamento de Seguridad Interior. ¿Sabe lo difícil que es para un civil conseguir la cooperación del Departamento de Seguridad Interior? Su amigo Orozco tuvo que reclamar un montón de favores. O gastarse una

pasta en sobornos. Necesito saber por qué.

—Quizás algún tema de los casinos.

—Posible. Aunque la seguridad de Las Vegas no tiene que preocuparse si los malos aparecen en Nueva York. Los que llegan a Nueva York es probable que vayan a Atlantic City. Es problema de otros.

—Quizá compartían información. Tal vez exista una red. Tipos que primero van a Jersey y después a Las Vegas.

—Es posible —admitió Mauney.

—¿El tal Adrian Mount llegó de verdad a Nueva York?

Mauney asintió.

—El ordenador de Inmigración lo registra entrando por la terminal cuatro. La terminal siete ya había cerrado por la noche. El vuelo venía retrasado.

—¿Y después qué?

—Se alojó en un hotel de la avenida Madison.

—¿Y después?

—Desaparece. Sin dejar rastro.

—¿Pero?

—Seguimos con la lista. Alan Mason voló a Denver, Colorado. Se alojó en una habitación en un hotel del centro.

—¿Y después?

—Todavía no lo sabemos. Continuamos investigando.

—¿Pero creen que se trata del mismo tipo?

—Es obvio que es el mismo tipo. Las iniciales le delatan.

—En ese caso, dadas mis iniciales, eso me convierte en presidente de la Corte Suprema —dijo Reacher.

—Sí, actúa usted como si lo fuese.

—¿Entonces quién es?

—No tengo ni idea. El inspector de Inmigración no le recuerda. Aquellos tipos de la terminal cuatro ven diez mil caras por día. La gente del hotel de Nueva York no le recuerda. Todavía no hemos hablado con Denver. Pero lo más probable es que tampoco lo recuerden.

—¿No le fotografiaron en Inmigración?

—Estamos trabajando para conseguir la foto.

Reacher volvió al primer fax. La información de Seguridad Interior. La información avanzada de los pasajeros.

—Es británico —dijo.

—No tiene por qué serlo —señaló Mauney—. Solo tiene un pasaporte británico.

—Entonces, ¿cuál es su juego?

—Hemos comenzado una lista de vigilancia propia. Antes o después Andrew MacBride o Anthony Matthews aparecerán en alguna parte. Al menos así sabremos adónde va.

—¿Qué quiere de nosotros?

—¿Alguna vez han oído alguno de estos nombres?

—No.

—¿Ningún amigo en ninguna parte con las iniciales A y M?

—No que yo recuerde.

—¿Enemigos?

—No lo creo.

—¿Orozco conocía a alguien con esas iniciales?

—No lo sé. No he hablado con Orozco en diez años.

—Estaba equivocado —dijo Mauney—. Sobre el cordel en las manos y los pies. Hice que un tipo le echase un vistazo. Después de todo no es tan común. Es un producto de sisal que viene de la India.

—¿Dónde se puede adquirir?

—No está a la venta en ninguna parte en Estados Unidos. Tuvo que venir en lo que sea que estén exportando desde allí.

—¿Qué puede ser?

—Alfombras enrolladas, forro de tela de algodón, cosas por el estilo.

—Gracias por compartir.

—Ningún problema. Lamento su pérdida.

Mauney se marchó y ellos subieron a la habitación de Dixon. Sin ningún motivo especial. Seguían en un punto muerto. Pero tenían que estar en alguna parte. O'Donnell limpió la sangre de su navaja y después inspeccionó las pistolas con su habitual estilo meticuloso. Habían sido fabricadas por AMT no muy lejos, en Irwindale, California. Tenían el cargador completo con balas del calibre 45. Estaban en perfectas condiciones. Limpias, aceitadas, sin ningún daño, y eso significaba que las habían robado hacía muy poco. Los vendedores de droga no solían ser muy cuidadosos con las armas. En cambio, eran fieles a las copias de un diseño que llevaba en el mercado desde 1911. La capacidad del cargador era de solo siete balas, algo que debía de parecer muy bien en un mundo lleno de revólveres de seis balas, pero que no funcionaba muy bien contra las capacidades modernas de quince o más.

—Son una mierda —dijo Neagley.

—Es mejor que atacar con piedras —señaló O'Donnell.

—Demasiado grande para mi mano —afirmó Dixon—. A mí me gusta la Glock 19.

—A mí me gusta cualquier cosa que funcione —dijo Reacher.

—La Glock admite diecisiete balas.

—Solo hace falta una por cabeza. Nunca me han perseguido diecisiete personas a la vez.

—Podría pasar.

El cuarentón de pelo oscuro que se hacía llamar Andrew MacBride estaba en el metro dentro del aeropuerto de Denver. Como tenía que matar el tiempo, iba y venía

una y otra vez entre la terminal principal y el vestíbulo C, que era la última parada. Disfrutaba con la música ambiente. Se sentía aliviado, sin ninguna carga, libre. Su equipaje era ahora mínimo. No llevaba ninguna maleta grande. Solo una pequeña y el maletín. El albarán estaba dentro del maletín, plegado dentro de un libro de tapa dura. La llave del candado estaba dentro de un bolsillo seguro.

El hombre del traje azul en el Chrysler azul marcó un número en su móvil.

—Han vuelto al hotel. Los cuatro.

—¿Se están acercando a nosotros? —preguntó el jefe.

—No lo puedo decir.

—¿Qué te dice el instinto?

—Sí, creo que se están acercando.

—Vale, es hora de eliminarlos. Déjalos ahí y ven. Haremos nuestro movimiento en un par de horas.

O'Donnell se levantó, fue hasta la ventana y preguntó:

—¿Qué tenemos?

Era una pregunta habitual del pasado. Había sido una parte importante del procedimiento operativo normal de la unidad especial. Como un hábito irrompible. Reacher siempre insistía en las constantes recapitulaciones. Insistía en repasar la información acumulada, replanteándola, desmenuzándola, analizándola, mirándola desde nuevos ángulos a la luz de lo que había pasado después. Pero esta vez nadie respondió, excepto Dixon, que dijo:

—Todo lo que tenemos son cuatro amigos muertos.

La habitación quedó en silencio.

—Vayamos a cenar —propuso Neagley—. No tiene ningún sentido que el resto de nosotros muramos de hambre.

Cenar. Reacher recordó la hamburguesería, veinticuatro horas antes. Sunset Boulevard, el ruido, las gruesas hamburguesas jugosas, la cerveza fría. La mesa redonda para cuatro. La conversación. La manera como el centro de atención había rotado libremente entre todos ellos. Siempre uno que hablaba y tres escuchaban, una pirámide cambiante que iba de un lado a otro.

Uno que hablaba, tres que escuchaban.

—Error —dijo.

—¿Comer es un error? —preguntó Neagley.

—No, come si quieres. Pero estamos cometiendo un error. Un grave error conceptual.

—¿Dónde?

—La culpa es mía. Di por hecha una conclusión falsa.

—¿Cuál?

—¿Por qué no pudimos encontrar al cliente de Franz?

—No lo sé.

—Porque Franz no tenía un cliente. Cometimos un error. Su cuerpo fue el primero que encontraron, así que seguimos adelante y aceptamos que todo este asunto era por él. Como si hubiese sido el factor inicial, el desencadenante. Como si él fuese el que hablaba y los otros tres escuchaban. Pero supongamos que no era él quien hablaba.

—¿Entonces quién?

—Hemos estado diciendo siempre que no se hubiese expuesto excepto por alguien especial. Alguien por quien se sintiese obligado.

—Pero eso es decir de nuevo que él fue el que hizo la primera jugada. Con un cliente que no podemos encontrar.

—No, estamos imaginando la jerarquía errónea. No es necesariamente primero el cliente, luego Franz y después los otros ayudando a Franz. Creo que Franz estaba más abajo en la cola del pan. No estaba en lo alto del árbol. ¿Veis lo que quiero decir?

Supongamos que él estaba ayudando a uno de los otros. Supongamos que él era el oyente, no el que hablaba. Supongamos que todo este asunto era algo de Orozco. Para uno de sus clientes. O de Sánchez. Si alguno de ellos necesitase ayuda ¿a quién llamaría?

—A Franz y a Swan.

—Así es. Hemos estado equivocados desde el principio. Debemos invertir el paradigma. Supongamos que Franz recibió una llamada de auxilio de Orozco o Sánchez. Desde luego entonces sí tenemos a alguien que él consideraba especial. Es alguien con quien se siente obligado de alguna manera. No es un cliente, pero no puede decir que no. Va y ayuda, no importa lo que crean Angela o Charlie.

Silencio en la habitación.

—Orozco se puso en contacto con Seguridad Interior —prosiguió Reacher—. Es algo difícil de hacer. Y es la única cosa de verdad proactiva que hemos visto hasta ahora. Es más de lo que Franz parece haber hecho.

—La gente de Mauney cree que Orozco murió antes que Franz —señaló O'Donnell—. Puede ser significativo.

—Sí —asintió Dixon—. Si se trataba de un asunto de Franz, ¿por qué iba a encargarle el trabajo pesado a Orozco? Imagino que Franz estaba mejor equipado para ocuparse él mismo. Eso más o menos prueba que la dinámica fluía en la otra dirección, ¿no?

—Es sugerente —admitió Reacher—. Pero no cometamos dos veces el mismo error. Podría haber sido Swan.

—Swan no trabajaba.

—Entonces Sánchez y puede que Orozco.

—Lo más probable es que fuesen ambos.

—Eso podría significar que esto es algo basado en Las Vegas, no aquí en Los Ángeles. ¿Los números podrían tener algo que ver con los casinos?

—Es posible —dijo Dixon—. Podían ser los porcentajes de ganancia de la casa que reciben un golpe después de que alguien hubiera perfeccionado un sistema.

—¿Qué clase de cosa se juega nueve, diez o doce veces al día?

—Casi todo. No hay un mínimo ni un máximo.

—¿Cartas?

—Lo más probable, si hablamos de un sistema.

—Seiscientas cincuenta manos ganadoras a un promedio de cien mil dólares cada vez llamaría la atención de cualquiera —manifestó O'Donnell.

—No dejarían ganar a un tipo seiscientas cincuenta veces en cuatro meses —precisó Dixon.

—Puede que haya más de un tipo. Puede que sea un grupo.

—Tenemos que ir a Las Vegas —afirmó Neagley.

Entonces sonó el teléfono de la habitación de Dixon. Atendió. Su habitación, su teléfono. Escuchó por un momento y le pasó el teléfono a Reacher.

—Curtis Mauney —dijo—. Para ti.

Reacher cogió el teléfono, dijo su nombre y Mauney le informó:

—Andrew MacBride acaba de subir a un avión en Denver. Va a Las Vegas. Se lo digo por pura cortesía. Así que quédese donde está. Nada de acciones independientes, ¿lo recuerda?

Decidieron ir a Las Vegas en coche, no en avión. Era más fácil de planificar, más fácil de organizar y no un puerta a puerta más lento. De ninguna manera podían llevar las pistolas en el avión. Y debían suponer que la potencia de fuego sería necesaria antes o después. Así que Reacher esperó en el vestíbulo mientras los demás hacían las maletas. Neagley bajó primero y se despidió del hotel. Ni siquiera miró la factura. Solo la firmó. Después dejó la maleta junto a la puerta y esperó con Reacher. El siguiente en bajar fue O'Donnell. Por último Dixon, con la llave del coche de Hertz en la mano.

Cargaron el equipaje en el maletero y se colocaron en sus asientos. Dixon y Neagley delante. Reacher y O'Donnell detrás. Fueron al este por Sunset y se abrieron paso por la red de autopistas atestadas hasta que llegaron a la 15. Les llevaría al norte a través de las montañas y después al noroeste fuera del estado para conducirlos hasta Las Vegas. También les haría pasar cerca de donde sabían que un helicóptero había estado más de tres semanas antes, al menos dos veces, a mil metros de altura, en mitad de la noche, con las puertas abiertas. Reacher pensó que no miraría, pero finalmente lo hizo. Después de todo, cuando la carretera los condujo más allá de las colinas los colocó mirando hacia el oeste, hacia la llanura desértica. Vio que O'Donnell hacía lo mismo. Y Neagley. Y también Dixon. Ella apartó los ojos de la carretera por unos segundos y miró a su izquierda, con el rostro arrugado contra el sol poniente y los labios apretados con las comisuras hacia abajo.

Se detuvieron a cenar en Barstow, California, en un mísero restaurante de carretera cuya única virtud era estar ubicado allí, frente a una carretera totalmente vacía. El lugar era sucio; el servicio, lento; la comida, mala. Reacher no era exigente, pero incluso él se sintió estafado. En el pasado se hubiesen quejado o arrojado una silla a través de la ventana, pero ninguno de ellos lo hizo aquella noche. Comieron los tres platos en silencio, bebieron un café aguado y volvieron a la carretera.

El hombre del traje azul llamó desde el aparcamiento del Chateau Marmont.

—Se han largado. Se han ido. Los cuatro.

—¿Adónde? —preguntó el jefe.

—La recepcionista cree que a Las Vegas. Es lo que oyó.

—Excelente. Lo haremos allí. Será mejor para todos. Conduce, no vuela.

El cuarentón de pelo oscuro que respondía al nombre de Andrew MacBride entró en el vestíbulo del aeropuerto de Las Vegas y lo primero que vio fue una hilera de máquinas tragaperras. Grandes, negras, plateadas y doradas, con luces de neón, quizás unas veinte, una al lado de otra en dos filas de diez. Cada máquina tenía un taburete de vinilo delante. Cada máquina tenía una repisa gris abajo con un cenicero a la izquierda y un posavasos a la derecha. Quizá doce de los veinte taburetes estaban ocupados. Los hombres y las mujeres sentados miraban las pantallas con una curiosa especie de fatigada concentración.

Andrew MacBride decidió probar fortuna. Decidió utilizar el resultado como una señal para su éxito futuro. Si ganaba, todo iría bien.

¿Y si perdía?

Sonrió.

Sabía que si perdía se olvidaría del resultado. No era supersticioso.

Se sentó en un taburete y apoyó el maletín contra el tobillo. Llevaba un monedero en el bolsillo, así era más fácil concentrar el metal y pasar más rápido por la seguridad del aeropuerto, y, por tanto, ser menos visible. Lo sacó, metió los dedos y buscó todas las monedas de veinticinco centavos que había acumulado. No eran muchas. Formaban una pequeña hilera en la repisa, entre el cenicero y el posavasos.

Las fue metiendo una a una en la máquina. Emitían un satisfactorio sonido metálico mientras caían por la ranura. Un indicador rojo señaló cinco créditos. Había un gran botón para iniciar el juego. Estaba grasiento y gastado por un millón de dedos.

Lo apretó, una y otra vez.

Las primeras cuatro veces perdió.

La quinta ganó.

Se escuchó una campana sorda, el sonido de una sirena y la máquina se sacudió un poco hacia adelante y hacia atrás mientras el resistente mecanismo interior contaba cien monedas de veinticinco centavos. Bajaron por un embudo y repicaron en una bandeja de metal cerca de su rodilla.

De Barstow, California, a Las Vegas, Nevada, había unos 320 kilómetros. De noche, en la Autopista-15, respetando a la policía de tráfico del estado y a otras policías estatales, les llevaría poco más de tres horas. Dixon dijo que no le importaba conducir todo el camino. Vivía en Nueva York y conducir era una novedad para ella. O'Donnell dormitaba detrás. Reacher miraba a través de la ventanilla.

—Maldita sea, nos hemos olvidado de Diana Bond —dijo Neagley—. Viene desde Edwards. Y no nos va a encontrar.

—Eso no importa ahora —señaló Dixon.

—Tendría que llamarla —afirmó Neagley. Pero no tenía cobertura en el móvil. Estaban totalmente en el interior del desierto de Mojave y la cobertura era intermitente.

Llegaron a Las Vegas a medianoche, que, como Reacher decía, era cuando el lugar ofrecía su mejor aspecto. Había estado allí antes. A la luz del día, Las Vegas parecía absurda. Inexplicable, trivial, cursi, desnuda. Pero por la noche, con todas las luces encendidas, tenía el aspecto de una fabulosa fantasía. Entraron por el lado malo del Strip y Reacher vio un bar de cemento con la pintura desconchada, sin ventanas y un cartel de cuatro palabras sin puntuación: «Cerveza Barata Chicas Guarras». Al otro lado había un grupo de moteles polvorientos y un viejo hotel de varias plantas. Era la clase de barrio donde él hubiese comenzado a buscar habitaciones, pero Dixon continuó sin decir palabra hacia los brillantes palacios casi un kilómetro más

adelante. Se detuvo frente a uno con nombre italiano, y un grupo de aparcacoches y botones se les acercaron, cogieron las maletas y se llevaron el coche. El vestíbulo era una filigrana de mosaicos, estanques y fuentes, acompañado por el estruendoso ruido de las tragaperras. Neagley se dirigió a la recepción y pagó cuatro habitaciones. Reacher echó un vistazo por encima del hombro de ella.

—Es caro —comentó.

—Pero puede ser un posible atajo —respondió Neagley—. Quizás aquí conocieron a Orozco y Sánchez. Tal vez aquí les ofrecieron su contrato de seguridad.

Reacher asintió. De la gran máquina verde a aquello. En cuyo caso, hubiese sido un gran paso adelante, al menos en términos de salario. El lugar chorreaba dinero. Los estanques y las fuentes eran simbólicos. Tanta agua en medio del desierto hablaba de una extravagancia asombrosa. La inversión de capital tenía que haber sido gigantesca. La entrada de dinero debía de ser inmensa. Si Sánchez y Orozco habían estado metidos en la médula de todo aquello, protegiendo una empresa tan enorme como esa, tenía que haber sido algo muy gordo. De pronto sintió un profundo orgullo por sus viejos camaradas. Pero al mismo tiempo se sintió intrigado. Cuando dejó el ejército era muy consciente de que se enfrentaba al comienzo del resto de su vida, pero era incapaz de ver más allá de un solo día. Era incapaz de hacer planes, ni sentía ningún tipo de ilusión.

Los otros sí.

¿Cómo era posible?

¿Por qué?

Neagley repartió las llaves-tarjeta y acordaron ir a sus habitaciones y encontrarse de nuevo en diez minutos para comenzar a trabajar. Ya habían superado la medianoche, pero Las Vegas era una ciudad viva las veinticuatro horas del día. El tiempo carecía de importancia. Todo el mundo comentaba la ausencia de ventanas y relojes en los casinos, algo que Reacher había podido comprobar. Nada podía impedir la entrada de dinero. Desde luego nada tan mundano como la hora de ir a dormir del jugador. Nada mejor que un tipo cansado que continuase perdiendo durante toda la noche.

La habitación de Reacher estaba en la planta diecisiete. Era un cubo de cemento oscuro arreglado como si fuese una vieja sala veneciana. Aunque no daba del todo el pego. Reacher también había estado en Venecia. Abrió su cepillo de dientes plegable y lo colocó en un vaso en el baño. Era todo su equipaje. Se lavó la cara, se pasó una mano por la cabeza y volvió abajo para echar un vistazo preliminar.

Incluso en un lugar de tanto lujo, la mayor parte de la planta baja estaba dedicada a las máquinas tragaperras. Pacientes, incansables, controladas por microprocesadores, obtenían un pequeño pero constante porcentaje del torrente de dinero que entraba en sus fauces, veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Sonaban timbres y pitidos. Muchas personas ganaban, pero eran muchas más las que perdían. La sala contaba con muy poca seguridad porque era prácticamente imposible

robar o hacer trampas, dado el mecanismo de las tragaperras y la vigilancia de la Junta de Control del Juego de Nevada. Reacher solo contó a dos del personal de seguridad entre los centenares de personas en la sala. Un hombre y una mujer, vestidos como todos los demás, tan aburridos como todos los demás, pero sin el brillo maniaco de la ilusión en los ojos.

Pensó que Sánchez y Orozco no habían dedicado muchas energías a las tragaperras.

Siguió adelante, a las grandes salas, donde se jugaba a la ruleta, al póquer y al blackjack. Alzó la mirada y vio las cámaras. Miró a la izquierda, a la derecha, delante, vio a los apostadores, a los guardias de seguridad y a las prostitutas en un número cada vez mayor.

Se detuvo junto a una mesa de ruleta. Desde su punto de vista, la ruleta no se diferenciaba mucho de las tragaperras. Eso en el caso de que la ruleta no estuviese trucada. Los jugadores suministraban el dinero, la ruleta lo distribuía a los otros jugadores, excepto por un pequeño porcentaje para la casa, tan implacable y seguro como el microprocesador de una tragaperras.

Se dijo que Sánchez y Orozco no habían dedicado mucha energía a la ruleta.

Pasó a las mesas de cartas, donde suponía que estaba la verdadera acción. Los juegos de naipes eran los únicos componentes del casino donde podía participar la inteligencia humana. Y allí donde participaba la inteligencia, muy pronto la seguía el delito. Pero un delito a gran escala necesitaba mucho más que la participación de un jugador. Un jugador con mucha disciplina, una gran memoria y un conocimiento básico de las estadísticas podía vencer a las probabilidades. No era delito. Pero nadie conseguía sesenta y cinco millones de dólares en cuatro meses venciendo a las probabilidades. No había margen. No a menos que la apuesta original fuese del tamaño del producto nacional bruto de un país pequeño. Para ganar esa cifra en cuatro meses se requería la participación de un crupier. Sin embargo, un crupier que pierde tanto sería despedido al cabo de una semana. Quizás el mismo día o después de una hora incluso. Una racha ganadora de cuatro meses requiere una organización considerable. Conspiración, colusión. Docenas de crupieres, docenas de jugadores. Quizá centenares de cada uno de ellos.

Tal vez toda la casa estaba jugando contra los inversores.

Quizá toda la ciudad.

Sería un negocio lo bastante grande como para matar a personas.

Había mucha seguridad en la sala. Había cámaras enfocando a jugadores y crupieres. Algunas de las cámaras eran grandes, otras eran pequeñas y discretas. Lo más probable es que hubiese otras invisibles. Había hombres y mujeres que vigilaban con prendas de noche, con auriculares y micrófonos en las muñecas, como agentes del servicio secreto. Había más de incógnito, vestidos de paisano. Reacher vio a cinco en un minuto, y se dijo que había muchos más que no veía.

Volvió al vestíbulo. Encontró a Karla Dixon aguardando junto a las fuentes. Se

había duchado y quitado los tejanos y la cazadora de cuero para vestirse con un traje de chaqueta negro. Tenía el pelo húmedo y peinado hacia atrás. Llevaba la chaqueta abotonada y no llevaba la blusa debajo. Estaba muy guapa.

—Las Vegas fue fundada por los mormones —dijo ella—. ¿Lo sabías?

—No.

—Ahora crece tan rápido que tienen que imprimir la guía telefónica dos veces al año.

—Tampoco lo sabía.

—Setecientas casas nuevas cada mes.

—Se quedarán sin agua.

—De eso no hay duda. Pero continuarán ganando una pasta hasta que eso suceda. Las ganancias del juego se aproximan a siete mil millones de dólares al año.

—Suena como si hubieses estado leyendo una guía.

—Había una en mi habitación —asintió Dixon—. Reciben a treinta millones de visitantes al año. Eso significa que cada uno pierde más de doscientos dólares por visita.

—Doscientos treinta y tres dólares con treinta y tres centavos —dijo Reacher, de forma automática—. La definición de la conducta irracional.

—La definición de ser humano —opinó Dixon—. Todos creen que ellos serán los afortunados.

Entonces apareció O'Donnell. El mismo traje, otra corbata, quizás una camisa limpia. Sus zapatos brillaban con la luz. Quizás había encontrado un paño en el lavabo.

—Treinta millones de visitantes al año —dijo.

—Dixon ya me lo ha dicho —le avisó Reacher—. Ella ha leído la misma guía.

—Es un diez por ciento de la población nacional. Y mira este lugar.

—¿Te gusta?

—Me hace ver a Sánchez y a Orozco bajo una nueva perspectiva.

—Como dije antes —manifestó Reacher—, todos habéis progresado.

Entonces Neagley salió del ascensor.

Vestía como Dixon, con un serio traje chaqueta negro. Tenía el pelo húmedo y peinado.

—Estamos intercambiando informaciones de la guía —le informó Reacher.

—No he leído la mía —contestó Neagley—. Llamé a Diana Bond. Fue allí, esperó durante una hora y se marchó.

—¿Estaba cabreada con nosotros?

—Está preocupada. No le gusta que el nombre de Little Wing corra por ahí. Le dije que la llamaría de nuevo.

—¿Por qué?

—Siento curiosidad. Me gusta saber cosas.

—A mí también. Ahora mismo me gustaría saber si alguien ha estafado sesenta y

cinco millones de dólares en esta ciudad. Y cómo.

—Tendría que ser una estafa a gran escala —señaló Dixon—. Si lo prorratamos para todo un año se acercaría al tres por ciento del total de los ingresos.

—Dos coma ocho —precisó Reacher, de forma automática.

—Pues comencemos —dijo O'Donnell.

Comenzaron por recepción, donde pidieron ver al director de seguridad. El recepcionista preguntó si había algún problema, y Reacher respondió:

—Creemos que tenemos amigos en común.

Se produjo una larga espera antes de que el director de seguridad se presentase. Era obvio que las visitas sociales no ocupaban un lugar preferente en su agenda. Por fin se presentó un hombre de estatura mediana con zapatos italianos y un traje de mil dólares. Tenía unos cincuenta años, todavía delgado y en buen estado físico, con dotes de mando, relajado, pero las arrugas alrededor de sus ojos mostraban que por lo menos había cumplido veinte años en una carrera anterior. Una carrera dura. Disimulaba bien la impaciencia, se presentó y estrechó las manos de todos. Dijo que se llamaba Wright y sugirió que hablasen en un rincón discreto. Puro reflejo, pensó Reacher. Sus instintos y entrenamiento le avisaban de que debía apartar los problemas potenciales lo más lejos posible. No se podía permitir que nada interfiriese en el flujo de dinero.

Encontraron un rincón tranquilo. Sin sillas, por supuesto. Ningún casino de Las Vegas daría a sus huéspedes un lugar cómodo donde sentarse lejos de la acción. Por la misma razón, las luces en los dormitorios eran tenues. Un huésped leyendo en las habitaciones no le servía a nadie. Permanecieron de pie en un círculo y O'Donnell mostró su identificación, su licencia de investigador privado y algo que parecía una acreditación de la Policía Metropolitana. Dixon también ofreció su licencia de conducir y una tarjeta del Departamento de Policía de Nueva York. Neagley tenía una tarjeta del FBI. Reacher no mostró nada. Solo se acomodó los faldones de la camisa sobre el arma de su bolsillo. Wright le dijo a Neagley:

—Una vez estuve con el FBI.

—¿Conocía usted a Manuel Orozco y a Jorge Sánchez? —le preguntó Reacher.

—¿Conocía? —respondió Wright—. ¿O los conozco?

—Los conocía —dijo Reacher—. Orozco está muerto, y suponemos que Sánchez también.

—¿Amigos de ustedes?

—Del ejército.

—Lo siento mucho.

—Nosotros también.

—¿Cuándo murieron?

—Hace tres o cuatro semanas.

—¿Cómo murieron?

—No lo sabemos. Por eso estamos aquí.

—Los conocía —dijo Wright—. Los conocía muy bien. Todos en este negocio los conocían.

—¿Les utilizaban? ¿Profesionalmente?

—Aquí no. No contratamos a nadie de fuera. Somos demasiado grandes. Lo mismo ocurre con todos los otros grandes casinos.

—¿Todos son de la casa?

Wright asintió.

—Aquí es donde vienen a morir los agentes del FBI y los tenientes de policía. Escogemos lo mejor de la carnada. Con los salarios que pagamos, hacen cola en la puerta. No pasa un día sin que entreviste a por lo menos dos de ellos, son sus últimas vacaciones antes del retiro.

—¿Cómo los conoció?

—Porque los lugares que ellos vigilan son como campos de entrenamiento. Si alguien tiene una idea nueva, no la ponen en práctica aquí. Sería una locura. Primero la perfeccionan en alguna otra parte. Por lo tanto tenemos una buena relación con personas como Orozco y Sánchez porque necesitamos su información avanzada. Nos reunimos todos de vez en cuando, hablamos, celebramos conferencias, vamos a cenar, tomamos una copa.

—¿Estaban ocupados? ¿Está usted ocupado?

—Como un empapelador manco.

—¿Alguna vez oyó el nombre de Azhari Mahmoud?

—No. ¿Quién es?

—No lo sabemos. Pero creemos que está aquí con un nombre falso.

—¿Aquí?

—En algún lugar de Las Vegas. ¿Puede consultar los registros de los hoteles?

—Es obvio que puedo consultar el nuestro. También puedo hacer algunas llamadas.

—Pruebe con Andrew MacBride y Anthony Matthews.

—Sutil.

—¿Cómo saben que un jugador de cartas hace trampas? —preguntó Dixon.

—Cuando está ganando —respondió Wright.

—Los jugadores tienen que ganar.

—Ganan lo que nosotros les dejamos. Si ganan más, es que hacen trampas. Es una cuestión de estadística. Los números no mienten. Es el cómo, no el si.

—Sánchez tenía un trozo de papel con un número escrito. Sesenta y cinco millones de dólares —dijo O'Donnell—. Cien mil cada vez, seiscientos cincuenta veces en ocasiones separadas, para ser precisos en un período de cuatro meses.

—¿Y?

—¿Son unas cantidades que usted reconocería?

—¿Como qué?

—Como una estafa.

—¿Cuánto es eso en un año? ¿Casi doscientos millones?

—Ciento noventa y cinco —dijo Reacher.

—Concebible —admitió Wright—. Intentamos mantener las pérdidas por debajo

del ocho por ciento. Es algo así como un objetivo industrial. Así que perdemos bastante más que doscientos millones en un año. Pero dicho eso, doscientos millones en una estafa específica sería una enorme proporción de una sola vez. A menos que sea algo absolutamente nuevo. En cuyo caso nuestro objetivo del ocho por ciento se va al carajo. En cuyo caso ustedes comienzan a preocuparme.

—Les preocupó a ellos —señaló Reacher—. Creemos que eso los mató.

—Tendría que ser una faena muy grande —señaló Wright—. ¿Sesenta y cinco millones en cuatro meses? Necesitarían reclutar a los crupieres, al personal de seguridad y a los jefes de mesa. Tendrían que manipular las cámaras y borrar las cintas. Tendrían que mantener en silencio a los cajeros. Sería una estafa a escala industrial.

—Podría haber sucedido.

—¿Entonces por qué no estoy hablando con los polis?

—Les llevamos un poco de ventaja.

—¿Al Departamento de Policía de Las Vegas? ¿A la Junta de Control del Juego?

Reacher sacudió la cabeza.

—Nuestros tipos murieron al otro lado de la frontera, en el condado de Los Ángeles. Un par de *sheriffs* se ocupan del caso.

—¿Y les llevan ventaja? ¿Eso qué significa?

Reacher guardó silencio. Wright permaneció callado por un instante. Entonces los miró uno por uno, por turnos. Primero a Neagley, después a Dixon, a continuación a O'Donnell y por último a Reacher.

—Un momento —pidió—. No me lo digan. ¿El ejército? Ustedes son investigadores especiales. Su vieja unidad. Hablaban de ella todo el tiempo.

—Entonces comprenderá nuestro interés —afirmó Reacher—. Usted trabaja con gente.

—¿Si descubren algo, me mantendrán al corriente?

—Gáneselo —dijo Reacher.

—Hay una muchacha —explicó Wright—. Trabaja en algún lugar horrible llamado algo así como Fire Pit. Un bar, cerca de donde había estado el Riviera. Estaba muy unida a Sánchez.

—¿Su novia?

—No diría tanto. Quizás en el pasado. Pero estaban unidos. Ella sabrá más que yo.

Wright volvió al trabajo y Reacher le preguntó al recepcionista por el lugar que había ocupado el Riviera. El antiguo casino había estado en lo que ahora era el extremo más degradado del Strip. Fueron caminando. Era una cálida y seca noche del desierto. En el horizonte más lejano brillaban las estrellas, más allá del manto de contaminación y el resplandor de las luces. Las aceras se veían alfombradas con tarjetas postales a todo color que anunciaban a las prostitutas. Al parecer, la libre competencia había empujado el precio base a un centavo por debajo de los cincuenta dólares. Así y todo, Reacher no tenía ninguna duda de que dicha suma aumentaría muy rápido en cuanto algún pobre incauto se llevase una chica a su habitación. Las mujeres de las fotos eran bonitas, aunque Reacher tenía muy claro que no eran reales. Con toda probabilidad eran fotos tomadas de las revistas de inocentes modelos en traje de baño en Río o Miami. Las Vegas era la ciudad de las estafas. Sánchez y Orozco seguramente habían estado siempre muy ocupados. Como empapeladores mancos, había dicho Wright, y Reacher estaba muy dispuesto a creerle.

Llegaron a la altura del viejo bar de cemento con la cerveza barata y las chicas guarras y giraron a la derecha para entrar en un laberinto de calles curvas flanqueadas por edificios de una sola planta de color ante. Algunos eran moteles; otros, colmados, restaurantes y bares. Todos tenían el mismo tipo de cartel, tableros blancos cubiertos con un vidrio en lo alto de dos columnas, con guías horizontales para encajar las letras negras. Todas las letras eran del mismo modelo, y por tanto hacía falta concentrarse para distinguir un establecimiento de otro. Los colmados ofrecían cajas de seis botellas de refrescos por 1,99 dólares, los moteles ofrecían aire acondicionado, mesas de billar y televisión por cable, y los restaurantes, bufet libre las veinticuatro horas del día. Los bares anunciaban «*happy hours*» y la oferta permanente de chupitos de garrafa al precio más bajo. Todos tenían el mismo aspecto. Pasaron por delante de cinco o seis antes de encontrar uno con un cartel que decía: *Fire Pit*.

El cartel de la fachada coronaba un edificio que parecía una caja de zapatos sin ventanas. No se parecía a un bar. Podía haber sido cualquier cosa. Una clínica de enfermedades de transmisión sexual o una iglesia marginal. Pero no en el interior. Dentro era con toda claridad un bar de Las Vegas. Un exceso de decoración y ruido. Quinientas personas que bebían, gritaban, reían, hablaban a voz en cuello, paredes púrpuras, taburetes rojo oscuro. Nada recto o cuadrado. La barra apiñada, larga, en forma de ese. La cola de la ese rodeaba un pozo. En el centro del pozo había una hoguera redonda falsa. Las llamas estaban representadas por tiras de seda naranja que se levantaban y ondeaban impulsadas por un ventilador oculto. Se ondulaban, movían y bailaban en los rayos de una brillante luz roja. Lejos del fuego la sala estaba dividida en reservados tapizados con terciopelo. Todos los reservados estaban ocupados. El local estaba lleno. Había personas de pie por todas partes. La música

llegaba de los altavoces ocultos. Las camareras con faldas cortas se movían con habilidad entre la multitud con las bandejas en alto.

—Encantador —comentó O'Donnell.

—Tendríamos que llamar a la policía antihortera —propuso Dixon.

—Busquemos a la muchacha y nos la llevamos afuera —dijo Neagley. Estaba incómoda con el amontonamiento del público.

Pero no pudieron encontrar a la chica. Reacher preguntó en la barra por la amiga de Jorge Sánchez y la mujer con la que hablaba parecía saber muy bien a quién se refería pero le respondió que la chica había acabado el turno a medianoche. Añadió que el nombre de la muchacha era Milena. Para asegurarse, Reacher hizo la misma pregunta a dos camareras y recibió de ambas la misma respuesta. Su colega Milena era muy amiga de un tipo de seguridad llamado Sánchez, pero había acabado su turno, se había ido a casa a dormir para prepararse para otro duro turno de doce horas al día siguiente.

Nadie le quiso decir dónde estaba la casa.

Dejó su nombre a las tres mujeres. Luego se abrió paso para unirse a los demás y consiguieron salir del local para detenerse en la acera. Las Vegas a la una de la mañana todavía estaba iluminada a tope y zumbaba, pero después del jaleo del interior del bar parecía tan tranquila y silenciosa como la fría superficie gris de la luna.

—¿Tenemos un plan? —preguntó Dixon.

—Volvemos aquí a las once y media de la mañana —respondió Reacher—. La pillaremos cuando venga a trabajar.

—¿Y hasta entonces?

—Nada. Nos tomamos libre el resto de la noche.

Caminaron de regreso al Strip uno junto a otro por la acera en un lento paseo de regreso al hotel. Cuarenta metros detrás de ellos, un Chrysler azul oscuro frenó de pronto, se apartó del tráfico y fue a detenerse junto al bordillo.

El hombre del traje azul marino llamó de inmediato:

—Los he encontrado. Increíble. Aparecieron sin más delante de mí.

—¿Los cuatro? —preguntó su jefe.

—Los tengo aquí delante.

—¿Te los puedes cargar?

—Eso espero.

—Pues entonces adelante. No esperes a que lleguen refuerzos. Hazlo y vuelve aquí.

El tipo del traje acabó la llamada y apartó el coche del bordillo para meterse de nuevo en los cuatro carriles de tráfico y detenerse una vez más en una calle lateral delante de un colmado que ofrecía los cigarrillos más baratos de la ciudad. Se apeó del coche, lo cerró y fue por el Strip, a pie, a paso rápido, con la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta.

Las Vegas tiene más habitaciones de hotel por metro cuadrado que cualquier otro lugar del planeta, pero Azhari Mahmoud no se encontraba en ninguna de ellas. Estaba en una casa alquilada en un suburbio, a cinco kilómetros del Strip. La casa había sido arrendada hacía dos años para una operación que había sido planeada pero no ejecutada. Entonces era un lugar seguro, y seguía siéndolo ahora.

Mahmoud estaba en la cocina, con las Páginas Amarillas abiertas sobre el mostrador. Buscaba en la sección de alquiler de camiones e intentaba calcular el tamaño del vehículo que iba a necesitar.

El Strip tiene una marea de construcción permanente que va y viene como el agua en una bañera. Una vez el Riviera marcó el extremo más lujoso. Había iniciado un aluvión de inversiones que habían avanzado por la calle manzana tras manzana. Para el momento en que las renovaciones habían llegado al otro extremo, el listón era cada vez más alto y el Riviera de pronto parecía viejo y anticuado en comparación con los nuevos edificios. Así que las inversiones habían rebotado para comenzar de inmediato la carrera de ocupar manzana tras manzana en la dirección opuesta. El resultado era una obra de construcción permanente en las sucesivas manzanas que separaban los flamantes edificios acabados de construir del edificio un poco más viejo que estaba a punto de ser demolido. La calle y las aceras se reparaban a medida que progresaba el trabajo. Los nuevos carriles se prolongaban sin interrupción. La vieja ruta serpenteaba entre los escombros. Por unos momentos, la ciudad parecía silenciosa y desierta, como una tierra de nadie deshabitada.

Fue en esta tierra de nadie deshabitada donde el hombre del traje azul apareció

detrás de sus objetivos. Caminaban en hilera, uno junto a otro, sin prisas, como si tuviesen un lugar adonde ir y todo el tiempo del mundo para llegar. Neagley estaba a la izquierda, Reacher y O'Donnell en el centro y Dixon a la derecha. Juntos, pero sin tocarse. Como una formación de marcha a todo lo ancho de la acera. En bloque, ofrecían un blanco de unos tres metros de ancho. Había sido Neagley quien había escogido la vieja acera. Ella la había seguido como si se hubiese dejado llevar por una elección arbitraria y los otros se habían limitado a seguirla.

El hombre del traje sacó el arma del bolsillo derecho. Era una Daewoo DP 51, fabricada en Corea del Sur, negra, pequeña, obtenida ilegalmente, sin registrar, imposible de rastrear. El cargador contenía trece balas de calibre 9 milímetros Parabellum. Su propietario la llevaba según había aprendido tras muchos años de experiencia, la única manera segura de llevarla: la recámara vacía, el seguro puesto.

Empuñó el arma con la mano derecha y disparó en seco para ensayar la secuencia. Decidió establecer prioridades y abatir primero a los objetivos más grandes. Según su experiencia siempre funciona. Por tanto, primero la espalda de Reacher, luego un pequeño movimiento a la derecha hacia la espalda de O'Donnell, seguido por un movimiento radical a la izquierda para abatir a Neagley, y por último todo el camino de regreso hasta Dixon. Cuatro disparos, posiblemente en tres segundos, desde unos seis metros, que era lo bastante cerca como para asegurarse de hacer diana y lo bastante lejos como para que los movimientos de izquierda y derecha fuesen extremos. El ángulo máximo no sería más de unos veinte grados. Pura geometría. Una tarea sencilla. Ningún problema.

Miró adelante.

Despejado.

Miró atrás.

Despejado.

Quitó el seguro, sujetó el cañón de la Daewoo con la mano izquierda y accionó el cerrojo con la derecha. Sintió como el primero de los gruesos proyectiles se movía hacia arriba y se alojaba en la recámara.

La noche no era silenciosa. Había mucho ruido de ambiente urbano. Tráfico en el Strip. El ruido de las unidades de aire acondicionado en las azoteas, el zumbido de los extractores, el sordo retumbar de cien mil personas jugando a todo trapo. Pero Reacher oyó el deslizamiento del cerrojo seis metros a su espalda. Lo oyó con toda claridad. Era el tipo de sonido que se había preparado para no pasar nunca por alto. A sus oídos era como una completa y compleja sinfonía de una fracción de segundo, y cada componente se registraba con exactitud. El roce de aleación contra aleación, su resonancia metálica amortiguada en parte por una palma carnosa, la yema de un pulgar y el costado de un dedo índice, la agradecida expansión del resorte del cargador, el golpe del casquillo de latón que entraba en la recámara, el retorno del cerrojo. Estos sonidos tardaron unas centésimas de segundo en llegar a sus oídos y él quizá empleó otras centésimas de segundo en procesarlos.

Su vida y su historia carecían de muchas cosas. Nunca había conocido la estabilidad, la normalidad, la comodidad o los convencionalismos. Nunca había contado con nada excepto la sorpresa, lo imprevisible, el peligro. Aceptaba las cosas tal como llegaban, tal como eran. Por tanto, cuando oyó que el cerrojo se deslizaba, no sintió una sorpresa paralizante. Ningún pánico. Ninguna punzada de incredulidad. A él le pareció del todo natural y razonable estar caminando por una calle y oír que un hombre se preparaba para dispararle por la espalda. No hubo ningún titubeo, ningún otro pensamiento, ninguna duda, ninguna inhibición. Solo la evidencia de un problema mecánico que se presentaba detrás de él como un invisible diagrama de cuatro dimensiones donde aparecían el tiempo, el espacio, los objetivos, las balas veloces y los cuerpos lentos.

Y entonces se produjo una reacción, una centésima de segundo más tarde.

Sabía quién se llevaría el primer balazo. Sabía que cualquier atacante razonable abatiría o querría abatir primero al objetivo más grande. No era más que puro sentido común. Así que el primer disparo iría dirigido a él.

O quizás a O'Donnell.

Mejor prevenir que curar.

Utilizó el brazo derecho y empujó a O'Donnell con fuerza en el hombro izquierdo y lo hizo caer sobre Dixon, y después se lanzó en la dirección opuesta y chocó contra Neagley. Ambos trastabillaron y mientras caía sobre las rodillas oyó detrás el disparo de un arma y sintió la bala pasar por el espacio vacío en forma de uve donde una fracción de segundo antes había estado el centro de su espalda.

Tenía la mano en su Hardballer antes de golpear contra la acera. Calculaba ángulos y trayectorias antes de haberla sacado del bolsillo. La Hardballer tenía dos seguros. Una palanca convencional en la parte trasera izquierda del arma, y una sujeción de seguridad que se soltaba cuando la empuñadura se sujetaba correctamente.

Antes de tenerla preparada para disparar decidió no abrir fuego.

Por lo menos no de inmediato.

Había caído sobre Neagley hacia el borde interior de la acera. El atacante estaba en el centro de la acera. Cualquier trayectoria desde su posición a la del atacante enviaría el proyectil hacia la calle. Si erraba el tiro, podía darle a un coche que pasase. Incluso si alcanzaba al tipo, todavía podía darle a algún vehículo. Una bala blindada del 45 podía atravesar la carne y el hueso. Muchísima potencia. Mucha penetración.

En una fracción de segundo tomó la decisión de esperar a O'Donnell.

El ángulo de O'Donnell era mejor. Mucho mejor. Él había caído encima de Dixon, hacia el bordillo. Hacia la alcantarilla. Su línea de visión era hacia adentro. Hacia la obra en construcción. Un error o una bala que atravesase al atacante no causaría ningún daño colateral. La bala acabaría en una pila de arena.

Mejor dejar que O'Donnell disparase.

Reacher se giró en el momento de golpear contra el suelo. Estaba en aquella zona donde su mente era rápida pero el mundo físico era lento. Tenía la sensación de que su cuerpo estaba metido en un mar de melaza. Le gritaba «muévete, muévete, muévete» pero su cuerpo le respondía con una lentitud extrema. Un poco más allá Neagley caía al suelo como en cámara lenta. Por el rabillo del ojo vio cómo su hombro golpeaba contra el pavimento, y después cómo la inercia movía su cabeza como si fuese una muñeca de trapo. Reacher movió la cabeza con un esfuerzo tremendo, como si la tuviese sujeta con pesos, y vio a Dixon despatarrada debajo de O'Donnell.

Vio como el brazo izquierdo de O'Donnell se movía con una lentitud penosa. Vio su mano. Vio su pulgar bajando el seguro de la Hardballer.

El atacante disparó de nuevo.

Y falló otra vez. Era un disparo planeado de antemano al aire vacío donde había estado la espalda de O'Donnell. El tipo seguía una secuencia. La había ensayado. Disparo-movimiento-disparo. Reacher y O'Donnell primero. Un plan sólido, pero el tipo era incapaz de reaccionar a una contingencia inesperada. Era un pensador lento y convencional. Su cerebro se movía por un único carril. Era bueno, pero no lo suficiente.

Reacher vio como la mano de O'Donnell sujetaba la empuñadura de su pistola. Vio su dedo apretar el gatillo. Vio el arma moverse hacia arriba.

Reacher vio disparar a O'Donnell.

Un disparo apresurado, hecho desde una posición inacabada e imperfecta en la acera. Hecho antes de que la masa corporal se hubiese acomodado.

Demasiado bajo, pensó Reacher. En el mejor de los casos le habrá causado una herida en la pierna.

Se obligó a mover la cabeza. Había acertado. Era una herida en la pierna. Pero una herida en la pierna producida por una bala blindada de calibre 45 de alta velocidad no era una cosa cualquiera. Era como coger un taladro, colocarle una broca de treinta centímetros de largo y dos de grosor y taladrar a través de un miembro. Todo esto en menos de una milésima de segundo. El daño fue espectacular. El tipo recibió el balazo en el muslo inferior y el fémur estalló desde el interior como si hubiese estado sujeto a una bomba. Un trauma contundente. Un choque paralizante. Una pérdida de sangre instantánea y catastrófica de las arterias reventadas.

El tipo permaneció vertical pero bajó la mano con el arma y O'Donnell se levantó en el acto. Corrió, su mano entró y salió del bolsillo, recorrió los seis metros a toda carrera y golpeó al tipo en la cara con los nudillos de cerámica. Un derechazo con cien kilos de masa detrás. Como golpear una sandía con una maza.

El tipo cayó de espaldas. O'Donnell apartó la pistola de un puntapié, se agachó a su lado y le metió la Hardballer en la garganta.

Se acabó el juego, allí mismo.

Reacher ayudó a Dixon a levantarse. Neagley se levantó por sus propios medios. O'Donnell se movía en círculo, intentando mantener los pies fuera del gran charco de sangre que escapaba de la pierna del pistolero. Era obvio que tenía reventada la arteria femoral. Un corazón humano sano es una bomba muy poderosa y el corazón de ese tipo estaba bombeando toda su provisión de sangre en la calle. Un tipo de su tamaño debería tener unos ocho litros de sangre en el momento de recibir el impacto. La mayor parte de ellos ya se habían derramado.

—Apártate, Dave —le avisó Reacher—. Déjale que se desangre. No vale la pena estropear un par de zapatos.

—¿Quién es? —preguntó Dixon.

—Posiblemente nunca lo sepamos —dijo Neagley—. Tiene el rostro hecho un auténtico desastre.

Tenía razón. Los nudillos cerámicos de O'Donnell habían hecho bien su trabajo. Parecía como si al tipo lo hubiesen atacado con martillos y puñales. Reacher caminó en un amplio círculo alrededor de su cabeza, lo cogió del cuello y lo arrastró hacia atrás. El lago de sangre cambió a la forma de una lágrima. Reacher aprovechó el pavimento seco, se puso en cuclillas y rebuscó en sus bolsillos.

No encontró nada en ellos.

Ninguna cartera, ninguna identificación, nada de nada.

Solo las llaves de un coche y un mando a distancia, en un sencillo aro de acero.

El tipo estaba pálido y comenzaba a adquirir un color azulado. Reacher apoyó un dedo en el pulso del cuello y notó un ritmo irregular. La sangre que manaba del muslo comenzaba a ser espumosa. Ahora había mucho aire en su sistema vascular. La sangre salía, el aire entraba. Una simple cuestión de física. La naturaleza aborrece el vacío.

—Agoniza —dijo Reacher.

—Buen disparo, Dave —afirmó Dixon.

—Y con la mano izquierda —precisó O'Donnell—. Espero que te hayas percatado.

—Tú eres diestro.

—Estaba cayendo sobre mi brazo derecho.

—Sobresaliente —manifestó Reacher.

—¿Qué oíste?

—El cerrojo. Es una cosa de la evolución. Como un depredador que pisa una ramita.

—Por tanto es una ventaja estar más cerca de los cavernícolas que del resto de nosotros.

—Puedes estar seguro.

—¿Pero quién actúa así? ¿Quién ataca sin una bala en la recámara?

Reacher dio un paso atrás y miró al tipo tendido.

—Creo que lo reconozco —dijo.

—¿Cómo es posible? —preguntó Dixon—. Ni siquiera su propia madre lo reconocería.

—El traje —contestó Reacher—. Creo que lo he visto antes.

—¿Aquí?

—No lo sé. En algún lugar. No puedo recordarlo.

—Piensa.

—Yo nunca he visto ese traje antes —intervino O'Donnell.

—Yo tampoco —afirmó Neagley.

—Ni yo —precisó Dixon—. Pero sea lo que sea, es una buena señal, ¿no? Nadie intentó matarnos en Los Ángeles. Nos debemos de estar acercando.

Reacher le lanzó la pistola y las llaves del coche del tipo a Neagley y echó abajo una parte de la cerca de la obra en construcción. Arrastró al tipo a través de la brecha todo lo rápido que pudo, para minimizar la mancha de sangre. El tipo todavía sangraba un poco. Reacher lo arrastró a través del suelo hasta situarlo detrás de unos montones de gravilla, en una zanja ancha con un encofrado de madera. La zanja tenía casi dos metros cuarenta de profundidad. El fondo estaba cubierto de gravilla. El encofrado estaba allí para moldear el cemento de los cimientos. Reacher arrojó al tipo a la trinchera. El cuerpo cayó los dos metros cuarenta, golpeó en las piedras y se acomodó pesadamente, casi de lado.

—Buscad palas —dijo Reacher—. Tenemos que cubrirlo con más grava.

—¿Ya está muerto? —preguntó Dixon.

—¿A quién le importa?

—Tendríamos que ponerlo boca arriba. De esa manera necesitaremos menos piedras —señaló O'Donnell.

—¿Te ofreces voluntario? —preguntó Reacher.

—Llevo un traje bueno. Y hasta ahora he hecho todo el trabajo pesado.

Así que Reacher se encogió de hombros y saltó al interior. Puso al tipo boca arriba de un puntapié, lo pisoteó hasta que el cuerpo quedó enterrado en parte en la grava que cubría el fondo. Luego salió del agujero y O'Donnell le dio una pala. Entre los dos hicieron más de diez viajes hasta el montón de gravilla antes de conseguir que el cuerpo quedase bien cubierto. Neagley encontró una manguera conectada a un grifo, la desenrolló y abrió el grifo. Lavó la acera y persiguió el agua sanguinolenta hasta la alcantarilla. Después esperó y siguió a los otros, que salieron caminando de espaldas para borrar las huellas de la arena de la obra en construcción. Reacher volvió a colocar la cerca en su lugar. Dio una vuelta entera y contempló cómo quedaba. No era perfecto pero sí razonable. Sabía que había muchas cosas que un equipo competente del CSI podía encontrar, pero no había nada que pudiese atraer la atención a corto plazo. Tenían un margen de seguridad. Al menos unas pocas horas. Quizá más. Quizá verterían el cemento al comenzar la jornada de trabajo y el tipo se

convertiría en otra persona desaparecida. Se dijo que no sería el primer desaparecido en los cimientos de un edificio en Las Vegas.

Espiró el aire contenido.

—Vale —dijo—. Ahora sí que nos tomamos el resto de la noche libre.

Se quitaron el polvo lo mejor que pudieron, volvieron a ponerse en formación y siguieron su avance por el Strip, sin prisas, los cuatro en hilera de nuevo, dispuestos a relajarse. Pero Wright los esperaba en el vestíbulo del hotel. El director de seguridad. Para ser un tipo de Las Vegas no tenía mucha cara de póquer. Era obvio que estaba tenso por alguna cosa.

Wright se les acercó a toda prisa en cuanto entraron y se los llevó al mismo rincón discreto del vestíbulo que habían utilizado antes.

—Azhari Mahmoud no está en ninguno de los hoteles de Las Vegas —dijo—. Es definitivo. También negativo para Andrew MacBride y Anthony Matthews.

Reacher asintió.

—Gracias por comprobarlo —dijo.

—También he hecho algunas llamadas urgentes a mis colegas de la competencia —añadió Wright—. Mejor eso que permanecer despierto toda la noche dándole vueltas a la cabeza. ¿Y saben lo que he encontrado? Todo lo que me han dicho ustedes es solo un montón de mierda. No hay nadie en esta ciudad que haya perdido sesenta y cinco millones de dólares en los últimos cuatro meses. Eso no ha ocurrido.

—¿Puede estar absolutamente seguro?

Wright asintió.

—Todos hemos hecho auditorías de emergencia. Y no ha pasado nada. Solo las fruslerías habituales. Nada más. Les voy a enviar mi factura de Prozac. Esta noche casi he tomado una sobredosis.

Encontraron un bar fuera del vestíbulo, se invitaron a cervezas los unos a los otros y se sentaron en fila delante de cuatro máquinas tragaperras. La máquina de Reacher anunciaba tentadoramente una y otra vez la ganancia del pote gigante. Cuatro ruedas que se detenían para mostrar cuatro cerezas con las luces centelleando, apagándose y persiguiéndose las unas a las otras por toda la parte delantera. Cuatro ruedas, ocho símbolos en cada una de ellas. Unas probabilidades astronómicas, incluso sin la intervención encubierta del microprocesador. Reacher intentó calcular las toneladas de monedas de veinticinco centavos que un jugador necesitaría introducir antes de obtener su primera ganancia. Pero no sabía cuál era el peso exacto de una moneda de veinticinco centavos. Quizás una pequeña fracción de una onza, que aumentaría geométricamente. Sus cálculos implicaban un daño en los tendones, un esguince, una lesión repetitiva. Se preguntó si los dueños de los casinos tenían acciones de las clínicas ortopédicas. Casi seguro.

—Wright ya se había figurado que tendría que ser una estafa a escala industrial —señaló Dixon—. Y así nos lo dijo. Crupieres, jefes de mesa, tipos de seguridad, cámaras, grabaciones, cajeros. No hace falta mucha imaginación para suponer que ese flujo de dinero puede ser ocultado. Podrían haber instalado un programa falso que hiciese que todo pareciera a la perfección durante todo el tiempo que necesitasen. Es exactamente lo que yo hubiese hecho.

—¿Cuándo lo descubrirían? —preguntó Reacher.

—Cuando hicieran balance al final del año financiero. En ese momento el dinero

está o no está.

—¿Cómo pudieron Sánchez y Orozco enterarse antes?

—Quizá dieron con algo en la parte baja de la cadena alimentaria y extrapolaron hacia arriba.

—¿Quiénes pueden estar involucrados?

—Personas clave.

—¿Como el propio Wright?

—Es posible —admitió Dixon.

—Hablamos con él y media hora más tarde alguien intentó matarnos por la espalda.

—Necesitamos encontrar a la amiga de Sánchez —precisó Neagley—. Antes de que la encuentre algún otro.

—No podemos —señaló Reacher—. Ningún bar está dispuesto a dar la dirección de una de sus chicas a un grupo de completos desconocidos.

—Podemos decirle que está en peligro.

—Como si no estuviesen hartos de escuchar cosas por el estilo.

—Tiene que haber alguna otra manera —dijo Dixon—. Lo del UPS, por ejemplo.

—No tenemos su apellido.

—¿Entonces qué hacemos?

—Pues nos sentamos a esperar que llegue la mañana.

—¿Debemos cambiar de hotel? ¿Por si acaso Wright es uno de los malos?

—No tiene sentido. Tiene colegas por toda la ciudad. Solo cerrad las puertas.

Reacher siguió su propio consejo cuando volvió a su habitación. Cerró con llave y pasó la cadena de seguridad. No era una defensa eficiente contra un oponente decidido, pero le daría uno o dos segundos, y uno o dos segundos por lo general era todo lo que necesitaba.

Dejó la Hardballer en el cajón de la mesita de noche. Colocó sus prendas debajo del colchón para plancharlas y se dio una larga ducha de agua caliente. Entonces comenzó a pensar en Karla Dixon.

Ella estaba sola.

Quizás a ella no le gustaba estarlo.

Quizá valoraría la seguridad del número.

Se pasó una toalla alrededor de la cintura y fue descalzo hasta el teléfono. Pero antes de llegar al aparato llamaron a la puerta. Cambió de rumbo. No hizo caso de la mirilla. No le gustaba poner su ojo en un cristal sin protección. La cosa más fácil del mundo para un asaltante en el pasillo era esperar que la mirilla se oscureciese y después disparar una pistola de gran calibre a través del agujero. Dicho movimiento causaría un verdadero destrozo. La bala, además de las astillas y los fragmentos de cristal y acero, todo a través del ojo y el cerebro para salir por la nuca. En opinión de Reacher las mirillas eran muy mala idea.

Quitó la cadena y abrió la puerta.

Karla Dixon.

Estaba vestida de pies a cabeza. Tenía que estarlo, se dijo, para recorrer los pasillos y subir en el ascensor. Traje negro, sin camisa.

—¿Puedo entrar? —preguntó ella.

—Estaba a punto de llamarte —dijo Reacher.

—Correcto.

—Iba hacia el teléfono.

—¿Por qué?

—Me encuentro solo.

—¿Tú?

—Yo, por supuesto. Y tú, espero.

—¿Entonces puedo pasar?

Él le abrió la puerta de par en par. Karla entró. Al cabo de un minuto, Reacher descubrió que la camisa no era la única cosa que ella no vestía debajo del traje.

Neagley le llamó por teléfono a las nueve y media de la mañana.

—Dixon no está en su habitación.

—Quizás ha salido a hacer deporte —dijo Reacher—. Estará corriendo o alguna otra cosa.

Dixon sonrió y se movió a su lado, cálida y perezosa.

—Dixon no hace deporte —afirmó Neagley.

—Entonces quizás está en la ducha.

—Lo intenté dos veces.

—Tranquila. Ya la llamaré. Desayuno dentro de media hora en la planta baja.

Colgó y le dio el teléfono a Dixon. Le dijo que contase hasta sesenta y después llamase a la habitación de Neagley y le dijese que acababa de salir del baño. Treinta minutos más tarde estaban desayunando en el restaurante del hotel en medio del estrépito de las máquinas tragaperras. Una hora más tarde estaban de nuevo en el Strip, una vez más camino del bar con el pozo de fuego.

Por la mañana, la ciudad de Las Vegas se veía chata, pequeña y desprotegida debajo del fuerte sol del desierto. La luz era implacable. Mostraba todos los fallos y los compromisos. Aquello que por la noche había parecido un inspirado impresionismo se veía como una ridícula falsificación durante el día. El propio Strip podría haber sido cualquier vieja calle de cuatro carriles de América. Esta vez caminaron en una formación diferente, dos delante y dos atrás, un blanco colectivo más pequeño, alerta y siempre atentos a quien estaba delante y quien estaba detrás de ellos.

Pero no había nadie delante ni detrás. El tráfico en la calle era escaso y las aceras estaban desiertas. Las Vegas por la mañana era lo más cercano a estar en silencio.

La obra en construcción a mitad del Strip también estaba en silencio.

Desierta.

Ninguna actividad.

—¿Hoy es domingo? —preguntó Reacher.

—No —contestó O'Donnell.

—¿Una fiesta?

—No.

—Entonces ¿por qué no están trabajando?

No había ningún poli en el lugar. Ninguna cinta de la escena del crimen. Ninguna investigación en marcha. Nada de nada. Reacher echó un vistazo donde había tumbado la cerca la noche anterior. Al otro lado la tierra y la arena estaban embarradas allí donde Neagley las había rociado con la manguera. En la vieja acera había una enorme mancha seca. La vieja alcantarilla tenía un último reguero húmedo que caía por la rejilla. Un desastre, por supuesto, pero ninguna obra era ordenada. No era perfecto, pero sí razonable. No había nada a la vista que pudiese llamar la atención.

—Extraño —comentó Reacher.

—Quizá se les acabó el dinero —opinó O'Donnell.

—Es una pena. Aquel tipo comenzará a oler muy pronto.

Continuaron caminando. Esta vez sabían bien adónde iban y a la luz del día encontraron un atajo entre el laberinto de calles curvas. Llegaron al bar con el pozo de fuego desde otra dirección. Aún no habían abierto. Se sentaron en un murete y esperaron con los ojos entrecerrados para protegerse del sol. La temperatura era cálida, casi calurosa.

—Doscientos once días despejados al año en Las Vegas —dijo Dixon.

—La máxima de verano es de treinta y ocho grados centígrados —añadió O'Donnell.

—La temperatura más baja de invierno es de dos grados centígrados.

—Diez centímetros por metro cuadrado de lluvia al año.

—Dos centímetros de nieve, algunas veces.

—Todavía no he leído mi folleto informativo —dijo Neagley.

Para el momento en que el reloj mental de Reacher marcó las doce menos veinte, comenzaron a aparecer los empleados. Venían por la calle en grupos de a dos o solos, hombres y mujeres que caminaban despacio sin ningún entusiasmo visible. A medida que pasaban, Reacher les preguntaba a todas las mujeres si se llamaban Milena. Todas respondieron que no.

Entonces la acera volvió a quedar desierta.

A las doce menos diez apareció otro grupo. Reacher comprendió que las oleadas respondían a los horarios del autobús.

Pasaron tres mujeres. Jóvenes, cansadas, con zapatillas blancas en los pies.

Ninguna de ellas se llamaba Milena.

El reloj mental de Reacher continuó funcionando. Faltaba un minuto para las doce. Neagley consultó su reloj.

—¿Ya preocupado? —preguntó ella.

—No —contestó Reacher, porque por encima del hombro de Neagley acababa de ver a una muchacha que solo podía ser Milena. Estaba a unos cincuenta metros y caminaba un tanto deprisa. Era baja, delgada y morena, vestida con unos tejanos desteñidos y una camiseta blanca corta. Tenía una joya colocada en el ombligo. Llevaba una mochila de nailon azul al hombro. Tenía el pelo negro largo peinado hacia adelante y enmarcaba un rostro bonito que parecía tener unos diecisiete años. Pero a juzgar por la manera como se movía estaba cerca de los treinta. Se la veía cansada y preocupada.

Parecía infeliz.

Reacher se levantó del murete cuando la joven estaba a tres metros y preguntó:

—¿Milena?

La joven demoró el paso con aquella especie de súbita alerta que cualquier mujer debe sentir cuando por azar se le acerca en la calle un gigante. Miró hacia la puerta del bar y después a la acera opuesta, como si valorase sus opciones para una fuga rápida. Titubeó como si estuviese atrapada entre la necesidad de detenerse y la urgencia de correr.

—Somos amigos de Jorge —explicó Reacher.

Milena lo miró, y después miró a los otros, y luego otra vez a él. Algo así como una lenta comprensión apareció en su rostro, primero extrañeza, después esperanza, luego incredulidad y por último aceptación, la misma secuencia que Reacher imaginaba que un jugador de póquer debía de experimentar cuando un cuarto as aparecía en su mano.

Entonces hubo algo así como una callada satisfacción en sus ojos, como si al contrario que todas las expectativas un reconfortante mito hubiese resultado ser verdad.

—Ustedes son los del ejército —dijo Milena—. Me dijo que vendrían.

—¿Cuándo?

—A todas horas. Dijo que si alguna vez tenía problemas, acabarían por aparecer en algún momento.

—Y aquí estamos. ¿Dónde podemos hablar?

—Solo tengo que avisar de que voy a llegar tarde hoy. —Sonrió con una cierta timidez y después pasó junto a ellos para entrar en el bar. Salió al cabo de dos minutos, con paso más rápido, más erguida, con los hombros rectos, como si le hubiesen quitado un peso de encima. Como si ya no estuviese sola. Se la veía joven pero capaz. Tenía los ojos de color castaño claro, una piel limpia y las manos delgadas y nervudas de una persona que ha trabajado duro durante diez años.

—A ver si lo adivino —dijo Milena. Se volvió hacia Neagley—. Usted debe de ser Neagley. —Luego se acercó a Dixon—. Por lo tanto usted es Karla. —Se volvió hacia Reacher y O'Donnell—. Reacher y O'Donnell, ¿no? El gigante y el apuesto. —O'Donnell le sonrió y ella miró de nuevo a Reacher—. Me dijeron que anoche estuvieron aquí buscándome.

—Queremos hablar con usted sobre Jorge —dijo Reacher.

Milena respiró hondo y tragó saliva.

—Está muerto, ¿verdad?

—Es lo más probable —respondió Reacher—. Sabemos a ciencia cierta que Manuel Orozco está muerto.

—¡No! —exclamó Milena.

—Lo siento —dijo Reacher.

—¿Dónde podemos hablar? —preguntó Dixon.

—Debemos ir al apartamento de Jorge —contestó Milena—. Su casa. Tienen que verla.

—Oímos que la destrozaron.

—Yo la ordené un poco.

—¿Está lejos?

—Podemos ir andando.

Caminaron de nuevo por el Strip, los cinco en hilera. La obra en construcción continuaba desierta. Ninguna actividad. Pero tampoco ninguna conmoción. Ni un solo poli. Milena preguntó otras dos veces si Sánchez estaba muerto como si repitiendo la pregunta quizá consiguiera la respuesta que deseaba oír. En ambas ocasiones Reacher respondió: «Es lo más probable».

—Pero no lo saben a ciencia cierta.

—Aún no han encontrado su cuerpo.

—Pero sí el de Orozco.

—Sí. Lo vimos.

—¿Qué pasa con Calvin Franz y Tony Swan? ¿Por qué no están aquí?

—Franz está muerto. Es probable que Swan también.

—¿Es seguro?

—Franz seguro.

—Pero no Swan.

—No, Swan no es seguro.

—Ni tampoco es seguro en el caso de Jorge.

—No, no es seguro. Pero probable.

—Vale. —Ella continuó caminando poco dispuesta a rendirse, rehusando abandonar la esperanza. Pasaron uno a uno por delante de los hoteles, se movieron entre los facsímiles de las grandes ciudades del mundo en el espacio de unos pocos centenares de metros. Entonces vieron los edificios de apartamentos. Milena los guio a la izquierda, y después a la derecha hasta una calle paralela. Se detuvo a la sombra de una marquesina que daba al vestíbulo de un edificio que quizás había sido el mejor lugar de la ciudad antes de las cuatro generaciones de mejoras.

—Es aquí —dijo Milena—. Tengo una llave.

Se quitó la mochila del hombro y buscó en ella hasta encontrar un monedero. Abrió la cremallera y sacó una llave de latón.

—¿Cuánto hace que lo conocía? —preguntó Reacher.

Ella hizo una larga pausa, sorprendida por ese uso del tiempo pasado, e intentando encontrar la manera de que pareciese menos definitivo.

—Nos conocimos hace algunos años —contestó.

Les hizo entrar en el vestíbulo. Había un portero detrás de una mesa. Él la saludó con cierta familiaridad. Milena los llevó hasta el ascensor. Bajaron en la décima planta y fueron a la derecha por un pasillo con la pintura en malas condiciones. Se detuvieron delante de una puerta verde.

Milena utilizó la llave.

En el interior, el piso no era enorme, pero tampoco pequeño. Dos dormitorios, un salón, una cocina. Una decoración sencilla, en su mayor parte blanca, algunos colores brillantes, un tanto anticuado. Grandes ventanas. Tiempo atrás, el lugar debía de haber tenido una buena vista del desierto, pero ahora daba directamente a un nuevo edificio a una manzana de distancia.

Era la casa de un hombre, sencilla, sin adornos, sin diseño.

Era un verdadero desastre.

Había sufrido el mismo tipo de trauma que el despacho de Calvin Franz. Las paredes, el suelo y el techo eran de cemento, así que no habían sufrido daño. Pero aparte de eso el tratamiento había sido similar. Todo el mobiliario había sido destrozado y hecho trizas. Las sillas, los sofás, el escritorio, la mesa. Los libros y los papeles habían sido desparramados por todas partes. Un televisor y el equipo de música habían sido aplastados. Los CD cubrían casi todo el suelo. Habían levantado las alfombras y las habían arrojado a un lado. La cocina estaba prácticamente demolida.

La limpieza de Milena se había limitado a apilar parte de los escombros por el perímetro y meter de nuevo parte del relleno en algunos de los cojines. Había apilado unos cuantos libros y papeles cerca de los estantes rotos donde habían estado. Aparte

de eso, no podía haber hecho mucho más. Una tarea infructuosa.

Reacher encontró la basura de la cocina donde Curtis Mauney había dicho que había encontrado la servilleta arrugada. El cubo había sido arrancado del montante debajo del fregadero y arrojado al otro lado de la habitación. En el cubo quedaban algunos desperdicios, el resto estaba ahora en el suelo.

—Esto se debe más a la furia que a la eficiencia —señaló—. Casi destruir por destruir. Como si estuviesen tan furiosos como preocupados.

—Estoy de acuerdo —manifestó Neagley.

Reacher abrió una puerta y entró en el dormitorio principal. La cama estaba hecha trizas. El colchón, destruido. En el armario, las prendas habían sido arrojadas por todas partes. Los percheros habían sido arrancados. Los estantes, rotos. Jorge Sánchez había sido una persona ordenada, y su orden y pulcritud se habían visto reforzados por los años de vivir de acuerdo con las normas y las reglamentaciones militares. No quedaba nada de él en esa casa. Ni el menor rastro, ni un eco.

Milena se movía por el espacio, distraída, colocando más cosas en pilas, deteniéndose de vez en cuando para hojear un libro o mirar una foto. Utilizó la cadera para devolver el sofá roto a la posición correcta, aunque nadie volvería a sentarse allí.

—¿Los polis han estado aquí? —preguntó Reacher.

—Sí —respondió la joven.

—¿Llegaron a alguna conclusión?

—Creen que los que estuvieron aquí se presentaron como falsos operarios. De la televisión por cable o el teléfono.

—Vale.

—Pero yo creo que sobornaron al portero. Hubiese sido lo más fácil.

Reacher asintió. Las Vegas, la ciudad de las estafas.

—¿Los polis tienen alguna idea de por qué?

—No —respondió Milena.

—¿Cuándo vio a Jorge por última vez?

—Cenamos juntos —contestó Milena—. Aquí. Comida china.

—¿Cuándo?

—Su última noche en Las Vegas.

—¿Entonces usted estuvo aquí?

—Solo nosotros dos.

—Escribió algo en una servilleta —dijo Reacher.

Milena asintió.

—¿Porque alguien le llamó?

Milena asintió.

—¿Quién le llamó? —preguntó Reacher.

—Calvin Franz —contestó Milena.

Milena se veía tan temblorosa que Reacher quitó los restos de loza rota del mostrador de la cocina con el antebrazo para que pudiese sentarse. La joven se sentó de un salto con los codos hacia afuera y las manos apoyadas en la superficie de plástico, las palmas hacia abajo, sujetas debajo de las rodillas.

—Necesitamos saber en qué trabajaba Jorge —dijo Reacher—. Necesitamos saber qué ha causado toda esta destrucción.

—No sé lo que era.

—Pero ustedes se veían con frecuencia.

—Mucho.

—Y se conocían muy bien el uno al otro.

—Muy bien.

—Durante años.

—Con alternancias.

—Por tanto debió hablarle de su trabajo.

—Todo el tiempo.

—Entonces, ¿qué tenía en mente?

—El negocio no iba muy bien —dijo Milena—. Era lo que más le preocupaba.

—¿Su negocio aquí? ¿En Las Vegas?

Milena asintió.

—Al principio era fenomenal. Años atrás siempre estaban ocupados. Tenían muchos contratos. Pero los grandes casinos les fueron dando de lado, uno tras otro. Todos tenían sus propios departamentos de seguridad. Jorge dijo que era inevitable. Una vez que alcanzaban un determinado tamaño, tenía más sentido.

—Conocimos a un tipo en nuestro hotel que dijo que Jorge todavía estaba muy ocupado. Como un empapelador manco.

Milena sonrió.

—El tipo estaba siendo cortés. Y Jorge lo enfrentaba con valentía. Manuel Orozco también. Al principio solían decir: fingiremos que todo va sobre ruedas hasta que lo consigamos. Luego dijeron: ahora fingiremos que ya no lo estamos consiguiendo. Continuaron plantando cara. Eran demasiado orgullosos para mendigar.

—¿Qué quiere decir, que estaban en las últimas?

—Se hundían deprisa. De cuando en cuando trabajaban de gorilas. De porteros en alguno de los clubes, expulsando a tramposos de la ciudad, cosas por el estilo. También algunas consultorías para los hoteles. Pero nunca nada de envergadura. Esas personas creen que lo saben todo, incluso cuando no es verdad.

—¿Vio lo que Jorge escribió en la servilleta?

—Por supuesto. Quitó la mesa después de que él se marchara. Escribió números.

—¿Qué significaban?

—No lo sé. Pero estaba muy preocupado por ese tema.

—¿Qué hizo después de la llamada de Franz?

—Llamó a Manuel Orozco. De inmediato. Orozco también se mostró muy preocupado por los números.

—¿Cómo comenzó todo esto? ¿Quién acudió a ellos?

—¿Acudir a ellos?

—¿Quién era su cliente? —preguntó Reacher.

Milena lo miró a los ojos. Luego se giró para mirar a O'Donnell, a Dixon y a Neagley.

—No me están escuchando —se quejó—. No tenían ningún cliente. Ya no.

—Algo tuvo que ocurrir —insistió Reacher.

—No sé a qué se refiere.

—Me refiero a que alguien tuvo que acudir a ellos con el problema. En alguno de sus trabajos o en el despacho.

—No sé quién acudió a ellos.

—¿Jorge no lo dijo?

—No. Un día estaban sentados sin hacer nada, y al día siguiente iban de puto culo. Era la expresión que usaban. Ir de puto culo, no empapeladores mancos.

—¿Pero no sabe por qué?

Milena sacudió la cabeza.

—No me lo dijeron.

—¿Quién más podría saberlo?

—Quizá lo sepa la esposa de Orozco.

En el apartamento destrozado reinó un profundo silencio. Reacher miró a Milena a la cara y le preguntó:

—¿Manuel Orozco estaba casado?

—Tienen tres hijos —respondió Milena.

Reacher miró a Neagley y le preguntó:

—¿Por qué no lo sabíamos? ¿Por qué no lo supimos antes?

—No lo sé todo —protestó Neagley.

—Le dijimos a Mauney que su familiar más cercano era la hermana.

—¿Dónde vive Orozco? —preguntó Dixon.

—Calle abajo —contestó Milena—. En un edificio como este.

Milena los llevó otros cuatrocientos metros en dirección contraria al centro de la ciudad, a un edificio de pisos al otro lado de la misma calle. La casa de Orozco. Era muy similar a la de Sánchez. Los mismos años, el mismo estilo, la misma construcción, el mismo tamaño, una marquesina azul por una verde en el caso de Sánchez.

—¿Cómo se llama la señora Orozco? —preguntó Reacher.

—Tammy —respondió Milena.

—¿Estará en casa?

—Estará durmiendo —dijo Milena—. Trabaja de noche. En los casinos. Vuelve a casa, lleva a los niños al autobús escolar y después se va a la cama.

—Tendremos que despertarla.

Fue el portero del edificio quien la despertó. Llamó al piso por el teléfono interior. Hubo una larga espera y después la respuesta. El portero anunció el nombre de Milena, y luego los de Reacher, Neagley, Dixon y O'Donnell. El tipo había captado el humor sombrío y utilizó un tono de voz grave. No dejó ninguna duda de que la visita no era una buena noticia.

Hubo otra larga espera. Reacher adivinó que Tammy Orozco estaría comparando los cuatro nuevos nombres con los nostálgicos recuerdos de su marido, y sumando dos y dos. Luego adivinó que se estaría poniendo una bata. Había visitado antes a otras viudas. Conocía la rutina.

—Por favor, suban —dijo el portero.

Subieron en el ascensor hasta la octava planta, apretujados en la pequeña cabina. Fueron a la izquierda por un pasillo y se detuvieron delante de una puerta azul. Ya estaba abierta. Milena llamó de todas maneras y después les invitó a pasar.

Tammy Orozco era una pequeña figura acurrucada en un sofá. El pelo negro alborotado, la piel pálida, una bata a cuadros. Con toda probabilidad rondaría los cuarenta, pero ahora mismo parecía tener cien años. Alzó la mirada. No hizo el menor caso de Reacher, O'Donnell, Dixon y Neagley. No los miró en absoluto. Había allí cierta hostilidad. No solo celos o un vago resentimiento como había mostrado Angela

Franz. Había una furia real. Miró a Milena.

—Manuel está muerto, ¿verdad?

Milena se sentó a su lado y respondió:

—Es lo que dicen estos hombres. Lo siento mucho.

—¿Jorge también? —preguntó Tammy.

—Todavía no lo sabemos —respondió Milena.

Las dos mujeres se abrazaron y lloraron. Reacher esperó. Conocía la secuencia. El piso era más grande que el de Sánchez. Quizá de tres dormitorios, con una disposición diferente, que miraba en otra dirección. El aire era rancio y olía a comida frita. Todo el lugar se veía maltratado y en desorden. Quizá porque había sido revuelto hacía tres semanas, o quizás estaba siempre en un estado de caos con dos adultos y tres niños viviendo en él. Reacher no sabía mucho de niños, pero suponía que los tres de Orozco eran pequeños, por la clase de libros, juguetes y prendas diversas que vio tiradas por todas partes. Había muñecas, osos de peluche, videojuegos y curiosas construcciones hechas con piezas de plástico. Por lo tanto, los niños debían de tener nueve, siete y cinco años. Más o menos. Pero todos recientes. Todos después del servicio. Orozco no estaba casado cuando estuvo en el ejército. Reacher estaba más o menos seguro de que era así.

Por fin Tammy Orozco levantó la cabeza y preguntó:

—¿Cómo ocurrió?

—La policía tiene todos los detalles —respondió Reacher.

—¿Sufrió?

—Fue instantáneo —dijo Reacher, como le habían enseñado hacía mucho tiempo. Se afirmaba que todos los soldados muertos en combate habían muerto en el acto, a menos que se pudiese probar lo contrario con toda claridad. La norma se consideraba como un consuelo para los familiares. En el caso de Orozco era verdad hasta cierto punto, se dijo Reacher. Después de la captura, claro, y los malos tratos, la privación de alimentos y la sed, el viaje en helicóptero y el retorcerse y gritar durante una caída libre de veinte segundos.

—¿Por qué ocurrió? —quiso saber Tammy.

—Es lo que estamos intentando averiguar.

—Deben hacerlo. Es lo menos que pueden hacer.

—Por eso estamos aquí.

—Pero aquí no van a encontrar respuestas.

—Tiene que haberlas. Comenzando por el cliente.

Tammy miró a Milena, el rostro bañado en lágrimas, intrigado.

—¿Cliente? ¿Todavía no saben quién era?

—No lo sabemos —admitió Reacher—. De saberlo, no estaríamos aquí preguntádoselo.

—No tenían clientes —intervino Milena, como si quisiese evitarle a Tammy el tener que responder—. Ya no. Se lo dije.

—Algo comenzó todo este asunto —afirmó Reacher—. Alguien tuvo que venir a ellos con un problema, en su despacho o en alguno de los casinos. Necesitamos saber quién fue.

—Eso no ocurrió —dijo Tammy.

—Entonces tuvieron que tropezar con el problema por su cuenta. En cuyo caso necesitamos saber dónde, cuándo y cómo.

Hubo un largo silencio.

—No lo entienden, ¿verdad? —manifestó Tammy—. Esto no tiene nada que ver con ellos. Nada que ver. No tiene nada que ver con Las Vegas.

—¿No lo tiene?

—No.

—¿Entonces cómo empezó?

—Recibieron una llamada de ayuda —respondió Tammy—. Fue así como empezó. Un día, de pronto, como caída del cielo. De uno de ustedes en California. De uno de sus tan queridos viejos compañeros de armas.

Azhari Mahmoud arrojó el pasaporte de Andrew MacBride a un contenedor de basura y se convirtió en Anthony Matthews en su camino al garaje de la compañía de alquiler de camiones U-Haul. Tenía un puñado de tarjetas de crédito y un carné de conducir válido con ese nombre. La dirección en el carné pasaría cualquier investigación a fondo. Era un edificio real, una vivienda ocupada, no un buzón de correos o un solar vacío. La dirección para enviar facturas de las tarjetas de crédito coincidía. Mahmoud había aprendido mucho a lo largo de los años.

Había decidido alquilar un camión de tamaño mediano. En general prefería siempre las opciones medianas. Destacan menos. Los empleados recuerdan a las personas que piden lo más grande o lo más pequeño de cualquier cosa. Un camión de tamaño mediano serviría para el trabajo. Su educación en ciencias había sido escasa, pero podía hacer un cálculo aritmético sencillo. Sabía que el volumen se calculaba midiendo el alto por el ancho por el largo. Sabía que las seiscientos cincuenta cajas se podían apilar en diez filas de ancho, trece de fondo y cinco de alto. Al principio pensó que diez de ancho sería una dimensión demasiado grande para meterlas en cualquier camión disponible, pero luego comprendió que podía reducir el ancho requerido apilando las cajas de lado. Funcionaría.

De hecho sabía que todo funcionaría, porque aún llevaba las cien monedas de veinticinco centavos que había ganado en el aeropuerto.

Le dieron a Tammy Orozco sus condolencias y el nombre de Curtis Mauney y la dejaron sola en su sofá. Después acompañaron a Milena hasta el bar donde trabajaba. Tenía que ganarse la vida y ya llegaba tres horas tarde. La muchacha dijo que la despedirían si faltaba a la concurrencia de la *happy hour* durante la tarde. En el Strip se veía un poco más de movimiento a medida que pasaba el día. Pero la obra en construcción continuaba desierta. Ninguna actividad. El reguero en la alcantarilla se había secado. Aparte de eso no había ningún cambio. El sol estaba alto. No era sofocante, pero hacía bastante calor. Reacher comenzó a pensar en lo poco profundo que estaba enterrado el cadáver. En la descomposición, los gases, los olores y los animales curiosos.

—¿Hay coyotes por aquí? —preguntó.

—¿En la ciudad? —dijo Milena—. Nunca he visto ninguno.

—Vale.

—¿Por qué?

—Simple curiosidad.

Continuaron caminando. Tomaron por el mismo atajo que habían seguido antes. Llegaron delante del bar poco después de las tres de la tarde.

—Tammy estaba furiosa —comentó Milena—. Lo lamento.

—Era de esperar —dijo Reacher.

—Estaba allí cuando se presentaron los malos para el registro. Dormía. La

golpearon en la cabeza. Permaneció inconsciente durante una semana. No recuerda nada de nada. Ahora culpa de todos sus problemas a la persona que llamó.

—Comprensible —dijo Reacher.

—Pero yo no les culpo —continuó Milena—. No fue ninguno de ustedes quien llamó. Supongo que la mitad de ustedes estaban involucrados y la otra mitad no.

Entró en el bar sin mirar atrás. La puerta se cerró detrás de ella. Reacher se apartó y se sentó en el murete donde habían esperado aquella mañana.

—Lo siento, muchachos —dijo—. Hemos desperdiciado mucho tiempo. Es culpa mía.

Nadie respondió.

—Neagley tendría que tomar el mando —añadió—. Estoy perdiendo facultades.

—Mahmoud ha venido aquí —dijo Dixon—. No a Los Ángeles.

—En toda lógica solo para tomar un vuelo. Es probable que ahora mismo esté en Los Ángeles.

—¿Por qué no tomó un vuelo directo?

—¿Por qué llevar cuatro pasaportes falsos? Es cauto sea quien sea. Deja pistas falsas.

—Nos atacaron aquí —afirmó Dixon—. No en Los Ángeles. No tiene sentido.

—Venir aquí ha sido una decisión colectiva —señaló O'Donnell—. Nadie protestó.

Reacher oyó una sirena en el Strip. No el sonido bajo de un camión de bomberos, ni el aullido frenético de una ambulancia. Un coche de policía que circulaba a gran velocidad. Miró hacia el solar en construcción a unos ochocientos metros de distancia. Se puso de pie, se movió a la derecha y se protegió los ojos para observar el corto tramo del Strip que resultaba visible. Un poli no era nada, pensó. Si algún capataz se había presentado a trabajar y encontrado algo, habría toda una caravana.

Esperó.

No pasó nada. No más sirenas. No más polis. Ninguna caravana. Solo el típico atasco de tráfico. Dio un paso más, para ampliar su campo de visión, para estar seguro. Vio un destello de rojo y azul más allá de la esquina de un colmado. Un coche aparcado al sol. Un faro de plástico rojo sobre el piloto trasero. Pintura azul oscuro en el parachoques.

Un coche.

Azul oscuro.

—Sé dónde vi a ese tipo antes —dijo.

Se colocaron alrededor del Chrysler a una cautelosa y prudente distancia, como si fuese una pieza de arte rodeada por un cordón de terciopelo en un museo de arte moderno. Un 300 C, azul oscuro, con matrícula de California. Estaba aparcado junto al bordillo, cerrado, silencioso y frío, un poco sucio por el viaje. Neagley sacó las llaves que Reacher había encontrado en los bolsillos del moribundo, las sostuvo con el brazo extendido como el tipo había sujetado el arma y apretó el botón del mando a distancia.

Se encendieron las luces del Chrysler azul y se abrieron los seguros de las puertas con un chasquido sordo.

—Estaba detrás del Chateau Marmont —explicó Reacher—. Esperando. El mismo tipo en el interior. Su traje tenía el mismo color del metal. Lo tomé por un coche de alquiler.

—Los otros les dijeron que vendríamos —dijo O'Donnell—. Supongo que al principio se lo tomarían como una amenaza. Y después como un consuelo. Así que enviaron al tipo para que nos liquidase. Nos vio en la acera en cuanto llegó a la ciudad. Estábamos delante mismo de él. Tuvo suerte.

—Mucha suerte —opinó Reacher—. Que todos nuestros enemigos tengan esta misma buena suerte.

Abrió la puerta del conductor. El coche olía a cuero nuevo y plástico. No había marcas en el interior. Había mapas plegados nuevos en el compartimento de la puerta. Eso era todo. Nada más a la vista. Se metió en el interior y estiró un brazo hasta la tapa de la guantera. La abrió. Sacó una cartera y un móvil. Era todo lo que había. Ningún documento, ningún seguro. Ningún manual de instrucciones. Solo una cartera y un móvil. La cartera era un objeto delgado pensado para ser llevado en el bolsillo del pantalón. Era un rectángulo rígido de cuero negro con un receptáculo con cierre para el dinero en un lado y otro para las tarjetas de crédito en el otro. Llevaba un montón de pasta. Más de setecientos dólares, la mayor parte en billetes de cincuenta y veinte. Reacher los cogió todos. Los sacó de la cartera y se los metió en el bolsillo del pantalón.

—Me darán de comer durante otras dos semanas antes de que tenga que buscar trabajo —comentó—. Todo tiene una parte buena.

Le dio la vuelta a la cartera. La sección de tarjetas de crédito estaba llena. Había un carné de conducir de California y cuatro tarjetas de crédito. Dos Visas, una Amex y una Mastercard. Faltaban años para la fecha de caducidad. El carné y las cuatro tarjetas estaban expedidas a nombre de un tipo llamado Saropian. La dirección en el carné era un número de cinco dígitos de una calle de Los Ángeles y un número de código postal que para Reacher no significaba nada.

La dejó caer en el asiento del acompañante.

El móvil era un teléfono pequeño, plateado, con una ventana redonda delante.

Recibía señal de cobertura completa pero tenía la batería baja. Reacher lo abrió y se iluminó una pantalla a todo color. Había cinco mensajes de voz.

Le pasó el teléfono a Neagley.

—¿Puedes recuperar estos mensajes? —preguntó.

—No sin el número de código.

—Mira el registro de llamadas.

Neagley buscó entre los menús y seleccionó opciones.

—Todas las llamadas recibidas y efectuadas corresponden a un mismo número —dijo—. Un código de zona 310. Corresponde a Los Ángeles.

—¿Fijo o móvil?

—Podría ser cualquiera de los dos.

—¿Un gorila que llama a su jefe?

Neagley asintió.

—Y viceversa. Un jefe que da órdenes a un gorila.

—¿Tu hombre en Chicago podría conseguir un nombre y una dirección para ese jefe?

—Podría ser.

—Dile que lo busque ya. También la matrícula del coche.

Neagley utilizó su propio móvil para llamar a su despacho. Reacher levantó el reposabrazos central y no encontró nada en la consola excepto un bolígrafo y un cargador de coche para el móvil. Buscó en el asiento trasero. Allí no había nada.

Salió del coche y miró en el maletero. Rueda de repuesto, gato, herramienta. Aparte de eso, vacío.

—No hay equipaje —dijo—. Este tipo no tenía planeado un viaje largo. Pensó que íbamos a ser presas fáciles.

—Casi lo fuimos —señaló Dixon.

Neagley cerró el móvil del muerto y se lo devolvió a Reacher, que lo dejó caer en el asiento del pasajero, junto a la cartera.

Luego lo cogió de nuevo.

—Esta es una situación a la inversa, ¿no? —dijo—. No sabemos quién ha enviado a este tipo, desde dónde o por qué.

—¿Pero? —preguntó Dixon.

—Pero sea quien sea, tenemos su número. Podemos llamarle y decirle hola, si queremos.

—¿Queremos?

—Sí, creo que queremos.

Subieron al Chrysler aparcado para tener silencio. Las puertas eran gruesas y pesadas, cerraban bien y ofrecían esa especie de espacio silencioso que debía ofrecer un coche de lujo. Reacher abrió el teléfono del muerto, buscó la última llamada realizada en el registro, y a continuación apretó el botón verde para rellamar. Se llevó el móvil a la oreja y esperó. Escuchó. Nunca había sido propietario de un móvil pero sabía cómo usarlo. Las personas los oyen vibrar en sus bolsillos o escuchan los timbres, los sacan y miran la pantalla para saber quién llama y deciden si responden o no. En conjunto es un proceso mucho más lento que un teléfono convencional. Requiere que por lo menos suene unas cinco o seis veces.

El teléfono sonó una vez.

Dos.

Tres.

Después fue atendido por alguien que parecía haber corrido.

—¿Dónde demonios has estado? —preguntó una voz.

La voz era profunda. Un hombre mayor. Tampoco pequeño. Detrás de la exasperación y la urgencia había un cultivado acento de la costa Oeste, profesional, pero con un débil remanente de un deje callejero. Reacher no contestó. Escuchó atento para captar algún ruido de fondo. Pero no había ninguno. Ninguno en absoluto. Solo silencio como el de una habitación cerrada o un despacho silencioso.

—Hola —insistió la voz—. ¿Dónde demonios estás? ¿Qué está pasando?

—¿Quién habla? —preguntó Reacher, como si tuviese todo el derecho del mundo a saberlo. Como si hubiese marcado un número equivocado.

Pero el tipo no mordió el anzuelo. Había visto el número del móvil en el identificador de llamadas.

—No, ¿quién es usted? —preguntó a su vez con voz pausada.

Reacher hizo una pausa y respondió:

—Su chico fracasó anoche. Está muerto y enterrado, en sentido literal. Y ahora vamos a por usted.

Siguió un largo silencio. Después la voz dijo:

—¿Reacher?

—¿Conoce mi nombre? —preguntó Reacher—. No me parece justo que yo no sepa el suyo.

—Nadie ha dicho que la vida sea justa.

—Es verdad. Pero justa o no, disfrute la que le queda. Cómprase una botella de buen vino, alquile una peli. Pero dese prisa. Tiene unos dos días como máximo.

—No es más que un fantasma.

—Mire a través de la ventana.

Reacher oyó un movimiento súbito. El roce de los faldones de una americana, el suave movimiento de una silla rodante. Un despacho. Un tipo con traje. Una mesa

que mira a la puerta.

Tan solo uno entre el millón de despachos que hay en el área 310.

—No es más que un fantasma —repitió la voz.

—Nos veremos pronto —afirmó Reacher—. Vamos a hacer un viaje todos juntos en helicóptero. De los que tanto le gustan. Pero con una gran diferencia. Supongo que mis amigos se opondrán. Pero usted no. Nos suplicará poder saltar. Nos lo rogará, se lo garantizo.

Luego cerró el teléfono y lo dejó caer sobre sus muslos.

Silencio en el coche.

—¿Primeras impresiones? —preguntó Neagley.

Reacher soltó el aliento.

—Un ejecutivo —contestó—. Un tipo grande. Un jefe. No es tonto. Una voz común. Un despacho propio con una ventana y una puerta cerrada.

—¿Dónde?

—No sabría decir. No había sonidos de fondo. Nada de tráfico ni aviones. Tampoco parecía muy preocupado porque tuviésemos su número de teléfono. El nombre del propietario será falso. Este coche también, estoy seguro.

—¿Entonces qué?

—Volvemos a Los Ángeles. Nunca tendríamos que habernos marchado.

—Esto tiene que ser por Swan —afirmó O'Donnell—. Tiene que serlo, ¿no? No puede ser por Franz, ni tampoco por Orozco y Sánchez, así que ¿qué nos queda? Tuvo que haberse metido en algo inmediatamente después de dejar New Age. Quizá lo tenía todo preparado y estaba a la espera de entrar en acción.

—Necesitamos hablar con su antiguo jefe —dijo Reacher—. Tenemos que averiguar si compartió alguna preocupación privada antes de marcharse. —Se volvió hacia Neagley—. Prepara de nuevo la cita con Diana Bond, la mujer de Washington. Por lo de New Age y Little Wing. Necesitamos algo que nos permita negociar. El antiguo jefe de Swan quizás hable más si sabe que nos mantendremos callados si recibimos algo a cambio. Además, siento curiosidad.

—Yo también —admitió Neagley.

Robaron el Chrysler. Ni siquiera se bajaron. Reacher cogió las llaves de Neagley, puso el motor en marcha y condujo hasta el hotel. Aparcó en el lateral del camino de servicio mientras los demás entraban para preparar las maletas. Le gustaba el coche. Era discreto y potente. Veía su exterior reflejado en las ventanas del hotel. El color azul resaltaba la elegancia del diseño. Era cuadrado, sólido y tan sutil como un martillo. La clase de coche que le gustaba. Comprobó los mandos y los accesorios, conectó el cargador del móvil del muerto y cerró la tapa del reposabrazos.

Dixon fue la primera en salir del vestíbulo, seguida por un botones que llevaba su equipaje y un aparcacoche que se adelantó para buscarle el suyo. Luego aparecieron Neagley y O'Donnell juntos. Neagley estaba guardando el recibo de la tarjeta de crédito en el bolso y cerraba el móvil al mismo tiempo.

—Rastreamos la matrícula —dijo—. Pertenece a una corporación llamada Walter cuya dirección comercial es un apartado de correos en el centro de Los Ángeles.

—Bonito —comentó Reacher—. Walter por Walter Chrysler. Estoy seguro de que el teléfono es de una corporación llamada Alexander, por Graham Bell.

—La Walter Corporation alquila un total de siete coches —añadió Neagley.

—Es un detalle a tener en cuenta —manifestó Reacher—. Tendrán refuerzos esperando en alguna parte.

Dixon dijo que ella llevaría a O'Donnell en su coche de alquiler. Reacher abrió el maletero del Chrysler. Neagley cargó las maletas y después fue a sentarse en el asiento del pasajero.

—¿Dónde vamos a alojarnos? —preguntó Dixon a través de la ventanilla abierta.

—En algún lugar diferente —contestó Reacher—. Hasta ahora nos han visto en el Wilshire y el Chateau Marmont. Necesitamos un cambio de ritmo, la clase de lugar donde no se les ocurriría ubicarnos. Vamos a probar con el Dunes, en Sunset.

—¿Qué es?

—Un motel. De los que me gustan.

—¿Qué tal está?

—No está mal. Tiene camas y puertas que cierran.

Reacher y Neagley salieron primero. El tráfico fue lento durante todo el trayecto hasta salir de la ciudad, después la 15 se vació y Reacher se acomodó para el viaje a través del desierto. El coche era rápido y silencioso. Neagley dedicó los primeros treinta minutos a la caza telefónica de Diana Bond por toda la base Edwards de la Fuerza Aérea antes de quedarse sin cobertura en el móvil. Reacher desconectó y se centró en la carretera. Era un conductor competente, pero no bueno. Había aprendido en el ejército y nunca había recibido instrucción civil. Nunca había pasado el examen de conducir, ni había tenido carné civil. Neagley era mucho mejor conductora que él. Y mucho más rápida. Concluyó sus llamadas y comenzó a moverse impaciente. No dejaba de mirar el velocímetro.

—Conduce como si lo hubieras robado —dijo ella—. Cosa que has hecho.

Así que Reacher aceleró un poco. Comenzó a adelantar un vehículo tras otro, entre ellos un camión mediano de una compañía de alquiler que avanzaba en dirección oeste por el carril de la derecha.

Dixon les alcanzó a unos dieciséis kilómetros de Barstow y le hizo señales con las luces. Se puso a la par y O'Donnell, desde el asiento del pasajero, se llevó la mano a la boca para indicar que quería comer. Como unos masoquistas indefensos, hicieron un alto en el mismo restaurante donde habían parado a la ida. No había ningún otro en muchos kilómetros, y todos tenían hambre. No habían comido.

La comida era igual de mala que la vez anterior y la conversación triste. Sobre todo hablaron de Sánchez y Orozco. De lo difícil que era mantener en marcha una empresa pequeña, y todavía más difícil para los antiguos militares. Entraban en el mundo civil con todas las falsas expectativas. Esperaban encontrar las mismas

certidumbres que habían conocido antes. La franqueza, la transparencia, la honradez, el sacrificio compartido. Reacher tenía la sensación de que en muchos momentos Dixon y O'Donnell hablaban de ellos mismos. Se preguntó hasta qué punto les iba bien, o si solo era una fachada, cuál era la cifra real de su éxito aparente que reflejaba la declaración de impuestos. Y cómo sería en el futuro año. Dixon tenía problemas porque se había marchado de su último trabajo. O'Donnell había tenido que desatender sus asuntos durante un tiempo para ocuparse de su hermana. Solo Neagley parecía no tener ninguna preocupación. Su prosperidad era indiscutible. Pero era una entre nueve. Una fracción apenas por encima del once por ciento, para una de las mejores licenciadas que había producido el ejército.

No estaba bien.

«Estás muy bien fuera de todo esto», había comentado Dixon.

«Es como me siento por lo general», había respondido él.

«Lo único que tenemos y que tú no tienes son maletas», había afirmado O'Donnell.

«¿Pero qué tengo yo que vosotros no tenéis?», le había preguntado Reacher.

Acabó de comer convencido de que estaba más cerca de la respuesta que antes.

Después de Barstow vinieron Victorville y Lake Arrowhead. Luego las montañas se alzaron ante ellos. Pero primero, esta vez a su derecha, estaban las tierras yermas que había sobrevolado el helicóptero. Una vez más, Reacher se dijo a sí mismo que no debía mirar, pero de nuevo lo hizo. Apartó los ojos de la carretera y miró al norte y al oeste durante unos segundos. Sánchez y Swan estarían en alguna parte de esa extensión. No veía ningún motivo para suponer lo contrario.

Pasaron por una zona con cobertura y sonó el móvil de Neagley. Era Diana Bond, lista y preparada para dejar la base al primer aviso.

—Dile que se encuentre con nosotros en aquel Denny's en Sunset. Donde estuvimos antes —le pidió Reacher. Neagley hizo una mueca y él añadió—: Parecerá que estamos comiendo en el Maxim's de París después del bar en el que hemos parado.

Así que Neagley acordó el encuentro y Reacher cambió de marcha y comenzó a subir las primeras pendientes del monte San Antonio. Menos de una hora más tarde estaban alquilando habitaciones en el motel Dunes.

El Dunes era de esa clase de establecimientos en los que el precio de cualquiera de las habitaciones no se acercaba ni por asomo a las tres cifras por noche y donde los huéspedes debían depositar una fianza por el mando a distancia del televisor, que se entregaba con gran ceremonia junto con la llave. Reacher pagó las cuatro habitaciones con el dinero robado para evitarse el trámite de acreditar sus nombres verdaderos con alguna documentación. Aparcaron los coches fuera de la vista de la calle y se reagruparon en un oscuro y cochambroso bar junto a una lavandería, todo

lo anónimos que pueden estar cuatro personas en el condado de Los Ángeles.

Los lugares preferidos de Reacher.

Una hora más tarde, Diana Bond llamó a Neagley para decirle que entraba en el aparcamiento de Denny's.

Caminaron un corto tramo por Sunset y entraron en el vestíbulo iluminado de Denny's. Una mujer rubia les esperaba. Estaba sola. Iba vestida toda de negro. Chaqueta negra, blusa negra, falda negra, medias negras, zapatos de tacón negros. Un serio estilo de la costa Este, un tanto fuera de lugar en California y del todo fuera de lugar en un Denny's de California. Era delgada, atractiva, a todas luces inteligente y se acercaba a los cuarenta.

Parecía un poco molesta y preocupada.

Parecía un poco inquieta.

Neagley se encargó de las presentaciones.

—Ella es Diana Bond —dijo—. De Washington, a través de la base aérea Edwards.

Diana Bond no llevaba nada con ella, excepto un pequeño bolso de cocodrilo. Ningún maletín. No es que Reacher esperase notas o planos. La llevaron a través del pobre restaurante y encontraron una mesa redonda en el fondo. Cinco personas apenas cabían en un compartimento para cuatro. Se acercó una camarera y pidieron café. La camarera volvió con cinco tazas y una jarra y sirvió. Cada uno bebió un sorbo, en silencio. Después habló Diana Bond. Y no comenzó con una charla intrascendente:

—Podría hacer que los detuviesen a todos.

Reacher asintió.

—Estoy un tanto sorprendido de que aún no lo haya hecho —comentó él—. Esperaba verla acompañada por un grupo de agentes.

—Una llamada a la Agencia de Inteligencia de Defensa habría bastado.

—¿Entonces por qué no ha hecho la llamada?

—Intento comportarme como una persona civilizada.

—Además de leal —señaló Reacher—. A su jefe.

—Y a mi país. En serio, me gustaría insistirles en que no continúen por esa línea de investigación.

—Pues no insista. Será otra jornada desperdiciada para usted —dijo Reacher.

—Estoy muy dispuesta a desperdiciar las jornadas que hagan falta.

—Así es como se gastan nuestros impuestos.

—Se lo estoy suplicando.

—No lo va a conseguir.

—Estoy apelando a su patriotismo. Es una cuestión de seguridad nacional.

—Entre los cuatro sumamos sesenta años de uniforme —dijo Reacher—.

¿Cuántos lleva usted?

—Ninguno.

—¿Cuántos lleva su jefe?

—Ninguno.

—Entonces deje de hablar de patriotismo y seguridad nacional, ¿vale? No está capacitada.

—¿Por qué demonios necesitan saber de Little Wing?

—Teníamos un amigo que trabajaba para New Age. Estamos intentando completar su necrológica.

—¿Está muerto?

—Probablemente.

—Lo siento mucho.

—Muchas gracias.

—Pero una vez más, quiero pedirles que no insistan en esto.

—No hay trato.

Diana hizo una larga pausa. Después asintió.

—De acuerdo, hablemos. Haré un bosquejo, y a cambio me juran por los sesenta años de uniforme que no irán más allá.

—Hecho.

—Y después de esta única conversación, no quiero volver a oír hablar de ustedes nunca más.

—Hecho.

Otra larga pausa. Como si Bond estuviese luchando con su conciencia.

—Little Wing es un nuevo tipo de torpedo —comenzó—. Para la flota submarina del Pacífico. Es bastante convencional, aparte de un sistema de control mejorado debido a los nuevos circuitos electrónicos.

Reacher sonrió.

—Buen intento —dijo—. Pero no cuela.

—¿Por qué no?

—Jamás creíamos en su primera respuesta. Era obvio que intentaría despistarnos. Además, en la mayoría de los sesenta años que mencionamos nos hemos dedicado a escuchar a mentirosos, así que los reconocemos en cuanto los vemos. Por otra parte, algunos de esos sesenta años nos hemos dedicado a leer todo tipo de tonterías del Pentágono, así que sabemos qué uso le dan a las palabras. Un nuevo torpedo se llamaría probablemente Little Fish. Y también sabemos que a New Age le dieron libertad para escoger el lugar donde construirlo, así que si estuviesen trabajando para la marina hubiesen escogido San Diego, Connecticut o Newport News, en Virginia, pero no lo hicieron. En cambio, escogieron Los Ángeles Este. En los lugares más cercanos a esa zona solo hay bases aéreas, entre ellas Edwards, de donde acaba de venir usted, y, bueno, el nombre es Little Wing, por lo tanto es un artefacto aéreo.

Diana Bond se encogió de hombros.

—Tenía que intentarlo —admitió.

—Inténtelo de nuevo —le pidió Reacher.

Otra pausa.

—Es un arma de infantería —dijo Diana—. Del ejército, no de la fuerza aérea. New Age está en Los Ángeles Este por encontrarse cerca de Fort Irwin, y no de Edwards. Pero tiene usted razón, es un artefacto aéreo.

—¿Específicamente?

—Es un misil tierra-aire que puede ser disparado desde el hombro por un soldado. La siguiente generación.

—¿Qué hace?

Diana Bond sacudió la cabeza.

—No se lo puedo decir.

—Tendrá que hacerlo, o su jefe cae.

—Eso no es justo.

—¿Comparado con qué?

—Solo le diré que es un avance revolucionario.

—Ya hemos escuchado eso antes. Significa que estará anticuado dentro de un año, en lugar de los habituales seis meses.

—En realidad, creemos que dos años.

—¿Qué hace?

—No llamará a los periódicos. Estaría vendiendo a su país.

—Pónganos a prueba.

—¿Habla en serio?

—Como un cáncer de pulmón.

—No me lo creo.

—Pues más vale que lo haga o su jefe tendrá que buscar un nuevo empleo. Al parecer, le estamos haciendo un favor a nuestro país.

—A usted no le cae bien.

—¿Le cae bien a alguien?

—Los periódicos no lo publicarán.

—Ni lo sueña.

Bond permaneció callada otro minuto.

—Prométame que no saldrá de aquí.

—Ya lo he hecho —afirmó Reacher.

—Es complicado.

—¿Como los cohetes espaciales?

—¿Conoce el Singer? —preguntó Bond—. ¿La actual generación?

Reacher asintió.

—Los he visto en acción. Todos los hemos visto.

—¿Qué hacen?

—Siguen las ondas de calor de los escapes de un reactor.

—Pero desde abajo —dijo Bond—. Lo que constituye una debilidad clave. Tienen que subir y maniobrar al mismo tiempo. Cosa que los hace relativamente lentos y un tanto engorrosos. Aparecen en el radar. El piloto puede realizar maniobras

evasivas. Y son vulnerables a las contramedidas, como los falsos señuelos.

—¿Pero?

—Little Wing es revolucionario. Como la mayoría de las grandes ideas, comienza con una premisa muy sencilla. No hace el más mínimo caso del objetivo durante el ascenso. Realiza todo el trabajo en el trayecto de bajada.

—Comprendo —asintió Reacher.

—Cuando sube, no es más que un cohete tonto. Muy, muy rápido. Alcanza una altura de veintiséis mil metros, después reduce la velocidad, se detiene y comienza el descenso. Comienza a bajar por donde ha subido. Entonces se conecta a la electrónica y comienza a perseguir su objetivo. Tiene propulsores para maniobrar y superficies de control, y como la gravedad hace la mayor parte del trabajo, las maniobras pueden ser increíblemente precisas.

—Cae sobre la presa desde arriba —comentó Reacher—. Como un halcón.

Bond asintió de nuevo.

—A una velocidad increíble. Casi supersónica. No puede fallar. Y no se puede detener. Los radares defensivos aéreos siempre miran hacia abajo. Los señuelos siempre se lanzan hacia abajo. Tal como han sido las cosas hasta ahora, los aviones son muy vulnerables desde arriba. Se lo pueden permitir. Porque muy pocas cosas les amenazan desde arriba. Ahora es diferente. Esa es la razón por la que toda esta información es tan sensible. Tenemos una ventaja de unos dos años, durante los cuales nuestra capacidad tierra-aire será imbatible. Durante unos dos años cualquiera que utilice Little Wing podrá derribar cualquier cosa que vuele. Quizá más. Depende de lo rápido que diseñen las nuevas contramedidas.

—La velocidad hará que sea difícil encontrar contramedidas —opinó Reacher.

—Casi del todo imposible —afirmó Bond—. Los tiempos de reacción humana son demasiado lentos. Por tanto, las defensas tendrán que ser automatizadas. Eso significa que deberemos confiar en los ordenadores para que nos digan la diferencia entre un pájaro a cien metros de altura, Little Wing a mil seiscientos y un satélite a ochenta kilómetros. En potencia sería un caos. Las líneas aéreas civiles querrán protección, como es obvio, debido a las preocupaciones de ataques terroristas. Pero los cielos por encima de los aeropuertos civiles están abarrotados de aviones. O sea, que las falsas lecturas serían la norma, no la excepción y, por tanto, tendrían que desconectar la protección para los despegues y aterrizajes, algo que los haría del todo vulnerables cuando no pueden permitírselo.

—Menuda papeleta —exclamó Dixon.

—Pero es una papeleta teórica —apuntó O'Donnell—. Por lo que parece Little Wing no está funcionando muy bien.

—No puedo seguir adelante con este tema —dijo Bond.

—Ya tenemos un trato.

—No, porque estaríamos entrando en lo que son secretos comerciales.

—Mucho más importantes que los secretos de defensa.

—Los prototipos estaban bien —dijo Bond—. Las pruebas beta fueron excelentes. De pronto se encontraron con problemas en la producción.

—¿Los misiles, la electrónica o las dos cosas?

—La electrónica —respondió Bond—. La tecnología de los cohetes tiene más de cuarenta años ya. Pueden producirlos con los ojos cerrados. Los fabrican en Denver, Colorado. Son los circuitos electrónicos los que les plantean los problemas. Aquí mismo, en Los Ángeles. Ni siquiera han comenzado la producción en serie. Todavía los hacen uno a uno. Y ahora incluso eso se ha retrasado.

Reacher asintió y no dijo nada. Miró a través de la ventana por un momento y después cogió las servilletas de papel, las desplegó en abanico y las ordenó de nuevo en una pila. Le puso encima el azucarero. El restaurante estaba casi vacío. Había dos tipos solos, cada uno en un reservado en un extremo de la sala. Trabajadores cansados y encorvados. Aparte de ellos, no había nadie más. En la calle la luz de la tarde se apagaba. El letrero luminoso rojo y amarillo del restaurante se hacía cada vez más brillante. Algunos de los coches que pasaban por el bulevar ya habían encendido los faros.

—Es decir, Little Wing es otra de esas viejas patrañas —manifestó O'Donnell, rompiendo el silencio—. Otro sueño del Pentágono que no hace más que gastar dinero.

—Se suponía que no debía ser así —replicó Diana Bond.

—Nunca lo es.

—No es un fracaso total. Algunas de las unidades funcionan.

—Dijeron lo mismo del rifle M-16. Algo que era un verdadero consuelo cuando salías de patrulla con uno.

—Pero el M-16 se perfeccionó. Lo mismo pasará con el Little Wing. Valdrá la pena esperar. ¿Saben cuál es el avión mejor protegido del mundo?

—El *Air Force One* —dijo Dixon—. Lo primero siempre es salvar el culo de los políticos.

—Little Wing podría abatirlo sin el menor problema —apuntó Bond.

—Estupendo —dijo O'Donnell—. Es más fácil que votar.

—Debería leer la Ley Patriótica. Podrían arrestarle solo por pensarlo.

—No hay bastantes cárceles —señaló O'Donnell.

Apareció la camarera, que se mantuvo cerca de la mesa. Era obvio que esperaba algo más lucrativo de una mesa de cinco que cinco tazas de café. Dixon y Neagley captaron la indirecta y pidieron helados. Diana Bond no pidió nada. O'Donnell pidió una hamburguesa. La camarera miró con intención a Reacher. Él no la veía. Todavía jugaba con la pila de servilletas. Quitaba y ponía el azucarero.

—¿Señor? —dijo la camarera.

Reacher la miró.

—Tarta de manzana con helado. Y más café.

La camarera se fue y Reacher volvió a su pila de servilletas. Diana Bond recuperó

el bolso que estaba en el suelo y le quitó el polvo con muchos aspavientos.

—Tengo que marcharme.

—De acuerdo —respondió Reacher—. Muchas gracias por venir.

Diana Bond salió para emprender el largo viaje de regreso a la base aérea Edwards. Reacher acomodó la pila de servilletas y colocó el azucarero de nuevo encima, en el mismo centro. Trajeron los postres, sirvieron más café y la hamburguesa de O'Donnell. Reacher se comió la mitad de la tarta y de pronto dejó de comer. Permaneció en silencio durante un momento, mirando de nuevo a través de la ventana. Luego se movió de pronto y señaló el azucarero, miró a Neagley y le preguntó:

—¿Sabes qué es esto?

—Azúcar —respondió ella.

—No, es un pisapapeles.

—¿Y?

—¿Quién lleva un arma con la recámara vacía?

—Alguien a quien le han enseñado de esa manera.

—Como un poli. O un antiguo poli. Alguien retirado del Departamento de Policía de Los Ángeles.

—¿Y?

—La Dama Dragón de New Age nos mintió. Las personas toman notas. Dibujan. Trabajan mejor con papel y lápiz. No existen entornos absolutamente libres de papeles.

—Las cosas pueden haber cambiado desde la última vez que tuviste un empleo —dijo O'Donnell.

—La primera vez que hablamos nos dijo que Swan utilizaba su trozo del muro de Berlín como pisapapeles. Es difícil utilizar un pisapapeles en un entorno absolutamente libre de papeles, ¿no?

—Podría ser una forma de hablar —precisó O'Donnell—. Pisapapeles, recuerdo, adorno de escritorio, ¿cuál es la diferencia?

—La primera vez que estuvimos allí, tuvimos que esperar para entrar en el aparcamiento. ¿Os acordáis?

Neagley asintió.

—Había un camión que salía por la verja.

—¿Qué clase de camión?

—El camión de una empresa de fotocopiadoras. De entregas o servicios técnicos.

—Es difícil utilizar una fotocopiadora en un entorno absolutamente libre de papeles, ¿no?

Neagley no dijo nada.

—Si nos mintió en eso, bien podría habernos mentido en todo lo demás —dijo Reacher.

Nadie habló.

—El director de seguridad de New Age es un poli de Los Ángeles —prosiguió

Reacher—. Apuesto a que la mayoría de sus soldados de infantería también lo son. El seguro puesto, la recámara vacía; el entrenamiento básico.

Nadie habló.

—Llama de nuevo a Diana Bond. Que vuelva aquí ahora mismo —dijo Reacher.

—Acaba de marcharse —protestó Neagley.

—Entonces no habrá llegado muy lejos. Puede dar la vuelta. Estoy seguro de que su coche tiene un volante.

—No querrá hacerlo.

—Tendrá que hacerlo. Dile que si no vuelve habrá mucho más que el nombre de su jefe en los periódicos.

Diana Bond tardó poco más de treinta y cinco minutos en volver. Tráfico lento, las salidas que no le convenían en la autopista. Vieron entrar su coche en el aparcamiento. Un minuto más tarde estaba de nuevo en la mesa. De pie, no sentada. Furiosa.

—Teníamos un trato. Hablaba con ustedes una vez y me dejaban en paz.

—Otras seis preguntas —dijo Reacher—. Entonces la dejaremos en paz.

—Váyase al infierno.

—Esto es importante.

—No para mí.

—Ha vuelto. Podría haber continuado viaje. Podría haber llamado a Inteligencia de Defensa. Pero no lo ha hecho. Así que deje de fingir. Usted va a responder.

Silencio en el local. Ningún sonido, excepto el de los neumáticos en el bulevar y un distante zumbido procedente de la cocina. Quizás un lavavajillas.

—¿Seis preguntas? —preguntó Bond—. Vale, pero las contaré con esmero.

—Siéntese —dijo Reacher—. Pida un postre.

—No quiero postre. Aquí no. —Pero se sentó en la misma silla que había utilizado antes.

—Primera pregunta —comenzó Reacher—. ¿New Age tiene rival? ¿Un competidor en alguna parte con una tecnología similar?

—No —contestó Diana Bond.

—¿Nadie que esté resentido ni amargado porque se quedaron sin el contrato?

—No —repitió Bond—. La propuesta de New Age era única.

—Vale, segunda pregunta. ¿De verdad el gobierno quiere que Little Wing funcione?

—¿Por qué demonios no iba a quererlo?

—Porque los gobiernos se pueden poner nerviosos por el desarrollo de nuevas capacidades de ataque sin tener las defensas apropiadas.

—Es una preocupación que nunca he oído mencionar.

—¿De verdad? ¿Supongamos que roban el Little Wing y lo copian? El Pentágono sabe cuánto daño puede hacer. ¿Estamos dispuestos a enfrentarnos a la posibilidad de que lo utilicen contra nosotros?

—Ese no es el tema —señaló Bond—. Nunca haríamos nada si pensásemos de esa manera. El proyecto Manhattan hubiese sido cancelado, los aviones supersónicos, todo.

—De acuerdo —admitió Reacher—. Ahora hábleme de la cadena de montaje de New Age.

—¿Es su tercera pregunta?

—Sí.

—¿Qué pasa con la cadena de montaje?

—Dígame más o menos cómo funciona. Nunca he trabajado en los temas electrónicos.

—Se monta a mano —explicó Bond—. Mujeres en habitaciones bien esterilizadas, en bancos de laboratorio, con gorros y que utilizan lentes de aumento y soldadores.

—Lento —señaló Reacher.

—Es obvio. Una docena de unidades al día en lugar de centenares o miles.

—¿Una docena?

—Es el promedio ahora mismo. Nueve, diez, doce o trece al día.

—¿Cuándo comenzaron el montaje?

—¿Es la cuarta pregunta?

—Sí, lo es.

—Comenzaron el montaje hará unos siete meses.

—¿Cómo fue?

—¿Quinta pregunta?

—No, es una ampliación.

—Fue bien durante los primeros tres meses. Cumplieron con sus objetivos.

—Seis días a la semana, ¿no?

—Sí.

—¿Cuándo comenzaron los problemas?

—Hará unos cuatro meses.

—¿Qué clase de problemas?

—¿Es la última pregunta?

—No, es otra ampliación.

—Después de verificar las unidades montadas. Cada vez había más que no funcionaban.

—¿Quién las verifica?

—Tienen un director de control de calidad.

—¿Independiente?

—No. El ingeniero que la diseñó. En esta etapa es el único que las puede verificar porque es el único que sabe cómo deben funcionar.

—¿Qué pasa con las unidades descartadas?

—Las destruyen.

Reacher no dijo nada.

—Ahora sí que tengo que irme —afirmó Diana Bond.

—Una última pregunta —dijo Reacher—. ¿Les cortaron la financiación debido a los problemas? ¿Despidieron a gente?

—Por supuesto que no —contestó Bond—. ¿Está loco? No es así como funciona. Mantenemos su presupuesto. Mantienen a su personal. Tenemos que hacerlo. Ellos también. Tenemos que hacer que esa cosa funcione.

Diana Bond se marchó por segunda vez y Reacher volvió a su tarta. Las manzanas estaban frías, la masa correosa y el helado se había derretido por todo el plato. No le importaba. En realidad le daba lo mismo.

—Tendríamos que celebrarlo —propuso O'Donnell.

—¿Seguro? —dijo Reacher.

—Por supuesto que sí. Ahora sabemos lo que pasó.

—¿Eso significa que debemos celebrarlo?

—Bueno, ¿no?

—Explícamelo y lo verás por ti mismo.

—Vale, Swan no estaba investigando un asunto particular. Estaba investigando a su propia compañía. Estaba verificando por qué el promedio de éxitos había bajado de esa manera alarmante después de los tres primeros meses. Le preocupaba que fuese alguien desde dentro. Por tanto, necesitaba ayuda del exterior debido a los espías y el control al azar de información en su despacho. Por eso reclutó a Franz, Sánchez y Orozco. ¿En quién más podía confiar?

—¿Y?

—Primero analizaron las cifras de producción, que eran todos esos números que encontramos. Siete meses, seis días por semana. Después descartaron el sabotaje. New Age no tiene rivales que pudiesen ganar nada con ello y el Pentágono no estaba trabajando contra ellos entre bambalinas.

—¿Y?

—¿Qué más había? Dedujeron que el tipo encargado del control de calidad había descartado con toda intención seiscientos cincuenta unidades útiles y la empresa las estaba haciendo figurar como destruidas cuando en realidad las estaban vendiendo en la trastienda por cien mil dólares cada una a alguien llamado Azhari Mahmoud, también conocido como sea. De allí la lista de nombres y la nota en la servilleta de Sánchez.

—¿Y?

—Se enfrentaron a New Age antes de tiempo y en consecuencia los mataron. La empresa se inventó una historia para cubrir la desaparición de Swan y la Dama Dragón te la contó.

—¿Así que ahora debemos celebrarlo?

—Sabemos lo que pasó, Reacher. Siempre lo celebrábamos.

Reacher no dijo nada.

—Es un acierto completo, ¿no te parece? —añadió O'Donnell—. ¿Y sabes qué? Resulta casi divertido. ¿Dijiste que debíamos hablar con el antiguo jefe de Swan? Bueno, creo que ya lo hemos hecho. ¿Quién si no podía estar al otro lado del móvil? Era el director de seguridad de New Age.

—Probablemente.

—Entonces ¿cuál es el problema?

—¿Qué dijiste cuando estábamos en aquel hotel de Beverly Hills?

—No sé. Muchas cosas.

—Dijiste que te querías mear en las tumbas de sus antepasados.

—Y lo haré.

—No lo harás —dijo Reacher—. Tampoco yo o ninguno de nosotros. Algo que no nos va a sentar muy bien. Por eso no vamos a celebrarlo.

—Están aquí mismo en la ciudad. Son blancos fijos.

—Han vendido seiscientos cincuenta unidades en perfecto estado por la puerta trasera. Y eso tiene implicaciones. Alguien quiere la tecnología, compra una unidad y la copia. Pero si alguien compra seiscientos cincuenta, también quiere los misiles. No compra la electrónica aquí a menos que también esté comprando los misiles y los tubos de lanzamiento en Colorado. A eso es a lo que nos estamos enfrentando. Un tipo llamado Azhari Mahmoud ahora es propietario de seiscientos cincuenta SAM de última generación, nuevos. Sea quien sea, podemos adivinar para qué los quiere. Es un negocio muy, muy grande. Así que, gente, se lo tenemos que decir a alguien.

Nadie habló.

—Y al minuto siguiente de que dejemos caer esa moneda, estaremos metidos hasta el cuello entre agentes federales. No podremos cruzar la calle sin permiso, mucho menos ir a por esos tipos. Tendremos que sentarnos y ver cómo consiguen abogados y comen tres comidas al día durante los próximos diez años mientras esperan el resultado de las apelaciones.

Nadie abrió la boca.

—Por eso no podemos celebrarlo —añadió Reacher—. Se han metido con los investigadores especiales y no les podemos poner un dedo encima.

Reacher no pegó ojo aquella noche, ni un minuto, ni tan solo un segundo. «Se han metido con los investigadores especiales y no les podemos poner ni un dedo encima». Dio vueltas y más vueltas en la cama, permaneció despierto, hora tras hora. Tenía los ojos bien abiertos, pero las imágenes, las febriles alucinaciones, inundaban su mente. Calvin Franz caminando, hablando, riendo, repleto de energía, empuje, simpatía y preocupación. Jorge Sánchez, los ojos entrecerrados, la sombra de una sonrisa, el diente de oro, el inagotable cinismo que a fin de cuentas era tan consolador como un permanente buen humor. Tony Swan, bajo, ancho, sincero, un hombre decente a carta cabal. Manuel Orozco, el tatuaje absurdo, el acento falso, las bromas, el chasquido metálico del omnipresente Zippo.

Todos amigos.

Todos sin vengar.

Amigos abandonados.

Entonces los otros aparecieron a la vista, tan reales como si estuviesen flotando junto al techo. Angela Franz, pulcra, bien vestida, los ojos muy abiertos por el miedo. El pequeño Charlie, balanceándose en su pequeña silla de madera. Milena, deslizándose como un fantasma desde el implacable sol de Las Vegas a la oscuridad del bar. Tammy Orozco en su sofá. Sus tres hijos, alhelados, buscando a su padre por el apartamento en ruinas. Reacher creía que eran dos niñas y un niño, de nueve, siete y cinco años, pese a que nunca los había visto. El perro de Swan estaba allí, con la larga cola en movimiento, un ladrido profundo. Incluso el buzón de Swan estaba allí, resplandeciente a la luz de Santa Ana.

Reacher renunció a dormir cuando eran las cinco de la mañana, se vistió de nuevo y salió a dar un paseo. Tomó hacia el oeste por Sunset y caminó furioso durante un kilómetro y medio, con la vana ilusión de chocar con alguien y que le provocasen, o de que alguien se cruzase en su camino para poderle gritar, gruñir, hacer lo que fuese para descargar su frustración. Pero las aceras estaban desiertas. Nadie caminaba en Los Ángeles, sobre todo a las cinco de la mañana, y menos aún junto a un gigante desconocido dominado por una furia descomunal. También el bulevar estaba tranquilo. No había tráfico, excepto algún que otro anónimo coche de tercera mano cargado con trabajadores que iban a su trabajo, y una solitaria y estrepitosa Harley conducida por un imbécil gordo y canoso con prendas de cuero. Reacher se mostró enfadado por el ruido y le dedicó un gesto obsceno. La moto redujo velocidad y por un delicioso momento Reacher pensó que el tipo iba a detenerse y plantarle cara. Pero no tuvo suerte. El tipo le echó una ojeada, le dio de nuevo al acelerador y se marchó a toda velocidad.

Delante, a la derecha, Reacher vio en la esquina un solar vacío con una valla de alambre. En el banco de la parada del autobús, en la calle lateral, había un pequeño grupo de jornaleros que esperaban la salida del sol, esperaban un empleo, hombres

pequeños de piel oscura con rostros estoicos y cansados. Bebían café de un carrito de una misión instalado delante de un centro comunitario. Reacher fue hacia allí y pagó cien de sus dólares robados por un vaso. Dijo que era una donación. Las mujeres que atendían el carrito lo aceptaron sin preguntas. Se dijo que en Hollywood habrían visto cosas más extrañas.

El café era bueno. Tan bueno como el de Denny's. Lo bebió a sorbos y se apoyó en la valla del solar vacío. El alambre cedió un poco y soportó su peso como un trampolín. Flotó allí, no del todo erguido, el café en la boca, la niebla en su cerebro.

Entonces se despejó la niebla, y comenzó a pensar.

Sobre todo en Neagley y su misterioso contacto en el Pentágono.

«Me debe unas cuantas», había dicho ella. Una deuda grande, «más de lo que puedes imaginar».

Cuando acabó el café y arrojó el vaso vacío, tenía un leve atisbo de una nueva esperanza, y el bosquejo de un nuevo plan. Las probabilidades de éxito eran de cincuenta contra cincuenta. Mejor que la ruleta.

Volvió al hotel a las seis de la mañana. No pudo despertar a los demás. Ninguna respuesta de sus habitaciones. Así que caminó por Sunset y los encontró en Denny's, en el mismo reservado que Neagley había utilizado la primera vez. Se acomodó en el asiento desocupado y la camarera le puso delante un mantel de papel, cubiertos y una taza. Él pidió café, crepes, beicon, salchichas, huevos, tostadas y mermelada.

—Tienes hambre —comentó Dixon.

—Estoy famélico —admitió Reacher.

—¿Dónde estabas?

—Caminando.

—¿No has dormido?

—No he pegado ojo.

La camarera apareció para llenarle la taza. Bebió un largo trago. Los otros guardaron silencio. Picoteaban la comida. Parecían cansados y desanimados. Se dijo que ninguno de ellos había dormido bien, si es que habían dormido.

—¿Cuándo dejamos caer la moneda? —preguntó O'Donnell.

—Quizá no lo hagamos —contestó Reacher.

Nadie habló.

—Normas básicas —continuó Reacher—. Tenemos que ponernos de acuerdo en algo desde el principio. Si Mahmoud tiene los misiles, entonces esto es más grande que nosotros. Tendremos que tragárnoslo y seguir adelante. Hay demasiado en juego. Es un paramilitar y quiere convertir todo Oriente Medio en una zona restringida al vuelo, o es un terrorista que está preparando un día de acción que hará parecer que lo de las Torres Gemelas fue un día de campo. En cualquier caso nos enfrentamos a centenares o miles de muertos. Quizá decenas de miles. Esos números superan cualquier interés de nuestra parte. ¿De acuerdo?

Dixon y Neagley asintieron y desviaron las miradas.

—Aquí no se trata de una posibilidad —señaló O'Donnell—. Debemos asumir que Mahmoud tiene los misiles.

—No —le contradijo Reacher—. Debemos asumir que tiene la electrónica. No sabemos si tiene los misiles y los tubos lanzadores. Las apuestas están equilibradas. Cincuenta contra cincuenta. Recoge primero los cohetes o recoge primero la electrónica. Pero tiene que tener las dos cosas antes de que dejemos caer la moneda.

—¿Cómo lo averiguamos?

—Neagley llama a su contacto en el Pentágono. Reclama los favores que le debe. Él organiza algo así como una auditoría en Colorado. Si allí falta algo, entonces se acabó el juego para nosotros. Pero si aún está todo en orden y contabilizado, entonces continuamos jugando.

Neagley consultó su reloj. Las seis y unos minutos en el Oeste, las nueve y unos minutos en el Este. En el Pentágono llevaban trabajando desde hacía una hora. Sacó su móvil y marcó.

El amigo de Neagley no era tonto. Insistió en llamar desde fuera del edificio, y no desde su propio móvil. También era lo bastante listo como para saber que cualquier teléfono público en un radio de dos kilómetros del Pentágono estaría sometido a una vigilancia permanente. Así que pasó una hora hasta que cruzó el río y media ciudad hasta un teléfono en la fachada de una bodega en la avenida Nueva York.

Entonces comenzó la diversión.

Neagley le dijo lo que quería. Él le dio toda clase de razones por las que no era posible. Ella comenzó a reclamar los favores, uno tras otro. El tipo le debía unos cuantos y muy grandes. Estaba claro. Reacher sintió incluso cierta compasión. Si te estaban apretando las pelotas, era mejor que no fuese la mano de Neagley. El tipo se derrumbó y aceptó al cabo de diez minutos. Después se convirtió en una discusión logística. Cómo se debía hacer el trabajo, quién lo haría y qué se debía considerar una prueba positiva. Neagley sugirió una visita sorpresa de un auditor del ejército para verificar si lo apuntado en los libros coincidía con el inventario físico. El tipo aceptó, y pidió una semana. Neagley le dio cuatro horas.

Reacher durmió las cuatro horas siguientes. Una vez fijado el plan y tomadas las decisiones se relajó hasta el punto en que no podía mantener los ojos abiertos. Volvió a su habitación y se tendió en la cama. Una empleada entró al cabo de una hora. La despidió y volvió a dormir. Lo siguiente que supo fue que Dixon estaba en su puerta. Karla le dijo que Neagley esperaba en el vestíbulo, con noticias.

Las noticias de Neagley no eran buenas, pero tampoco malas. Estaban en algún lugar en el medio. New Age no tenía ninguna planta física en Colorado. Solo una oficina. Subcontrataban la producción de misiles con uno de los fabricantes aeroespaciales de Denver. Dicho fabricante tenía una cantidad de Little Wing montados disponibles para la inspección. Un oficial auditor del ejército los había visto y contado, y el total era el que aparecía en los libros. Todo estaba en su sitio, contado y en orden. Ningún problema. Excepto que había seiscientos cincuenta unidades que estaban depositadas en un almacén vigilado, embaladas en cajones y a la espera de un transporte que las llevaría a unas instalaciones en Nevada donde serían dadas de baja y destruidas.

—¿Por qué? —preguntó O'Donnell.

—La actual producción está especificada para los Mark 2 —contestó Neagley—. Están descartando lo que queda de los Mark 1.

—Que resultan ser exactamente seiscientos cincuenta unidades.

—Así es.

—¿Cuál es la diferencia?

—Los Mark 2 tienen pintadas unas pequeñas flechas fluorescentes. Para facilitar la carga en la oscuridad.

—¿Eso es todo?

—Así es.

—Es un timo.

—Por supuesto que es un timo. Es la manera de hacer que el papeleo parezca legal cuando la gente de Mahmoud se los lleve de la empresa.

Reacher asintió. Un centinela de la entrada lucharía hasta la muerte para impedir la retirada no autorizada de cualquier material. Pero si veía el papeleo que justificaba la salida, dejaría pasar la carga con una sonrisa y un alegre gesto de despedida. Incluso si la justificación era la ausencia de una pequeña flecha pintada en algo que costaba más de lo que él ganaba en un año. Reacher había visto al Pentágono descartar todo tipo de objetos como chatarra por mucho menos.

—¿Cómo se colocan los circuitos electrónicos? —preguntó.

—Hay una tapa de acceso en un costado. La destornillas y conectas la placa. Luego hay que hacer unas pruebas de ajuste.

—¿Podría hacerlo yo?

—Lo dudo. Necesitas entrenamiento. En el campo será el trabajo de un especialista.

—Por lo tanto, Mahmoud tampoco puede hacerlo. O su gente.

—Debemos suponer que tienen a un tipo. No gastarían sesenta y cinco millones de dólares sin que alguien les enseñe cómo montar todo el conjunto.

—¿Podemos saber cuándo llegará la orden de transporte?

—No sin despertar sospechas. Sería lo mismo que dejar caer la moneda.

—¿Aún te quedan algunos favores que reclamarle a ese tipo?

—Un par.

—Dile que haga que alguien te llame cuando se lleven las unidades.

—¿Y hasta entonces?

—Hasta entonces Mahmoud no tiene los misiles. Hasta entonces nosotros tenemos la más absoluta libertad de acción.

A partir de aquel instante se convirtió en una carrera contra el tiempo. Cuando se abriese la puerta de un depósito en Colorado, se cerraría una puerta de otro tipo en Los Ángeles. Pero aún había mucho que preparar. También mucho que descubrir. Incluidas las localizaciones exactas. Era obvio que el cubo de cristal de New Age en Los Ángeles Este no era el centro de nada. Para empezar, allí no tenían helicóptero.

Y necesitaban las identidades precisas.

Necesitaban saber quién sabía, y quién volaba.

—Los quiero a todos —dijo Reacher.

—¿Incluida la Dama Dragón? —preguntó Neagley.

—Comenzando por ella. Me mintió.

Necesitaban equipo, ropa, comunicaciones y vehículos alternativos.

«Y entrenamiento», pensó Neagley.

—Somos viejos, lentos y estamos oxidados —comentó—. Estamos a un millón de kilómetros de lo que solíamos ser.

—No estamos tan mal —dijo O'Donnell.

—Hubo un tiempo en que podrías haber metido dos balas entre los ojos de aquel tipo —le recordó Neagley—. No un disparo bajo afortunado en una pierna.

Estaban sentados en el vestíbulo como cuatro forasteros que hablaban de cómo pasar el día. Por lo que respectaba al armamento, tenían dos Hardballer y la Daewoo DP 51 de Las Vegas.

Trece balas en cada una de las Hardballer, once para la Daewoo. No era suficiente. O'Donnell, Dixon y Neagley tenían móviles personales con sus nombres propios y direcciones verdaderas. Reacher no tenía nada. No era suficiente. Tenían un Ford alquilado al nombre verdadero de Dixon y el Chrysler capturado. No era suficiente. O'Donnell vestía un traje de mil dólares de su sastre en la costa Este y Neagley y Dixon vestían tejanos, chaquetas, y un par de vestidos. No era suficiente.

Neagley les comunicó que el presupuesto no era un problema. Pero eso no ayudaba con el factor tiempo. Necesitaban cuatro móviles de prepago que no se pudiesen rastrear, cuatro coches anónimos y prendas de trabajo. Eso solo ya les llevaría todo un día. Luego necesitaban armas y munición. En el mejor de los casos, cada uno un arma de su elección y mucha munición. En el peor, las armas que pudiesen conseguir y mucha munición. Un segundo día de compras. Como la mayoría de las ciudades, Los Ángeles tenía un próspero mercado negro de armas imposibles de rastrear, pero llevaría algún tiempo entrar en él.

Dos días de preparación material.

Quizá dos días de vigilancia e investigación.

—No tenemos tiempo para entrenarnos —afirmó Reacher.

Azhari Mahmoud tuvo tiempo para una comida tranquila. La tomó en la terraza de un café en Laguna Beach. Se alojaba en una casa de alquiler unos metros más allá. Un lugar seguro. El contrato era legal. La urbanización tenía una población flotante considerable. No era algo poco habitual ver camiones aparcados durante la noche. El de Mahmoud estaba dos calles más allá, en un aparcamiento, cerrado y vacío.

No estaría vacío mucho tiempo.

Sus contactos en New Age habían insistido en que el Little Wing no se podía utilizar dentro de Estados Unidos. Él había aceptado de inmediato. Les dijo que pensaba utilizar el arma en Cachemira, en la frontera, contra la fuerza aérea india. Por supuesto, había mentido. Se había quedado boquiabierto al ver que le tomaban por un pakistaní. Se había quedado atónito al ver que les interesaba saber cuáles serían sus intenciones. Quizás eran patriotas. O puede que tuviesen parientes que volaban mucho en ese territorio.

Solo había sido una cortesía responderles para seguir con lo suyo. De ahí el inconveniente temporal del contenedor en los muelles. Pero había una solución fácil. En el sur de California abundaban los jornaleros. Mahmoud calculaba que cargar el camión les llevaría menos de media hora.

Dedujeron que la compra de los teléfonos y la ropa sería una tarea sencilla. Cualquier centro comercial tendría lo que necesitaban. Las armas eran armas, las obtuviesen a tiempo o no. Dixon quería una Glock 19. Las manos de Neagley eran más grandes, así que se decidió por una Glock 17. O'Donnell era un tipo al que le gustaban las Beretta. A Reacher no le importaba. No tenía la intención de dispararle a nadie. Él tenía la intención de utilizar las manos desnudas. Pero dijo que prefería una Glock, una Beretta, una SIG, una H&K o cualquiera que utilizase proyectiles de nueve milímetros Parabellum. De esa manera, los cuatro estarían utilizando la misma clase de munición. Más eficiente.

Los coches todavía eran más difíciles. Era complicado encontrar un coche que fuese anónimo de verdad. Al final O'Donnell sugirió que lo mejor serían los coches y los cupés japoneses equipados con grandes tubos de escape, suspensiones bajas, neumáticos de carrera, faros azules y cristales tintados. Los modelos de tres o cuatro años serían baratos y los había por todas partes en las calles. Casi del todo invisibles en el sur de California. O'Donnell añadió que psicológicamente eran un disfraz muy efectivo. En la mente del público estaban tan identificados con los pandilleros latinos que nadie pensaría que un antiguo soldado blanco iba detrás de los vidrios oscuros.

Le otorgaron prioridad a los coches y a los móviles por encima de las armas. De esta manera dos o tres de ellos podrían al menos comenzar la vigilancia. Y si iban a Radio Shack a comprar teléfonos, también podrían colarse en el Gap o en una tienda

de tejanos para comprarse la ropa. Después de eso, comunicados y confundidos entre el público, se podrían separar y visitar los negocios de venta de coches usados hasta encontrar los vehículos que necesitaban.

Todo esto requería dinero en efectivo. Mucho dinero. Algo que precisó de una visita a la ventanilla del cajero por parte de Neagley. Reacher la llevó en el Chrysler capturado y esperó delante de un banco en Beverly Hills. Quince minutos más tarde ella salió con cincuenta mil dólares en una bolsa de papel. Noventa minutos más tarde todos tenían móviles y prendas. Los teléfonos eran sencillos, sin cámara, juegos o calculadoras. Compraron cargadores de coche, y los auriculares que los acompañaban. Las prendas eran camisas y pantalones de color gris claro y cazadoras de lona negras compradas en una tienda del bulevar Santa Mónica, dos juegos para O'Donnell, Dixon y Neagley y uno para Reacher, además de guantes, gorras y botas de una tienda de excursionistas en Melrose.

Se cambiaron en el motel y pasaron diez minutos en el vestíbulo copiando los números de sus teléfonos en las agendas y aprendiendo cómo organizar llamadas múltiples. Después fueron al norte y al oeste por el bulevar Van Nuys, a la búsqueda de los coches. Todas las ciudades tienen por lo menos una calle que agrupa a los vendedores de coches, pero Los Ángeles tenía más de una. En Los Ángeles había muchas. No obstante, O'Donnell había oído que Van Nuys, al norte de la autopista Ventura, era la mejor de todas. No se había equivocado. Era un cuerno de la abundancia. Elecciones ilimitadas, nuevos, usados, baratos y caros, sin preguntas molestas. Cuatro horas más tarde de haber llegado habían gastado casi todo el presupuesto para coches de Neagley y eran propietarios de cuatro Hondas de segunda mano. Dos viejos Civic y dos viejos Preludes, dos de color plata y dos blancos. Todos tenían un aspecto viejo y parecían camino del desguace. Pero arrancaban, frenaban y giraban, y nadie les dedicaría una segunda mirada.

Con el Chrysler capturado ahora tenían cinco coches para llevar de nuevo a Sunset, pero solo cuatro conductores, así que tuvieron que hacer dos viajes. Llevaron un Honda cada uno y se abrieron paso hasta Los Ángeles Este para hacer una pasada por delante del cubo de cristal de New Age. Pero el tráfico era lento y era tarde cuando llegaron hasta allí. El lugar estaba cerrado y desierto. No había nada que ver.

Se pusieron de acuerdo vía llamada múltiple y fueron a cenar a Pasadena. Encontraron una hamburguesería en una calle con mucha actividad y se sentaron en una mesa para cuatro, dos a cada lado de la mesa, hombro con hombro con sus nuevas prendas grises. Era algo así como un uniforme. Nadie lo admitía, pero Reacher sabía que todos se sentían bien. Concentrados, fuertes, en movimiento, enfrentados a una tarea arriesgada. Hablaron del pasado. Las fugas, las aventuras, los escándalos, las tropelías. Se borraron los años y la mente de Reacher pasó del gris al verde y de Pasadena a Heidelberg, Manila o Seúl.

La vieja unidad, de nuevo unidos.

Casi.

Dos horas más tarde, de nuevo en Sunset, O'Donnell y Neagley se ofrecieron para la primera guardia en New Age. Pensaban llegar allí antes de las cinco de la mañana siguiente. Reacher y Dixon quedaron encargados de la tarea de comprar las armas. Antes de irse a la cama, Reacher sacó del Chrysler el móvil del muerto y volvió a marcar el número al que había llamado desde Las Vegas. No hubo respuesta. Solo el buzón de voz. Reacher no dejó mensaje.

Según la experiencia de Reacher, la mejor manera de hacerse con una pistola cualquiera que no se pudiese rastrear era robársela a alguien que ya la había robado. O a alguien que la poseyese ilegalmente. De esa manera no había ninguna respuesta oficial. Algunas veces había una respuesta no oficial, como aquella con los tipos del Museo de Cera, pero se les podía manejar sin muchos esfuerzos.

Sin embargo, conseguir cuatro armas de una misma marca no era un pedido sencillo. Siempre era más difícil proveer a los grupos que a los individuos. Limitar el tipo de munición lo complicaba un poco más. El estado y el mantenimiento de las armas era otra complicación grave. Durante su primera taza de café del día se entretuvo haciendo algunos cálculos. La 9 milímetros Parabellum era una munición muy popular, pero aún había una gran abundancia de calibres 380, 45, 22, 357 y 40 en las calles, en todas sus múltiples variantes. Por tanto, si había una posibilidad entre cuatro de que un robo en particular les proporcionase una pistola de calibre 9 milímetros Parabellum, y una entre tres de que el arma aún estuviese en condiciones de uso, tendrían que realizar cuarenta y ocho robos separados para tener la garantía de conseguir lo que querían. Todos en un día. Sería una oleada de robos en toda regla.

Luego pensó en encontrar un oficial de intendencia corrupto. Fort Irwin no estaba demasiado lejos. O mejor todavía un oficial de intendencia corrupto de la marina. La base Templeton estaba más lejos que Irwin, pero las carreteras eran mejores, y, por tanto, más cerca en cierto sentido. Existía la convicción entre los marines de que la Beretta M9 era un arma poco fiable. Los armeros estaban más que dispuestos a declararlas defectuosas. Algunas lo eran, otras no. Las buenas salían por la puerta trasera a cien dólares cada una. El mismo principio que el timo de New Age. Pero organizar una compra podría llevar días. Incluso semanas. Había que ganarse la confianza. No era fácil. Años atrás lo había hecho muchas veces, en operaciones encubiertas. Mucho trabajo para una ganancia poco tangible.

Karla Dixon creyó tener una idea mejor. La comentó en el desayuno. Era obvio que había descartado la idea de ir a una tienda y comprar armas de forma legal. Tampoco ella o Reacher sabían los detalles relevantes en California, pero ambos suponían que habría un registro, la necesidad de identificarse y quizás algún período de espera. Así que Dixon propuso ir fuera del condado de Los Ángeles, a un condado vecino donde hubiese más votantes republicanos. En términos prácticos, eso quería decir en dirección sur, hacia Orange. Allí buscarían las casas de empeños y utilizarían el dinero de Neagley para saltarse cualquiera de las normas menos exigentes que se aplicasen allí. Opinaba que el respeto local por la segunda enmienda sumado a un mayor margen de beneficios daría resultado. También apuntó que habría una amplia variedad de armas para satisfacer todos los gustos. Podrían escoger lo que deseaba cada uno.

Reacher no tenía tanta confianza como ella, pero aceptó de todas maneras. Le

sugirió que se quitase los tejanos y se vistiese con el traje negro. Llevarían el Chrysler azul y no uno de los viejos Honda. De esa manera ella podría parecer una ciudadana de clase media preocupada por su seguridad. Sonarían menos campanas de alarma. Ella compraría un arma en cada sitio. Él se presentaría como su consejero. Quizá su vecino que tenía más experiencia con las armas.

—Los demás llegaron hasta este punto, ¿verdad? —preguntó Dixon.

—Más lejos incluso —contestó Reacher.

—Lo sabían todo —manifestó Karla—. Quién, qué, dónde, por qué y cómo. Pero algo acabó con ellos. ¿Qué fue?

—No lo sé —confesó Reacher. Se había estado haciendo esa misma pregunta desde hacía días.

Partieron hacia el condado de Orange después del desayuno. No sabían a qué hora abrían las casas de empeño, pero se dijeron que era mejor llegar temprano. Reacher condujo por la 101 y después por la 5, por el mismo camino que el GPS de O'Donnell les había llevado hasta la casa de Swan. Pero esta vez permanecieron en la autopista un poco más y salieron hacia el otro lado, hacia el este. Dixon quería probar primero en Tustin. Había oído muchas cosas malas del lugar. O buenas, según el punto de vista de cada uno.

—¿Qué harás cuando todo esto acabe? —preguntó la joven.

—Depende de si sobrevivo.

—¿Crees que no?

—Como dijo Neagley, ya no somos los que éramos. Los otros no, desde luego.

—Creo que todo saldrá bien.

—Eso espero.

—¿Te gustaría pasarte por Nueva York después?

—Me gustaría.

—¿Pero?

—Yo no hago planes, Karla.

—¿Por qué no?

—Ya he tenido esta conversación con Dave.

—Las personas hacen planes.

—Lo sé. Personas como Calvin Franz, Jorge Sánchez y Manuel Orozco. Tony Swan tenía pensado darle a su perro una aspirina todos los días durante las próximas cincuenta y cuatro semanas y media.

Fueron por las calles paralelas a la autopista. Los centros comerciales, las gasolineras, los bancos, todo parecía como adormilado bajo el sol de la mañana. No había ningún cliente en las tiendas de colchones, en los salones de bronceado y las tiendas de muebles.

—¿Quién necesita un salón de bronceado en el sur de California? —preguntó Dixon.

Encontraron la primera casa de empeños junto a una librería en una calle

comercial. Pero no les servía. En primer lugar, estaba cerrada. Las persianas metálicas cerraban las ventanas. En segundo lugar, negociaba con otro tipo de artículos. Los escaparates estaban llenos de objetos de plata y joyas antiguas. Vajillas, servilleteros, boles, ensaladeras, broches, pendientes en cadenas finas, marcos ornados. Ninguna Glock a la vista. Ninguna SIG-Sauer, ninguna Beretta, ninguna H&K.

Siguieron avanzando.

Dos manzanas al este de la autopista encontraron la casa correcta. Estaba abierta. En los escaparates había guitarras eléctricas, gruesos anillos para hombre de oro de nueve quilates con incrustaciones de diamantes y relojes baratos.

También armas.

No en el escaparate, pero sí claramente a la vista en una gran urna de vidrio bajo el mostrador. Quizá cincuenta armas de mano, revólveres y pistolas automáticas, negras y niqueladas, cachas de goma o madera, todas bien ordenadas. Era el lugar correcto.

Pero el dueño equivocado. Era un hombre honesto. Cumplidor de la ley. Blanco, de unos treinta años, un tanto obeso, unos buenos genes estropeados por comer demasiado. Tenía una licencia de vendedor de armas enmarcada en la pared detrás de su cabeza. Cumplía las obligaciones que se le imponían como un sacerdote que recitaba la liturgia. En primer lugar, el comprador debía conseguir un certificado de seguridad para las armas de mano, que era como una licencia para poder comprarlas. Luego tenía que presentar tres informes de antecedentes por separado, el primero para confirmar que no estuviese intentando comprar más de un arma en el mismo período de treinta días, el segundo era buscar entre los archivos estatales antecedentes delictivos y el tercero que era idéntico pero a nivel federal a través del ordenador del NCIC.

Luego tenía que esperar diez días antes de recoger su compra, solo por si estuviese pensando en un crimen pasional.

Dixon abrió su bolso y se aseguró de que el tipo viese con toda claridad el fajo de billetes que había dentro. Pero él hizo caso omiso. Lo miró por un instante y desvió la mirada.

Salieron del local.

Cuarenta y ocho kilómetros al noroeste, Azhari Mahmoud estaba de pie al sol, sudaba un poco y miraba cómo vaciaban el contenedor y cargaban el camión. Las cajas eran más pequeñas de lo que había imaginado. Algo inevitable, se dijo, porque las unidades que contenían no eran más grandes que un paquete de cigarrillos. Anotarlas como aparatos de vídeo doméstico había sido una tontería, pensó. A menos que pudiesen pasar como DVD portátiles. Del tipo que las personas llevaban en los aviones. O quizá como reproductores de MP3, con los cables blancos y los

auriculares diminutos. Hubiese sido mucho más creíble. Luego sonrió para sus adentros. Aviones.

Reacher condujo al este, en un zigzaguo al azar desde un letrero al siguiente, buscando la parte más barata de la ciudad. Estaba seguro de que había muchas dificultades económicas en todo el camino desde Beverly Hills a Malibú, pero allí se disimulaban con mucha discreción. En lugares como Tustin estaban a plena vista.

En el momento en que las tiendas de neumáticos comenzaron a ofrecer cuatro neumáticos radiales por menos de cien dólares comenzó a prestar más atención. Y recibió la recompensa casi de inmediato. Vio un lugar a la derecha y Dixon vio otro a la izquierda al mismo tiempo. El local de Dixon parecía más grande, así que fueron hasta el siguiente semáforo para dar la vuelta y en el camino vieron otros tres locales.

—Hay mucho donde elegir —comentó Reacher—. Podemos permitirnos experimentar.

—¿Experimentar cómo? —preguntó Dixon.

—El trato directo. Pero tú tendrás que quedarte en el coche. Cantas demasiado, pareces poli.

—Tú me dijiste que me vistiese así.

—Cambio de planes.

Reacher aparcó el coche donde no era visible desde el interior de la tienda. Cogió el dinero de Neagley del bolso de Dixon y se lo metió en el bolsillo. Luego se acercó para echar una ojeada. Era un local grande para ser una casa de empeños. Reacher estaba más acostumbrado a los polvorientos espacios urbanos. Este era un negocio con dos escaparates del tamaño de un comercio de alfombras. Estaban llenos de aparatos electrónicos, cámaras, instrumentos musicales y joyas. También rifles. Había una docena de armas deportivas colocadas en horizontal detrás de un bosque de guitarras. Armas de calidad, aunque Reacher no las considerase deportivas. No había nada justo en cazar a un ciervo ocultándose detrás de un árbol a cien metros con una caja de balas de alta velocidad. Para él sería mucho más deportivo sujetarse una cornamenta e ir a luchar cabeza contra cabeza. Eso sería más equilibrado, le daría al animal una oportunidad. De hecho, le daría más de una oportunidad, y suponía que esa era la razón por la que los cazadores no querían intentarlo.

Entró y miró alrededor. La descartó de inmediato. El lugar era demasiado grande. Demasiado personal. El trato directo solo funcionaba en la intimidad del uno a uno. Volvió al coche.

—Un error —dijo—. Necesitamos un lugar pequeño.

—Al otro lado de la calle —le indicó Dixon.

Salieron del aparcamiento, fueron al oeste unos cien metros y dieron la vuelta en el semáforo. Entraron en un aparcamiento de cemento delante de una cervecería. A su lado había una tienda naturista sin nombre y una casa de empeños. No era urbana,

pero desde luego sí pequeña y polvorienta. El escaparate estaba lleno de los trastos habituales. Relojes, tambores, címbalos, guitarras. Y visible en la penumbra interior, una vitrina con cristales blindados que ocupaba toda la pared trasera. Estaba repleta de armas de mano. Tal vez trescientas. Todas colgadas en clavos por las guardas de los gatillos. Había un tipo solitario detrás del mostrador.

—Mi local preferido —afirmó Reacher.

Entró solo. A primera vista el propietario se parecía mucho al primer tipo que habían encontrado. Blanco, de unos treinta años, robusto. Podrían haber sido hermanos. Pero este podía pasar por la oveja negra de la familia. Mientras que el primero lucía una piel lozana, este mostraba una palidez grisácea consecuencia del consumo de algunos productos nada recomendables, y tatuajes azules y rojos quizá del reformatorio, la cárcel o la marina. Tenía los ojos inyectados en sangre que se movían inquietos como si estuviese conectado a una corriente eléctrica.

«Fácil», pensó Reacher.

Sacó casi todo el fajo de Neagley del bolsillo, abanicó los billetes, los unió y los dejó caer sobre el mostrador desde una altura suficiente para que produjesen un sonido sólido. Un buen fajo de dinero usado pesa más de lo que la gente cree. El papel, la tinta, la suciedad, la grasa. El propietario mantuvo la mirada fija el tiempo suficiente como para echarle una buena ojeada y después preguntó:

—¿Puedo ayudarle?

—Estoy seguro de que sí que puede —respondió Reacher—. Acabo de recibir una lección de civismo un poco más abajo. Al parecer si una persona quiere comprar cuatro pistolas tiene que sortear un montón de escollos.

—Tiene toda la razón —dijo el tipo, y señaló a su espalda con el pulgar. Había una licencia de vendedor de armas en la pared, enmarcada y colgada de la misma manera que el primer tipo.

—¿Hay alguna manera de esquivar los escollos? —preguntó Reacher—. ¿Por debajo o por encima de ellos?

—No —dijo el tipo—. Los escollos son escollos. —Sonrió, como si hubiese dicho algo muy profundo. Por un segundo Reacher pensó en cogerlo por el cuello y utilizar su cabeza para romper el cristal del armario. Después el tipo volvió a mirar el dinero y añadió—: Tengo que obedecer las leyes de California. —Pero lo dijo de una manera un tanto especial, y sus ojos se centraron por un momento, así que Reacher supo que se avecinaba algo bueno.

—¿Es usted abogado? —preguntó el tipo.

—¿Tengo pinta de abogado? —preguntó Reacher a su vez.

—En una ocasión hablé con uno —afirmó el tipo.

«Yo diría que muchas más —pensó Reacher—. La mayoría en habitaciones cerradas con la mesa y las sillas atornilladas al suelo».

—Hay una cláusula —continuó el tipo—. En la reglamentación.

—¿La hay?

—Un tecnicismo —respondió el tipo. Le costó un par de intentos decir bien la palabra. Tenía problemas con las consonantes—. Ni usted, ni yo, ni nadie puede vender o darle un arma a alguien sin todas las formalidades.

—¿Pero?

—Usted, yo o cualquiera tiene derecho a prestar una. Un préstamo temporal, no habitual, que durase menos de treinta días bastaría.

—¿Es correcto? —preguntó Reacher.

—Figura en el reglamento.

—Interesante.

—Como entre miembros de una familia —explicó el tipo—. Esposo a esposa, padre a hija.

—Ya veo.

—O entre amigos —prosiguió el tipo—. Un amigo puede prestarle un arma a otro amigo durante treinta días, algo temporal.

—¿Somos amigos? —preguntó Reacher.

—Podríamos serlo.

—¿Qué clase de cosas pueden hacer los amigos los unos por los otros?

—Quizá se prestan cosas el uno al otro. Como que uno le presta un arma y el otro le presta dinero.

—Pero solo temporalmente —dijo Reacher—. Treinta días.

—A veces los préstamos acaban mal. Algunas veces tienes que olvidarte de ellos. Es un riesgo. Las personas se van, desaparecen. Nunca se sabe con los amigos.

Reacher dejó el dinero donde estaba. Fue hasta el armario con el cristal blindado. Allí había mucha chatarra. Pero también algunas armas buenas. Unos cincuenta y cinco revólveres y pistolas automáticas. Unos dos tercios eran pistolas baratas y un tercio de primera calidad. Entre las de buena calidad una de cada cuatro eran del calibre 9 milímetros.

Un total de trece pistolas adecuadas entre trescientas. Un 4,3 por ciento. Peor que su cálculo a la hora del desayuno, por un factor próximo a dos.

Siete de las pistolas buenas eran Glocks. Era obvio que una vez habían estado de moda, pero ya no. Una era una 19. Las otras seis eran 17. En términos de condición visual iban de buenas a excelentes.

—Supongamos que me presta cuatro Glocks —dijo Reacher.

—Suponga que no —afirmó el tipo.

Reacher se volvió. El dinero había desaparecido del mostrador. Ya se lo esperaba. Había un arma en la mano del tipo. Eso no se lo esperaba.

«Somos viejos, lentos y estamos oxidados. Estamos a un millón de kilómetros de lo que solíamos ser. Tienes toda la razón», pensó Reacher.

El arma era un Colt Python. Acero azul, cachas de cedro, cañón de veinte centímetros, calibre 357 Magnum. No era el revólver más grande del mundo, pero no le faltaba mucho. Desde luego no era el más pequeño. Y sí quizás uno de los más

precisos.

—No es muy amistoso —señaló Reacher.

—No somos amigos —respondió el tipo.

—Además, me parece que acaba de cometer una tontería —dijo Reacher—. Ahora mismo estoy de muy mal humor.

—Pues aguántese. Mantenga las manos donde pueda verlas.

Reacher hizo una pausa, luego levantó las manos hasta los hombros, las palmas hacia fuera, los dedos extendidos, de una forma no amenazadora.

—No deje que la puerta le golpee en el culo al salir —añadió el tipo.

El local era angosto. Reacher estaba en el fondo. El tipo estaba detrás del mostrador, a un tercio del camino a la puerta. El pasillo era estrecho. El sol brillaba tras la ventana.

—Abandone el edificio, Elvis —dijo el tipo.

Reacher permaneció quieto durante un momento. Escuchó atento. Miró a la izquierda, a la derecha, miró detrás. Había una puerta en la esquina trasera izquierda. Lo más probable es que fuese un baño. No era un despacho. Había papeles detrás del mostrador. Nadie amontona papeles detrás del mostrador si tiene una habitación aparte para ellos. Por lo tanto el tipo estaba solo. Sin socio, sin respaldo.

Ninguna otra sorpresa.

Reacher puso en su rostro la clase de expresión que había visto en Las Vegas. La del triste perdedor. «Ha valido la pena. Tienes que ir si quieres ganar». Mantuvo las manos a la altura de los hombros y caminó. Un paso. Dos. Tres. El cuarto paso lo puso a la altura del tipo. Solo le separaba el ancho del mostrador. Reacher miraba hacia la puerta. El tipo estaba a noventa grados a su izquierda. El mostrador tenía unos ochenta centímetros de profundidad.

El brazo izquierdo de Reacher se movió, en línea recta en lateral desde el hombro.

El alcance del boxeador Muhammad Alí se calculaba que era de un metro y que sus manos desarrollaban una velocidad promedio de ciento treinta kilómetros por hora cuando se movían. Reacher no era Alí. Obviamente. Y menos aún con su lado menos hábil. Su mano izquierda se movió a unos noventa kilómetros por hora como máximo. Nada más. Pero noventa kilómetros por hora equivalen a mil quinientos metros por minuto, o sea veinticinco metros por segundo. Lo que significó que la mano de Reacher tardó menos de treinta milésimas de segundo en cruzar el mostrador. Y a mitad del trayecto se cerró en un puño.

Treinta milésimas de segundo era un tiempo demasiado breve para que un tipo apretase el gatillo de una Phyton. Cualquier revólver es un sistema mecánico complejo y uno tan grande como el Phyton es más pesado en su acción que la mayoría. Muy poco susceptible para un disparo accidental. El dedo del tipo ni siquiera se movió. Sintió el puñetazo de Reacher en la cara antes de que su cerebro llegase a registrar que se estaba moviendo. Reacher era mucho más lento que Muhammad Alí, pero sus brazos eran mucho más largos. Lo que significó que la

cabeza del tipo se aceleró otros cuarenta y cinco centímetros antes de que el brazo de Reacher alcanzase toda su extensión. Después la cabeza continuó acelerando. Siguió acelerando hasta que golpeó contra la pared detrás del mostrador y destrozó el cristal que enmarcaba la licencia de vendedor de armas.

En aquel momento dejó de acelerar y comenzó un lento descenso hacia el suelo.

Reacher saltó por encima del mostrador antes de que el tipo llegase a quedar sentado. Apartó el Phyton de un puntapié y utilizó el tacón para romperle los dedos. Las dos manos. Necesario en un entorno lleno de armas, y más rápido que atarle las manos. Después recuperó el dinero de Neagley del bolsillo del tipo y encontró las llaves. Saltó de nuevo del mostrador, fue hasta la parte de atrás de la tienda y abrió el armario con el cristal de seguridad. Cogió las siete Glocks, luego una bolsa del montón de bolsas usadas y metió las armas dentro. Después limpió las huellas digitales de las llaves y del cristal del mostrador y salió al sol.

Se detuvieron en la tienda del vendedor de armas legítimo en Tustin y compraron munición. En abundancia. Al parecer no había ninguna restricción para esa clase de artículo. Después se dirigieron al norte. El tráfico era lento. Más o menos a la altura de Anaheim recibieron una llamada de O'Donnell en Los Ángeles Este.

—Aquí no pasa nada —informó.

—¿Nada?

—Ninguna actividad en absoluto. No tendrías que haber hecho aquella llamada desde Las Vegas. Fue un error. Los espantaste. Ahora se han atrincherado del todo.

Reacher y Dixon permanecieron en la 101 todo el camino hasta Hollywood, dejaron el Chrysler en el aparcamiento del motel y cogieron un Honda cada uno para el viaje a Los Ángeles Este. El de Reacher era un Prelude plateado con un brioso motor de cuatro cilindros. Tenía unos neumáticos anchos que se movían bien sobre el asfalto y un escape ronco que le divirtió durante las tres primeras manzanas y después comenzó a irritarle. El tapizado apeataba a champú del lavadero y había una grieta en el parabrisas que se alargaba visiblemente cada vez que pasaba por un bache. El asiento se movía lo suficiente hacia atrás como para que estuviese cómodo y el aire acondicionado funcionaba. En su conjunto no era el peor de los vehículos de vigilancia. Había conducido otros mucho peores en numerosas ocasiones.

Mantuvieron una conferencia múltiple con los móviles y aparcaron lejos unos de otros. Reacher estaba a dos manzanas del edificio de New Age y tenía una vista parcial de la entrada principal, a unos sesenta metros en diagonal entre un depósito y un almacén gris. La verja de New Age estaba cerrada y el aparcamiento se veía casi vacío. Las puertas de la recepción estaban cerradas. Todo el lugar parecía silencioso.

—¿Quién está adentro? —preguntó Reacher.

—Quizá nadie —respondió O'Donnell—. Llevamos aquí desde las cinco y nadie ha entrado.

—¿Ni siquiera la Dama Dragón?

—Negativo.

—¿Ninguna recepcionista?

—Negativo.

—¿Tenemos el número de teléfono?

—Tengo el número de la centralita —dijo Neagley. Lo recitó, y Reacher lo marcó en el móvil y apretó el botón verde.

Sonó el teléfono.

Pero ninguna respuesta.

Volvió a comunicarse con el resto.

—Confiaba en seguir a alguien hasta la planta de fabricación.

—No va a ocurrir —dijo O'Donnell.

Silencio en los teléfonos. Ninguna acción en el cubo de vidrio.

Cinco minutos. Diez. Veinte.

—Ya está bien —manifestó Reacher—. De vuelta a la base. El último en llegar paga la comida.

Reacher fue el último en llegar. No era un conductor veloz. Los otros tres Hondas ya estaban en el aparcamiento cuando llegó al motel. Aparcó el Prelude en un lugar poco visible, sacó la bolsa con las armas robadas del maletero del Chrysler y se la llevó a su habitación. Luego fue a pie hasta el Denny's. Lo primero que vio fue el coche de Curtis Mauney en el aparcamiento. El Crown Vic. El *sheriff* del condado de

Los Ángeles. Lo segundo que vio fue al propio Mauney a través de la ventana, dentro del restaurante, sentado a una mesa redonda con Neagley, O'Donnell y Dixon. Era la misma mesa que habían compartido con Diana Bond. Cinco sillas, una de ellas vacía y esperando. Nada en la mesa. Ni siquiera la jarra de agua, los manteles o los cubiertos. No habían pedido. No llevaban allí mucho tiempo. Reacher entró, se sentó y hubo un momento de tenso silencio antes de que Mauney dijese:

—Hola de nuevo.

Un tono de voz amable.

Discreto.

Comprensivo.

—¿Sánchez o Swan? —preguntó Reacher.

Mauney no respondió.

—¿Los dos? —inquirió Reacher.

—Ya llegaremos a eso. Primero dígame por qué se ocultan.

—¿Quién dice que nos ocultamos?

—Dejaron Las Vegas. No están alojados en ningún hotel de Los Ángeles.

—Eso no significa que estemos escondidos.

—Están un motel de West Hollywood con nombres falsos. El conserje me lo chivó. Como grupo son bastante fáciles de identificar. No fue difícil encontrarlos. No costó nada deducir que vendrían aquí a comer. Caso de no encontrarlos aquí, hubiese vuelto a la hora de la cena. O a la hora del desayuno de mañana.

—¿Jorge Sánchez o Tony Swan? —insistió Reacher.

—Tony Swan —respondió Mauney.

—Nos hemos enterado de un par de cosas, durante las últimas semanas —explicó Mauney—. Ahora dejamos que los buitres hagan el trabajo por nosotros. Vamos al desierto como si fuésemos ornitólogos, en cualquier ocasión en la que disponemos de media hora libre. Te subes al techo del coche con los prismáticos, y por lo general ves lo que necesitas. Dos aves volando y probablemente se trate de un coyote muerto por una serpiente. Más de dos, tiene que ser algo más grande.

—¿Dónde? —preguntó Reacher.

—Más o menos por la misma zona.

—¿Cuándo?

—Hace un tiempo.

—¿Un helicóptero?

—No hay otra explicación.

—¿Alguna duda sobre la identificación?

—Estaba de espaldas. Las manos atadas detrás. Las huellas digitales se conservaron. Llevaba la cartera en el bolsillo. Lo siento mucho.

Se acercó la camarera. La misma que habían visto antes. Se detuvo cerca de la mesa, intuyó el humor y se marchó de nuevo.

—¿Por qué se esconden? —insistió Mauney.

—No nos escondemos —dijo Reacher—. Solo estamos esperando al día de los funerales.

—¿Entonces por qué los nombres falsos?

—Usted nos trajo aquí como cebo. Sean quienes sean, no queremos facilitarles las cosas.

—¿Todavía no saben quiénes son?

—¿Y usted?

—Nada de acciones independientes, ¿vale?

—Aquí estamos en Sunset Boulevard —señaló Reacher—. Que es terreno del Departamento de Policía de Los Ángeles. ¿Habla en nombre de ellos?

—Un consejo amistoso —contestó Mauney.

—Lo tendremos en cuenta.

—Andrew MacBride desapareció en Las Vegas. Llegó, no se alojó en ninguna parte, no alquiló ningún coche, no tomó ningún vuelo. Callejón sin salida.

—¿No le resulta odioso? —preguntó Reacher.

—Pero un tipo llamado Anthony Matthews alquiló un camión.

—El último nombre en la lista de Orozco.

Mauney asintió.

—Final del juego.

—¿Dónde fue a parar?

—No tengo ni idea. —Mauney sacó cuatro tarjetas del bolsillo. Las desplegó y las

colocó con cuidado sobre la mesa. Tenían impreso su nombre y dos números de teléfono—. Llámeme. Lo digo en serio. Puede que necesiten ayuda. No se enfrentan a unos aficionados. Tony Swan parecía un tipo duro de verdad. Lo que quedaba de él.

Mauney se fue a ocuparse de sus asuntos. La camarera reapareció al cabo de cinco minutos y se quedó esperando. Reacher supo que nadie tenía ya mucho apetito, pero de todas maneras pidieron. Un viejo hábito. Come cuando puedas, no te arriesgues a quedarte sin energía más tarde. Swan lo hubiese aprobado. Comía en cualquier parte, a cualquier hora, todo el tiempo. Autopsias, exhumaciones, escenas del crimen. De hecho, Reacher estaba más que seguro de que Swan se estaba comiendo un bocadillo de rosbif cuando descubrieron a Doug, el tipo muerto con una pala en la cabeza.

Nadie lo confirmó.

Nadie dijo ni una palabra. El sol brillaba al otro lado de la ventana. Un día precioso. El cielo azul, unas cuantas pequeñas nubes blancas. Los coches pasaban por el bulevar, los clientes iban y venían. Sonaban los teléfonos, los de la cocina y los móviles en los bolsillos de las personas. Reacher comía metódica y mecánicamente sin tener la menor idea de lo que tenía en el plato.

—¿Debemos trasladarnos? —preguntó Dixon—. ¿Ahora que Mauney sabe dónde estamos?

—No me gusta nada que el conserje se chivase —dijo O'Donnell—. Tendríamos que robarle sus malditos mandos a distancia.

—No necesitamos trasladarnos —señaló Reacher—. Mauney no es un peligro para nosotros. Y quiero enterarme cuando encuentren a Sánchez.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Dixon.

—Descansamos —respondió Reacher—. Volveremos a salir al anoecer. Le haremos una visita a New Age. No estamos consiguiendo nada con la vigilancia, así que es hora de entrar en acción.

Dejó diez dólares en la mesa para la camarera y pagó la cuenta en la caja. Luego salieron al sol y permanecieron un momento en el aparcamiento antes de emprender el camino de regreso al Dunes.

Reacher buscó la bolsa y se reunieron en la habitación de O'Donnell. Se dedicaron a comprobar el estado de las Glock robadas. Dixon cogió la 19 y dijo que se daba por satisfecha. O'Donnell buscó entre las seis 17 restantes y escogió las tres mejores entre ellas. Las agrupó con los cargadores de las descartadas de forma que él, Neagley y Reacher tuviesen cargadores de recambio tras el primer uso. Dixon tendría que recargar manualmente después de sus primeros diecisiete disparos. No era algo importante. Si en un enfrentamiento a tiros acababas con los diecisiete disparos, entonces no estás prestando la debida atención, y Reacher confiaba en que Dixon lo hiciese. Siempre lo había hecho en el pasado.

—¿Qué clase de seguridad podemos esperar alrededor del edificio? —preguntó Reacher.

—Cerraduras de última generación —explicó Neagley— Una alarma contra intrusos en la verja. Supongo que el interruptor de apertura de la puerta de la recepción estará conectado a un sensor de proximidad durante la noche. Además, es probable que haya otra alarma contra intrusos. También sensores de movimiento por todo el interior. Y posiblemente también alarmas contra intrusos en algunas de las puertas de los despachos individuales. Todo el sistema conectado a través de cables telefónicos. Puede que con un respaldo inalámbrico, incluso una conexión vía satélite.

—¿Quién va a responder?

—Muy buena pregunta. No creo que sean los polis. Demasiado barato. Yo digo que se conecta con su propio personal de seguridad.

—¿No con el gobierno?

—Eso, por supuesto, tiene mucho sentido. El Pentágono está gastando miles de millones allí, y lo más lógico es que el gobierno quisiese estar en el ajo. Pero dudo que lo estén. En la actualidad nada tiene mucho sentido. Confían la seguridad de los aeropuertos a contratistas privados. Y la delegación más cercana de Inteligencia está muy lejos. Por tanto, creo que la seguridad de New Age es un tema interno, por muy innovador que sea Little Wing.

—¿Cuánto tiempo tendremos después de forzar la verja?

—¿Quién dice que vamos a hacerlo? No tenemos las llaves y no puedes forzar una cerradura como esa con un clavo oxidado. No creo que seamos capaces de abrir ninguna de las cerraduras.

—Ya me preocuparé yo de las cerraduras. ¿Cuánto tiempo tendremos en cuanto estemos dentro?

—Dos minutos —dijo Neagley—. En esta clase de situaciones, la regla de los dos minutos es la única cosa en la que podemos confiar.

—De acuerdo —asintió Reacher—. Iremos a la una de la mañana. La cena a las seis. Descansad un rato.

Los otros fueron hacia la puerta. Los siguió con las llaves del Chrysler robado en la mano. Neagley lo miró, extrañada.

—Ya no lo necesitamos más —le dijo él—. Voy a devolverlo. Pero primero tengo que llevarlo a lavar. Debemos intentar ser civilizados.

Reacher llevó el Chrysler hasta el bulevar Van Nuys, al norte de la autopista Ventura. En la calle dedicada a la venta de coches, había a cada lado empresas relacionadas con vehículos de todo tipo y categoría, una detrás de otra. Concesionarios que ofrecían coches nuevos y usados, baratos y caros, chillones y discretos, pero también tiendas de neumáticos, llantas, talleres de chapa y pintura, cambios de aceite, tubos de escape y amortiguadores, y tiendas de accesorios.

Y establecimientos para lavar los coches.

Había una amplia elección. Lavado a máquina, a mano, limpieza de bajos,

encerado en tres etapas, limpieza total. Condujo un kilómetro y medio de ida y otro kilómetro y medio de vuelta y vio otros lugares que lo ofrecían todo. Se detuvo en el primero y pidió un tratamiento completo. Se acercó un equipo de tipos vestidos con monos y él tomó el sol mientras los observaba trabajar. Primero limpiaron con aspiradoras el interior y después todo el coche fue arrastrado a través de un túnel de cristal sobre una cadena transportadora y rociado con una secuencia de espitas con agua y toda clase de espumas y fluidos. Unos tipos con esponjas lavaron el metal y otros subidos en escalones de plástico limpiaron el techo. El coche pasó después por un rugiente secador de aire y salió a un patio donde otros tipos esperaban para atacar el interior con aerosoles y paños. Limpiaron cada centímetro cuadrado y lo dejaron brillante, immaculado y humedecido con una capa encerada. Reacher pagó, repartió las propinas, sacó los guantes del bolsillo, se los puso y se sentó al volante.

Se detuvo cien metros más adelante, en el segundo lugar que había escogido, y pidió que repitiesen de nuevo todo el proceso. El empleado pareció desconcertado por un segundo, después se encogió de hombros y le hizo una seña a uno de los equipos para que se acercasen. Reacher volvió a ponerse al sol y miró el espectáculo. El aspirado, el enjabonado, el interior, los aerosoles y las toallas. Pagó y dio propinas, se puso los guantes y condujo de nuevo al motel.

Dejó el coche al sol en una esquina del aparcamiento, donde acabaría de secarse. Después caminó una larga manzana al sur hasta la avenida Fountain. Encontró un lugar que había comenzado como una farmacia y después se había convertido en algo así como un mini supermercado que vendía toda clase de artefactos domésticos pequeños. Entró y compró cuatro linternas. Maglites de tres elementos, negras, lo bastante poderosas para ser útiles, suficientemente pequeñas para ser maniobrables, lo bastante grandes como para servir de porras. La cajera las metió en una bolsa blanca con el logo de *I love LA*, en tres letras mayúsculas y un símbolo rojo en forma de corazón. Reacher llevó la bolsa de nuevo al motel, balanceándola con suavidad, escuchando el leve susurro del plástico.

Fueron incapaces de volver a Denny's para cenar. Así que llamaron a Domino's y pidieron *pizzas*. Se las comieron en el cochambroso salón junto a la lavandería. Sacaron refrescos de la ruidosa máquina roja que había junto a la puerta. Una cena perfecta para lo que tenían en mente. Algunas calorías inútiles, algo de grasa, algo de carbohidratos complejos. Energía de liberación lenta, para unas doce horas. Un médico del ejército se lo había explicado muchos años antes.

—¿Objetivos para la noche? —preguntó O'Donnell.

—Tres —dijo Reacher—. Primero, Dixon se ocupa de la mesa de recepción para ver si hay algo útil. Segundo, Neagley encuentra el despacho de la Dama Dragón con el mismo cometido. Tú y yo nos ocupamos del resto de los despachos para ver qué más tienen. Ciento veinte segundos para entrar y salir. Tercero, identificamos a los tipos de seguridad cuando aparezcan.

—¿Después nos quedamos a esperarlos?

—Yo me quedo. Vosotros os largáis.

Reacher fue a su habitación, se cepilló los dientes y se dio una larga ducha caliente. Después se tumbó en la cama y durmió una siesta. El reloj en su cabeza lo despertó a las doce y media. Se desperezó, se lavó los dientes de nuevo y se vistió. Pantalón gris, camisa gris, cazadora negra cerrada hasta el cuello. Las botas con los cordones bien atados. Guantes. Las llaves del Chrysler en un bolsillo del pantalón, el cargador de recambio de la Glock en el otro. El teléfono móvil capturado en Las Vegas en un bolsillo de la camisa, su propio móvil en el otro. La linterna en un bolsillo de la cazadora, la Glock en el otro. Nada más.

Salió al aparcamiento a la una menos diez. Los otros ya estaban allí, un sombrío trío bien apartado de cualquier círculo de luz.

—Vale —dijo. Se volvió hacia O'Donnell y Neagley—. Vosotros dos con vuestros Hondas. —Miró a Dixon—. Karla, tú conduces el mío. Lo aparcas cerca, de cara al oeste, y dejas las llaves puestas. Después vuelves con Dave.

—¿De verdad vas a dejar el Chrysler allí? —preguntó Dixon.

—No lo necesitamos.

—Está lleno de nuestras huellas, pelos y fibras.

—Ya no. Un grupo de tipos en Van Nuys se ocuparon de terminarlo todo. Ahora en marcha.

Chocaron los puños como jugadores de baloncesto, un viejo ritual, y después se dispersaron y subieron a sus coches respectivos. Reacher entró en el Chrysler y lo puso en marcha, el ronquido del potente motor de ocho cilindros en V lento y fuerte sonó en la oscuridad. Oyó como arrancaban los Honda, el rateo de los motores más pequeños y el rugido de los grandes escapes. Salió de la plaza de aparcamiento, dio la vuelta y se dirigió a la salida. Por el espejo retrovisor vio tres pares de brillantes faros azules que se alineaban detrás de él. Dobló al este por Sunset, al sur por La Bren y luego de nuevo por Wilshire y vio a los demás que lo seguían todo el camino, un pequeño convoy que se mantenía unido en el escaso tráfico nocturno.

Reinó el silencio en la gran ciudad en cuanto dejaron atrás Macarthur Park y entraron en la 110. A su derecha el centro se veía silencioso y desierto. Había luces en el Barrio Chino, pero ninguna actividad visible. En la otra dirección, el estadio de los Dodgers era una enorme mole oscura y vacía. Entonces dejaron la autopista y entraron en las calles por el este. Les había costado orientarse durante el día y por la noche era peor. Pero Reacher había hecho el viaje en tres ocasiones, dos veces como pasajero y otra como conductor, y dedujo que podía saber dónde dar la vuelta.

No tuvo problemas. Redujo la velocidad a tres manzanas del edificio de New Age y dejó que los demás se acercasen. Los condujo por un amplio círculo de dos manzanas como medida de precaución. Luego otra vuelta a una manzana. Había niebla en el aire. El cubo de vidrio se veía oscuro y desierto. Los árboles ornamentales del aparcamiento estaban alumbrados con focos y la luz se reflejaba débilmente en el lateral del edificio, pero aparte de eso no había ninguna iluminación específica. El alambre de espino de la cerca tenía un color gris mate en la oscuridad y la verja principal estaba cerrada. Reacher redujo la velocidad al pasar por delante, bajó el cristal de la ventanilla, sacó un brazo, hizo un gesto circular en el aire con el dedo enguantado, como un árbitro de béisbol que señala una carrera completa. Una vuelta más. Los llevó durante tres cuartos de vuelta y después señaló el bordillo donde quería que aparcasen. Primero Neagley, después O'Donnell detrás de ella, y por último Dixon con el Prelude plateado. Redujeron la velocidad, se detuvieron, y él hizo un gesto como si cortase una garganta; ellos apagaron los motores y se apearon. O'Donnell caminó hasta la verja de la entrada y volvió.

—Es una cerradura muy grande —comentó.

Reacher continuaba al volante del Chrysler al ralentí. La ventanilla continuaba abierta.

—Cuanto más grandes son, más grande es la caída —afirmo.

—¿Lo haremos con sigilo?

—No mucho —respondió Reacher—. Te veo en la entrada.

Ellos se adelantaron. Reacher puso la marcha y los siguió a paso lento. Todas las calles alrededor de la manzana de New Age estaban asfaltadas y tenían una anchura de seis metros y treinta centímetros, típicas de los nuevos polígonos industriales. Sin aceras. Esto era Los Ángeles. Treinta y tres mil seiscientos kilómetros de calles, menos de veintiún mil metros de acera. La entrada de New Age estaba colocada al pie de una rampa curva a unos seis metros de profundidad, de forma tal que los vehículos que entraban pudiesen esperar fuera de la calle. La distancia total entre la verja y el bordillo opuesto era de catorce metros. De una forma automática la parte maníaca de la mente de Reacher le dijo que era equivalente a catorce yardas, o quinientas cuatro pulgadas, o 1.280 centímetros en medidas europeas. Efectuó un giro de noventa grados para entrar en la rampa, movió el volante y avanzó con el Chrysler

hasta que el parachoques delantero quedó a un par de centímetros de la verja. Luego aceleró marcha atrás por el camino hasta que sintió que los neumáticos traseros tocaban el lejano bordillo. Apretó el pedal de freno a fondo, movió la palanca de transmisión a marcha y bajó las cuatro ventanillas sintiendo el aire nocturno, vivaz y frío. Los otros lo miraron y él les dijo dónde los quería, dos a la izquierda de la verja y uno a la derecha.

—Reloj en marcha —avisó—. Dos minutos.

Mantuvo el pie en el pedal de freno y con el otro aceleró hasta que la aguja del cuentarrevoluciones llegó a la zona roja y todo el coche se sacudía, temblaba y encabritaba. Entonces quitó el pie del freno siempre acelerando y el coche salió disparado como un proyectil. Recorrió los catorce metros de distancia disponible con las ruedas traseras humeando y chillando y después chocó de frente contra la verja. La cerradura estalló al instante, la puerta se abrió de par en par, rebotó y una docena de airbags se abrieron dentro del Chrysler, del volante, del salpicadero, de los laterales y de los asientos. Reacher estaba preparado para la súbita explosión de las bolsas. Conducía con una mano y tenía un brazo levantado delante de la cara. Detuvo el airbag del conductor con el codo. Ningún problema. Las cuatro ventanillas abiertas redujeron la onda expansiva y le salvaron los tímpanos. Pero el ruido todavía le ensordeció. Fue como estar sentado en un coche y que alguien le disparase un revólver de gran calibre. Delante, en la fachada del edificio una luz azul comenzó a destellar urgente. Si la acompañaba el aullido de una sirena, no lo oía.

Mantuvo el pie en el acelerador. El coche se bamboleó por un segundo después del impacto con la verja, cogió velocidad otra vez y dejó la huella de los neumáticos todo el camino a través del aparcamiento. Enderezó la dirección y se arriesgó a mirar por el espejo retrovisor. Vio que los demás le seguían a la carrera. A continuación miró al frente, apoyó ambas manos en el volante y apuntó hacia las puertas de la recepción.

Iba a casi ochenta kilómetros por hora cuando las alcanzó. Las ruedas delanteras golpearon el escalón y todo el coche saltó y atravesó las puertas a unos treinta centímetros por encima del suelo. Se destrozaron los cristales, los marcos acabaron arrancados de las paredes y el coche continuó moviéndose hacia el interior más o menos sin interrupciones. Golpeó en el suelo de mosaico con los frenos bloqueados, se deslizó en línea recta, demolió el mostrador de la recepción, derribó la pared de detrás y acabó enterrado en escombros hasta la base del parabrisas, con los restos del mostrador más o menos hasta la altura de las puertas.

«Todo esto va a dificultar la búsqueda de Dixon», pensó Reacher.

Entonces se despreocupó del problema, se desabrochó el cinturón de seguridad y forzó la puerta hasta abrirla. Se tumbó en el suelo del vestíbulo y avanzó a rastras. A su alrededor las diminutas luces estroboscópicas blancas de la alarma destellaban. Comenzaba a recuperar el oído. Sonaba una sirena. Se levantó y vio a los otros saltar por los escombros en la entrada y correr al interior. Dixon iba en línea recta hacia el

fondo del vestíbulo y O'Donnell y Neagley se dirigían a la entrada del pasillo por donde la Dama Dragón había salido en dos ocasiones. Habían encendido las linternas y los brillantes conos de luz se sacudían y saltaban delante de ellos entre nubes de polvo blanco. Sacó su propia linterna, la encendió y siguió a sus compañeros.

«Han transcurrido veintiún segundos», pensó.

Había dos ascensores a medio camino por el pasillo. Los paneles mostraban que era un edificio de tres plantas. No apretó el botón de llamada. Se dijo que la alarma habría bloqueado los ascensores. Así que abrió una puerta contigua que daba a las escaleras. Subió las escaleras de dos en dos hasta la tercera planta. El sonido de la sirena era insoportable. Salió al pasillo. No necesitaba la linterna. Las luces estroboscópicas de alarma iluminaban todo el lugar como si fuese la discoteca del infierno. En el pasillo había puertas separadas unos seis metros a ambos lados. Despachos. Las puertas tenían placas con nombres. Largos rectángulos de plástico negro, grabados con letras cortadas hasta una capa de base blanca. Delante, Neagley estaba abriendo a puntapiés una puerta marcada con el nombre de Margaret Berenson. El efecto de parada-movimiento de las luces estroboscópicas de alarma hacía que sus movimientos pareciesen extraños e intermitentes. La puerta no se abría. Neagley desenfundó la Glock y disparó tres veces a la cerradura. Tres fuertes detonaciones. Los casquillos saltaron por el eyector de la pistola y rodaron por la alfombra, congelados por las luces estroboscópicas en una larga cadena dorada. Neagley volvió a patear la puerta, que se abrió del todo. Entró.

Reacher siguió adelante.

«Han transcurrido cincuenta y dos segundos», pensó.

Pasó por una puerta marcada con el nombre de Allen Lamaison. Seis metros más allá vio otra puerta: Anthony Swan. Se apoyó en la pared opuesta, tomó impulso y descargó un tremendo puntapié con el tacón justo por encima de la cerradura. La madera se partió y la puerta se torció sobre las bisagras, pero el cerrojo se mantuvo. Acabó la tarea con un tremendo golpe con la palma de la mano enguantada y entró.

«Sesenta y tres segundos», pensó.

Se quedó inmóvil y alumbró con el haz de la linterna todo el despacho de su amigo muerto. Estaba sin tocar. Parecía como si Swan acabase de ir al lavabo o salido a comer. Había una cazadora colgada en un perchero. Era una cazadora caqui, vieja, gastada, con el forro a cuadros como una prenda de golf, corta y elegante. Había archivadores. Teléfonos. Una silla con el tapizado de cuero, el asiento aplastado por el peso de un hombre con la forma de un tonel. Había un ordenador en la mesa. Un bloc nuevo. Bolígrafos y lápices. Una grapadora. Un reloj. Una pequeña pila de papeles.

Un pisapapeles, que sujetaba las hojas. Un trozo de cemento soviético, de forma irregular, del tamaño de un puño, gris y pulido hasta un brillo grasiento por el manoseo, la parte plana con algunos rastros de las pintadas azules y rojas.

Reacher se acercó a la mesa y se metió el trozo de cemento en el bolsillo. Cogió

la pila de papel. De pronto tomó conciencia de algo suave debajo de sus pies. Alumbró con la linterna. Vio reflejados unos colores rojos fuera. Unos dibujos geométricos muy ornamentados. Muy gruesa. Una alfombra oriental. Nueva. Recordó el cordel en las muñecas y tobillos de Orozco y las palabras de Mauney: «Es un producto de sisal que viene de la India. Tuvo que venir en lo que sea que estén exportando desde allí».

«Ochenta y nueve segundos transcurridos —pensó—. Quedan treinta y uno».

Se acercó a la ventana. Vio a Karla Dixon abajo en la oscuridad, ya de camino hacia fuera del aparcamiento. Los pantalones y la chaqueta estaban raspados y sucios con un polvo blanco. Parecía un fantasma. Consecuencia de arrastrarse en el polvo de la pared, se dijo. Llevaba papeles y lo que parecía una carpeta de anillas blanca. Las breves pulsaciones azules de la luz de la alarma en la fachada del edificio alumbraban su figura.

«Quedan veintiséis segundos».

Vio a O'Donnell correr como si escapase de una casa en llamas, con grandes zancadas, cargado con cosas sujetas contra el pecho. Después a Neagley un segundo más tarde, corriendo a todo trapo, el largo cabello oscuro flotando detrás de ella, los brazos moviéndose a ritmo, con una gruesa pila de carpetas verdes en cada mano.

«Faltan diecinueve segundos».

Cruzó la oficina y tocó la chaqueta en el perchero, con suavidad, en el hombro, como si Swan aún la tuviese puesta. Luego pasó detrás de la mesa y se sentó en la silla. Crujió una vez mientras se acomodaba. Oyó el sonido con toda claridad por encima de la sirena.

«Quedan doce segundos».

Miró los maníacos destellos en el pasillo y supo qué podía esperar. Antes o después, quizás en menos de un minuto, los hombres que habían matado a sus amigos aparecerían. Siempre que fuesen menos de treinta y cuatro podía quedarse aquí donde estaba y matarlos a todos, uno a uno.

«Quedan cinco segundos».

Excepto, por supuesto, que no podía. Nadie era tan tonto. Después de los tres o cuatro primeros muertos apilados en el portal, el resto se reagruparían en el pasillo y comenzarían a pensar en gases lacrimógenos, refuerzos y chalecos antibalas. Quizás incluso pensarían en llamar a los polis o al FBI. Reacher sabía que no había manera de tumbar a los tipos correctos antes de perder un asedio de tres o cuatro días contra un montón de equipos de operaciones especiales.

«Queda un segundo».

Saltó de la silla y salió a través de la puerta rota y fue a la izquierda por el pasillo y a la derecha por las escaleras. Neagley había dejado la puerta abierta trabada para él. Llegó a la planta baja unos diez segundos después del límite. Pasó junto al Chrysler destrozado en el vestíbulo y estaba en el aparcamiento quince segundos más tarde. A través de la verja destrozada y en la calle, pasados cuarenta segundos. Corrió

hacia el débil resplandor del Prelude plateado. Estaba a una distancia de cien metros, distante, inocente y solo. Los otros dos Hondas ya se habían marchado. Cubrió los cien metros en veinte segundos y se lanzó al interior. Cerró la puerta y se enderezó en el asiento. Respiraba con fuerza, con la boca muy abierta. Volvió la cabeza y vio los faros a lo lejos, que se acercaban muy rápido, venían hacia él, doblando las esquinas sobre dos ruedas, y después bajando el morro por la violencia de la frenada.

Los tres coches aparecieron juntos. Llegaron a toda prisa, se detuvieron en la carretera delante de la verja destrozada y permanecieron allí, aparcados en ángulo, con los motores en marcha, los faros alumbrando a través de la niebla nocturna. Eran Chrysler 300C flamantes, azul oscuro, idénticos al que estaba aparcado en el vestíbulo de New Age.

Bajaron cinco tipos de los tres coches. Dos del primero, uno del segundo, dos del tercero. Reacher estaba a cien metros y los miraba a través del cristal tintado y la esquina de la verja de New Age, pero las luces de los seis faros lo deslumbraban, así que no podía verles con mucho detalle. Sin embargo, el tipo que había llegado solo en el segundo coche parecía estar al mando. Era un hombre delgado vestido con una gabardina corta que parecía ser negra. Llevaba debajo algo que debía de ser una camiseta blanca. Miraba la verja destrozada y gesticulaba a los demás para que se mantuviesen bien apartados, como si fuese algo peligroso.

«Un expoli —pensó Reacher—. Intentando no contaminar la escena de un crimen».

Luego los cinco tipos se unieron en una formación en cabeza de flecha, con el hombre con la gabardina más cerca del destrozo. Avanzaron, lentos y desconfiados, paso a paso, inclinados hacia delante por la cintura, las cabezas adelantadas, como si estuviesen intrigados por lo que veían. Entonces se detuvieron, retrocedieron deprisa y se colocaron detrás de sus coches. Apagaron los motores y los faros y la escena quedó a oscuras.

«No son tontos —pensó Reacher—. Creen que puede ser una emboscada, que aún podemos estar dentro».

Los observó hasta que recuperó la visión nocturna. Entonces sacó el móvil que había traído desde Las Vegas, y buscó entre los menús hasta dar con el último número marcado. Apretó el botón de llamada, se llevó el móvil a la oreja y miró a través de la ventanilla para ver cuál de los cinco tipos respondía.

Él apostaba por el tipo con la gabardina.

Se equivocó.

Ninguno de los cinco atendió.

Ninguno de ellos reaccionó. Ninguno sacó un teléfono del bolsillo para ver quién llamaba. Ninguno se movió siquiera. La llamada continuó sonando y sonando en el oído de Reacher y después dio paso al buzón de voz. Cortó la llamada, marcó de nuevo y sucedió lo mismo. Observó y nadie movió ni un músculo. Era inconcebible que un director de seguridad pudiese acudir a una alerta de emergencia sin el móvil encendido. Era inconcebible que el director de seguridad no hiciera caso de una llamada en tales circunstancias. Por tanto, ninguno de estos cinco era el director de seguridad. No era el tipo de la gabardina. Él era el tercer hombre en la escala, en el mejor de los casos, contando que Swan fuese el número dos. Se comportaba como el

tercero. Era lento y suspicaz. No tenía una comprensión instintiva de las tácticas. Cualquiera con medio cerebro ya habría deducido hacía mucho cuál era su mejor curso de acción. Un pequeño edificio cuadrado, la posibilidad de hostiles armados en el interior, tres coches a su disposición, ya tendría que haber resuelto el problema. Los tres coches entrarían a toda velocidad, en diferentes direcciones, rodearían el edificio, atraerían el fuego, dos tipos por detrás, dos por delante, partido acabado.

«Civiles», pensó Reacher.

Esperó.

Por fin el tipo de la gabardina tomó la decisión correcta. Con una lentitud desesperante, pero al final había llegado. Ordenó que todos volviesen a los coches, maniobraron por un momento y después entraron en el aparcamiento a gran velocidad. Reacher los vio rodear el edificio un par de veces antes de poner el Honda en marcha y dirigirse hacia el oeste.

Reacher continuó por las calles evitando meterse en la autopista. Se había percatado de que las autopistas estaban llenas de polis por la noche, y no los había visto en ningún otro lugar. Así que prefirió ser cauteloso. Se perdió cerca del estadio de los Dodgers y acabó conduciendo en un círculo que lo llevó a pasar por delante de la academia de policía de Los Ángeles. Se detuvo en Echo Park y llamó a los otros por teléfono. Estaban cerca de casa y circulaban hacia el oeste a velocidades prudentes como los bombarderos que regresan de una misión nocturna.

Se reagruparon en la habitación de O'Donnell a las tres de la madrugada. Los documentos capturados estaban colocados sobre la cama en tres montones. Reacher sacó los papeles de Swan del bolsillo y los añadió a la hilera. No era muy interesante. La mayor parte eran notas referentes a futuras horas extraordinarias de su personal de secretaría. El resto eran justificantes de las horas extraordinarias que ya habían trabajado.

La colección de O'Donnell tampoco era mucho más interesante, pero resultaba instructiva de una forma negativa. Demostraba que el cubo de cristal no era más que un centro administrativo. Había sido relativamente inseguro porque contenía muy poco que valiese la pena robar. Allí se realizaban unos pocos trabajos de diseño menores relacionados con componentes, pero la mayor parte del espacio estaba asignado a funciones administrativas. Ficheros de personal, estados financieros, envíos, mantenimiento y burocracia. Nada de un valor inherente.

Todo esto hacía más importante que nunca encontrar la ubicación de la planta.

Fue el material recogido por Dixon el que marcó la diferencia. Había buscado entre los restos de la recepción y se había arrastrado debajo del Chrysler accidentado y en unos cincuenta segundos había descubierto un filón. Entre los restos de un cajón había encontrado el listín de los teléfonos internos de New Age. Ahora estaba sobre la cama, un grueso fajo de páginas sueltas metidas en una carpeta de anillas blanca, un poco rota y cubierta de polvo. La tapa tenía impreso el logo empresarial de New Age y en la mayoría de las páginas había nombres que no significaban nada, con las

correspondientes extensiones telefónicas de cuatro dígitos. Pero en la primera página había un diagrama que detallaba las diversas divisiones de la compañía. Los nombres aparecían impresos en recuadros y las líneas conectaban los recuadros hacia abajo a través de todas las diversas jerarquías. La división de seguridad estaba dirigida por un tipo llamado Allen Lamaison. Su número dos era Tony Swan. Debajo de Swan dos líneas llevaban a otros dos tipos, y debajo de ellos, otras cinco líneas se desplegaban a otros cinco tipos, uno de los cuales tenía el nombre de Saropian, y estaba tan muerto como Tony Swan, en los cimientos de un hotel de Las Vegas. Un total de nueve, dos muertos, siete supervivientes.

—Pasa a la última página —dijo Dixon.

En la última sección estaban los números de cuenta de UPS, FedEx y DHL. Además de las direcciones completas y los números de teléfono de dos de las plantas de New Age que necesitaban los servicios de mensajería. El cubo de vidrio en Los Ángeles Este, la oficina de contratos en Colorado.

Y entonces, curiosamente, una tercera dirección, con una nota escrita en cursiva y subrayada: *Ninguna entrega a esta dirección.*

La dirección correspondía a una empresa fabricante de electrónica.

Estaba en Highland Park, a medio camino entre Glendale y Pasadena Sur. Diez kilómetros al nordeste del centro, a catorce kilómetros al este de donde estaban.

Lo bastante cerca como para olerlo.

—Ahora vuelve unas páginas atrás —le indicó Dixon.

Reacher volvió atrás. Había toda una sección con las extensiones de teléfono dentro de la planta de fabricación.

—Busca en la P —añadió Dixon.

La sección de la P comenzaba con un tipo llamado Pascoe y acababa con un tipo llamado Purcell. En mitad de la lista aparecía *Despacho del piloto.*

—Encontramos el helicóptero —dijo Dixon.

Reacher asintió. Luego le sonrió. La imaginó entrando a la carrera con su linterna, salir corriendo cincuenta segundos más tarde cubierta de polvo. Su viejo equipo. «Podía enviarlos a Atlanta y ellos volverían con la receta de la coca-cola».

Neagley tenía los expedientes personales de toda la división de seguridad. Nueve carpetas verdes. Una correspondía a Saropian, otra a Tony Swan. Reacher no investigó ninguna de las dos. No tenía sentido. Comenzó por el jefe, Allen Lamaison. Había una foto Polaroid enganchada en la primera página. Lamaison era un hombre fornido, de cuello grueso, los ojos oscuros carentes de expresión y una boca demasiado pequeña para la barbilla. La información personal estaba en la página siguiente y decía que había servido veinte años en el Departamento de Policía de Los Ángeles, los últimos doce en la sección de Robos y Homicidios. Tenía cuarenta y nueve años.

Después estaban los dos tipos que compartían el tercer lugar en la jerarquía. El primero se llamaba Lennox. Cuarenta y un años, exmiembro de la policía de Los

Ángeles, el pelo al rape gris, rostro rojo y carnosos, gordo.

El segundo era el tipo de la gabardina. Se llamaba Parker. Cuarenta y dos años, de la policía de Los Ángeles, alto, delgado, el rostro pálido y duro desfigurado por una nariz rota.

—Son todos exmiembros de la policía de Los Ángeles —comentó Neagley—. De acuerdo con esta información todos renunciaron más o menos por la misma época.

—¿Un escándalo?

—Siempre hay escándalos. De acuerdo con las estadísticas es difícil renunciar a la policía de Los Ángeles por alguna otra razón.

—¿Tu hombre de Chicago podría conseguir sus historiales?

Neagley se encogió de hombros.

—Podríamos colarnos en su ordenador. Conocemos a algunas personas. Podríamos conseguir que nos contasen algo.

—¿Qué había en el suelo del despacho de Berenson?

—Una alfombra oriental nueva. De estilo persa, sin duda una copia hecha en Pakistán.

—También en el despacho de Swan —señaló Reacher. Han tenido que alfombrar toda la planta ejecutiva.

Neagley utilizó su móvil para llamar al buzón de voz de su hombre en Chicago y Reacher puso el expediente de Parker a un lado y miró las fotografías de los otros cuatro soldados de a pie. Después cerró los expedientes, los amontó en una pila y los colocó encima del de Parker, como una categoría.

—A estos cinco los vi esta noche —dijo.

—¿Qué te parecieron? —preguntó O'Donnell.

—Un desastre. Lentos y estúpidos.

—¿Dónde estaban los otros dos?

—Supongo que en Highland Park. Es allí donde está lo bueno.

O'Donnell deslizó los cinco expedientes separados hacia él y preguntó:

—¿Cómo es que hemos perdido a cuatro de los nuestros a manos de estos payasos?

—No lo sé —respondió Reacher.

Como era obvio, finalmente Reacher abrió el expediente personal de Tony Swan. No fue más allá de la fotografía Polaroid. Era de hacía un año y no tenía ni remotamente la calidad de un estudio fotográfico, pero así y todo era de mejor calidad que la imagen del vídeo de vigilancia de Curtis Mauney. Diez años después del ejército, el pelo de Swan era más corto que cuando estaba de servicio. Por aquel entonces la moda de las cabezas afeitadas ya se había impuesto entre los reclutas, pero no había alcanzado a los oficiales. Swan llevaba un corte de pelo normal, peinado con raya. Pero como los años no perdonan, el pelo había ido raleando y decidió cambiar por un corte a lo Julio César. Durante su estancia en el ejército su color era castaño. En la fotografía era de un tono gris polvoriento. Tenía bolsas debajo de los ojos y la articulación de la mandíbula abultada por el músculo y algo de grasa. Su cuello era más ancho que nunca. Reacher se asombró de que alguien fabricase camisas con cuellos de aquel tamaño. Como neumáticos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Dixon en el silencio. Reacher sabía que no era una pregunta. Solo quería evitar que continuase leyendo. Intentaba proteger sus sentimientos. Cerró el expediente. Lo arrojó sobre la cama bien lejos de los demás, en una categoría propia. Swan se merecía algo mejor que estar asociado con sus recientes colegas, aunque solo fuese en papel.

—Quién lo sabía y quién iba en el helicóptero —dijo Reacher—. Es todo lo que necesitamos saber. Los demás pueden vivir un poco más.

—¿Cuándo lo sabremos?

—Hoy mismo, más tarde. Tú y Dave podéis ir a echar una ojeada a Highland Park. Neagley y yo volvemos a Los Ángeles Este. En una hora. Así que dormid una siesta, y que os aproveche.

Reacher y Neagley salieron del motel a las cinco de la mañana. En Hondas separados, ambos conduciendo con una mano y ha blando por teléfono como todos los demás automovilistas. En opinión de Reacher, cuando saltó la alarma Lamaison y Lennox acudieron a Highland Park. Ese debía de ser el protocolo de emergencia habitual, porque Highland Park era la instalación más importante. El ataque en Los Ángeles Este podía ser perfectamente una maniobra de distracción. Pero tras una noche sin sobresaltos, todos esos temores seguro que desaparecieron y entonces habrían acudido a la escena del crimen alrededor del alba. Declararían el cubo de cristal inservible para la actividad normal y les darían a todos el día libre. Excepto a los jefes de departamento, quienes serían llamados para hacer un inventario de los daños y una lista de lo que faltaba.

Neagley estuvo de acuerdo con el análisis. Comprendió la siguiente parte del plan sin tener que preguntar, era una de las razones por la que le gustaba tanto a Reacher.

Aparcaron a cien metros el uno del otro en calles diferentes, ocultos a plena vista. El sol asomaba por el horizonte y el alba era gris. Reacher estaba a cincuenta metros

del edificio de New Age y veía su coche reflejado en el vidrio espejo, pequeño, distante y anónimo, uno de los centenares aparcados por todas partes. Había un camión grúa en la destrozada zona de recepción. Un cable de acero entraba en la penumbra. El tipo llamado Parker continuaba allí con su gabardina. Dirigía las operaciones. Tenía a un soldado de a pie con él. Reacher se dijo que los otros tres habían sido enviados a Highland Park para relevar a Lamaison y Lennox.

El cable de la grúa se tensó y comenzó a tirar. El Chrysler azul salió del vestíbulo, mucho más lento que cuando entró. Tenía arañazos en la pintura y la parte delantera dañada. El parabrisas estaba hecho añicos y un poco cóncavo. Pero en general el coche estaba en excelente estado. Tan sutil como un martillo, tan vulnerable como un martillo. Subió hasta la plataforma de la grúa, el conductor sujetó las ruedas y partió. Tan pronto como salió del aparcamiento, entró un gemelo impecable. Otro 300C azul, rápido y seguro. Se detuvo apenas entró en el aparcamiento y Allen Lamaison se bajó para inspeccionar la puerta destrozada.

Reacher lo reconoció de inmediato por la foto del expediente. En carne y hueso medía casi un metro ochenta y podía pesar unos ciento veinte kilos. Hombros anchos, caderas esbeltas, piernas delgadas. Parecía rápido y ágil. Vestía un traje gris con camisa blanca y corbata roja. Se sujetaba la corbata contra el pecho con una mano, pese a que no soplaba el viento. Echó una rápida ojeada a la verja, volvió a su coche y cruzó el aparcamiento. Se apeó de nuevo delante de las puertas destrozadas. Parker salió con su gabardina y comenzaron a hablar.

Solo para estar seguro, Reacher sacó el teléfono que había traído de Las Vegas y marcó. A cincuenta metros, la mano de Lamaison fue de inmediato a su bolsillo y sacó el teléfono. Miró la pantalla y se quedó inmóvil.

«Te pillé», pensó Reacher.

No esperaba una respuesta. Pero Lamaison aceptó el envite. Abrió el teléfono, se lo llevó a la oreja y dijo:

—¿Qué?

—¿Qué tal el día? —preguntó Reacher.

—Solo acaba de empezar —respondió Lamaison.

—¿Qué tal la noche?

—Voy a matarle.

—Muchas personas lo han intentado —comentó Reacher—. Sigo aquí. Ellos no.

—¿Dónde está?

—Dejamos la ciudad. Es más seguro así. Pero volveremos Quizá la semana que viene, tal vez el próximo mes o dentro de un año. Será mejor que se acostumbre a mirar por encima del hombro. Tendrá que hacerlo con frecuencia.

—No me da miedo.

—Entonces es usted un tonto —dijo Reacher, y cortó la llamada. Vio a Lamaison mirar el móvil y después marcar un número. No era una llamada de respuesta. Reacher esperó, pero su móvil permaneció en silencio, y Lamaison continuó

hablando, sin duda con algún otro.

Diez minutos más tarde Lennox apareció con otro 300C azul. Traje negro, cabello corto, fornido, rostro rojo y carnoso. El otro número tres, el subordinado de Swan. Al mismo nivel que Parker. Traía una bandeja de café y desapareció en el edificio. Cincuenta minutos más tarde, Margaret Berenson se hizo presente. La Dama Dragón. Recursos humanos. Las siete de la mañana. Venía en un Toyota plateado. Salió de la carretera, condujo a través del aparcamiento y aparcó cerca de la puerta. Luego buscó un camino hacia el interior entre los escombros. Lamaison salió por un momento y envió al soldado de a pie restante a la verja, para que montase guardia. Parker formó una segunda línea de defensa en la puerta. Seguía con la gabardina. Se presentaron otros dos gerentes. Con toda probabilidad el de finanzas y el de mantenimiento, se dijo Reacher. El centinela les dio paso por la verja ausente, y Parker los recibió en la puerta. Luego apareció alguien que debía de ser el director ejecutivo. Un hombre mayor, en un Jaguar, deferencia en la entrada, una postura impecable de Parker. El tipo habló con Parker a través de la ventanilla del Jaguar y se marchó. Era obvio que su estilo de mando era mantenerse a distancia.

Luego reinó la calma, y siguió así durante más de dos horas.

A mitad de la espera, Dixon llamó desde Highland Park. O'Donnell y ella llevaban en posición desde antes de las seis de la mañana. Habían visto llegar a los tres soldados de infantería. Habían visto marchar a Lamaison y Lennox. Habían visto llegar a los trabajadores. Habían conducido a través de toda la planta en un radio de dos manzanas, para hacerse una idea más certera.

—Es el lugar auténtico —manifestó Dixon—. Múltiples edificios, una cerca de verdad, una seguridad excelente. Tienen un helipuerto atrás. Con un helicóptero. Un Bell 222 blanco.

A las nueve y media de la mañana se marchó la Dama Dragón. Buscó de nuevo un camino entre los escombros y se detuvo en el escalón bajo delante de la recepción por un momento y luego fue hacia su Toyota. Sonó el móvil de Reacher. El comprado, no el del tipo de Las Vegas. Era Neagley.

—¿Vamos los dos? —preguntó.

—Por supuesto —respondió Reacher. Tú de cerca y yo más atrás. Es hora de bailar.

Se calzó los guantes y puso en marcha el Honda al mismo tiempo que Berenson arrancaba su coche. Había virado por la derecha al entrar, y por lo tanto iría a la izquierda al salir. Reacher se apartó del bordillo, condujo veinte metros y giró en redondo en la siguiente calle lateral. Estaba entumecido después de permanecer durante tanto tiempo sentado. Dio la vuelta despacio, a lo largo de la cerca de New Age. Berenson cruzaba el aparcamiento. Una manzana más allá vio el Honda de Neagley, bajo, con una nube de vapor blanco que salía por el tubo de escape. Berenson llegó a la verja destrozada y pasó sin detenerse. Dobló a la izquierda. Neagley hizo un giro paralelo y se situó veinte metros detrás de ella. Reacher redujo

la marcha y esperó antes de hacer su propio giro y situarse a unos setenta metros detrás de Neagley y noventa de Berenson.

El Prelude era un dos puertas de perfil bajo y por lo tanto Reacher no tenía el mejor ángulo de visión, pero durante la mayor parte veía más o menos bien el Toyota plateado que iba delante. Berenson conducía tranquila, por debajo del límite de velocidad. Quizá debía vigilar los puntos de su carné. O tenía cosas en mente. Tal vez las cicatrices del accidente eran más vividas en su memoria de lo que lo eran en su rostro.

Giró a la derecha por una calle llamada Huntington Drive, que Reacher estaba seguro de que había sido parte de la vieja ruta 66. Fue al nordeste por allí. Reacher comenzó a canturrear para sí mismo. Entonces se detuvo. Berenson estaba reduciendo la velocidad y había puesto en marcha el intermitente. Se estaba preparando para girar a la izquierda. Se dirigía a Pasadena Sur.

Sonó el móvil. Neagley.

—Llevo mucho tiempo detrás de ella —dijo—. Voy a dar la vuelta en la siguiente manzana. Adelántate tú por un rato.

Mantuvo la línea abierta y aceleró. Berenson había doblado por una calle llamada Van Horne Avenue. Él la siguió a unos cincuenta metros. No podía verla. La calle giraba demasiado. Aceleró de nuevo, luego redujo, pasó por la última curva y la vio unos cuarenta metros adelante. Siguió de largo y por el retrovisor vio a Neagley que entraba en la calle.

Las colinas de Monterrey dieron paso a Pasadena Sur y en la línea de cambio de municipio la calle cambió de nombre a Vía del Rey. Un nombre bonito para un lugar bonito. El sueño de California. Colinas bajas, calles curvas, árboles, la primavera eterna, las flores perpetuas. Reacher había crecido en austeras bases militares, en Europa y el Pacífico, y las personas le habían mostrado libros de fotos para enseñarle cómo era su país. La mayoría de las fotos eran de lugares idénticos a Pasadena Sur.

Berenson giró a la izquierda y luego a la derecha y se detuvo en una calle residencial sin salida. Reacher vio las pequeñas casas iluminadas por el sol de la mañana. No la siguió. El Honda era muy anónimo en la mayor parte de Los Ángeles, pero no en una calle como esa. Frenó para detenerse treinta metros más allá. Neagley aparcó detrás.

—¿Ahora? —preguntó por el móvil.

Había dos maneras de realizar una visita a alguien que volvía a su casa. Le dejabas que se acomodase y más tarde le dabas una razón muy clara por la cual debería dejarte entrar, o te presentabas de inmediato y le metías presión mientras aún tenía las llaves en la mano o la puerta abierta.

—Ahora —contestó Reacher.

Salieron de los coches, cerraron las puertas y echaron a correr. No había peligro. Un hombre solo corriendo despertaría sospechas, una mujer sola casi nunca lo hacía. Un hombre y una mujer corriendo juntos eran tomados como compañeros, o una

pareja que se divertía.

Llegaron a la calle sin salida y en un primer momento no vieron nada. Había una subida y después una curva. Pasaron la curva a tiempo para ver cómo se abría la puerta de un garaje junto a una casa más o menos a un tercio de distancia a la derecha. El Toyota plateado de Berenson esperaba en el camino de entrada. La casa era pequeña y hermosa. Fachada de ladrillos, con los bordes y las esquinas pintados. El patio delantero estaba repleto de rocas, gravilla y todo tipo de flores. Había un aro de baloncesto sobre la puerta del garaje. La puerta que se levantaba dejaba entrar luz suficiente para mostrar una montaña de juguetes apilados contra la pared del fondo.

Una bicicleta, un patín, un bate de la liga infantil, rodilleras, cascos, guantes.

Se apagaron las luces de freno del Toyota y él se movió. Neagley corrió. Era mucho más rápida que Reacher. Entró en el garaje en el momento mismo en que la puerta comenzaba a bajar. Reacher llegó unos diez segundos más tarde y utilizó el pie para trabar el mecanismo de seguridad. Esperó hasta que la puerta volviese a levantarse a la altura de la cintura y entonces se agachó y entró.

Margaret Berenson ya estaba fuera del coche. Neagley tenía una mano enguantada en su pelo y con la otra le sujetaba las muñecas por detrás. Berenson se resistía, pero no demasiado. Dejó de hacerlo después de que Neagley le forzó la cara hacia abajo y la golpeó dos veces contra el capó del Toyota. En aquel momento se aflojó y comenzó a chillar. Dejó de chillar un segundo más tarde después de que Neagley la alzó de nuevo y la volvió hacia Reacher, que le golpeó en el plexo solar, una vez, suave, solo lo justo para vaciarle el aire de los pulmones.

Entonces Reacher se apartó, apretó el botón y la puerta comenzó a cerrarse de nuevo. Había una bombilla de baja potencia en el techo y cuando se apagó, la luz del sol fue reemplazada por un débil resplandor amarillo. Al fondo a la derecha del garaje había una puerta que comunicaba con el exterior y otra a la izquierda que debía de llevar al interior de la casa. Había un botón de alarma a su lado.

—¿Está conectada? —preguntó Reacher.

—Sí —respondió Berenson, sin aliento.

—No —dijo Neagley. Señaló la bicicleta y el patinete—. El chico tiene unos doce años. Mamá salió esta mañana muy temprano. Por una vez el chico tomó el autobús escolar por su cuenta. Sin duda algo poco frecuente. Conectar la alarma seguro que no forma parte de su rutina habitual.

—Quizá la conectó papá.

—Papá hace tiempo que no está. Mamá no lleva alianza.

—¿Un novio?

—¿Es un chiste?

Reacher intentó abrir la puerta. Estaba cerrada. Sacó las llaves del contacto del Toyota y buscó en el llavero hasta encontrar la llave de la casa. Encajaba en la cerradura y giró. La puerta se abrió. No sonó ningún pitido de aviso. Treinta segundos más tarde, ninguna luz, ninguna sirena.

—Dice usted un montón de mentiras, señora Berenson —afirmó Reacher.

Berenson no dijo nada.

—Pertenece a recursos humanos —comentó Neagley—. Es su trabajo.

Reacher mantuvo la puerta abierta y Neagley llevó a Berenson a través del lavadero hasta la cocina. La casa había sido edificada antes de que los arquitectos comenzasen a hacer cocinas grandes como hangares, así que solo era una pequeña habitación cuadrada con armarios y electrodomésticos de unos años de antigüedad. Había una mesa y dos sillas. Neagley obligó a Berenson a sentarse en una y Reacher fue al garaje y buscó hasta encontrar un rollo de cinta aislante en un estante. Con los guantes no podía coger la punta así que volvió a la cocina y utilizó un cuchillo que había sobre una madera. Ligó a Berenson bien fuerte a la silla, el torso, los brazos, las piernas, rápido y eficiente.

—Estuvimos en el ejército —le dijo a ella—. Se lo mencionamos, ¿no? Cuando necesitábamos información, nuestra primera puerta de llamada era el encargado de la compañía. Esa es usted. Así que comience a hablar.

—Está loco —replicó Berenson.

—Hábleme de las heridas del accidente.

—¿Qué?

—Sus cicatrices.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—¿Fue grave?

—Terrible.

—Esto puede ser mucho peor. —Reacher dejó el cuchillo de cocina en la mesa y luego lo acompañó con la Glock que sacó de un bolsillo y el trozo de cemento de Tony Swan del otro—. Heridas de arma blanca, heridas de bala, golpes. Puede elegir.

Berenson comenzó a llorar. Lloros y gemidos indefensos. Sus hombros se sacudían y las lágrimas caían sobre sus muslos.

—No le servirá de nada —añadió Reacher—. Le está llorando al tipo equivocado.

Berenson levantó la cabeza y la volvió para mirar a Neagley. El rostro de Neagley era tan expresivo como el trozo de cemento de Swan.

—Comience a hablar —repitió Reacher.

—No puedo —contestó Berenson—. Le hará daño a mi hijo.

—¿Quién?

—No se me permite decirlo.

—¿Lamaison?

—No lo puedo decir.

—Es hora de que se decida, Margaret. Queremos saber quién lo sabía y quién iba en el helicóptero. Ahora mismo usted está incluida. Si quiere que la quitemos, tendrá que hablar, y mucho.

—Hará daño a mi hijo.

—¿Se lo hará Lamaison?

—No puedo decirlo.

—Mírelo desde nuestro lado, Margaret. En caso de duda, la mataremos a usted.

Berenson no dijo nada.

—Sea inteligente, Margaret —prosiguió Reacher—. Sea quien sea el que está amenazando a su hijo, si usted nos da las explicaciones pertinentes, es hombre muerto. No estará en condiciones de hacerle daño a nadie.

—No puedo confiar en su palabra.

—Mátala ya —dijo Neagley—. Nos está haciendo perder el tiempo.

Reacher fue hasta la nevera y la abrió. Sacó una botella de plástico de agua Evian. Sin gas, francesa, tres veces más cara que la gasolina. Destapó la botella y bebió un largo trago. Le ofreció la botella a Neagley. Ella negó con la cabeza. Vació el resto del agua en el fregadero, volvió a la mesa y utilizó el cuchillo de cocina para abrir un agujero oval en el fondo del recipiente. Lo encajó en el cañón de la Glock. Lo movió hasta que el cuello quedó alineado con el cañón.

—Un silenciador casero —explicó—. Los vecinos no escucharán nada. Solo sirve una vez, pero basta y sobra.

Sostuvo el arma a cincuenta centímetros del rostro de Berenson y apuntó de forma que ella pudiese mirar a lo largo de la botella con el ojo derecho.

Berenson comenzó a hablar.

En retrospectiva fue un relato que Reacher hubiese podido escribir por adelantado. El diseñador principal de la planta de Highland Park era ahora el encargado del control de calidad y había comenzado a mostrar síntomas de un fuerte estrés. Se llamaba Edward Dean y vivía al norte, más allá de las montañas. Por pura casualidad, le tocaba la revisión anual de rendimiento tres semanas después de haber comenzado su extraño comportamiento. Como una profesional competente, Margaret Berenson se había fijado en su conducta, y había investigado a fondo.

Al principio Dean afirmó que su traslado al norte era la raíz del problema. Él quería un estilo de vida relajado y por eso había comprado una finca en el desierto, al sur de Palmdale. Pero los viajes de ida y vuelta al trabajo le estaban matando. Berenson no le creyó. Todos los habitantes de Los Ángeles tenían que ir al trabajo desde el infierno. Entonces Dean dijo que sus vecinos eran problemáticos. Había moteros y laboratorios de droga cerca. Berenson estaba más dispuesta a creérselo. Las historias sobre aquella zona eran innumerables. Pero el doloroso eco de un comentario casual referente a la hija de Dean la llevó a creer que la chica tenía algún problema. Tenía catorce años. Berenson sumó dos y dos y el resultado fue cinco. Se dijo que quizá la chica frecuentaba a los moteros o tomaba drogas y estaba causando problemas en casa.

Más adelante cambió de opinión. Los problemas de calidad en Highland Park se esparcieron por toda la compañía. Berenson sabía que Dean tenía una posición complicada, una doble responsabilidad. Como uno de los directores, tenía el compromiso de conseguir el mayor beneficio económico. Pero también tenía la responsabilidad paralela con el Pentágono de garantizar que New Age solo vendía material en condiciones. Berenson dedujo que el conflicto en su mente era la causa del estrés. Así y todo, en general el hombre estaba haciendo lo correcto según la ley, así que dejó a un lado sus preocupaciones.

Entonces desapareció Tony Swan.

Se esfumó. Un día estaba allí y al día siguiente ya no. Como profesional que era, Margaret Berenson advirtió su ausencia. Investigó. Ella también tenía una doble responsabilidad. Swan tenía acceso a información clasificada. Había implicaciones de seguridad nacional. Investigó el tema como un sabueso. Hizo toda clase de preguntas a toda clase de personas.

Entonces un día llegó a casa y se encontró a Allen Lamaison en el sendero de entrada jugando al baloncesto con su hijo.

Berenson le tenía miedo a Lamaison. Siempre se lo había tenido. No se había dado cuenta de la magnitud de su miedo hasta que lo vio alborotar el pelo a su hijo de doce años con una mano lo bastante grande para destrozarle el cráneo. Lamaison sugirió que el chico siguiese practicando tiros libres mientras él iba al interior de la casa para mantener una charla importante con mamá.

La charla comenzó con una confesión. Lamaison le relató a Berenson punto por punto lo que le había pasado a Swan. Todos los detalles. Insinuó cuál era la razón. Esta vez Berenson sumó dos y dos y obtuvo cuatro. Recordó el estrés de Dean. Entonces Lamaison le explicó que Dean estaba cooperando en un proyecto especial, porque no quería que su hija desapareciese y la encontrasen semanas más tarde con las piernas bañadas en sangre en medio de un alegre grupo de moteros.

Claro que también podía ser que nunca apareciese.

Luego Lamaison dijo que lo mismo le podía pasar al hijo de Berenson. Comentó como de pasada que hay muchos moteros que gustan de usar ambas vías sexuales cuando se trata de disfrutar. La mayoría de ellos había pasado por la cárcel, y ya se sabe, la cárcel distorsiona los gustos.

Le hizo una advertencia y dos instrucciones. La advertencia era que antes o después se presentarían dos hombres y dos mujeres y comenzarían a formular preguntas. Viejos amigos del ejército. La primera orden era que debía distraerlos, con firmeza y de forma definitiva. La segunda orden era que nada de esa conversación debía ser revelada.

Luego llevó a Berenson a la planta de arriba para que realizase cierto acto sexual. Para sellar el compromiso, dijo.

Salió y continuó jugando al baloncesto con su hijo un poco más.

Después, por fin se marchó.

Reacher la creyó. A lo largo de su vida había escuchado a muchas personas contar mentiras, y con menos frecuencia a personas que decían la verdad. Sabía cómo distinguirlas. Sabía en qué confiar y en qué desconfiar. Era un hombre cínico hasta la médula, pero su talento especial era mantener en parte una mentalidad abierta. Había la parte del baloncesto, la referencia a la cárcel y el acto sexual. Las personas como Margaret Berenson no se inventaban esa clase de cosas. No podían. Sus marcos de referencia no eran lo bastante amplios. Cogió el cuchillo y cortó la cinta aislante. La ayudó a levantarse.

—Entonces ¿quién está al tanto del asunto? —preguntó.

—Lamaison, Lennox, Parker y Saropian.

—¿Nadie más?

—Alan.

—¿Qué pasa con los otros cuatro expolis?

—Son diferentes. Pertenecen a otra época y otro lugar. Lamaison no confiaría en ninguno de ellos para algo como esto.

—¿Por qué los contrató?

—Porque necesita personal. Les confía todo lo demás. Hacen lo que él les dice.

—¿Por qué contrató a Tony Swan? Debió de ser un engorro.

—Lamaison no contrató a Swan. No quería. Pero yo convencí a nuestro director ejecutivo de que necesitábamos diversidad de orígenes. No era sano tener a todos del mismo lugar.

—¿Así que fue usted quien lo contrató?

—Se puede decir que sí. Lo siento.

—¿Dónde ocurrió todo esto?

—En Highland Park. El helicóptero está allí. Y también los talleres. Es un lugar grande.

—¿Puede ir a algún lugar? —preguntó Reacher.

—¿Irme? —dijo Berenson.

—Durante un par de días, hasta que esto se acabe.

—No se acabará. No conoce a Lamaison. No podrá derrotarlo.

Reacher miró a Neagley.

—¿Podemos golpearlos? —preguntó.

—Como a un tambor —respondió ella.

—Pero ellos son cuatro —protestó Berenson.

—Tres —le corrigió Reacher—. Saropian ya ha caído. Tres ellos, cuatro nosotros.

—Está loco.

—Es lo que van a creer. Sin ninguna duda. Van a creer que soy un auténtico psicópata.

Berenson permaneció callada por un largo momento.

—Puedo ir a un hotel —sugirió.

—¿Cuándo llega su hijo a casa?

—Iré a recogerlo a la escuela.

—Prepare las maletas —dijo Reacher.

—Lo haré.

—¿Quiénes iban en el helicóptero? —preguntó Reacher.

—Lamaison, Lennox y Parker. Solo ellos tres.

—Además del piloto —le recordó Reacher—. Son cuatro.

Berenson subió las escaleras para preparar las maletas y Reacher dejó el cuchillo de cocina en su sitio. Se guardó la piedra de Swan en el bolsillo y quitó la botella de plástico del cañón de la Glock.

—¿Crees que hubiese funcionado? —preguntó Neagley—. ¿Como silenciador?

—Lo dudo. Lo leí una vez en un libro. Funcionaba en el papel. Pero en el mundo real imagino que hubiese estallado y me hubiese cegado con los trozos de plástico. Pero ha quedado de coña, ¿no? Añadía más dramatismo a la situación. Mejor que solo apuntar con el arma.

Entonces sonó el móvil. El comprado, no el de Saropian. Era Dixon. Ella y O'Donnell llevaban apostados en Highland Park desde hacía cuatro horas y media. Habían visto todo lo que se podía ver, y comenzaban a aburrirse.

—Volved a casa —dijo Reacher—. Tenemos lo que necesitamos.

Entonces sonó el móvil de Neagley. El suyo personal, no el comprado. El tipo de Chicago. Las diez y media en Los Ángeles, hora de comer en Illinois. Escuchó, sin moverse, sin hacer preguntas, solo absorbiendo información. Luego cortó la llamada.

—Los primeros datos preliminares de radio macuto en el Departamento de Policía de Los Ángeles. En veinte años de servicio Lamaison se enfrentó a dieciocho investigaciones de Asuntos Internos y salió bien librado de todas.

—¿Cargos?

—Todos los que quieras. Corrupción, soborno, drogas desaparecidas, dinero desaparecido, brutalidad. Es un mal bicho, pero inteligente.

—¿Cómo un tipo así consigue un trabajo con un contratista de Defensa?

—¿Y cómo pudo entrar en la policía de Los Ángeles? Y luego ascender. Se monta una fachada y trabaja duro para mantener limpia su hoja de servicios, así es como se hace. Y teniendo un compañero que sabe cuándo y cómo callarse.

—Lo más probable es que su compañero fuese tan malo como él. Por lo general funciona de esa manera.

—Tú deberías saberlo —dijo Neagley.

Berenson bajó las escaleras cuarenta minutos más tarde. Llevaba una maleta negra muy cara y un macuto de nailon verde con un logo deportivo. Su equipaje y el del chico, se dijo Reacher. Los cargó en el maletero del Toyota. Reacher y Neagley fueron a sus coches y los acercaron para formar un convoy de protección. El mismo método básico de vigilancia, con un propósito diferente. Neagley iba casi pegada y Reacher se mantenía detrás. Después de recorrer unos dos kilómetros decidió que O'Donnell se había equivocado al decir que los Hondas eran los coches más invisibles de California. El Toyota aún encajaba mejor. Lo miraba y apenas si podía verlo.

Berenson se detuvo ante una escuela. Era un gran edificio marrón con esa especie de silencio de agujero negro que tienen las escuelas cuando todos los niños están dentro estudiando. Pasados veinte minutos salió con un chico de pelo castaño. Era pequeño. Apenas si le llegaba al hombro. Parecía un tanto intrigado, pero feliz de que lo sacasen de clase.

Después Berenson recorrió un tramo de la no, salió en Pasadena y se dirigió a un hotel en una calle discreta. Reacher aprobó su elección. El lugar tenía un aparcamiento trasero donde el Toyota no podía ser visto desde la calle, con un conserje en la puerta, y dos mujeres en el mostrador de recepción. Muchos ojos vigilantes antes de los ascensores y las habitaciones. Mejor que un motel.

Reacher y Neagley permanecieron abajo para dar a Berenson y a su hijo tiempo para acomodarse. Calcularon que diez minutos bastarían. Utilizaron el tiempo para comer, en un bar junto al vestíbulo. Sándwiches de varios pisos, café para Reacher, gaseosa para Neagley. A Reacher le gustaban los sándwiches de varios pisos. Le gustaba poder limpiarse los dientes con el palillo de plástico que mantenía las capas del sándwich unidas. Odiaba hablar con personas que mostraban trozos de pollo entre los dientes.

Su teléfono sonó cuando se estaba tomando el café. De nuevo Dixon. Estaba en el motel, con O'Donnell. Había un mensaje urgente en la recepción. De Curtis Mauney.

—Quiere que vayamos a aquel lugar al norte de Glendale —le informó Dixon—. Ahora mismo.

—¿Dónde fuimos por lo de Orozco?

—Sí.

—¿Han encontrado a Sánchez?

—No lo dijo. Pero tampoco ha dicho que nos viésemos en la morgue. Dijo que nos reuniésemos con él en el hospital al otro lado de la calle. Por lo tanto, si es Sánchez, está vivo.

Dixon y O'Donnell salían del motel Dunes al mismo tiempo que Reacher y Neagley lo hacían del hotel en Pasadena. Ambos lugares estaban a la misma distancia del hospital al norte de Glendale. Dieciséis kilómetros cada uno de los lados del mismo pequeño triángulo.

Reacher pensó que llegarían primero. La disposición de la carretera flanqueando las montañas San Gabriel les otorgaba la ventaja de un camino más recto por la 210. Dixon y O'Donnell debían ir al noreste, obligados a realizar un ángulo recto por el trazado de la autopista, un viaje complicado donde se encontrarían con atascos a lo largo de todo el camino.

Pero en la 210 también se toparon con un atasco. A cien metros de la vía de incorporación la circulación estaba completamente inmóvil. Un río de coches detenidos se curvaba hasta perderse en la distancia, parpadeando al sol, quemando gasolina, sin ir a ninguna parte. El clásico panorama de Los Ángeles. Reacher miró por el retrovisor y vio el Honda de Neagley detrás. Era un Civic blanco, un modelo de hacía unos cuatro años. No podía verla sentada al volante. El cristal era demasiado oscuro. Tenía una franja de plástico en la parte superior del parabrisas de color azul oscuro, con las palabras *Sin Miedo* escritas en letras plateadas. «Muy apropiado para Neagley», pensó.

La llamó por el móvil.

—Delante hay un coche averiado —dijo ella—. Lo acabo de oír en la radio.

—Joder.

—Si Sánchez ha conseguido sobrevivir hasta ahora, podrá seguir vivo unos minutos más.

—¿En qué se equivocaron? —preguntó Reacher.

—No lo sé. Esta no tiene pinta de ser la cosa más peligrosa a la que se han enfrentado.

—Alguien les tendió una trampa. Algo imprevisible. ¿Por dónde hubiese comenzado Swan?

—Con Dean —contestó Neagley—. El tipo de control de calidad. Su comportamiento tuvo que ser el detonante. Las malas cifras por sí mismas no significan gran cosa. Pero las malas cifras unidas al tipo de control de calidad estresado significan mucho.

—¿Consiguió toda la historia de boca de Dean?

—Probablemente no. Pero lo suficiente para unir cabos. Swan era mucho más inteligente que Berenson.

—¿Cuál fue su siguiente paso?

—Dos pasos en paralelo —dijo Neagley—. Aseguró la situación de Dean y comenzó a buscar pruebas que lo corroborasen.

—Con la ayuda de los otros.

—Más que ayuda —señaló Neagley—. Los subcontrató. Tuvo que hacerlo porque su situación en el despacho era insegura.

—¿Así que en ningún momento habló con Lamaison?

—Ni por asomo. Primera regla, no confiar en nadie.

—¿Entonces quién les tendió la trampa?

—No lo sé.

—¿Cómo pudo Swan asegurar la situación de Dean?

—Tuvo que hablar con los polis locales. Solicitar protección, o al menos pedir que un coche pasase de forma regular.

—Lamaison es un antiguo poli de Los Ángeles. Quizá todavía tiene gente dentro. Posiblemente le avisaron.

—No creo —dijo Neagley—. Swan no habló con el Departamento de Policía de Los Ángeles. Dean vive al otro lado de la montaña. Fuera de su jurisdicción.

Reacher esperó un momento.

—Pues entonces significa que Swan no habló con nadie. Porque allí arriba es el reino de Curtis Mauney, y él no sabía nada de Dean o de New Age. Ni tampoco de Swan, excepto a través de Franz.

—Swan no dejaría a Dean desprotegido.

—Por lo tanto, puede ser que Dean no fuese el detonante. Quizá Swan no sabía nada de él. Posiblemente encontró otra manera de entrar.

—¿Cómo? —preguntó Neagley.

—No tengo ni idea —dijo Reacher—. A lo mejor Sánchez puede decírnoslo.

—¿Crees que está vivo?

—Sueña con lo mejor.

—Pero prepárate para lo peor.

Cerraron la comunicación. Su carril avanzó un poco. En un minuto y cuarto de conversación habían recorrido la distancia de cinco coches. En los siguientes cinco minutos de silencio recorrieron alrededor de otros diez, seis veces más lento que a pie. A su alrededor los conductores soportaban la espera. Hablaban por teléfono, leían, se afeitaban, se maquillaban, fumaban, comían, escuchaban música. Algunos tomaban el sol. Se habían arremangado y mantenían los brazos fuera de las ventanillas abiertas.

Sonó el móvil de Reacher. De nuevo Neagley.

—Más de Chicago. Hemos entrado en parte de los archivos del Departamento de Policía de Los Ángeles. Lennox y Parker eran tan malos como Lamaison. Eran compañeros. Renunciaron antes de enfrentarse a su duodécima investigación de Asuntos Internos en doce años. Debían de llevar una semana fuera del trabajo cuando Lamaison los contrató para New Age.

—Me alegra no tener acciones de New Age.

—Las tienes. Todo es dinero del Pentágono. ¿De dónde crecí que viene?

—De mí no —afirmó Reacher.

Doscientos metros más tarde la autopista apareció delante de ellos y vieron la causa del atasco en la distancia, entre la bruma. Había un coche averiado en el carril izquierdo. Un obstáculo trivial, pero toda la carretera estaba detenida. Reacher cortó la llamada con Neagley y marcó para llamar a Dixon.

—¿Ya has llegado? —preguntó.

—Estoy a unos diez minutos.

—Nosotros estamos en un atasco. Llámanos si tienes buenas noticias. También si son malas.

Tardaron otro cuarto de hora en llegar al coche averiado y necesitaron hacer unos cuantos arriesgados cambios de carril para pasarlo. Entonces desapareció el atasco y todos continuaron su camino a ciento diez kilómetros por hora como si nada hubiese ocurrido. Reacher y Neagley llegaron al edificio del condado diez minutos más tarde. Dieciséis kilómetros en cuarenta minutos. Velocidad promedio cincuenta kilómetros por hora. Una maravilla.

No hicieron caso de la morgue y entraron en el aparcamiento de visitantes del hospital. Caminaron bajo el sol hasta la entrada principal. Reacher vio el Honda de O'Donnell en el aparcamiento, y después el de Dixon. La entrada principal daba a un vestíbulo lleno de sillas de plástico rojo. Algunas estaban ocupadas. La mayoría no lo estaban. En el lugar reinaba la tranquilidad. No había ninguna señal de Dixon u O'Donnell. Tampoco de Curtis Mauney. Había un largo mostrador con personas detrás. No eran enfermeras. Solo empleados. Reacher le preguntó a uno de ellos por Mauney y no obtuvo respuesta. Preguntó por Jorge Sánchez y no obtuvo respuesta. Preguntó por las admisiones en urgencias de personas desconocidas y lo enviaron a otra mesa a la vuelta de una esquina.

En la nueva mesa le informaron de que no habían ingresado a ninguna persona sin identificar y no sabían nada de un paciente llamado Jorge Sánchez o de un *sheriff* del condado de Los Ángeles llamado Curtis Mauney. Reacher sacó el móvil del bolsillo pero le pidieron que no lo utilizase en el interior porque la señal podía causar interferencias en los delicados equipos médicos. Salió al aparcamiento y llamó a Dixon.

Ninguna respuesta.

Probó con el número de O'Donnell.

Ninguna respuesta.

—Puede que los hayan apagado —señaló Neagley—. Quizás están en la unidad de cuidados intensivos o algo así.

—¿Con quién? Aquí nunca han oído hablar de Sánchez.

—Tienen que estar por aquí en alguna parte. Acaban de llegar.

—Esto me da mala espina —afirmó Reacher.

Neagley sacó la tarjeta de Mauney del bolsillo. Se la dio. Reacher marcó el número del móvil de Mauney.

Ninguna respuesta.

Llamó al teléfono fijo.

Ninguna respuesta.

Entonces sonó el móvil de Neagley. Su móvil personal, no el de tarjeta. Respondió. Escuchó. Su rostro se puso pálido. Literalmente sin sangre, como la cera.

—Era de Chicago —explicó—. Curtis Mauney era el compañero de Allen Lamaison. Estuvieron juntos doce años en el Departamento de Policía de Los Ángeles.

Algo consiguió atraerlos a una trampa. Algo imprevisible. Neagley había tenido razón, pero solo a medias. Dean había sido un factor importante, pero no el detonante original. Swan había llegado a él mucho más adelante en el proceso, por una vía diferente, después de que los demás ya estuviesen a bordo. No había otra manera de explicar el desastre. Reacher permaneció en el aparcamiento del hospital, cerró los ojos y se imaginó la escena. Visualizó a Swan hablando con Dean, la parte final del rompecabezas, en casa, al norte de las montañas, en el desierto cerca de Palmdale, un paraíso para quien escapaba de la ciudad, un santuario, una adolescente moviéndose en silencio por delante de una puerta abierta, el miedo en el rostro de Dean, la preocupación en el de Swan. Reacher vio cómo Swan se enteraba de toda la historia, como siempre tranquilo e inspirando confianza. Después visualizó a Swan yendo al polvoriento despacho de un *sheriff*, a hablar con Mauney, explicar, pedir ayuda, exigiéndola. A continuación vio marchar a Swan, y a Mauney que cogía el teléfono. Para sellar el destino de Swan allí mismo. Y el de Franz, el de Orozco y el de Sánchez.

Algo imprevisible.

Reacher abrió los ojos y dijo:

—No vamos a perder a dos más. No mientras yo viva y respire.

Abandonaron el Civic de Neagley en el aparcamiento del hospital y utilizaron el Prelude de Reacher. No tenían ningún lugar adonde ir. Solo se movían por mantenerse en movimiento. Y hablaban solo por hablar.

—Sabían que acabaríamos por aparecer —comentó Neagley—. El suspenso les estaba matando. Por tanto, manipularon el guión para acomodarlo a su conveniencia. Mauney obligó a Angela Franz a llamarme. Se inventó la historia del cebo para mantener a Thomas Brandt a bordo. Nos estuvo siguiendo cada paso del camino e informándonos de cosas que ya sabíamos para tenernos cerca y preguntarnos qué más habíamos descubierto y a la espera de ver si renunciábamos y les dejábamos en paz. Como no lo hicimos, decidieron seguir adelante y matarnos. Primero en Las Vegas, y luego aquí.

Entraron de nuevo en la 210. El tráfico era fluido y rápido.

—¿Algún plan? —preguntó Neagley.

—No —dijo Reacher.

El listín de teléfonos que Dixon había conseguido estaba en la habitación de O'Donnell en el motel, pero de ninguna manera querían acercarse a Sunset Boulevard. No en aquel momento. Así que fueron reuniendo fragmentos recordados a medias de la ubicación de la planta en Highland Park y fueron en esa dirección.

No les costó mucho dar con Highland Park. Era un lugar con calles, casas, polígonos industriales y empresas de alta tecnología. Fue más difícil encontrar la ubicación precisa de New Age. No esperaban ningún cartel y tampoco lo

encontraron. En cambio buscaron los edificios sin señales, con vallas y helipuertos. Encontraron varios. Vaya con el barrio.

—Dixon dijo que el helicóptero era un Bell 222 —dijo Reacher—. ¿Reconocerías uno si lo vieses?

—He visto tres en los últimos cinco minutos —respondió Neagley.

—Dijo que era blanco.

—Dos en los últimos cinco minutos.

—¿Dónde?

—El segundo estaba a kilómetro y medio hacia atrás. Dos giros a la izquierda y uno a la derecha. El primero estaba tres edificios antes que ese.

—¿Ambos lugares con vallas?

—Sí.

—¿Edificios exteriores?

—En ambos.

Reacher frenó y dio una vuelta ilegal en redondo por todo el ancho de la carretera y volvió por donde habían venido. Giró dos veces a la izquierda y una a la derecha, redujo la velocidad y Neagley le señaló un grupo de edificios de metal detrás de una verja que hubiese servido para una cárcel de máxima seguridad. Medía no menos de dos metros cuarenta de altura y se acercaba al metro veinte de profundidad, dos hileras de alambre de espino con grandes rollos de alambre dispuestos entre ambas y acordeones de alambre apilados encima. Era una barrera tremenda. Detrás había cuatro edificios. Uno era un cobertizo de grandes dimensiones y los otros tres eran más pequeños. Había un gran rectángulo de hormigón con un helicóptero de morro aguzado en él, blanco, inmóvil y silencioso.

—¿Es un Bell 222? —preguntó Reacher.

—Inconfundible —afirmó Neagley.

—¿Es este el lugar?

—Difícil de decir.

Junto al helipuerto había una manga de viento naranja en lo alto de un poste. Colgaba floja por la falta de viento. Había un pequeño aparcamiento ocupado por trece coches. Ninguno de lujo. Ningún Chrysler azul.

—¿Qué coches conducirían los trabajadores de montaje? —preguntó Reacher.

—Coches como esos —contestó Neagley.

Reacher continuó conduciendo, pasó un grupo de edificios, luego otro. El tercero en la fila era muy similar al primero. Una valla en toda regla, cuatro edificios con las paredes de metal, un aparcamiento lleno de coches baratos, un helipuerto, un Bell 222, blanco. Ningún nombre, ninguna señal, ninguna identificación.

—Necesitamos la dirección exacta —señaló Reacher.

—No tenemos tiempo. El Dunes está muy lejos de aquí.

—Pero Pasadena no.

Hicieron el corto trayecto al este por el bulevar York y la 110. Aparcaron delante del hotel en Pasadena quince minutos más tarde. Pasados otros cinco estaban en la habitación de Margaret Berenson. Le dijeron lo que necesitaban. No le dijeron por qué. Querían reservar por su bien una ilusión de competencia.

Berenson les informó que el primer lugar que habían visto era el que buscaban.

Quince minutos más tarde pasaron de nuevo por el conjunto de edificios. La cerca era apabullante. Brutal. Un tanque de combate podría haberla atravesado. Un coche desde luego que no. No un Honda Prelude. Tampoco un coche grande como un Chrysler. Ni siquiera un camión pesado. Era una cuestión de resistencia del alambre. Los alambres exteriores se estirarían como cuerdas de guitarra antes de romperse, disipando la fuerza del impacto, frenando el vehículo, privándole de su impulso. Luego los rollos interiores se comprimirían. Como una esponja. Como un resorte. El vehículo se vería envuelto, frenado y se calaría. No había manera de entrar sobre ruedas. Tampoco de pasar a pie. Un individuo con unas cizallas se desangraría hasta morir antes de haber avanzado solo un cuarto de la distancia. Tampoco había manera de pasar por encima. Los acordeones eran demasiado grandes y demasiado sueltos para permitir que pasase una escalera.

Reacher dio toda la vuelta a la manzana. La instalación completa ocupaba poco más de una hectárea. Era más o menos cuadrada, con unos cien metros por lado. Cuatro edificios, uno grande, tres pequeños. La hierba reseca atravesada por senderos de piedra. La cerca tenía una longitud total de cuatrocientos metros y no había ningún punto débil. Una sola puerta. Era de acero y se deslizaba sobre carriles. En la parte superior tenía más rollos de alambre de espino soldados. A un costado estaba la garita de un guardia.

—Requerimientos del Pentágono —comentó Neagley—. Tiene que serlo.

Había un guardia en la garita. Un tipo mayor, el pelo canoso. Uniforme gris. Un cinto alrededor de las caderas, un arma en la pistolera. Un trabajo sencillo. El pase correcto y la documentación correcta, y él oprimiría el botón y la verja se abriría. Sin pase y sin documentación, no se abriría. Había una bombilla por encima de la cabeza del tipo. Se encendería cuando llegase la noche. Proyectaría un suave círculo de luz amarilla a seis metros a su alrededor.

—No hay manera de pasar —dijo Reacher.

—¿Crees que estarán ahí?

—Tienen que estar. Es una cárcel privada. Más seguro que llevarlos a ninguna otra parte. Es aquí donde tuvieron a los otros.

—¿Cómo los atraparon?

—Mauney los arrestó en el aparcamiento del hospital. Quizá le ayudaron los tipos de Lamaison. Rodeados, una sorpresa total, ¿qué podían hacer?

Reacher continuó conduciendo. El Prelude era un coche que no llamaba la atención, pero no quería pasar demasiadas veces por el mismo sitio. Dobló en una esquina y aparcó cuatrocientos metros más allá. No dijo nada. Porque no tenía nada

que decir.

El teléfono de Neagley sonó de nuevo. Su móvil personal. Respondió. Escuchó. Cortó. Cerró los ojos.

—El tipo del Pentágono. Los misiles acaban de salir por la puerta en Colorado.

«Si Mahmoud tiene los misiles, entonces esto es más grande que nosotros. Tendremos que tragárnoslo y seguir adelante». Reacher miró a Neagley. Ella abrió los ojos y le devolvió la mirada.

—¿Cuánto pesan? —preguntó Reacher.

—¿Pesan?

—Sí, pesan. En kilos y gramos.

—No lo sé. Son nuevos. Nunca he visto ninguno.

—Haz una suposición.

—Más pesados que un Stinger. Porque hacen más cosas. Pero todavía portátiles. En cajones, con los tubos de lanzamiento, los recambios y los manuales, diría que veinticinco kilos cada uno.

—Algo más de dieciséis toneladas.

—Un semirremolque —apuntó Neagley.

—¿Cuál es la velocidad promedio en las interestatales, ochenta kilómetros por hora?

—Es probable.

—Al norte por la I-25 hasta la I-80, después al oeste hacia Nevada, son unos mil quinientos kilómetros. Así que tenemos dieciocho horas. Pongamos veinticuatro, porque el conductor tendrá que hacer un descanso obligatorio.

—No van a Nevada —señaló Neagley—. Olvídate de Nevada, porque van a utilizarlos, no los van a destruir.

—Lo que sea. Cualquier lugar importante está a dieciocho horas de Denver.

Neagley sacudió la cabeza.

—Esto es una locura. No podemos esperar veinticuatro horas. Ni dieciocho. Tú mismo lo dijiste, puede haber diez mil muertos.

—Pero todavía no.

—No podemos esperar —insistió Neagley—. Es más fácil detener el camión cuando salga de Denver. Puede ir destino a cualquier parte. Podría ir a Nueva York, al JFK o a La Guardia. O a Chicago. ¿Puedes imaginarte el Little Wing desplegado en el aeropuerto de Chicago?

—La verdad es que no.

—Cada minuto que lo retrasemos hará más difícil encontrar el camión.

—Un dilema moral —opinó Reacher—. Dos personas que conocemos, o diez mil que no.

—Tenemos que decírselo a alguien.

Reacher no contestó.

—Tenemos que hacerlo, Reacher.

—Quizá no escuchen. No quisieron escuchar nada del 11-S.

—Te estás aferrando a un hilo. Han cambiado. Tenemos que decírselo a alguien.

—Lo haremos. Pero todavía no.

—Karla y Dave tendrán más probabilidades con un par de equipos de fuerzas especiales de su lado.

—Ni lo sueñes. Acabarán como daños colaterales en un instante.

—Ni siquiera podemos cruzar esa alambrada. Dixon morirá, O'Donnell morirá, otras diez mil personas morirán, nosotros moriremos.

—¿Quieres vivir para siempre?

—No quiero morir hoy. ¿Y tú?

—En realidad no me importa en absoluto.

—¿De verdad?

—Nunca me ha importado. ¿Por qué me iba a importar ahora?

—Eres un psicópata.

—Míralo por el lado bueno.

—¿Ah sí, cuál?

—Puede que ninguna de esas cosas ocurra.

—¿Por qué no iba a ocurrir?

—Puede que nosotros ganemos. Tú y yo.

—¿Aquí? Tal vez. ¿Pero luego? Ni lo sueñes. No tenemos ni idea de adónde va el camión.

—Podemos averiguarlo más tarde.

—¿Tú crees?

—Es lo que hacemos mejor.

—¿Tan bien como para apostar diez mil vidas contra dos?

—Eso espero —dijo Reacher.

Condujo un kilómetro y medio al sur y aparcó de nuevo en una calle lateral delante de una tienda de motocicletas Harley. Veía a lo lejos el helicóptero de New Age.

—¿Qué clase de seguridad nos podemos encontrar? —preguntó.

—¿En una situación normal? —dijo Neagley—. Sensores de movimiento en la cerca, grandes cerraduras en todas las puertas y un tipo en la garita de guardia las veinticuatro horas del día. Es todo lo que necesitan en una situación normal. Pero hoy no será normal. Ya te puedes ir olvidando. Saben que estamos aquí fuera. Todo el equipo de seguridad de New Age estará allí, preparado y alerta.

—Siete hombres.

—Siete que nosotros sepamos. Quizá más.

—Puede.

—Y estarán del lado interior de la cerca. Nosotros estamos fuera.

—Deja que yo me ocupe de la cerca.

—No hay manera de atravesarla.

—No es necesario. Hay una puerta. ¿A qué hora es noche cerrada?

—Digamos que a las nueve, para asegurarnos.

—No volarán antes de que oscurezca. Tenemos siete horas. Siete de nuestras veinticuatro.

—Nunca tuvimos veinticuatro.

—Me pusisteis al mando. Las tenemos si yo digo que las tenemos.

—Bien, pueden haberlos matado ya.

—A Franz, Orozco y Swan no les dispararon. Les preocupa la balística.

—Esto es una locura.

—No voy a perder a otros dos —afirmó Reacher.

Condujeron alrededor de la manzana de New Age una vez más, rápidos y discretos, y grabaron la geografía en sus mentes. La verja de entrada estaba en el centro de la cara delantera del cuadrado. El edificio principal estaba delante y en el centro, al final de una breve calzada. Detrás había tres edificios auxiliares dispersos. Uno estaba cerca del helipuerto. Otro un poco más allá. El último aislado, quizás a unos treinta metros de todos los demás. Los cuatro edificios estaban colocados sobre plataformas de cemento. Tenían las paredes metálicas. Ninguna señal, ningún cartel. Eran edificios severos y prácticos. No había árboles. Ningún trabajo paisajístico, solo hierba reseca, senderos de tierra apisonada y un aparcamiento.

—¿Dónde están los Chrysler? —preguntó Reacher.

—Fuera —contestó Neagley—. Nos buscan.

Volvieron al hospital en Glendale. Neagley fue a sacar su coche del aparcamiento. Se detuvieron en un supermercado. Compraron una caja de cerillas de madera largas. Dos cajas de agua mineral Evian. Doce botellas de un litro, reunidas en paquetes de seis y envueltas en plástico. Se detuvieron de nuevo un poco más allá en una casa de recambios de coches. Compraron un bidón de plástico de veinte litros y una bolsa de bayetas.

A continuación fueron a una gasolinera, llenaron los depósitos de los coches y el bidón.

Salieron de Glendale por el sudoeste y acabaron en Silver Lake. Reacher llamó a Neagley por teléfono y le dijo:

—Ahora tendríamos que pasar por el motel.

—Puede que aún tengan vigilancia —le recordó Neagley.

—Es la razón por la que debemos ir. Si podemos acabar con uno de ellos ahora, será uno menos del que preocuparse más tarde.

—Podría haber más de uno.

—Perfecto. Cuantos más mejor.

Sunset Boulevard pasaba a través de Silver Lake, al sur del embalse. Era una carretera muy larga. Reacher la encontró y fue hacia el oeste. Nueve kilómetros después pasó por delante del motel sin detenerse. Neagley lo seguía a veinte metros con el Civic. La precedió en un giro a la izquierda y aparcó a una manzana. Había callejones de servicio que les llevaron en una ruta circular hasta la parte de atrás del motel. Caminaron por los callejones separados por una distancia de cinco metros. No

tenía ningún sentido convertir a dos personas en un único objetivo. Reacher iba primero, con la mano puesta en la culata de la Glock en su bolsillo. Entró en el aparcamiento del motel muy despacio, por la parte de atrás, por un estrecho pasadizo flanqueado por los contenedores de residuos. En el aparcamiento no parecía haber peligro. Ocho coches, cinco con matrículas de otros estados, ningún Chrysler azul. Nadie en las sombras. Fue a la derecha. Sabía que cinco metros detrás de él Neagley iría a la izquierda. Era su disposición por defecto, establecida muchos años antes. Dio una media vuelta completa al edificio. No había nada fuera de lugar. Nadie sospechoso. Nadie en el vestíbulo, nadie en la lavandería. A través del ancho del aparcamiento vio al empleado solo en el mostrador de la conserjería.

Salió a la acera y observó la calle. Estaba despejada. Algo de actividad pero nada significativo. Algunos coches, pero nada de qué preocuparse. Volvió al aparcamiento y esperó a que Neagley acabase su ronda por el otro lado. Ella comprobó la acera, la calle, volvió atrás y miró la oficina. Nada. Su compañera sacudió la cabeza y juntos fueron hacia la habitación de O'Donnell, por diferentes caminos, todavía separados por cinco metros, solo por si acaso.

La cerradura de O'Donnell estaba rota.

Mejor dicho, la cerradura de O'Donnell estaba bien, pero la jamba de la puerta estaba rota. La madera estaba rajada. Alguien había utilizado una palanca o una llave para cambiar neumáticos a modo de palanca para abrir la puerta. Reacher sacó la Glock del bolsillo y esperó junto a las bisagras de la puerta y Neagley se le unió por el lado del pomo. Ella asintió y Reacher abrió la puerta de un puntapié. Neagley se dejó caer de rodillas y se movió en el umbral con el arma extendida. Otra vieja disposición por defecto. El del lado de las bisagras abría la puerta, el que estaba en el lado del pomo entraba agachado para reducir el objetivo. Por lo general, cualquiera oculto en una habitación con un arma apuntaría alto, hacia la masa central.

Pero no había nadie oculto en la habitación. Estaba vacía. También destrozada del todo. Revisada y destrozada. Había desaparecido toda la documentación de New Age, las pistolas Glock 17 descartadas, la munición de recambio, las pistolas AMT Hardballer, la metralleta Daewoo DP 51 de Saropian y las linternas Maglite. Las prendas de O'Donnell estaban dispersas por todas partes. Su traje de mil dólares había sido arrancado de la percha en el armario y pisoteado. Sus objetos de aseo estaban hechos añicos.

En la habitación de Dixon vieron lo mismo. Vacía y destrozada.

Y la de Neagley.

También la de Reacher. Su cepillo de dientes plegable estaba en el suelo, aplastado de un pisotón.

—Cabrones —dijo.

Echaron una última ojeada a las habitaciones, luego al motel, y después en el radio de una manzana. Nadie.

—Todos nos están esperando en Highland Park —opinó Neagley.

Reacher asintió. Contaban con las dos Glock y sesenta y ocho proyectiles. Además de su reciente compra guardada en el maletero del Prelude.

Dos contra siete o más.

Sin tiempo.

Sin elemento sorpresa.

Una posición fortificada sin manera de entrar.

Una situación sin esperanza.

—En marcha —anunció Reacher.

Esperar a que anochezca siempre es un largo y tedioso proceso. Algunas veces la Tierra parece girar deprisa, y otras lenta. Esta vez parecía lenta. Aparcaron en una calle tranquila a tres manzanas de la planta de New Age, en lados opuestos de la calle. El Civic de Neagley miraba al oeste; el Prelude de Reacher, al este. Ambos veían el lugar. Las cosas habían cambiado al otro lado de la cerca. Los coches de los trabajadores de montaje habían desaparecido del aparcamiento. En su lugar había seis Chrysler 300C azules. Estaba claro que había acabado la jornada de trabajo. Todo había sido despejado para la inminente batalla. Más allá de los coches alcanzaban a ver el helicóptero, a unos cuatrocientos metros. Nada más que una pequeña silueta blanca, pero suponían que serían capaces de percatarse en caso de que se pusiese en marcha. Y si lo hacía, quedaban cerradas todas las apuestas.

Reacher había colocado sus móviles en modo vibración. Neagley le llamó dos veces, para pasar el tiempo. En realidad estaba tan cerca que podría bajar el cristal de la ventanilla y gritarle, pero estaba claro que no quería llamar la atención.

La primera vez le preguntó:

—¿Has dormido con Karla?

—¿Cuándo? —preguntó Reacher a su vez para ganar tiempo.

—En este viaje.

—Dos veces —contestó Reacher—. Nada más.

—Me alegro.

—Gracias.

—Siempre quisisteis hacerlo.

La segunda vez que llamó fue quince minutos más tarde.

—¿Has hecho testamento? —preguntó.

—No me hace falta —respondió Reacher—. Ahora que han destrozado mi cepillo de dientes, no soy dueño de nada.

—¿Qué sientes?

—Cabreo. Me gustaba el cepillo. Llevaba conmigo mucho tiempo.

—No, me refiero al resto.

—Me parece bien. No veo que Karla o Dave estén más contentos que yo.

—Ahora mismo no lo están, eso está claro.

—Saben que venimos.

—Morir todos juntos les alegrará mucho.

—Es mejor que morir solo —afirmó Reacher.

Un gran semirremolque blanco avanzaba en dirección oeste por la I-70 en Colorado, en dirección al estado de Utah. Llevaba menos de media carga, un poco más de dieciséis toneladas en un remolque diseñado para llevar cuarenta. Así que iba poco

cargado, pero circulaba a baja velocidad debido a las montañas. Iría a marcha lenta hasta doblar al sur por la I-15. A partir de allí sería un trayecto más rápido, cuesta abajo hasta California. El conductor había calculado un promedio de ochenta kilómetros por hora para todo el viaje. Dieciocho horas como máximo, de puerta a puerta. No iba a hacer ningún descanso. ¿Cómo podía? Era un hombre con una misión, no tenía tiempo para frivolidades.

Azhari Mahmoud consultó el mapa por tercera vez. Calculaba que necesitaría tres horas. O quizá más. Tenía que cruzar casi todo Los Ángeles, de sur a norte. No esperaba que fuese fácil. El camión alquilado era lento y difícil de conducir, y estaba seguro de que el tráfico sería horroroso. Decidió darse a sí mismo cuatro horas. Si llegaba temprano, podía esperar. No había nada malo en hacerlo. Puso la hora en el despertador, se tumbó en la cama e intentó dormirse a fuerza de voluntad.

Reacher miró el horizonte oriental en un intento por juzgar la luz. El tinte en el parabrisas no ayudaba. Desde el punto de vista óptico, era demasiado optimista. Hacía que el cielo pareciese mucho más oscuro de lo que era en realidad. Bajó el cristal de la ventanilla y se asomó. En realidad, nada bueno. Les quedaba por lo menos otra hora de luz. Después quizás una hora de crepúsculo. Luego la total oscuridad. Subió el cristal de la ventanilla, se acomodó en el asiento y descansó. Se obligó a bajar las pulsaciones, respiró hondo y se relajó.

Permaneció relajado hasta que le llamó Allen Lamaison.

Lamaison llamó a Reacher por el móvil comprado, no el móvil de Saropian. El número que aparecía en pantalla indicaba que estaba utilizando el móvil de Karla Dixon. Una provocación descarada. Había mucha satisfacción en su voz.

—¿Reacher? Tenemos que hablar.

—Pues hable —dijo Reacher.

—Es un inútil.

—¿Usted cree?

—Hasta ahora ha perdido todos los asaltos.

—Excepto con Saropian.

—Es verdad —admitió Lamaison—, y me siento muy apenado por ello.

—Pues más le vale acostumbrarse. Porque va a perder otros seis, y después usted y yo iremos a dar un largo paseo.

—No —dijo Lamaison—. No va a pasar así. Vamos a hacer un trato.

—Ni lo sueñe.

—Los términos son excelentes. ¿Quiere oírlos?

—Será mejor que se dé prisa. Ahora mismo estoy en el centro. Tengo una cita con el FBI. Voy a contarles todo el asunto del Little Wing.

—¿Qué les va a contar? —replicó Lamaison—. No hay nada que contar. Teníamos algunas unidades defectuosas que fueron destruidas. Así consta en blanco y negro en la documentación aprobada por el Pentágono.

Reacher no dijo nada.

—De cualquier manera, ahora no está cerca del FBI —añadió Lamaison—. Está tratando de averiguar cómo rescatar a sus amigos.

—¿Usted cree?

—Usted no confiaría su seguridad al FBI.

—Me está confundiendo con alguien a quien las cosas le importan un carajo.

—No estaría aquí en absoluto si no le importase. Tony Swan, Calvin Franz, Manuel Orozco y Jorge Sánchez nos lo contaron todo. Antes de morir. Al parecer no debíamos meternos con los investigadores especiales.

—Aquello no era más que un eslogan. Estaba desfasado entonces, y mucho más ahora.

—Ellos todavía se lo creían a pies juntillas. También la señorita Dixon y el señor O'Donnell. Su confianza en usted es conmovedora. Así que hablemos de nuestro trato. Puede evitarles a sus amigos un mundo de dolor.

—¿Cómo?

—Usted y la señorita Neagley se entregan ahora. Les detendremos durante una semana. Hasta que se asiente la polvareda. Entonces les dejaremos marchar. A los cuatro.

—¿O si no?

—Le partiremos los brazos y las piernas a O'Donnell y utilizaremos su navaja para encargarnos de Dixon. Después de que los chicos se diviertan un poco con ella. Entonces los subiremos a ambos en el helicóptero.

Reacher no dijo nada.

—No se preocupe por el Little Wing —añadió Lamaison—. Es un trato cerrado. Ya no se puede detener. En cualquier caso, van a Cachemira. ¿Alguna vez ha estado allí? Es un vertedero. Un agujero de mierda. Montones de tipos con toallas en las cabezas que pelean entre ellos. ¿A usted qué le importa?

Reacher no dijo nada.

—¿Tenemos trato? —repitió Lamaison.

—No.

—Tendría que pensarlo mejor. A Dixon no le gustará lo que tenemos en mente.

—¿Por qué voy a confiar en usted? Si entro me disparará a la cabeza.

—Estoy de acuerdo, es un riesgo —admitió Lamaison—. Pero creo que lo aceptará. Porque es el responsable de la situación de su gente. Les abandonó. Era su líder y les falló. He oído mucho de usted. De hecho, estoy harto de oír su nombre. Hará lo que sea para ayudarles.

—¿Dónde está usted? —preguntó Reacher.

—Estoy seguro de que lo sabe.

Reacher miró a través del parabrisas. Calculó el efecto del tinte de la ventana e intentó juzgar la luz.

—Estamos a dos horas —dijo, con un poco de tensión en la voz.

—¿Dónde está usted?

—Estamos al sur de Palmdale.

—¿Por qué?

—Íbamos a visitar a Dean. Para reunir todas las piezas, de la misma manera que hizo Swan.

—Dé la vuelta —ordenó Lamaison—. Ahora mismo. Por el bien de la señorita Dixon. Estoy seguro de que es de las que grita. Mis muchachos se encargarán de ella. La pondré al teléfono y le dejaré que escuche.

Reacher hizo una pausa.

—Dos horas —dijo—. Volveremos a hablar.

Cortó la comunicación y llamó a Neagley.

—Entramos en sesenta minutos —le avisó.

Después se reclinó en el asiento y cerró los ojos.

Sesenta minutos más tarde el cielo en el este era de un color azul oscuro, casi negro. La visibilidad desaparecía deprisa. Años atrás, un pedante profesor en algún lugar del Pacífico le había explicado a Reacher que primero viene el atardecer, después el crepúsculo y luego la noche. Había insistido que penumbra y crepúsculo no eran la misma cosa. Si necesitaba una palabra genérica para la oscuridad vespertina tenía que utilizar la palabra atardecer.

Era lo que había ahora mismo. En abundancia, pero no tanto como hubiese deseado.

Llamó a Neagley y cortó al primer timbre. Ella bajó el cristal de la ventanilla y le hizo una seña. Una pequeña mano pálida en la oscuridad. Reacher puso en marcha el coche y se apartó del bordillo. Sin luces. Fue al este mientras la noche se aproximaba, dobló a la derecha y tres manzanas más adelante estaba rodeando la cerca de New Age, en el sentido de las agujas del reloj, a lo largo de la parte trasera de la propiedad. Giró otra vez a la derecha y se arrimó a un lado del terreno, hasta detenerse junto al bordillo a unos dos tercios del camino. Suponiendo que el lugar de New Age fuese un reloj, se había detenido a las cuatro. Si fuese una brújula, estaba un poco al sudeste.

Se apeó del coche, permaneció inmóvil con el oído al acecho. No oyó nada. No vio nada. Highland Park era una zona poblada, pero los terrenos de New Age eran parte de una zona comercial. La jornada laboral se había acabado. El personal se había ido. Las calles estaban oscuras y silenciosas.

Abrió el maletero del Prelude. De un puñetazo aplastó la luz de cortesía. Utilizó la uña del pulgar para cortar el plástico que envolvía las botellas de agua mineral. Abrió una, le quitó la tapa y bebió un largo trago. Luego vació el resto del agua en la alcantarilla. Colocó la botella vacía de pie en el maletero. Repitió el proceso once veces más. Acabó con una ordenada hilera de doce botellas de un litro vacías.

Cogió el bidón de gasolina. Cinco galones estadounidenses, que sumaban aproximadamente diecinueve litros. Llenó las botellas con mucho cuidado. El olor de la gasolina sin plomo llegó hasta su nariz. Le gustaba. Era uno de los grandes olores del mundo. Cuando llenó la duodécima botella dejó el bidón en el suelo. Aún quedaban siete litros.

Abrió el paquete de bayetas.

Eran trozos de tela de algodón blanco de treinta por treinta. Como camisetas. Las enrolló bien apretadas, como si fuesen puros, y las metió en los cuellos de las botellas. La mitad dentro, la mitad fuera. La gasolina fue empapando la tela hacia arriba, pálida e incolora.

Cócteles Molotov. Un arma primitiva pero efectiva, inventada por los fascistas durante la guerra civil española, bautizada por los finlandeses durante su campaña contra el Ejército Rojo en 1939, como una burla al ministro de relaciones exteriores soviético Vyacheslav Molotov. «Nunca imaginé que un tanque podía arder durante tanto tiempo», había comentado una vez un veterano finlandés.

Tanques, edificios, para Reacher era todo lo mismo. Enrolló un tercer paño y lo dejó en el suelo. Vertió gasolina del bidón en el paño hasta que quedó empapado. Buscó la caja de cerillas y se la metió en el bolsillo. Sacó las doce botellas con gasolina del maletero, una a una, con mucho cuidado, y las colocó de pie en la carretera a un metro ochenta detrás del parachoques trasero del Prelude. Luego cogió la decimotercera bayeta, cerró la puerta del maletero con la bayeta enganchada, tres cuartas partes afuera. En la oscuridad parecía como si el coche tuviese una pequeña

cola blanca. Como un cordero blanco.

«Comienza el espectáculo», pensó. Encendió una cerilla y la acercó al paño sujetado en la puerta del maletero hasta que la tela comenzó a arder con fuerza. Tiró la cerilla y cogió el primer cóctel Molotov. Encendió la mecha en la llama de la bayeta, dio un paso atrás y lo lanzó bien alto en el aire, por encima de la cerca. Fue dando vueltas en un lento arco de fuego y estalló contra la base de la pared del edificio principal. Se incendió la gasolina y después creó un pequeño charco de fuego.

Lanzó la segunda botella. El mismo procedimiento. Encendió la mecha con el trapo ardiendo, dio un paso atrás y la lanzó con fuerza. La botella voló en el mismo arco, golpeó en el mismo lugar y estalló. Hubo un breve destello rojo y blanco, y después el charco de llamas se aposentó y se hizo más ancho. Comenzaron a elevarse contra la pared. Lanzó la tercera bomba directamente al fuego. Y la cuarta. Apuntó la quinta un poco más a la izquierda. Inició un nuevo incendio.

Siguió con la sexta y la séptima. El hombre comenzaba a dolerle por el esfuerzo de los largos lanzamientos. La hierba alrededor del extremo del edificio comenzó a arder. Se alzó una columna de humo. Lanzó la octava botella en la brecha entre los dos incendios. Se quedó corto, estalló e inició un fuego en la hierba a unos dos metros y medio. Ahora había una zona irregular de llamas, quizá de unos tres metros de ancho y unos dos metros y medio de profundidad, aproximadamente un metro veinte de altura, llamas rojas, naranjas y verdes a causa de la aceleración química. Lanzó la novena botella más fuerte y más a la izquierda. Estalló cerca de la puerta del edificio. La siguió la décima botella. No estalló. Roló, chorreó y la gasolina ardiente se derramó y las llamas corrieron y crepitaron a través de la hierba seca. Hizo una pausa, escogió el objetivo y utilizó la undécima botella para llenar el hueco en la esquina del edificio. La siguió la duodécima y última botella. La lanzó muy fuerte y alcanzó el lateral muy arriba y estalló en llamas. La gasolina ardiente salpicó toda la pared trasera.

Abrió la tapa del maletero, quitó la bayeta y la apagó a pisotones. Después se acercó a la cerca y miró. La hierba en la base de la pared trasera del edificio y todo a lo largo de la pared delantera hasta la puerta ardía con fuerza. Las llamas se alzaban muy altas y el humo las acompañaba. El edificio estaba hecho de metal y resistía. Pero en el interior comenzaría a hacer mucho calor.

«Muy pronto se calentará más», pensó Reacher.

Tapó el bidón de gasolina, lo levantó y lo arrojó como un lanzador de disco. Pasó por encima de la cerca, dio vueltas y tumbos a través del aire y cayó en el centro mismo de las llamas. Plástico rojo inflamable, diez litros de gasolina en el interior. Hubo una pausa de una fracción de segundo y después el bidón estalló en una gran bola de fuego blanca. Por un momento pareció como si todo el lugar estuviese en llamas. Y cuando la bola de fuego acabó por apagarse, las llamas que dejó detrás eran el doble de alto que antes y la pintura de la pared comenzaba a quemarse.

Reacher volvió al Prelude, lo puso en marcha, giró en redondo y regresó por donde había venido. El escape atronaba. Esperaba que Dixon y O'Donnell pudiesen oírlo, allí donde estuviesen. Tres manzanas más allá volvía a estar donde había comenzado. Aparcó detrás del Civic de Neagley, apagó el motor, y permaneció quieto entretenido en mirar a través de la ventanilla. Veía el resplandor a lo lejos, a su izquierda. Nubes de humo que subían, alumbradas por las brillantes llamas de abajo. Un buen incendio, que empeoraba por momentos.

Impresionante. Levantó una copa imaginaria en un brindis por el camarada Molotov.

Después se reclinó en el asiento y esperó a que apareciesen los bomberos.

Los bomberos se presentaron en menos de cuatro minutos. Era obvio que New Age tenía un sistema de alarma conectado con el cuartel. Una exigencia del Pentágono, se dijo Reacher, como la garita del centinela en la verja. Lejos, a su derecha, oyó el ladrido bajo de la sirena y vio las luces azules que centelleaban en el horizonte. Vio a Neagley arrancar el motor y poner la marcha. Puso en marcha el suyo. Después esperó. Las sirenas aumentaron el volumen. Se convirtieron en un continuado alarido maníaco, una vez, de nuevo, en las esquinas de mucho tráfico.

Después volvieron a convertirse en un ladrido al azar. Las luces azules aumentaron el brillo. Los camiones estaban a dos manzanas. Las luces de los faros brillaban en la penumbra. Neagley se apartó del bordillo. Reacher la siguió. Ella fue primero y esperó en el *stop*. Reacher estaba detrás de ella. Los camiones de bomberos estaban a una manzana, venían a toda velocidad, con las sirenas y las luces. Neagley salió y dobló a la izquierda, delante mismo del convoy, Reacher la siguió, con un chirrido de neumáticos, a solo unos metros delante del camión que iba en cabeza. La sirena le pitó furiosa. Neagley condujo otros doscientos metros. Una manzana. Dos. La manzana de New Age. Ella siguió su marcha a lo largo del frente de la propiedad. Reacher estaba detrás todo el camino. Las sirenas sonaban detrás de él furiosas. Después Neagley se apartó, como una buena ciudadana. Reacher se puso detrás de ella. Los camiones los adelantaron por la izquierda. Entonces más o menos de inmediato frenaron a fondo y doblaron para ir hacia la verja de New Age. Eran tres. Toda una compañía de bomberos. Un cliente prioritario.

Se abría la verja de New Age. La alarma de incendios era mejor que cualquier tipo de pase o papeleo.

Entonces Neagley metió el coche en una calle lateral seis metros más allá, saltó del asiento y corrió con todas sus fuerzas a través de la oscuridad. Reacher la siguió. Cruzaron la calle a la máxima velocidad y alcanzaron al último camión cuando frenaba para dar el giro. Se mantuvieron a su izquierda, en el lado ciego, lejos de la garita del guardia, lejos del incendio. Lejos del centro de atención. Corrían con fuerza para mantenerse a la par. Siguieron al camión todo el camino a través de la verja. La sirena aún sonaba. El motor rugía. Era ensordecedor. El humo se elevaba por encima del fuego, fuerte y ágil en el aire de la noche. El camión siguió adelante. Neagley se desvió a la izquierda y corrió por el lado interior de la cerca. Reacher fue a la izquierda a través de la hierba. Dedicó diez largos segundos al máximo esfuerzo y después se arrojó boca abajo, giró sobre sí mismo y permaneció tumbado con el rostro hundido en la tierra.

Un minuto más tarde levantó la cabeza.

Estaba a sesenta metros del fuego. Entre él y el incendio había tres camiones, enormes, ruidosos, con las luces azules girando, los faros a tope. Más allá de los camiones veía las llamas. Veía a las personas moviéndose. La seguridad de New Age.

Estaban junto a la cerca más lejana intentando ver quién o qué había comenzado el incendio. Se movían hacia adelante y retrocedían, apartados por el calor. Los bomberos corrían por todas partes, cargados con los equipos y desenrollando las mangueras.

Caos.

Reacher volvió la cabeza y forzó la vista en la oscuridad. Vio un bulto chato en la hierba a unos doce metros que debía de ser Neagley.

Habían entrado.

Sin ser vistos.

Los bomberos de Los Ángeles tardaron ocho minutos en apagar el fuego. Después dedicaron otros treinta y uno a empapar las cenizas, tomar notas e iniciar las primeras investigaciones. Duración total de la visita, treinta y nueve minutos. Reacher pasó los primeros veinte minutos observando los edificios todo lo cerca que pudo. Después dedicó los últimos diecinueve a alejarse a gatas todo lo que pudo. Cuando los camiones acabaron y salieron por la verja, él estaba en un rincón apartado, a ciento cincuenta metros de la acción.

Lo que tenía más cerca era el helicóptero. Continuaba en la pista, más o menos por la mitad de la diagonal del solar, quizás a unos setenta metros de distancia. Más allá estaba el más cercano de los pequeños edificios auxiliares. Reacher se dijo que debía de ser el despacho del piloto. Había visto a un tipo con una cazadora de cuero salir corriendo por la puerta. Detrás, al resplandor de la luz, había podido divisar mapas y cartas de aeronavegación pinchadas en la pared.

Equidistante del helicóptero y el despacho del piloto, treinta metros al sur estaba el aparcamiento. Estaban los seis Chrysler azules, todos fríos y silenciosos.

Pasado el despacho del piloto estaba el segundo edificio auxiliar pequeño. Debía de ser un almacén, se dijo Reacher. Al jefe de bomberos le habían permitido echar una rápida mirada al interior.

Luego venía el edificio principal. El centro de la operación. La línea de montaje. Donde las mujeres con gorritos trabajaban en los bancos de laboratorio. A su alrededor las personas continuaban al aire libre y seguían moviéndose. Reacher estaba bastante seguro de haber reconocido a Lamaison, por su tamaño y forma, que caminaba cerca de las últimas zonas humeantes, dando órdenes, dirigiendo las operaciones. Lennox y Parker también estaban allí. Además de los otros. Era difícil decir cuántos. Demasiada oscuridad, confusión y movimiento. Por lo menos tres. Quizá cuatro, o incluso cinco.

El tercer edificio auxiliar estaba más atrás, lejos de todos los demás, hacia una esquina opuesta a la de Reacher. La puerta no se había abierto en ningún momento, y nadie se había acercado a ella. Ni Lamaison o su gente, ni tampoco los bomberos.

Aquella era la prisión, adivinó Reacher.

La verja principal que daba a la calle se cerró de nuevo. Había vuelto a su lugar con un sonoro chirrido después de que pasase el último camión de bomberos y se

cerró con un impacto que hizo sacudir los acordeones de alambre soldados a la parte superior. El guardia permanecía en la garita. Su silueta se veía detrás del cristal. La luz por encima de su cabeza se derramaba en un suave círculo de seis metros de diámetro, una circunferencia perfecta, solo rota por las cuatro barras de las sombras de los marcos de las ventanas.

Más allá del edificio principal continuaban buscando algo. Lamaison había reunido a los cuatro para darles instrucciones. Los dividió en dos parejas y los envió a verificar la cerca, una pareja en el sentido de las agujas del reloj y la otra en el sentido contrario. Cada pareja caminaba despacio, paralelos a la cerca, empujando la hierba con los pies, mirando abajo, arriba, observando la alambrada. A ciento cincuenta metros Reacher se puso boca arriba. Miró el cielo. Faltaba poco para la oscuridad total. El *smog*, marrón durante el día, era ahora de color negro mate, como una manta. No había luna. Ninguna luz en absoluto, excepto por ese último e imperceptible toque de luz del día y un pequeño resplandor naranja de las luces de la ciudad.

Reacher volvió a ponerse boca abajo. Los tipos de seguridad seguían en pareja y se movían poco a poco. Lamaison iba hacia el edificio principal. Parker y Lennox no se veían por ninguna parte. Reacher se dijo que ya estaban en el interior. Observó a los buscadores. Primero a una pareja, luego a la otra. Dos direcciones diferentes. Los tipos que seguían las agujas del reloj eran de Neagley. Los otros dos eran suyos. Tendrían que cubrir unos ciento cincuenta metros antes de aproximarse. Un poco más de cuatro minutos a la velocidad que iban. Estaban comprobando la cerca y una franja de unos cinco metros hacia el interior. No llevaban linternas. Buscaban solo al tacto. Tendrían que tropezar con algo para encontrarlo. Reacher se adentró veinte metros más adentro. Encontró un hueco detrás de un pequeño montículo en la tierra y se aplastó contra el suelo. Tierra de nadie. El solar tenía aproximadamente unos diez mil metros cuadrados. Reacher ocupaba unos dos. Neagley, más o menos lo mismo. Cuatro metros cuadrados entre diez mil. Las posibilidades eran de una entre 2.420 de ser descubiertos por casualidad. Si permanecían quietos y en silencio, ya estaba.

Algo que Reacher no podía permitirse hacer.

Porque el reloj en su cabeza se acercaba a la señal de las dos horas. Se apoyó sobre los codos, sacó el teléfono y marcó el número del móvil de Dixon.

A más de cien metros de distancia, Lamaison atendió la llamada. Reacher mantenía el pulgar sobre la brillante pantalla del móvil. Quería preservar su visión nocturna y no quería que los buscadores alzasen la mirada y vieses un pequeño rostro sin cuerpo bañado en un distante resplandor azul. Habló con toda la normalidad de que fue capaz.

—Estamos parados en la 210 —dijo—. Tenemos delante un coche averiado.

—Tonterías —respondió Lamaison—. Está aquí mismo, en el vecindario. Ha estado arrojando bombas de gasolina por encima de la cerca. —Su voz era fuerte y furiosa. Por los circuitos del móvil llegaba penetrante y aguda. Un poco rechinante y distorsionada.

Reacher pasó la yema del índice por las perforaciones del auricular y miró hacia los buscadores. Estaban a ciento veinte metros. No habían reaccionado.

—¿Qué bombas? —dijo en el móvil.

—Ya me ha oído.

—Estamos en la autopista. No tengo idea de lo que me habla.

—Tonterías, Reacher. Está aquí mismo. Inició un incendio. Pero fue patético. A los bomberos les llevó cinco minutos apagarlo. Estoy seguro de que ha presenciado cómo lo hacían.

«En realidad ocho minutos —pensó Reacher—. Atribúyeme algún mérito». Pero no dijo nada. Solo miró a la pareja de buscadores. Estaban a ciento diez metros.

—El trato se ha acabado —afirmó Lamaison.

—Espere. Todavía me lo estoy pensando. Pero no soy idiota. Quiero una prueba de vida. Ya podría haberlos matado.

—Todavía están vivos.

—Demuéstremelo.

—¿Cómo?

—Le llamaré cuando salgamos de este atasco. Los puede llevar hasta la verja.

—Ni hablar. Se quedarán donde están.

—Entonces no podremos hacer tratos.

—Les haré la pregunta que usted me diga —propuso Lamaison.

Los buscadores estaban a noventa metros.

—¿Qué pregunta?

—Piense en una pregunta que solo ellos puedan responder. Se la preguntaremos y le llamaremos de nuevo.

—Yo le llamaré —dijo Reacher—. No atiendo el teléfono mientras conduzco.

—No está conduciendo. ¿Cuál es la pregunta?

—Pregúnteles dónde estaban antes de unirse al batallón ciento diez de la Policía Militar. —Después apagó el móvil y se lo guardó en el bolsillo.

Los buscadores estaban a unos setenta metros. Reacher retrocedió otros veinte

hacia el interior, con mucha lentitud y cautela, en paralelo a la cerca. Los buscadores avanzaron otros diez metros en el mismo tiempo. Ahora estaban a cuarenta, y se acercaban despacio, separados por un metro y medio, arrastrando los pies por la hierba, mirando hacia la cerca, en busca de alguna abertura.

Reacher vio una luz en la parte delantera del edificio principal. La puerta que se abría. Salió una figura alta. Probablemente Parker. Cerró la puerta detrás de él, fue hasta la siguiente pared y caminó hacia el cobertizo a treinta metros de distancia. Abrió la puerta, entró y menos de un minuto más tarde volvió a salir y cerró de nuevo.

«Efectivamente, la cárcel —pensó Reacher—. Gracias».

Los buscadores estaban a veinte metros. Reacher se volvió un poco hacia adelante y acertó la distancia. Los buscadores siguieron. Ahora estaban a diez metros por delante, en diagonal, quizás a unos ocho metros a la izquierda de Reacher.

El teléfono vibró en el bolsillo.

Lo sacó y lo tapó con la mano. El identificador de llamadas decía que era Dixon, lo que significaba Lamaison. Las respuestas a su pregunta, retransmitida por partes.

«Te dije que llamaría —pensó Reacher—. Ahora no puedo hablar». Se volvió a guardar el móvil en el bolsillo y esperó. Los buscadores estaban casi a su altura, ocho metros a su izquierda. Continuaron avanzando. Reacher se arrastró en un silencioso semicírculo por el suelo. Los buscadores continuaron caminando. Reacher completó el círculo. Ahora estaba detrás de ellos. Se levantó en silencio. Dio pasos cortos, levantando mucho los pies para que las suelas no rozaran la hierba y lo delatasen. Se colocó detrás de los dos tipos, a tres metros, a dos metros cuarenta, a dos, centrado entre los dos. Eran grandes, quizá de un metro ochenta y cinco de estatura, ciento diez kilos de peso, pálidos y gruesos. Trajes azules, camisas blancas, el pelo corto. Hombros anchos, cuellos gruesos.

Golpeó al primer tipo con un tremendo directo en el centro mismo de la nuca, ciento veinticinco kilos y días de furia apoyando el golpe. El cuello del tipo se movió hacia adelante y su cráneo retrocedió y rebotó en el puño de Reacher, y luego se movió de nuevo hacia adelante hasta que la barbilla golpeó en el pecho. El efecto látigo. Como un maniquí en una prueba de choques golpeado por detrás por un camión a toda velocidad. El tipo cayó hecho un ovillo y su compañero se volvió hacia él sorprendido. Reacher hizo un corto movimiento y le golpeó con la cabeza en pleno rostro. Supo que había sido un golpe tremendo por el sonido. Huesos, músculos, carne y el inconfundible crujido de un daño grave. El tipo permaneció vertical pero inconsciente por un segundo y después cayó de bruces.

Reacher puso al primer sujeto boca arriba, se sentó sobre su pecho y le tapó la nariz con una mano y la boca con la otra. Después esperó hasta que se asfixió. No tardó mucho. Menos de un minuto. Hizo lo mismo con el otro. Otro minuto.

Les revisó los bolsillos. El primero llevaba un móvil, un arma y una billetera llena de dinero y tarjetas de crédito. Reacher cogió el arma y el dinero, dejó el móvil y las

tarjetas de crédito. El arma era una SIG P226, de nueve milímetros. El dinero no llegaba a los doscientos dólares. El segundo tipo tenía otro móvil, otra SIG, otra billetera.

Además de los nudillos de cerámica de Dave O'Donnell.

Estaban allí mismo, en el bolsillo de su chaqueta. Ya fuese una recompensa por el buen trabajo en el secuestro en el hospital o un recuerdo robado. Despojos de guerra. Reacher se lo guardó todo en el bolsillo, se metió la SIG en la cintura y el dinero en el bolsillo de atrás. A continuación se limpió las manos en la chaqueta del segundo tipo y se arrastró, bajo y rápido, mirando en la oscuridad donde imaginaba que estaría Neagley. No había oído nada en aquella dirección. Nada en absoluto. Pero no estaba preocupado. Neagley contra dos tipos en la oscuridad era algo tan confiable como que el sol se ponía por el oeste.

Encontró otra hondonada en la hierba, se tumbó sobre los codos y sacó el móvil. Marcó el número de Dixon.

—¿Dónde demonios estaba? —le preguntó Lamaison.

—Se lo dije. No atiendo llamadas mientras conduzco.

—No está conduciendo.

—¿Entonces por qué no le atendí?

—Da igual —dijo Lamaison—. ¿Dónde está ahora?

—Cerca.

—Antes del batallón ciento diez Dixon dice que estaba con la compañía cincuenta y tres de la Policía Militar y O'Donnell dijo que estaba en el ciento treinta y uno.

—Vale —dijo Reacher—. Le llamaré dentro de diez minutos. Cuando lleguemos.

Cortó y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas en la posición del loto. Tenía las pruebas de vida. El único problema era que ninguna de las dos respuestas era ni siquiera remotamente cierta.

Reacher se arrastró al sur por la hierba, atento a la presencia de Neagley en la oscuridad. Avanzó unos cincuenta metros y en cambio se encontró con un cadáver. Tropezó con él, primero con las manos y después con las rodillas. Era un hombre, que se enfriaba rápido. Traje azul, camisa blanca. El cuello partido.

—¿Neagley? —susurró.

—Aquí —susurró ella como respuesta.

Estaba a unos seis metros, tumbada de lado, apoyada en un codo.

—¿Estás bien? —preguntó Reacher.

—Bien.

—¿Dónde está el otro?

—Detrás de ti. A tu derecha.

Reacher se volvió. La misma clase de tipo, el mismo traje, la misma camisa.

La misma herida.

—¿Algún problema?

—Pues más fácil y más silencioso que tú. Oí el golpe de cabeza desde aquí.

Chocaron los puños en la oscuridad, el viejo ritual, que era el máximo de contacto físico que ella permitía.

—Lamaison cree que estamos afuera mirando hacia el interior —le informó Reacher—. Intenta engañarnos con un trato. Si nos rendimos nos tendrán encerrados aquí durante una semana y luego nos dejarán marchar cuando se acabe todo el jaleo.

—Como si fuésemos a creerle.

—Uno de mis tipos tenía los nudillos de Dave.

—No es una buena señal.

—Hasta ahora están bien. Le pedí una prueba de vida. Preguntas personales. Dixon dijo que estaba con la cincuenta y tres y O'Donnell, que estaba en el ciento treinta y uno.

—Eso es una tontería. Nunca ha existido la cincuenta y tres. Y Dave fue asignado al ciento diez en cuanto salió de la escuela de oficiales.

—Nos están diciendo algo —dijo Reacher—. Cincuenta y tres es un número primo. Karla sabía que pensaría en eso.

—¿Y?

—Cinco y tres suman ocho. Nos está diciendo que hay ocho hostiles.

—Entonces quedan cuatro. Lennox, Parker y Lamaison. Más uno. ¿Quién es el cuarto?

—Ese es el mensaje de Dave. Es un tipo de letras. Uno tres uno.

—La décimo tercera letra del alfabeto y la primera.

—M y A —dijo Neagley.

—Mauney —adivinó Reacher—. Curtis Mauney está aquí.

—Excelente —aprobó Neagley—. Nos evitará cazarlo más tarde.

Chocaron de nuevo los puños. Entonces comenzaron a sonar los móviles. Fuertes, penetrantes e insistentes. Dos de ellos, tonos diferentes, no sincronizados. Uno en cada bolsillo de los tipos muertos. Reacher no tenía ninguna duda de que lo mismo estaba ocurriendo cincuenta metros más allá. Otros dos tipos muertos, otros dos bolsillos, otros dos móviles que sonaban. Una llamada múltiple. Lamaison estaba intentando ponerse en contacto con su patrulla de infantería.

Algo imprevisible.

Los teléfonos sonaron seis veces y se detuvieron. Volvió el silencio.

—¿Qué harías tú ahora? —preguntó Reacher—. ¿Si tú fueses Lamaison?

—Cogería los Chrysler, encendería las largas y me montaría una pequeña patrulla motorizada. Nos encontrarían en menos de un minuto.

Reacher asintió. Contra un hombre a pie, el solar parecía grande. Contra un coche, parecería pequeño. Contra más de un coche, resultaría diminuto. En la oscuridad se sentía seguro. Con los faros de xenón encendidos sería como estar en una pecera. Imaginó a los coches saltando por el terreno irregular, se imaginó a sí mismo atrapado entre los faros, corriendo a la derecha, a la izquierda, protegiéndose los ojos, un coche persiguiéndolo, los otros dos cercándolos.

Miró la cerca.

—Correcto —dijo Neagley—. La cerca nos impide salir fuera como antes nos impedía entrar. Somos dos bolas en una mesa de billar y alguien está a punto de encender las luces y coger un taco.

—¿Qué van a hacer si no nos encuentran?

—¿Cómo es posible que no nos encuentren?

—Suponlo.

Neagley se encogió de hombros.

—Creerán que de alguna manera conseguimos salir.

—¿Y después?

—Les entrará el pánico.

—¿Y después?

—Matarán a Karla y a Dave y se atrincherarán.

Reacher asintió.

—Eso creo yo también.

Se levantó y corrió. Neagley le siguió.

Reacher corrió en línea recta hacia el helicóptero. Estaba a sesenta metros, grande, blanco y luminoso al resplandor de las luces de la ciudad. Neagley trotaba a su lado, paciente. Reacher no era un velocista. Era lento y pesado. Además llevaba cosas en los bolsillos. Cualquier atleta universitario hubiese recorrido los sesenta metros en seis o siete segundos. Neagley los hubiese recorrido en ocho. Reacher tardó casi quince. Pero al final consiguió llegar. Llegó allí justo en el momento en que se abría la puerta del edificio principal y salían la luz y los hombres. Se desvió a la izquierda y mantuvo el helicóptero entre él y los hombres. Neagley acurrucada a su lado. Tres tipos iban a la carrera hacia el aparcamiento. Parker y Lennox. Y Lamaison. Todos iban deprisa. Por cada metro que ellos recorrían, Reacher y Neagley avanzaban un par de centímetros alrededor del helicóptero, en el sentido de las agujas del reloj, tocando el vientre suavemente con la punta de los dedos, utilizando el fuselaje como escudo. Estaba frío y mojado con la niebla nocturna, como un coche aparcado en la calle. Se notaba pegajoso. Olía a aceite y queroseno.

A treinta metros de distancia arrancaron los tres Chrysler. Tres motores de ocho cilindros en V, potentes en el silencio nocturno. Tres transmisiones se movieron para poner las marchas. Tres pares de faros se encendieron. Parecían de una luminosidad cegadora en la oscuridad. Eran concentrados, duros y de un blanco nuclear. Luego empeoraron. Uno tras otro pusieron las luces largas. Se encendieron nuevas ópticas. Enormes conos de luz deslumbrantes que se movían y saltaban a medida que los coches comenzaron a moverse. Reacher y Neagley se movieron alrededor del largo morro aguzado del helicóptero y se pegaron al otro flanco. Los coches se separaron como el estallido de un obús, aceleraron y fueron en direcciones diferentes.

Al cabo de diez segundos habían encontrado a los cuatro tipos muertos.

Los dos coches se detuvieron en los dos lugares separados por una distancia de cincuenta metros.

Uno donde había estado Neagley, dos donde había estado Reacher. Las luces se quedaron inmóviles y proyectaron largas y grotescas sombras sobre las cuatro formas tumbadas. Las tres figuras distantes corrieron alrededor, pasaron al instante de la extrema brillantez a la total oscuridad mientras pasaban por delante de los faros.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Neagley—. Van a venir de regreso por este lado y nos alumbrarán como si estuviésemos en un estadio de fútbol.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—Van a revisar la cerca a fondo. Quizá cuatro minutos.

—Comienza a contar —dijo Reacher. Se apartó del flanco del helicóptero y corrió hacia el edificio principal. Cuarenta metros, diez segundos. La puerta estaba entreabierta. Habían dejado las luces encendidas. Reacher hizo una pausa. Luego entró sin más, en silencio, con la mano en la Glock que llevaba en su bolsillo. No vio a nadie dentro. El lugar parecía desierto. Había pequeñas oficinas a la derecha y una

zona de trabajo abierta a la izquierda, detrás de una pared de cristal. En la zona de trabajo tenían largos bancos de laboratorio, luces brillantes, y complejos conductos extractores en el techo para controlar el polvo y una rejilla de metal aislante en el suelo para controlar la electricidad estática. Había una puerta corredera abierta en la pared de cristal. El aire que salía olía a circuitos de silicio calientes. Como un televisor nuevo.

Las oficinas a la derecha eran poco más que pequeños cubículos de dos metros y medio por dos metros y medio con las paredes y las puertas a la altura de la cabeza. Una llevaba el nombre de Edward Dean. El ingeniero de desarrollo. Ahora el tipo encargado del control de calidad. La puerta siguiente llevaba el rótulo de Margaret Berenson. La Dama Dragón. Un despacho remoto, se dijo Reacher, para cuando tenía que tratar problemas de recursos humanos sin tener que arrastrar al personal de montaje hasta el cubo de vidrio en Los Ángeles Este. La puerta siguiente era la de Tony Swan. El mismo principio. Dos centros, dos despachos.

La tercera puerta era la de Allen Lamaison.

Estaba abierta de par en par.

Reacher respiró hondo. Sacó la Glock del bolsillo. Se acercó al umbral. Permaneció inmóvil. Vio un cubo de dos metros y medio por dos metros y medio, una mesa, una silla, paredes de tela, teléfonos, archivadores, pilas de papeles.

Nada extraño o fuera de lugar.

Excepto por Curtis Mauney detrás de la mesa.

Y una maleta junto a la pared.

Neagley entró en el despacho.

—Han pasado sesenta segundos.

Mauney permaneció sentado a la mesa, inmóvil. Con algo que parecía una indiferente resignación en el rostro, como un hombre con un mal diagnóstico que espera una segunda opinión que sabe que no será mejor. Tenía las manos vacías. Las tenía entrelazadas sobre la mesa como cangrejos apareándose.

—Lamaison era mi compañero —manifestó como excusa.

Reacher asintió.

—La lealtad es una mala puta, ¿verdad?

La maleta era una Samsonite de color gris oscuro, colocada junto a una pared al final de la mesa. No era la más grande que había visto Reacher. Nada parecido a las gigantescas que algunas personas arrastraban por los aeropuertos. Pero tampoco era pequeña. No era una maleta de cabina. Tenía iniciales de plástico en los recesos junto a las cerraduras. Las iniciales decían A. M.

—Han pasado setenta segundos —avisó Neagley.

—¿Qué van a hacer? —preguntó Mauney.

—¿Con usted? —replicó Reacher—. Nada todavía. Relájese.

Neagley apuntó su arma al rostro de Mauney y Reacher se agachó junto a la mesa para colocar la maleta tumbada en la alfombra. Probó las cerraduras. Estaban

cerradas. Dejó la Glock en el suelo y metió las puntas de sus dedos índices debajo de las puntas de las lengüetas de los cierres, enganchó los pulgares, encorvó los hombros y tiró. Reacher contra dos delgadas lengüetas de metal. No eran rivales. Los cierres saltaron de inmediato.

Levantó la tapa.

—Han pasado ochenta segundos —dijo Neagley.

—Día de pago —exclamó Reacher.

La maleta estaba llena de bonos al portador en papel de lujo, cartas de pago de bancos extranjeros y pequeñas bolsas de ante que pesaban mucho.

—Sesenta y cinco millones de dólares —comentó Neagley, por encima de su hombro.

—A primera vista —señaló Reacher.

—Han pasado noventa segundos —dijo Neagley.

Reacher volvió la cabeza para mirar a Mauney.

—¿Cuánto de lo que hay aquí es suyo?

—Algo —contestó Mauney—. No mucho, creo.

Reacher dobló los papeles y se los dio a Neagley. Después las bolsas de ante. Neagley se guardó todo en los bolsillos. Reacher dejó la maleta donde estaba, en el suelo, vacía, la tapa abierta como una almeja. Cogió el arma, se levantó y se volvió hacia Mauney.

—Se equivocó. Nada de esto es suyo.

—Han pasado dos minutos —dijo Neagley.

—Sus amigos están aquí —le recordó Mauney.

—Lo sé —dijo Reacher.

—Lamaison era mi compañero.

—Ya me lo ha dicho.

—Solo lo digo.

—Entonces saben que está aquí.

—He estado aquí antes —admitió Mauney—. Muchas veces.

—Coja el teléfono.

—¿O?

—Le dispararé en la cabeza.

—Lo hará de todas maneras.

—Debería. Usted entregó a seis de mis amigos.

Mauney asintió.

—Sabía cómo acabaría esto. Cuando no les pillamos en el hospital.

—El tráfico de Los Ángeles —dijo Reacher—. Es un grano en el culo.

—Dos minutos quince —informó Neagley.

—¿Tenemos un trato? —preguntó Mauney.

—Coja el teléfono.

—¿Y qué?

—Dígale al guardia de la verja que abra exactamente dentro de un minuto.

Mauney titubeó. Reacher apoyó el cañón de la Glock en la sien de Mauney. Este cogió el teléfono. Marcó. Reacher oyó con atención y escuchó el sonido del timbre del auricular, los motores al ralentí de los Chrysler que estaban a cien metros en campo abierto y el sonido apagado de un teléfono a cuarenta metros de distancia en la garita del guardia.

Atendieron la llamada.

—Soy Mauney. Abra la verja dentro de un minuto a partir de ahora. —Colgó. Reacher se volvió hacia Neagley.

—¿Soy tu oficial al mando?

—Sí. Lo eres.

—Entonces escucha. Cuando se abra la verja nos vamos a nuestros coches y nos largamos de aquí lo más rápido que podamos.

—¿Y después?

—Volveremos más tarde.

—¿A tiempo?

Reacher asintió.

—Llegaremos a tiempo si ahora mismo nos movemos rápido. Ellos ya están en sus coches. Así que tendremos que correr con todo. Tú eres mucho más rápida que yo, así que iré detrás. No me esperes. Ni siquiera mires atrás. No podemos permitirnos perder ni un metro, ninguno de los dos.

—Comprendido. Han pasado tres minutos.

Reacher sujetó a Mauney por el cuello y lo levantó. Lo arrastró de detrás de la mesa, fuera del despacho, por el pasillo, hasta la zona abierta. A través de la puerta principal. Y después un metro más allá, en la noche. El olor de la ceniza mojada era fuerte. Los tres Chrysler se movían de nuevo en la distancia. Se movían en círculos apretados en terreno abierto y trazaban dibujos contra la verja como los reflectores en una película de cárceles.

—Espera el disparo de salida —le dijo a Neagley.

Observó la verja. Vio moverse al guardia en su garita, vio el movimiento del acordeón de alambre, oyó el torturado chirrido de las ruedas en el riel metálico. Vio como la verja comenzaba a moverse. Llevó la Glock a la sien de Mauney y apretó el gatillo. El cráneo de Mauney estalló y Neagley y Reacher echaron a correr a toda velocidad, como velocistas en la prueba de cien metros lisos.

Neagley iba delante por medio paso. Reacher se detuvo y la miró marchar. Ella voló atravesando el cono de luz junto a la garita del guardia y se coló por el hueco de la punta abierta de la verja. Continuó corriendo por la calle. Se perdió de vista.

Reacher se volvió para correr en la dirección contraria. Quince segundos más tarde estaba de nuevo donde había comenzado, detrás del morro aguzado del helicóptero.

Quizás habían visto a Neagley correr y supuesto que Reacher iba delante. O tal vez solo habían visto el movimiento de la verja o escuchado su sonido a través de las ventanillas abiertas. Desde luego debían haber oído el disparo. Lo más probable es que se hubiesen imaginado el resto. Mordieron el anzuelo. Reaccionaron al instante. Los tres coches frenaron, dieron la vuelta y aceleraron para ir hacia la calle, patinando como locos y levantando grandes chorros de tierra en el aire.

Atravesaron la verja como coches de carreras. Sus faros iluminaron la calle como si fuera pleno día.

Reacher los vio marchar.

Esperó a que volviese la oscuridad y el silencio. Luego contó diez y avanzó poco a poco a lo largo del flanco de estribor del helicóptero. No hizo caso de la puerta de la carlinga. Siguió adelante y apoyó la mano en la manija de la puerta trasera.

La probó.

No estaba cerrada con llave.

Miró por encima del hombro hacia el despacho del piloto. Ningún movimiento. Bajó la palanca, se descorrió el pestillo. Se abrió la puerta. Era ancha, ligera y pequeña. Como la puerta de una furgoneta. En absoluto como esperaba. No era pesada ni neumática como la de un avión de pasajeros.

La abrió sesenta centímetros y subió al interior. Cerró la puerta, hizo una pausa y después la cerró con el pestillo con un golpe decidido. Se agachó para mirar a través de la ventanilla y observar el despacho del piloto.

Ninguna reacción.

Se volvió agachado y se arrodilló en el suelo de la cabina en la oscuridad. El interior del helicóptero parecía una versión más amplia de una furgoneta. Un espacio un poco más ancho y largo que esa clase de vehículo en que las mamás llevan a los niños en los anuncios de televisión. Menos cuadrado, con un poco más de contorno. Angosto en la parte delantera, más ancho a ras del suelo, un poco más ceñido en la parte superior, y angosto en la parte trasera. Tendría que haber habido siete asientos. Dos en la carlinga, tres en la hilera central, dos atrás, pero faltaba la fila del medio. Los asientos eran todos reclinables con respaldos altos tapizados en cuero negro. Tenían reposacabezas y brazos. Tenían cinturones de seguridad. El suelo estaba cubierto con moqueta negra. Arriba, tapizado con vinilo negro. Muy empresarial. Pero un tanto anticuado. Alquilado de segunda mano, se dijo Reacher. Todo el interior olía un poco a queroseno.

Había un espacio detrás de los asientos traseros. Para las maletas, adivinó Reacher. Un compartimiento para el equipaje. Como en las furgonetas. No era un espacio grande. Pero sí suficiente. Encontró las palancas y tumbó los respaldos hacia adelante. Pasó por encima de los asientos y se sentó en el suelo, de lado, con las piernas extendidas y la espalda apoyada contra el mamparo. Sacó las pistolas SIG del

cinturón y las dejó en el suelo junto a las rodillas. Se inclinó hacia adelante y volvió a levantar los respaldos de los asientos. Chasquearon cuando encajaron en los cierres. Después se tumbó para ver hasta qué punto podía agacharse para mantener la cabeza oculta.

«Probable», pensó.

Volvió a levantar la cabeza. Las ventanillas estaban empañadas con el rocío. Oscuras, grises y sin características. Como pantallas de televisión apagadas. En el exterior no pasaba nada. Los sonidos eran apagados. Era obvio que la moqueta y el acolchado servían como capas de insonorización.

Esperó.

Cinco minutos.

Diez.

Entonces las ventanillas empañadas se alumbraron con brillantes siluetas en movimiento y sombras. Los coches que regresaban. Tres pares de faros, que saltaban y giraban. Alumbraron los cristales por un momento, después se detuvieron y se estabilizaron. Se apagaron. Los coches, de nuevo en el aparcamiento. Aparcados.

Reacher forzó el oído.

No oyó nada excepto las lentas pisadas y las voces bajas. Agitación, no triunfo. El inconfundible sonido del fracaso.

La búsqueda se había acabado.

Sin éxito.

Esperó.

Esperó, cogió frío y sintió calambres al permanecer quieto. Se imaginó la escena a cuarenta metros de distancia, el cadáver de Mauney en el umbral, la maleta vacía en el despacho, discusiones, pánico, confusión, miedo. Un lado de su rostro estaba a centímetros del respaldo del asiento que tenía delante. Lo bastante cerca como para oler el cuero. En una situación normal hubiese estado muy angustiado. Detestaba el confinamiento. La claustrofobia era lo más cercano que había llegado a estar del miedo. Pero ahora mismo tenía otras cosas en la cabeza.

Esperó.

Veinte minutos eternos.

Entonces se abrió una puerta en la parte delantera y el helicóptero se hundió un poco y se acomodó de nuevo cuando los amortiguadores se comprimieron y volvieron a la posición normal. Alguien había subido a bordo. La puerta se cerró. Crujió un asiento. Chasqueó la hebilla de un cinturón. Sonaron los interruptores. Una débil luz naranja apareció en docenas de diales de los instrumentos y arrojaron unas súbitas sombras al techo. Una bomba de combustible giró y se puso en marcha. Reacher se inclinó hacia adelante desde la cintura y movió la cabeza hasta que un ojo quedó alineado con el hueco entre los asientos. Vio la manga de cuero del piloto. Nada más. El resto del tipo era invisible detrás de la abultada butaca. Su mano bailaba sobre los interruptores y tocaba los cristales de los diales uno tras otro mientras realizaba las verificaciones previas al vuelo. Hablaba consigo mismo, en voz baja, recitando una larga lista de formalidades como una letanía.

Reacher echó la cabeza hacia atrás.

Entonces un sonido tremendo.

Estaba a medio camino entre un disparo y un estallido de aire comprimido. Sonó de nuevo, y otra vez y de nuevo otra vez más, cada vez más rápido. El mecanismo de arranque que forzaba el giro del rotor. El suelo tembló. Se pusieron en marcha los motores, se conectaron los engranajes y el rotor comenzó a moverse en un lento batir. El torque balanceaba y torcía todo el aparato sobre el tren de aterrizaje, solo un poco, rítmicamente, como si estuviese bailando. El interior estaba lleno con un fuerte redoblar. Giraban las transmisiones. Los escapes de los motores aullaban en el exterior, agudos y penetrantes. Reacher metió los cañones de las pistolas entre las piernas para que no saltasen, se deslizasen y sonasen. Sacó la Glock del bolsillo y la sostuvo a su lado.

Esperó.

Un minuto más tarde abrieron la puerta trasera. El tremendo sonido entró como una tromba. A continuación llegó el acre olor del queroseno. Tras el queroseno llegó Karla Dixon. Reacher movió la cabeza un par de centímetros y la vio caer al suelo de cabeza como un tronco. Quedó apoyada de lado, con la cara vuelta. Tenía las muñecas y los tobillos atados con una áspera cuerda de sisal. Las manos detrás de la

espalda. La última vez que la había visto en horizontal había sido en su cama en Las Vegas.

Dos minutos más tarde trajeron a O'Donnell, con los pies por delante. Era más grande, pesado y golpeó más fuerte. Estaba atado de la misma manera que Dixon. Rodó boca abajo al lado de ella, sus pies junto a su cabeza. Yacieron juntos como trozos de leña, moviéndose un poco, luchando contra las cuerdas.

Los amortiguadores se movieron de nuevo y Lennox y Parker subieron a bordo. Cerraron las puertas y se sentaron en los asientos de atrás. El respaldo del asiento delante de Reacher se movió contra un mecanismo suelto y le tocó la mejilla.

Metió la cabeza con más fuerza en el rincón. El pelo corto rozó la moqueta.

El rotor giraba poco a poco.

La suspensión subió y bajó, subió y bajó, esquina frontal izquierda, esquina trasera derecha, menos de unos centímetros, como si bailase.

Reacher esperó.

Entonces se abrió la puerta de la carlinga opuesta al piloto y Allen Lamaison se sentó en el asiento y dijo: «Adelante». Reacher oyó como aceleraban las turbinas, sintió la fuerza y el temblor de las vibraciones que llenaban la cabina, oyó el cambio del ruido del rotor a una urgente aceleración y después como todo el aparato se levantaba sobre las ruedas.

Despegaron.

Reacher sintió que el suelo subía hacia él. Oyó las ruedas que se recogían en sus alojamientos. Sintió la rotación, la deriva de una larga subida y después como el suelo se movía hacia adelante, mientras el morro bajaba para ganar velocidad. Se sujetó con los dedos separados para no resbalar en el asiento que tenía delante. Oyó el ruido del motor acomodarse a un ritmo apagado y después experimentó de inmediato la sensación única de volar en helicóptero. Había viajado muchos kilómetros en helicóptero, muchos de ellos sentado en el suelo.

Una experiencia conocida.

Por ahora.

Según el reloj mental de Reacher el viaje duró exactamente veinte minutos, que era más o menos lo que calculaba. Había deducido que los helicópteros modernos podían ser un poco más rápidos que los Huey que había utilizado en el ejército. Dedujo que un helicóptero militar AH-1 podría emplear unos veintipocos minutos para pasar más allá de las montañas, así que veinte exactos parecía razonable para algo con asientos de cuero negro y moqueta.

Pasó los veinte minutos con la cabeza totalmente agachada. Un instinto animal, de un millón de años de antigüedad y todavía practicado por los perros y los niños. «Si yo no los veo, ellos no me ven». Mantuvo los brazos y las piernas moviéndose en silenciosas fracciones de centímetros y mantuvo los músculos tensándolos y relajándolos en una curiosa versión miniaturizada de una clase de gimnasia. Ya no tenía frío, pero no quería quedarse entumecido. El ruido en la cabina era fuerte pero no abrumador. El aullido de los motores desaparecía en el chorro de aire. El ruido del rotor se mezclaba con la corriente y se podía descartar. No había ninguna conversación. Ni una palabra. Reacher no oyó nada de nadie.

Hasta que el viaje de veinte minutos llegó a su final.

Sintió que el helicóptero reducía la velocidad. Sintió que el suelo se nivelaba y después se echaba un poco hacia atrás a medida que subía el morro. El aparato rotó un poco a la izquierda.

Como un caballo al que sofrenan en una película. La cabina se volvió más ruidosa. Ahora se estaba moviendo poco a poco, atrapado en la burbuja de su propio sonido.

Se inclinó hacia adelante por la cintura y apoyó un ojo en el hueco entre los asientos y vio a Lamaison inclinado con la frente apoyada en la ventanilla. Lo vio cambiar de dirección e inclinarse hacia el piloto. Lo oyó hablar. O quizá solo imaginó que lo oía hablar. Había reconstruido las órdenes en su cabeza mil veces desde que había abierto el archivo de Franz días antes. Sintió que las sabía, palabra a palabra, en toda su cruel realidad.

«¿Dónde estamos?», preguntó Lamaison, en la mente de Reacher y también quizás en la realidad.

«¿Qué tenemos ahora abajo?».

«Arena».

«¿Altura?».

«Mil metros».

«¿Cómo es el viento aquí arriba?».

«Tranquilo. Unas pocas corrientes térmicas, pero sin viento».

«¿Es seguro?».

«En términos aeronáuticos sí».

«Pues entonces vamos allá».

Reacher notó que el helicóptero se mantenía estacionario. El ruido del motor bajó a una nota más grave y se acentuó el batir de las palas del rotor. El suelo se movía en pequeños círculos inestables, como una peonza que se detiene. Lamaison se volvió en el asiento y le hizo un gesto a Parker y a Lennox. Reacher oyó el chasquido de las hebillas de los arneses de seguridad y después que el peso se levantaba de los asientos que tenía delante. Los cojines de cuero inhalieron, los cansados resortes apretados se recuperaron y los respaldos de los asientos se apartaron un par de centímetros de su rostro. No había ninguna luz aparte del resplandor naranja de los instrumentos. Parker estaba a la izquierda y Lennox a la derecha. Ambos estaban medio encorvados, las rodillas dobladas y las cabezas agachadas debido a la proximidad del techo, los pies separados para mantenerse estables en el suelo en movimiento, los brazos tendidos hacia adelante para mantener el equilibrio. Uno de ellos iba a morir fácilmente y el otro iba a morir peor.

Todo dependía de cuál de ellos abriera la puerta.

Lennox abriría la puerta.

Se volvió a medias, cogió el arnés de seguridad suelto y lo sujetó bien fuerte con la mano izquierda. Después se movió de lado y utilizó la derecha para sujetar la manija interior de la puerta. Llegó allí, la abrió y la empujó. La puerta se entreabrió y entraron el viento y el sonido. El piloto estaba medio vuelto en su asiento, mirando sobre el hombro, e inclinó el aparato un poco para que la puerta se abriese toda por su propio peso. Lo niveló de nuevo y comenzó una lenta rotación en el sentido de las agujas del reloj para que el movimiento, la inercia y la presión del aire mantuviesen la puerta abierta.

Lennox se volvió. Grande, rubicundo, obeso, agachado como un gorila, la mano izquierda tensa en la correa del arnés, la derecha moviéndose en el aire como un hombre sobre hielo.

Reacher se inclinó hacia adelante y utilizó la mano izquierda para encontrar la palanca que soltaba el asiento. Apoyó el pulgar debajo del pivote y dos dedos por encima y giró. El respaldo del asiento se bajó hacia delante. Utilizó la mano izquierda para ponerlo del todo horizontal. Lo sujetó allí. Los cojines exhalieron de nuevo. Levantó la Glock en su mano derecha, se giró desde la cintura y apoyó el brazo derecho en el respaldo del asiento. Cerró un ojo y buscó un punto dos centímetros por encima del ombligo de Lennox.

Apretó el gatillo.

La detonación se perdió en el rugido general. Audible, pero no tanto como lo hubiese sido en una biblioteca. La bala alcanzó a Lennox en el vientre. Reacher pensó que lo atravesó instantáneamente. Inevitable, con una nueve milímetros desde una distancia tan corta. Era la razón por la que le disparaba a Lennox y no a Parker. Reacher no tenía ningún miedo a volar, pero prefería que el aparato donde estaba no sufriese ningún daño. Un disparo a través del vientre de Parker, podría haber alcanzado un conducto hidráulico o un cable eléctrico. A través de Lennox salió por

la puerta abierta a la noche, sin hacer daño alguno.

Lennox permaneció incómodo medio agachado. Un chorro de sangre bordeó el agujero en su camisa. Parecía negra a la débil luz naranja. La mano izquierda soltó el arnés y se movió en el aire, una réplica perfecta de su derecha. Continuó agachado allí, en equilibrio, simétrico, a treinta centímetros del marco de la puerta, sin nada detrás excepto el vacío, con un catastrófico asombro físico en su rostro.

Reacher movió la Glock una pequeña fracción y disparó de nuevo, esta vez apuntando al esternón. Se dijo que en un tipo tan grande y viejo como Lennox, el esternón sería una placa bien calcificada, de un centímetro de espesor. La bala lo atravesaría, obviamente, pero seguro que al destrozarse el hueso, el cuerpo sentiría como un pequeño empujón hacia adelante, como el efecto de un suave manotazo, posiblemente la inercia suficiente para desplazar al tipo ligeramente hacia atrás, en lugar de caer verticalmente como un saco, tal como habría ocurrido con un disparo en la cabeza. El cuello humano está demasiado articulado para que un disparo en la cabeza consiguiera el efecto que Reacher deseaba.

De todas formas, fueron las rodillas las que cumplieron el cometido, no el esternón. En vez de caer en vertical hacia atrás, las rodillas se le doblaron, como un tipo que pretende sentarse sobre los talones. Pero era grande, pesado y tenía 41 años, así que sus rodillas se habían endurecido. Cuando llegaron a los noventa grados, dejaron de doblarse. Su tronco se movió hacia atrás por el súbito bloqueo y el culo golpeó de lleno en el marco de la puerta, de manera que el peso de los hombros y la cabeza hicieron que el cuerpo girase y atravesase el hueco de la puerta perdiéndose en la noche. Lo último que Reacher vio fueron las suelas de sus zapatos, todavía bien separados, sacudiéndose en el viento y la oscuridad como pensamientos tardíos.

En ese momento habían pasado menos de dos segundos desde que había bajado el asiento, pero a Reacher le parecían como dos vidas completas, quizá las de Orozco y Franz. Se sentía infinitamente fluido y lánguido. Flotaba en un estado de gracia y tormento, pensaba sus movimientos como en una partida de ajedrez, consciente de sus posibilidades, las retiradas, las amenazas y las oportunidades. Los demás en la cabina apenas si habían reaccionado. O'Donnell estaba boca abajo e intentaba levantar la cabeza lo suficiente para volverse. Dixon intentaba ponerse boca arriba. El piloto estaba medio girado, inmóvil en su asiento. Parker estaba congelado en su absurda pose simiesca. Lamaison miraba al espacio vacío donde había estado Lennox, como si le fuese del todo imposible comprender lo que acababa de pasar.

Entonces Reacher se levantó.

Dejó caer el segundo respaldo y pasó por encima como una aparición de pesadilla, un súbito gigante surgido de la nada que se movía silenciosamente hacia el ruidoso resplandor anaranjado. Luego se mantuvo inmóvil, sin acabar de estar erguido del todo, la cabeza apretada contra el techo, los pies separados un metro, triangulado para obtener la máxima estabilidad. La mano izquierda sujetaba la SIG, apuntada al rostro de Parker. La derecha empuñaba la Glock, que apuntaba a

Lamaison. Ambas armas estaban inmóviles. Su rostro era inexpresivo. El rotor batía el aire. El aparato continuaba su lenta rotación en el sentido de las agujas del reloj. La puerta bien abierta, empujada hacia atrás como una vela. Entraban rachas de viento, ruido y el olor del queroseno.

O'Donnell arqueó la espalda y levantó la cabeza lo bastante alta para girarse. Sus ojos se movieron a la izquierda hasta las botas de Reacher y se cerraron por un momento. Dixon consiguió ponerse de espaldas, rodó sobre los brazos atados y se acomodó sobre el otro hombro de cara a popa.

El piloto miró. Parker miró. Lamaison miró.

Un momento de máximo peligro.

Reacher no podía permitirse disparar a proa. La probabilidad de dar en algún instrumento esencial de la carlinga era demasiado grande. No podía permitirse bajar un arma y soltar a O'Donnell o Dixon porque Parker estaba suelto en la cabina a no más de un metro veinte. Tampoco podía tumbar a Parker mano a mano porque ni siquiera podía avanzar. No había espacio en el suelo. Los cuerpos de O'Donnell y Dixon lo ocupaban todo.

En cambio, Lamaison continuaba sujeto a su asiento. El piloto todavía estaba sujeto al suyo. El piloto no tenía nada más que forzar los movimientos del aparato para que todos en la parte trasera cayesen por la puerta abierta. Sacrificarían a Parker de esta manera, pero Reacher sabía que Lamaison no dejaría de dormir por tomar dicha decisión.

Tablas si lo comprendían.

Victoria si aprovechaban el momento.

No lo comprendieron. Ni aprovecharon el momento. Sin embargo, O'Donnell sí que levantó la cabeza y los pies del suelo y se desplazó como una tortuga unos quince centímetros hacia Reacher y Dixon rodó hacia el otro lado y unos preciosos treinta centímetros de espacio se abrieron entre ellos. Reacher entró agradecido en ese espacio y golpeó a Parker en el vientre con el cañón de la SIG. El aliento escapó de sus pulmones, se dobló por la cintura y dio un paso instintivo por el canal que O'Donnell y Dixon habían creado. Reacher pasó a su lado como un torero, plantó la suela de su bota en el culo de Parker, lo empujó por detrás y lo envió tambaleante sobre las piernas rígidas a través de la cabina, y ciegamente atravesó la puerta hacia la noche. Antes de que su grito se hubiese apagado, Reacher ya tenía el brazo izquierdo alrededor de la garganta de Lamaison con la SIG apuntando al piloto y la Glock bien apretada en la nuca de Lamaison.

Después todo fue más fácil.

El piloto permaneció inmóvil en los controles. El helicóptero colgaba allí en su ruidosa posición estática. El rotor batía con fuerza y todo el aparato continuaba con su lento giro. La puerta se mantenía abierta, ancha e invitadora, sujetada por la corriente de aire. Reacher cerró bien el codo y tiró hacia atrás y hacia arriba del cuello de Lamaison como si fuese a arrancarlo del asiento hasta que las correas de los hombros se tensaron. Dejó la Glock en el suelo y buscó en el bolsillo los nudillos de O'Donnell. Los sujetó en los dedos como si fuese una herramienta y miró detrás. Extendió el brazo, empujó a Dixon para ponerla de frente y utilizó los bordes afilados de los nudillos para rozar las ligaduras de las muñecas. Ella tensó los brazos y las fibras de sisal se partieron lentamente, una tras otra. Reacher notaba cada éxito con toda claridad a través del duro material cerámico, suaves notas armónicas, algunas veces dos a la vez. Lamaison comenzó a resistirse y Reacher apretó el codo, que tenía la ventaja de asfixiar a Lamaison hasta someterlo, pero con la desventaja de apuntar la pistola detrás del piloto. Pero el piloto no hizo ningún intento de aprovechar la ventaja. No reaccionó en absoluto. Permaneció sentado, las manos en la palanca de vuelo, los pies en los pedales, para mantener el helicóptero en su lento movimiento giratorio.

Reacher continuó serrando, a ciegas. Un minuto. Dos. Dixon continuaba moviendo los brazos, para ofrecerle nuevas hebras, para comprobar el progreso. Lamaison forcejeaba con fuerza. Era un tipo grande, fuerte y poderoso, de cuello grueso, los hombros anchos. Y estaba asustado. Pero Reacher era más grande, más fuerte, y estaba furioso. Más furioso que Lamaison asustado.

Reacher apretó el brazo. Lamaison continuó resistiéndose. Consideró si se tomaba un momento para golpearlo, pero quería mantenerlo consciente para después. Así que continuó ocupándose de las cuerdas y de pronto se desató todo un trozo, las muñecas de Dixon se soltaron y ella se puso de rodillas. Reacher le dio los nudillos y la Glock

y pasó la SIG de la izquierda a la derecha.

Después todo fue mucho más fácil aún.

Dixon hizo lo correcto, que fue no hacer caso de los nudillos y arrastrarse a través de la cabina como una sirena hasta los bolsillos de Lamaison, donde encontró una cartera, una pistola y la navaja de O'Donnell. Dos segundos más tarde tenía los pies libres, y al cabo de otros cinco O'Donnell estaba libre. Ambos llevaban atados desde hacía horas, y estaban acalambrados, rígidos y sus manos temblaban mucho. Pero no tenían por delante ningún trabajo complicado. Solo tenían que controlar al piloto. O'Donnell sujetó el cuello de la cazadora del tipo con un puño y le metió el cañón de la SIG bajo la barbilla. No había manera de errar con un disparo a quemarropa, por mucho que le temblasen las manos. Ninguna en absoluto. El piloto lo tenía claro. Permaneció pasivo. Reacher metió el cañón de la SIG en la oreja de Lamaison y se inclinó hacia el otro lado, hacia el piloto y le preguntó:

—¿Altura?

El piloto tragó saliva.

—Mil metros.

—Vamos a subir un poco —dijo Reacher—. Probemos con mil quinientos metros.

La subida sacó al helicóptero de la lenta rotación, la puerta abierta se sacudió por un momento y después se cerró sola. En la cabina reinó el silencio. Un silencio casi total en comparación. O'Donnell todavía tenía el arma bajo la barbilla del piloto. Reacher todavía tenía a Lamaison arqueado hacia atrás en el asiento. Lamaison tenía sus manos en el antebrazo de Reacher, tiraba hacia abajo, pero sin fuerza. Por curioso que fuese se mostraba pasivo e inerte. Como si intuyese a la perfección cuál era la amenaza, pero sin acabarse de creer del todo que ocurriría.

«Como no pudo Swan —pensó Reacher—. Ni Orozco, ni Franz, ni Sánchez».

Sintió que el helicóptero se nivelaba. Oyó al rotor morder el aire estacionario, sintió las turbinas acomodarse en un rápido y urgente aullido. El piloto miró en su dirección y asintió.

—Más —le pidió Reacher—. Subamos hasta los mil seiscientos metros.

El ruido del motor cambió, también el del rotor, y el aparato se movió de nuevo hacia arriba, lento y preciso. Giró un poco y luego volvió a permanecer estacionario.

—Mil seiscientos metros —anunció el piloto.

—¿Ahora qué tenemos abajo? —preguntó Reacher.

—Arena.

Reacher se volvió hacia Dixon y le pidió:

—Abre la puerta.

Lamaison encontró restos de nueva energía. Se sacudió y debatió en el asiento y gritó:

—No, por favor, por favor, no.

Reacher aumentó la presión del codo.

—¿Mis amigos rogaron?

Lamaison solo sacudió la cabeza.

—No lo harían —afirmó Reacher—, demasiado orgullosos.

Dixon se movió hacia atrás en la cabina y cogió el arnés de Lennox con la mano izquierda. Se sujetó bien y buscó la palanca de la puerta con la derecha. Era más pequeña que Lennox y para ella era más de un estirón. Pero llegó. Soltó la palanca, empujó con fuerza con los dedos extendidos y la puerta se abrió. Reacher se volvió hacia el piloto y le dijo:

—Haga eso del giro de nuevo.

El piloto inició la lenta rotación en el sentido de las agujas del reloj, la puerta se abrió del todo y se mantuvo sujeta en las bisagras. De nuevo entraron un ruido tremendo y el viento de la noche. Las montañas se veían negras en el horizonte. Más allá se veía el resplandor de Los Ángeles a ochenta kilómetros de distancia, un millón de brillantes luces atrapadas bajo el aire espeso como la sopa. Luego aquella visión desapareció y fue reemplazada por la negrura del desierto.

Dixon se sentó en el asiento plegado de Parker. O'Donnell sujetó con fuerza el

cuello de la cazadora del piloto. Reacher tiró del cuello de Lamaison hacia arriba y hacia atrás con el antebrazo bien apretado contra la garganta. Tiró hacia arriba hasta los límites del arnés. Lo sujetó así. Luego pasó una mano y utilizó el cañón de la SIG para soltar el cierre del arnés. Los cinturones se soltaron. Reacher tiró de Lamaison todo el camino por encima del respaldo del asiento y lo tumbó en el suelo.

Lamaison vio una oportunidad, y la aprovechó. Se sentó y movió los talones por la moqueta en un intento de hacerle una zancadilla. Pero Reacher estaba preparado. Más preparado que nunca. Descargó un puntapié en el costado de Lamaison y le dio un codazo que lo pilló en la oreja. Lo tumbó boca abajo en el suelo, apoyó la rodilla entre los omóplatos y metió la pistola contra la nuca. Lamaison tenía la cabeza levantada y Reacher sabía que estaba mirando el vacío. Sus pies batían la moqueta. Gritaba. Reacher le oía con claridad por encima del ruido. Sentía cómo movía el pecho.

«Demasiado tarde —pensó Reacher—. Recoges lo que siembras».

Los débiles puñetazos hacia atrás de Lamaison ni siquiera llegaban a tocarlo. Apoyó las palmas en el suelo e intentó apartar a Reacher de un empujón. «Ni hablar —pensó Reacher—. A menos que puedas levantar ciento veinticinco kilos con la espalda». Algunos tipos podían. Reacher lo había visto hacer. Pero Lamaison no. Era fuerte, pero no lo bastante. Forcejeó por un momento y se rindió.

Reacher pasó la pistola a la mano izquierda y rodeó con la derecha el cuello de Lamaison por detrás como una pinza. Lamaison tenía el cuello grueso, pero Reacher tenía las manos grandes. Metió el pulgar y la punta del dedo medio en los huecos detrás de las orejas de Lamaison y apretó con fuerza. Sus arterias se comprimieron y su cerebro se quedó sin oxígeno. Dejó de gritar y se acabaron los pataleos. Reacher mantuvo la presión durante todo un minuto antes de ponerlo boca arriba, girarlo y sentarlo como si fuese un borracho.

Lo sujetó por el cinturón y el cuello de la chaqueta.

Lo empujó por el suelo sobre el culo, los pies por delante.

Lo llevó hasta el marco de la puerta y lo retuvo allí, los brazos sujetos detrás. El helicóptero giraba poco a poco. Los motores aullaban y el rotor batía como si fuese un tambor. Reacher lo podía sentir en su pecho, como si fuesen latidos. Pasaron los minutos y el aire fresco que entraba reanimó a Lamaison, que se encontró sentado en el borde con los pies colgando en el vacío, como alguien en lo alto de una pared.

Mil seiscientos metros por encima del suelo del desierto.

Reacher había ensayado un discurso. Lo había comenzado a componer en el Denny's de Sunset, con el informe de la autopsia de Franz en la mano. Lo había perfeccionado a lo largo de los días siguientes. Estaba repleto de magníficas frases sobre la lealtad y la retribución, y sentidos elogios por sus cuatro amigos muertos. Pero cuando llegó el momento no dijo gran cosa. No tenía sentido. Lamaison no hubiese oído ni una palabra. Estaba loco de terror y había demasiado ruido. Un caos. Al final Reacher se limitó a inclinarse y poner la boca cerca de la oreja de Lamaison.

—Cometió un grave error. Se metió con las personas equivocadas. Ahora es el momento de pagar.

Estiró los brazos de Lamaison detrás de la espalda y empujó. Lamaison se movió un par de centímetros y después se echó hacia adelante en un intento por mover el culo hacia atrás en el marco. Reacher empujó de nuevo. Lamaison se dobló y su pecho tocó las rodillas. Miraba directamente a la oscuridad. Mil seiscientos metros. Un coche a toda velocidad tardaría un minuto en recorrerlo.

Reacher empujó. Lamaison aflojó los hombros. No tenía ningún punto de apoyo para hacer palanca.

Reacher apoyó el tacón por debajo de la cintura de Lamaison.

Dobló la pierna.

Soltó los brazos de Lamaison.

Extendió la pierna, rápido y con fuerza.

Lamaison pasó por encima del borde y desapareció en la noche.

No se oyó ningún grito. O quizá sí lo hubo. Tal vez se perdió bajo el ruido del rotor. O'Donnell le hizo una seña al piloto y este movió el aparato, invirtió la rotación y la puerta se cerró. En la cabina se hizo el silencio. Dixon abrazó a Reacher con fuerza.

—Desde luego lo has dejado para el último minuto, ¿eh? —dijo O'Donnell.

—Intentaba decidir si dejaba que te arrojasen a ti primero antes de salvar a Karla —contestó Reacher—. Una decisión difícil. Me llevó algún tiempo.

—¿Dónde está Neagley?

—Espero que trabajando. Los misiles cruzaron la verja de Colorado hace ocho horas. Y no sabemos adónde van.

No había nada que el piloto pudiese hacer sin que implicase también su propia muerte, así que lo dejaron solo en la carlinga. Pero no antes de mirar el combustible que quedaba. No mucho. Menos de una hora de vuelo, posiblemente menos. No tenían cobertura en los móviles. Reacher le dijo al piloto que bajase y fuese hacia el sur para encontrar cobertura. Dixon y O'Donnell colocaron los asientos traseros en posición normal y se sentaron. No se abrocharon los arneses. Reacher pensó que estaban hartos de estar atados. Se tumbó en el suelo con los brazos y las piernas abiertas. Estaba cansado y desanimado. Lamaison había desaparecido, pero ninguno de sus amigos había regresado.

—¿Adónde llevarías los seiscientos cincuenta misiles? —preguntó O'Donnell.

—A Oriente Medio —contestó Dixon—. Los enviaría por mar. La electrónica a través de Los Ángeles y los tubos por Seattle.

Reacher levantó la mano.

—Lamaison dijo que iban a Cachemira.

—¿Le creíste?

—A medias. Creo que él sí que escogió creer una mentira para salvar su propia conciencia. Fuera lo que fuese, estamos hablando de un civil. No quería saber la verdad.

—¿De qué se trata entonces?

—Terrorismo interno, aquí en Estados Unidos. Tiene que serlo. Es obvio. Cachemira es una disputa entre gobiernos. Los gobiernos compran de otra manera. No van por ahí con maletas Samsonite llenas de bonos al portador, códigos de acceso a cuentas bancarias y diamantes.

—¿Es lo que has encontrado? —preguntó Dixon.

—En Highland Park. Por valor de sesenta y cinco millones de dólares. Neagley los tiene. Tú puedes convertirlos en dinero, Karla.

—Si sobrevivo. Mi avión de regreso a Nueva York puede ser derribado.

—Si no mañana —asintió Reacher—, al día siguiente o al otro.

—¿Cómo los encontramos? Ocho horas a ochenta kilómetros por hora da un radio de seiscientos cuarenta kilómetros. Que equivale a ochocientos mil kilómetros cuadrados.

—Setecientos dos mil setecientos veinte —dijo Reacher automáticamente—. Si utilizas solo tres decimales para *pi*. Pero es el acuerdo al que llegamos. Podríamos haberlos detenido cuando el círculo era mucho más pequeño o venir a rescatarlos.

—Gracias —dijo O'Donnell.

—Eh, que yo voté por detener el camión. Neagley rechazó mi decisión.

—Bien, ¿y qué hacemos?

—¿Alguna vez has visto a un gran centrocampista jugar al béisbol? Nunca sigue la pelota. Corre hacia donde llegará la pelota. Como Mickey Mantle.

—No has visto jugar a Mantle en tu vida.

—Pero vi las noticias.

—Estados Unidos tiene una superficie de más de nueve millones seiscientos mil kilómetros cuadrados. Es más grande que el campo del estadio de los Yankees.

—Pero no mucho más —dijo Reacher.

—¿Entonces hacia dónde corremos?

—Mahmoud no es tonto. De hecho a mí me parece un tipo muy inteligente y cauteloso. Acaba de gastarse sesenta y cinco millones de dólares en lo que solo son componentes. Tuvo que haber insistido en que parte del trato era que alguien le mostrase cómo montar esos malditos cacharros.

—¿Quién?

—¿Qué nos dijo la tipa de Neagley, la política, Diana Bond?

—Muchas cosas.

—Nos dijo que el ingeniero de New Age hace las pruebas de control de calidad porque hasta ahora es el único tipo en el mundo que sabe cómo debe funcionar el Little Wing.

—Y Lamaison lo tenía cogido por las pelotas de alguna manera —señaló Dixon.

—Amenazaba a su hija.

—Si Lamaison iba a utilizarlo, iba a llevarle a alguna parte —dijo O'Donnell—. Y tú has arrojado a Lamaison fuera del maldito helicóptero antes de preguntárselo.

—Pero él estuvo hablando todo el tiempo como si eso fuese ya algo pasado.

Reacher negó con la cabeza.

—Dijo que era un trato finiquitado. Había algo en sus palabras. No iba a llevar a nadie a ninguna parte.

—Entonces ¿quién?

—No quién —dijo Reacher—. La pregunta es dónde.

—Si solo hay un tipo, y Lamaison no pensaba llevarlo a ninguna parte —señaló Dixon—, entonces son los misiles los que van a venir hasta él.

—Es ridículo —contradijo O'Donnell—. No puedes llevar un semirremolque lleno de misiles a un apartamento en Century City o donde sea.

—El tipo no vive en Century City —dijo Reacher—. Vive en el desierto. En el medio de la nada. ¿Qué mejor lugar para llevar un semirremolque cargado con misiles?

—Los móviles ya funcionan —avisó el piloto.

Reacher cogió su móvil. Buscó el número de Neagley. Apretó el botón verde. Ella respondió.

—¿La casa de Dean? —preguntó Reacher.

—Desde luego. Estoy a veinte minutos.

El helicóptero tenía GPS, pero no del tipo que dibuja un mapa de carreteras en la pantalla. No era como el GPS del coche de alquiler de O'Donnell. El sistema del helicóptero ofrecía un par de lecturas de latitud y longitud que cambiaban constantemente, números verdes pálidos, solo lectura. Reacher le dijo al piloto que fuese a algún lugar al sur de Palmdale y esperase. El piloto estaba nervioso por el combustible. Reacher le dijo que perdiese altitud. Los helicópteros pueden salvarse algunas veces de los fallos de motor a escasos metros de altura. Rara vez sobreviven a grandes altitudes.

Reacher llamó a Neagley de nuevo. Había conseguido la dirección de Dean gracias a Margaret Berenson en el hotel de Pasadena. Pero Neagley tampoco tenía GPS. Iba a la deriva en la oscuridad, siguiendo los débiles faros de última generación con lámparas de tinte azulado. Y la cobertura de móvil era intermitente. Reacher la perdió dos veces. Antes de perderla una tercera vez le aconsejó que buscara la casa de Dean y condujese en círculos cerrados con las luces largas para que ellos pudiesen divisarla.

Reacher ocupó el asiento de Lamaison y apoyó la frente contra la ventanilla de la misma manera que había hecho Lamaison. Dixon y O'Donnell se encargaron de las ventanillas laterales traseras. Entre todos cubrían un panorama de ciento ochenta grados. Quizá más. Por razones de seguridad, Reacher hizo que el piloto trazara amplios círculos de vez en cuando, por si acaso lo que buscaban se había quedado atrás.

No vieron nada.

Nada en absoluto, excepto una vasta negrura sin señales y de vez en cuando un punto naranja. Posiblemente gasolineras o quizá pequeños aparcamientos delante de alguna tienda. Vieron algún que otro coche en carreteras solitarias, pero ninguno era el Civic de Neagley. Faros amarillos, no azules. Reacher probó de nuevo con el móvil. No había cobertura.

—El combustible está casi en reserva —avisó el piloto.

—Autopista a la izquierda —anunció Dixon.

Reacher miró abajo. No parecía una autopista. Había cinco coches en una extensión de kilómetro y medio, dos hacia el sur y tres hacia el norte. Cerró los ojos e imaginó los mapas que había visto.

—No tendríamos que estar encima de una autopista norte-sur —dijo—. Estamos demasiado al oeste.

El helicóptero viró hacia el este en una larga curva rápida y volvió a nivelarse.

—Tendré que aterrizar dentro de poco —comunicó el piloto.

—Aterrizará cuando yo se lo diga —respondió Reacher.

Al norte de las montañas el aire era mejor. Algo de polvo, algunas ondas de calor, pero en conjunto claro hasta el horizonte. Delante, en la distancia, una pequeña

cuadrícula de luces parpadeaba. Probablemente Palmdale. Reacher había oído decir que era un lugar bonito. En crecimiento. Deseable. Caro. Por tanto, cualquiera que buscara hectáreas, aislamiento y el máximo de beneficio por dólar se mantendría bien lejos de allí.

—Vuelva al sur —dijo—. Y suba.

—Subir consume combustible —se quejó el piloto.

—Necesitamos un ángulo mejor.

El helicóptero subió poco a poco unos sesenta metros. El piloto bajó el morro y dio un amplio círculo, como si estuviese barriendo el horizonte con un faro imaginario.

No vieron nada.

No había cobertura de móvil.

—Más alto —dijo Reacher.

—No puedo. Mire la aguja.

Reacher encontró el indicador. La aguja estaba al final. Oficialmente los tanques estaban vacíos. Cerró los ojos e imaginó el mapa. Berenson había dicho que Dean se había quejado del viaje desde el infierno. A Highland Park solo tenía dos opciones. Por la ruta 138, por la ladera este del monte San Antonio o por la ruta 2, al oeste, pasado el observatorio del Monte Wilson. La ruta 2 era más pequeña y sinuosa. Y se unía a la 210 en Glendale. Con lo que resultaba mucho más complicada que la ruta este. No había razón para escogerla a menos que fueses tonto. Eso significaba que Dean salía de algún lugar al sur de Palmdale, no al sudeste. Reacher miró adelante y esperó hasta que la distante cuadrícula de luces apareció de nuevo a la vista.

—Ahora gire ciento ochenta grados y dé la vuelta.

—Estamos sin combustible.

—Hágalo.

El aparato viró, bajó el morro y siguió adelante.

Sesenta segundos más tarde encontraron a Neagley.

Un kilómetro y medio más adelante y ciento diez metros más abajo vieron un cono de luz azul que daba vueltas y pulsaba como un faro. Parecía como si Neagley tuviese el volante del Civic girado a tope, dando vueltas en círculos de diez metros, y encendía y apagaba los faros mientras giraba. El efecto era espectacular. Los faros barrían y saltaban, proyectaban sombras en movimiento y dejaban a la vista unos sesenta metros donde no había obstrucciones. Como un faro en una costa rocosa. Había pequeñas hondonadas, quebradas, mesas y agujas que destacaban formando un relieve espectacular. Al norte, edificios bajos. Líneas de alta tensión al este. Al oeste una accidentada ladera que descendía hasta un pequeño arroyo de unos diez metros de ancho y cinco de profundidad.

—Aterrice allí —ordenó Reacher—. En aquella hondonada. Mantenga el tren de aterrizaje recogido.

—¿Por qué? —quiso saber el piloto.

—Porque es como yo lo quiero.

El piloto se desvió un poco al oeste y descendió unos sesenta metros para ponerse en línea con el arroyo. A continuación bajó con el helicóptero como si fuese un ascensor. Sonó un pitido para avisarle de que estaba aterrizando sin el tren de aterrizaje. Hizo caso omiso y continuó bajando. Descendió hasta seis metros del suelo y se posó con suavidad en el lecho rocoso del arroyo. Crujieron las piedras, el metal rechinó y el suelo se inclinó treinta centímetros de la horizontal. Por la ventanilla Reacher vio las luces de Neagley que se acercaban entre la tormenta de arena levantada por la corriente del rotor.

Entonces se acabó el combustible.

Los motores se apagaron y el rotor se detuvo con un temblor.

En la cabina reinó el silencio.

Reacher fue el primero en salir. Se abrió paso entre nubes de polvo caliente, envió a O'Donnell y Dixon a encontrarse con Neagley y volvió al helicóptero. El tipo todavía estaba atado al asiento. Golpeaba el cristal del indicador con la uña.

—Buen aterrizaje —le felicitó Reacher—. Es un buen piloto.

—Gracias —dijo el tipo.

—Eso que hacía con la rotación —añadió Reacher—. Para mantener la puerta abierta. Muy inteligente.

—Aerodinámica básica.

—Claro que usted tiene mucha práctica.

El piloto no dijo nada.

—Cuatro veces. Al menos que yo sepa.

El piloto no dijo nada.

—Esos hombres eran mis amigos —continuó Reacher.

—Lamaison me ordenó que lo hiciese.

—¿O?

—Perdería mi trabajo.

—¿Eso es todo? ¿Dejó que lanzara a cuatro seres humanos vivos fuera del helicóptero para salvar su empleo?

—Me pagan por obedecer órdenes.

—¿Alguna vez ha oído hablar del juicio de Núremberg? Esa excusa ya no vale.

—Estuvo mal, lo sé —admitió el piloto.

—Pero lo hizo de todas maneras.

—¿Qué otra cosa podía hacer?

—Muchas cosas —dijo Reacher. Entonces sonrió. El piloto se relajó un poco. Reacher sacudió la cabeza como si le hiciese gracia alguna cosa, se inclinó hacia adelante y palmeó al tipo en la mejilla. Dejó su mano allí, en el lado opuesto de su cara, un gesto amistoso. Subió el pulgar hacia la órbita del ojo, apretó el dedo índice en la sien, movió los otros tres dedos detrás de la oreja, entre el pelo. Le partió el cuello con una mano, con un solo giro decidido. Después movió su cabeza adelante y

atrás, a un lado y a otro para asegurarse de que la médula espinal estuviese rota del todo. No quería que se despertase convertido en un parapléjico. De hecho, no quería que se despertase en absoluto.

Se alejó y lo dejó allí, todavía atado al asiento. Se volvió después de caminar unos quince metros y evaluó la situación. Un helicóptero en una hondonada, un tanto inclinado, el tren de aterrizaje levantado, los tanques vacíos. Un choque. El piloto a bordo, heridas de impacto, un desafortunado accidente. No perfecto, pero razonable.

Neagley había aparcado a treinta metros del arroyo, más o menos la mitad de la distancia hasta la puerta principal de Edward Dean. Todavía tenía las largas puestas. Cuando Reacher llegó al coche, se volvió para mirar atrás y verificar de nuevo. El helicóptero estaba bastante bien escondido. La parte superior del rotor era visible, pero apenas. Las hélices quedaban fuera de la vista. El polvo se iba aposentando. Neagley, Dixon y O'Donnell formaban un grupo cerrado.

—¿Todos bien?

Dixon y O'Donnell asintieron. Neagley no.

—¿Estás enfadada conmigo? —le preguntó Reacher.

—La verdad es que no. Pero lo habría estado si la hubieses jodido.

—Necesitaba que descubrieses adónde iban los misiles.

—Tú ya lo sabías.

—Quería una segunda opinión. Y la dirección.

—Pues aquí estamos. No hay ningún misil.

—Todavía están de camino.

—Esperemos que así sea.

—Vayamos a hacerle una visita al señor Dean.

Subieron al pequeño Civic y Neagley condujo los sesenta metros hasta la puerta de Dean. El ingeniero la abrió a la primera llamada. Era obvio que se había despertado por el ruido del helicóptero y las luces. No tenía el aspecto de un científico que manipulase cohetes. Se parecía más a un entrenador de instituto. Era alto, desgarrado y con el pelo rubio largo. Tendría unos cuarenta años y vestía pantalón de chándal y una camiseta. Vestido para irse a la cama. Era casi medianoche.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

Reacher le explicó quiénes eran y por qué estaban allí.

Dean no tenía ni idea de lo que le estaba diciendo.

Reacher ya esperaba una respuesta negativa. Lamaison había presionado a Berenson para que guardase silencio, y era obvio que había hecho lo mismo con Dean o incluso más. Pero la negativa de Dean parecía sincera. El tipo estaba extrañado, no rehuía.

—Comencemos por el principio —dijo Reacher—. Sabemos todo el asunto de los circuitos electrónicos y sabemos por qué lo hizo.

De pronto el rostro de Dean cambió. Como había pasado con Margaret Berenson.

—Sabemos la amenaza contra su hija —añadió Reacher.

—¿Qué amenaza?

—¿Dónde está?

—De viaje. Su madre también.

—La escuela aún no ha acabado.

—Un asunto familiar urgente.

—Las envió lejos —dijo Reacher—. Fue una jugada inteligente.

—No sé de qué me habla.

—Lamaison está muerto —le informó Reacher.

Hubo un brillo de esperanza en los ojos de Dean, solo por un segundo, difícil de ver en la oscuridad.

—Lo arrojé desde el helicóptero —explicó Reacher.

Dean no dijo nada.

—¿Le gusta mirar aves? Espere un día, vaya unos dos o tres kilómetros al sur y súbase al techo del coche. Dos buitres volando y probablemente se trate de un coyote muerto por una serpiente. Más de dos, será Lamaison, Parker o Lennox. Todos están allí, en alguna parte.

—No le creo.

—Muéstraselo, Karla.

Dixon sacó la cartera que había cogido del bolsillo de Lamaison. Dean la cogió de su mano y se volvió a la luz encendida en el pasillo. Vacío el contenido en la palma y buscó entre los objetos. El carné de conducir de Lamaison, las tarjetas de crédito, la identificación de New Age, la tarjeta de la seguridad social.

—Lamaison está muerto —repitió Reacher.

Dean metió las cosas en la cartera y se la devolvió a Dixon.

—Vale, tiene su cartera. Pero eso no demuestra que lo haya matado.

—Le puedo mostrar al piloto —dijo Reacher—. Está allí, muerto.

—Acaba de aterrizar.

—Acabo de matarlo.

—Usted está loco.

—Y usted libre.

Dean no dijo nada.

—Tómese su tiempo —añadió Reacher—. Hágase a la idea. Pero necesitamos

saber quién viene y cuándo.

—No vendrá nadie.

—Alguien tiene que venir.

—Nunca fue parte del trato.

—¿No lo fue?

—Dígamelo de nuevo. ¿Lamaison está muerto?

—Mató a cuatro de mis amigos. Si no estuviese muerto, estoy muy seguro de que no estaría aquí perdiendo el tiempo con usted.

Dean asintió, sin prisa. Se estaba haciendo a la idea.

—Pero sigo sin saber de qué me habla. Vale, firmé los papeles falsos. Lo admito, seiscientas cincuenta veces, lo que es terrible, pero eso es lo único que he hecho. Nunca se habló de que yo montase las unidades o le enseñase a nadie cómo hacerlo.

—¿Quién más sabe cómo hacerlo?

—No es difícil. Es fácil de montar, muy sencillo. Tiene que serlo. Los soldados lo tendrán que hacer. No se ofenda, me refiero en el campo de batalla, por la noche, sometidos a presión.

—Sencillo para usted.

—Relativamente sencillo para todos.

—Los soldados nunca hacen nada hasta que no les enseñan cómo.

—Por supuesto, recibirán entrenamiento.

—¿De quién?

—Montaremos un curso en Fort Irwin. Creo que yo daré la primera clase.

—¿Lamaison lo sabía?

—Es una práctica corriente.

—O sea, que lo contrató para un preestreno.

Dean solo meneó la cabeza.

—No lo hizo. No sé nada de una entrevista previa. Podría haberlo hecho. No es que yo estuviese en posición de negarle nada.

—Nueve horas —dijo Neagley.

—Otros doscientos mil seiscientos kilómetros cuadrados —señaló Dixon.

«Doscientos mil seiscientos cincuenta y ocho kilómetros cuadrados», pensó Reacher, de forma automática. Solo ese incremento era más grande que casi toda California y más de la mitad de Texas. La superficie de un círculo es igual a π por el radio al cuadrado, y era el radio al cuadrado lo que hacía aumentar tan rápido la cifra.

—Vienen aquí —dijo—. Tienen que hacerlo.

Nadie respondió.

Dean les hizo pasar. Su casa era de una sola planta, larga y baja, construida con cemento y madera. El cemento estaba a la vista y estaba tomando una pátina amarillenta. La madera era de color marrón oscuro. Había un gran salón con alfombras navajo, muebles viejos y una chimenea donde se amontonaban las cenizas del invierno anterior. Había muchos libros en la habitación, CD apilados por todas

partes, un equipo estéreo con amplificadores y altavoces. En su conjunto, el lugar parecía como el refugio de quien escapa de la ciudad.

Dean fue a la cocina para preparar café y Dixon dijo:

—Nueve horas y veintiséis minutos.

Neagley y O'Donnell no lo entendieron, pero Reacher sí. Si calculaba tres decimales para *pi* y una velocidad de ochenta para el camión, entonces las nueve horas y veintiséis minutos ampliaban la zona potencial de búsqueda al millón de kilómetros cuadrados.

—Mahmoud es cauteloso —señaló Reacher—. No va a comprar nada a ciegas. Si no es su dinero y no quiere desperdiciarlo, es el dinero de algún otro y no quiere que le corten la cabeza por perderlo. Vendrá.

—Dean dice que no.

—Dean dice que no se lo dijeron antes. Hay una diferencia.

Dean volvió, sirvió el café y nadie habló durante quince minutos. Entonces Reacher se volvió hacia Dean y le preguntó:

—¿Tiene aquí su propio taller de electricidad?

—Sí.

—¿Tiene bridas de plástico?

—Montones. El taller está detrás.

—Tendría que viajar al norte —manifestó Reacher—. Ir a Palmdale, desayunar.

—¿Ahora?

—Ahora. Quédese a comer. No vuelva hasta la tarde.

—¿Por qué? ¿Qué va a pasar aquí?

—Todavía no estoy seguro. Pero sea lo que sea, usted no debería estar aquí.

Dean permaneció inmóvil por un momento. Después se levantó, buscó las llaves y se marchó. Oyeron como arrancaba el coche. Oyeron el crujir de las piedras bajo el peso de los neumáticos. Después el ruido se perdió en la nada y la casa volvió a quedar en silencio.

—Nueve horas cuarenta y seis minutos —dijo Dixon. Reacher asintió. El círculo tenía ahora dos millones de kilómetros cuadrados.

—Viene hacia aquí —insistió Reacher.

El círculo llegó a los dos millones seiscientos mil kilómetros cuadrados a la una y diecisiete de la mañana. Reacher encontró un atlas en un estante y buscó la ruta probable, y calculó que Denver estaba a dieciocho horas de distancia, lo que hacía que las seis de la mañana fuese un horario probable. Ideal desde el punto de vista de Mahmoud. Lamaison le habría hablado de la amenaza contra la hija, y él seguramente habría deducido que en cualquier circunstancia la chica estaría en casa a las seis de la mañana. Por lo tanto un recordatorio perfecto de la vulnerabilidad de Dean. Quizá Mahmoud se presentaría sin anunciarse, pero no había duda de que esperaba conseguir lo que quería.

Reacher se levantó y salió a dar un paseo, primero por fuera y después dentro. La

propiedad consistía en la casa, un garaje y el taller que Dean había mencionado. Más allá no había nada. Era noche cerrada, pero Reacher podía sentir el vasto y silencioso desierto alrededor. Dentro, la casa era sencilla. Tres dormitorios, un despacho, una cocina, la sala de estar. Uno de los dormitorios era de la hija. Había fotos pinchadas en las paredes. Grupos de adolescentes, tres o cuatro en cada foto. La chica y sus amigas, al parecer. Por un proceso de eliminación, Reacher encontró cuál era la que estaba en todas las paredes. La hija de Dean, su cámara, su habitación. Era una chica rubia, alta, de unos catorce años, todavía un poco torpe, con ortodoncia en los dientes. Pero dentro de un año o dos sería espectacular, y seguiría siéndolo durante treinta años. Un rehén de la fortuna. Reacher comprendió la angustia de Dean, y deseó que Lamaison hubiese gritado un poco más mientras caía.

La gente dice que la hora más oscura es justo antes del alba, pero la gente se equivoca. Por definición la hora más oscura es en mitad de la noche. A las cinco de la mañana el cielo empieza a iluminarse por el este. A las cinco y media la visibilidad es ya muy buena. Reacher dio otro paseo. Dean no tenía vecinos. Vivía en medio de miles de hectáreas vacías. La vista era despejada en todos los horizontes. Una tierra sin valor abrazada por el sol. Las líneas de alta tensión iban de sur a norte y desaparecían en la bruma. Una pista de grava llegaba por el sudeste. Tenía por lo menos kilómetro y medio de largo, quizá más. Reacher caminó un poco y se volvió para mirar lo que Mahmoud vería cuando llegase. El helicóptero estaba fuera de la vista. Por azar, un solitario arbusto de mezquite tapaba la corona del rotor. Reacher llevó el Civic de Neagley detrás del garaje y miró de nuevo. Perfecto. Un somnoliento grupo de tres edificios bajos y polvorientos, casi parte del paisaje. Un centenar de metros más allá vio un segmento de roca plano del tamaño y la forma de una tumba. Fue hasta allí, sacó el trozo de cemento de Tony Swan del bolsillo y lo apoyó en la lápida como si fuese un monumento. Entró en el taller. La puerta no estaba cerrada con llave. El lugar estaba ordenado y olía a aceite lubricante calentado por el sol. Encontró una bandeja con bridas de plástico negro y cogió ocho de las más grandes. Medían unos sesenta centímetros de largo, gruesas y duras. Para sujetar los cables pesados en las cajas de conducción perforadas.

Después volvió al interior de la casa para esperar. Llegaron las seis de la mañana y Mahmoud no aparecía. Ahora el círculo medía más de cuatro millones y medio de kilómetros cuadrados. Pasaron las seis y cuarto, las seis y media, y dejó de calcular.

Entonces, a las seis y treinta y dos en punto, sonó el timbre del teléfono, solo una vez, breve, suave y apagado.

—Vamos allá —dijo Reacher—. Alguien acaba de cortar la línea del teléfono.

Se acercaron a las ventanas. Esperaron. Entonces, ocho kilómetros al sudeste vieron una pequeña mancha blanca que se movía bajo la luz del sol. Un vehículo que se acercaba deprisa, seguido por una nube de polvo caqui, alumbrada por el amanecer como una aureola.

Se apartaron de las ventanas y esperaron en el salón, tensos y en silencio. Cinco minutos más tarde oyeron el crujir de la grava debajo de los neumáticos y el ritmo ahogado de un viejo motor de ocho cilindros en V. Cesó el crujido, se apagó el motor y todos oyeron el ruido del freno de mano. Un minuto más tarde oyeron cómo se cerraba una puerta y el sonido de pasos en la grava. El conductor, que se tambaleaba, desperezándose.

Un minuto más tarde llamaron a la puerta.

Reacher esperó.

Volvieron a llamar.

Reacher contó hasta veinte y caminó por el pasillo. Abrió la puerta. Vio a un hombre en el escalón, enmarcado por la luz, con un camión de tamaño mediano aparcado detrás. El camión era un vehículo alquilado, rojo y blanco, pesado, un tanto feo. Tuvo la sensación de haberlo visto antes. Nunca había visto al hombre. Era de mediana estatura, peso mediano, con prendas caras pero un tanto arrugadas. Tendría unos cuarenta años. El pelo negro, brillante, con un corte impecable, la piel ligeramente morena y las facciones regulares, que podrían haberle pasar por hindú, pakistaní, iraní, sirio, libanés, argelino, o incluso israelí o italiano.

Azhari Mahmoud, en cambio, vio a un gigante blanco desarreglado. Dos metros de altura, ciento diez kilos de peso, quizá ciento veinte, la cabeza afeitada, las muñecas grandes como botellas, las manos como palas, vestido con unos pantalones grises polvorientos y botas de trabajo. Un científico loco, pensó. Contento en su choza del desierto.

—¿Edward Dean?

—Sí —contestó Reacher—. ¿Quién es usted?

—Veo que aquí no hay cobertura de móvil.

—¿Y?

—Me tomé la precaución de cortar su línea telefónica a quince kilómetros de aquí.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre no importa. Soy amigo de Allen Lamaison. Es lo único que necesita saber. Debe dispensarme la misma cortesía que le dispensaría a él.

—Yo no dispenso ninguna cortesía a Allen Lamaison —declaró Reacher—. Así que lárguese.

Mahmoud asintió.

—Deje que se lo explique de otra manera. La amenaza que le hizo Lamaison todavía está en vigor. Hoy me beneficiará a mí, no a él.

—¿Amenaza? —preguntó Reacher.

—Contra su hija.

Reacher no dijo nada.

—Usted me va a enseñar a montar el Little Wing —dijo Mahmoud.

Reacher miró el camión.

—No puedo —respondió—. Usted solo tiene los circuitos electrónicos.

—Los misiles vienen de Denver. Estarán aquí muy pronto.

—¿Dónde piensa utilizarlos?

—Aquí, allí.

—¿En Estados Unidos?

—Es un entorno con muchos objetivos.

—Lamaison mencionó Cachemira.

—Puede que enviemos algunas unidades a amigos selectos.

—¿Enviemos?

—Somos una organización grande.

—No lo haré.

—Lo hará. Como hizo antes. Por la misma razón.

Reacher hizo una pausa y dijo:

—Será mejor que entre.

Se apartó. Mahmoud estaba acostumbrado a la deferencia, así que pasó y caminó para entrar en el pasillo. Reacher le pegó fuerte en la nuca y lo envió tambaleante hacia la sala de estar, donde Frances Neagley apareció para tumbarlo con un tremendo gancho. Un minuto más tarde estaba atado en el suelo del pasillo con una brida que le sujetaba la muñeca izquierda con el tobillo derecho y la otra sujetándole la muñeca derecha con el tobillo izquierdo. Las bridas estaban apretadas con fuerza y la sangre comenzaba a amontonarse. Mahmoud sangraba por la boca y gemía. Reacher le propinó un puntapié en el costado y le dijo que se callase. Luego entró en el salón y esperó que llegase el camión de Denver.

El camión de Denver era un semirremolque blanco. Su conductor acabó atado junto a Mahmoud un minuto después de bajarse de la cabina. Reacher arrastró a Mahmoud fuera de la casa y lo dejó de cara al sol junto a su camión. Los ojos de Mahmoud transmitían miedo. Sabía lo que se le venía encima. Reacher se dijo que prefería morir, y era por ese motivo por el que lo dejaba allí vivo. O'Donnell sacó al conductor y lo dejó junto al camión. Permanecieron allí por un momento, miraron alrededor una última vez y luego se acomodaron en el Civic de Neagley y partieron hacia el sur a toda velocidad. Tan pronto como tuvieron cobertura se detuvieron y Neagley llamó a su amigo del Pentágono. Las siete de la mañana en el Oeste, las diez de la mañana en el Este. Le dijo al tipo dónde buscar y lo que encontraría. Luego siguieron viaje. Reacher miró por la ventanilla trasera y antes de que llegasen a las montañas vio a todo un escuadrón de helicópteros que iban en dirección oeste sobre el horizonte. De alguna base cercana del Departamento de Seguridad Interior. El cielo estaba lleno de ellos.

Una vez superadas las montañas, hablaron de dinero. Neagley le dio a Dixon los documentos financieros y los diamantes, y todos acordaron que debían llevarlos a

Nueva York y convertirlos en efectivo. Lo primero sería pagar el presupuesto de gastos de Neagley, luego establecer unos fondos para Angela y Charlie Franz, Tammy Orozco y sus tres hijos, y Milena, la amiga de Sánchez, y por último, hacer una donación a la organización de Personas por el Trato Ético a los Animales en nombre de la perra de Tony Swan, Maisi.

Entonces llegó el momento incómodo. Neagley no tenía problemas de dinero, pero Reacher intuyó que a Dixon y a O'Donnell las cosas no les iban muy bien. Pasaban apuros y se sentían tentados, pero con miedo de preguntar. Así que se adelantó y admitió que no tenía un céntimo y sugirió que se quedasen con el resto y lo dividiesen entre los cuatro, como una gratificación. Todos estuvieron de acuerdo.

Después de eso no hablaron mucho más. Lamaison había desaparecido, Mahmoud había sido capturado. Pero ninguno de sus amigos había regresado. Y Reacher empezó a darle vueltas a la gran pregunta: ¿Si el coche averiado en la 210 no hubiese retrasado su llegada al hospital, se hubiese comportado mejor que O'Donnell o Dixon? ¿Que Swan, Franz, Sánchez u Orozco? Quizá los otros se estaban preguntando lo mismo que él. La verdad era que no sabía la respuesta, y detestaba no saberla.

Dos horas más tarde estaban en el aeropuerto de Los Ángeles. Abandonaron el Civic en una ruta de servicio y se alejaron caminando, rumbo a cuatro terminales diferentes y a cuatro compañías aéreas distintas. Antes de separarse se detuvieron en la acera y chocaron los puños por última vez, y se dijeron un adiós que prometieron sería temporal. Neagley fue hacia la compañía American. Dixon fue a buscar el mostrador de America West. O'Donnell, la de United. Reacher permaneció en el calor, entre la multitud inquieta, personas que se movían a su alrededor, y él los veía marchar.

Reacher dejó California con casi dos mil dólares en el bolsillo, de los traficantes de detrás del Museo de Cera en Hollywood, de Saropian en Las Vegas y de los tipos en Highland Park de New Age. Eso le sirvió para cuatro semanas. Finalmente, se detuvo en un cajero en la estación de autobuses de Santa Fe, Nuevo México. Como siempre, ya había calculado previamente el resultado, y después comprobó si el cálculo del banco coincidía con el suyo.

Por segunda vez en su vida no coincidió.

La máquina le dijo que el saldo en su cuenta era de más de cien mil dólares, más de lo que esperaba. Exactamente ciento once mil ochocientos veintidós dólares y dieciocho centavos, superior a sus propios cálculos.

111.822,18.

Dixon, obviamente. Los despojos de la guerra.

Al principio se sintió desilusionado. No por la cantidad. Era más dinero del que había visto en mucho tiempo. Estaba desilusionado consigo mismo porque no conseguía deducir ningún mensaje en el número. Estaba seguro de que Dixon había retocado el total, unos dólares o centavos más arriba o más abajo para provocarle una

sonrisa. Pero no lo captaba. No era un número primo. Ningún número par mayor que dos podía ser primo. Tenía centenares de factores. Su recíproco era aburrido. La raíz cuadrada era una larga hilera de dígitos. La raíz cúbica era peor.

111.822,18.

Se sintió desilusionado con Dixon. Porque cuanto más pensaba, cuanto más lo analizaba, más seguro estaba de que era un número aburrido.

La mente de Dixon no estaba por la labor.

Ella le había decepcionado.

Quizá.

O quizá no.

Apretó el botón para que se imprimiesen las últimas operaciones. Salió por la rendija un trozo de papel. Las letras de un gris claro, las últimas cinco operaciones de su cuenta. El primer depósito de Neagley desde Chicago seguía allí, el primero de la lista. El segundo, los cincuenta dólares que sacó en la estación de autobuses de Portland, en Oregón. Luego el tercero, su billete de avión desde Portland a Los Ángeles.

Luego el cuarto, un nuevo depósito en su cuenta de ciento un mil ochocientos diez dólares y dieciocho centavos.

Luego un quinto, el mismo día, otro depósito, por la suma de diez mil doce dólares.

101.810,18.

10.012.

Sonrió. Después de todo, la mente de Dixon sí estaba por la labor. Total y absolutamente por la labor. El primer depósito era diez-dieciocho, repetido para darle énfasis. El código de radio de la policía militar para misión conseguida. 10-18, 10-18. Ella y O'Donnell rescatados. Lamaison y Mahmoud, derrotados. O las dos cosas.

«Genial, Karla», pensó.

El segundo depósito era su código postal: 10012. Greenwich Village. Donde vivía. Una referencia geográfica.

Una insinuación.

Ella le había preguntado: «¿Te gustaría pasarte por Nueva York después?».

Reacher volvió a sonreír, hizo una bola con el papel y lo arrojó a la papelera. Sacó cien dólares del cajero, entró en la estación y compró un billete para el primer autobús que vio. No tenía idea de adónde iba.

Él había respondido: «Yo no hago planes, Karla».



LEE CHILD, (Coventry, 1954) es un escritor británico cuyo verdadero nombre es Jim Grant. Sus novelas son *thrillers* protagonizados por el personaje de ficción Jack Reacher, un exoficial de la policía militar del ejército americano que decide después de dejar el ejército comenzar una vida de vagabundo a lo largo de los Estados Unidos.

En 1974 ingresó en la Facultad de Derecho de la Universidad de Sheffield pero sin la intención de desarrollar esos estudios profesionalmente. Trabajó en teatro, y durante dieciocho años en la productora Granada Televisión, hasta 1995.

Abandonó la televisión tras una reestructuración de la compañía y fue entonces cuando comenzó a escribir novelas. En 1997 fue publicada su primera novela, *Killing Floor*, y en 1998 se traslada a vivir a los Estados Unidos.

No sólo tiene la capacidad de atraparnos con narraciones de alta tensión y pulso narrativo, sino que ha hecho gala en sus novelas de un minucioso conocimiento del engranaje de la defensa y la política norteamericana. Sus novelas poseen tramas con grandes dosis de realismo, que ha sabido encajar en episodios recientes de la política exterior de Estados Unidos. Es el único escritor británico que, después de J. K. Rowling, ha liderado la lista de los más vendidos en todos los formatos a ambos lados del Atlántico.